

Alejandra Pizarnik

Diarios I

Desde 1954 a 1959

EDICIONES ENMASCARADAS

Alejandra Pizarnik

Diarios I (1954 a 1959)

Edición de Ana Becció

INDICE:

Acerca de esta edición	1
CUADERNO DE SEPTIEMBRE DE 1954.....	1
CUADERNO DE JUNIO Y JULIO DE 1955	1
CUADERNO DEL 19 AL 31 DE JULIO DE 1955.	1
CUADERNO DE AGOSTO DE 1955.....	1
CUADERNO DEL 22 DE AGOSTO AL 1 DE SEPTIEMBRE DE 1955.....	1
CUADERNO DE OCTUBRE Y NOVIEMBRE DE 1955	1
CUADERNO DE FEBRERO A MARZO DE 1956	1
CUADERNO DE JUNIO DE 1956	1
CUADERNO DE 1957 A 1960	1
1958	1
1959	1

Acerca de esta edición

Han transcurrido doce años desde la publicación de la primera edición de la obra diarística de Alejandra Pizarnik, de cuya selección me hice cargo. Señalé entonces, en la introducción, que había seleccionado el material guiándome por lo que sabía del deseo de Pizarnik de publicarlo un día como un “diario de escritora”, así como por determinadas pautas editoriales y el respeto a la intimidad de terceras personas y a la intimidad de la propia diarista y de su familia. Hoy, agotada aquella edición de los *Diarios*, la editorial Lumen ha tenido la excelente idea de reeditarlos, abriendo así la posibilidad de revisar ciertas pautas no sólo en cuanto al número de páginas, sino también, entre otras cosas, a su presentación. Esta nueva presentación permitirá al lector comprender y apreciar las intervenciones de la autora en sus diarios en un determinado período de su vida.

El corpus de la obra diarística de Alejandra Pizarnik, conservado en la Universidad de Princeton, consta de un total de treinta documentos: diez libretas, o cuadernillos como ella los llamaba, correspondientes a 1954, 1955, 1956, 1961 y 1972; catorce cuadernos, y seis textos mecanografiados: el “*Journal de Châtenay-Malabry*”, de cuarenta y ocho hojas; cuatro hojas sueltas de 1961; doce hojas encarpetadas con

correcciones a mano; diez hojas grapadas con la mención “*antes de 1960*”; treinta y dos hojas grapadas con la fecha 1961-1962, y ochenta y cuatro hojitas tamaño libreta, que probablemente estuvieron dentro de una carpeta de anillas, divididas por la autora en dos partes con la mención “*París 1962*” y “*1963*”. En sus diarios, como en su correspondencia con Ostrov, Pizarnik hace referencia a un diario anterior a 1954 y a un cuaderno desaparecido de 1960. En varias oportunidades, menciona que rompió, o que desea romper, ya sea sus poemas o su cuaderno. Ello podría explicar los períodos de escasa o nula escritura de su diario, notorios a partir de 1960, aunque también podría ser que, ocupada con su poesía, no escribiera en su diario con asiduidad y regularidad, como se observa a partir de 1965.

Entre los cuadernos posteriores a 1960, hay uno que lleva por título “*Resúmenes de varios diarios, 1962-1964*”. Es el cuaderno en el cual, a su regreso de París en marzo de 1964, Pizarnik empezó a copiar, reescribiéndolos, los cuadernos que había escrito durante su estancia en esta ciudad. Este cuaderno y los textos mecanografiados correspondientes a este período son muy importantes, pues dan cuenta de su método de escritura y revelan las intenciones predominantemente literarias de Alejandra como diarista. El cuaderno al que nos referimos es, en efecto, un resumen, con escasísima labor de reescritura, de las entradas referentes a sus relaciones amorosas. Las podó mucho, cambió iniciales de nombres y trastocó muchas veces las fechas y los lugares, como si su intención hubiera sido recomponer varias historias en una, que sería la de su experiencia interior de la pasión erótica, o escribir una suerte de “novela sentimental”.

Los textos mecanografiados, en cambio, son una auténtica reescritura, una extremada síntesis de su puesta en escena interior y la captación de un instante de esa escena, de lo cual resulta un fragmento o apenas una frase próximos en tono e intensidad a los poemas que dará a conocer a partir de *Extracción de la piedra de locura*, publicado en 1968.

De su período parisino existen entonces tres textos. El primero (los cuadernos de fecha corrida) sería el texto previo al trabajo de copia y reescritura; el segundo, el cuaderno *“Resúmenes de varios diarios 1962-1964”* más algunas hojas sueltas, y, el tercero, los textos mecanografiados, decididamente concebido para ser publicado y que podríamos considerar la fase final de la labor de reescritura de sus diarios. En esta nueva selección, corregida y aumentada, de los *Diarios*, presentamos al lector los tres textos de esta época: el previo, es decir las entradas de cada uno de los cuadernos de fecha corrida, y los otros dos, completos, en los apéndices que figuran al final del libro.

Una constante de los diarios de escritores (con notables excepciones como los de André Gide, Léon Bloy, Rosa Chacel o Julio Ramón Ribeyro) es que otros se encarguen de publicarlos póstumamente. Estas publicaciones podrían dar la impresión de ser una violación de la intimidad del diarista, pero no cabe duda de que, al conservarlos, el escritor está indicándonos que es consciente del valor intrínseco que tienen. Esto es aún más evidente en el caso de Alejandra Pizarnik, ya que conservó sus cuadernos, en los que ella misma intervino hasta el último momento generando “fragmentos” de sus diarios que publicó en vida en importantes revistas de la época, a veces como

“fragmentos de un diario” y otras veces como textos del más puro estilo “alejandrino”.

Por mi parte, para la presente edición, como en la anterior, he tenido en cuenta el respeto a la intimidad de terceras personas citadas, a la intimidad de la autora y de su familia. La transcripción de las entradas se ajusta al original, salvo las fechas, cuya presentación se ha armonizado escribiendo, cuando procede, primero el día y después el mes. Hemos reproducido ciertas faltas de ortografía muy frecuentes en sus años juveniles, corrigiéndolas solamente en los casos en que se trata de errores evidentes debidos a la prisa con que escribía. A partir de 1957, estas faltas van desapareciendo en la medida en que va adquiriendo dominio del idioma. Se han restablecido los signos de interrogación y admiración (Pizarnik los usaba a menudo a la manera francesa, aunque era muy irregular) y eliminado tildes en ciertas palabras, como los monosílabos, que en el español actual no las llevan. Se advierte entre corchetes sobre palabras o frases ilegibles, tachadas o que faltan en el original, y se restablecen las letras o palabras ausentes de obvia deducción.

Antes me he referido a que esta edición de los *Diarios* de Alejandra Pizarnik es, con respecto a la anterior, una nueva selección corregida y aumentada. Se han corregido erratas y se han incorporado un gran número de entradas, que antes, por razones de espacio, principalmente, no habían podido incluirse. Del período 1960-1964, se transcriben prácticamente todas las entradas de los cuadernos de fecha corrida, mientras que los fragmentos reescritos se encuentran ahora al final del libro, en los apéndices que

reproducen cada uno de los textos mecanografiados. El hallazgo del *“Journal de Châtenay-Malabry”*, así como *“Les tiroirs de l’hiver”*, ha permitido completar la falta de entradas de los primeros meses de su llegada a París en 1960 y 1961. Sigue siendo forzosamente una selección pues, como he dicho antes, acepto y asumo el principio de respeto a la intimidad de la autora y de su familia, y de las personas aludidas que aún viven y podrían reconocerse. Por esta razón, el único documento del que no he seleccionado entradas es la libreta-agenda (muy desordenada en las anotaciones y las fechas) que correspondería a algunos meses de 1971 y 1972, todas ellas de carácter muy personal e íntimo: las personas allí aludidas, así como sus familiares, figuran con sus nombres y apellidos.

Por último, deseo expresar mi agradecimiento a quienes me han ayudado con sus consejos y su solvencia profesional. En primer lugar a la doctora Cecilia Rossi, de la Universidad de East Anglia, Inglaterra, quien obtuvo una beca para viajar a Princeton y analizar cada uno de los documentos. Gracias a su lectura in situ de los cuadernos muchos errores de transcripción han sido subsanados y ha podido asesorarme inteligentemente con respecto a mi selección de las entradas. Doy las gracias también a Raúl Manrique Girón y Claudio Pérez Míguez, directores del Centro de Arte Moderno, con sede en Madrid, y a Luisa Futoransky, Leonardo Valencia y Ana María Moix, quienes siguieron con su atenta lectura las distintas etapas del manuscrito. Asimismo, agradezco el respaldo y el interés de Silvia Querini como editora de Lumen por propiciar y concebir esta nueva edición de los Diarios de Alejandra Pizarnik, así como los consejos y el excelente trabajo de edición y

producción de Magda Mirabet y su equipo. Por último, mi reconocimiento a Myriam Pizarnik de Nesis, por su constante empeño en la difusión de la obra de su hermana Alejandra y la confianza que ha depositado en mí para realizar esta nueva edición.

ANA BECCIÚ

CUADERNO DE SEPTIEMBRE DE 1954

23 de septiembre

un nuevo día llegó
pleno de sol y de sombras
un nuevo día llegó
a enquistarse en mi hondo caudal señero
el nuevo día es torneado
e insulso
día sin soplo ni dicha
es un sábado verde molido
en la nada
es un sábado deshecho en la vertiente del vacío.

Conversación en una mesa del Jockey Club entre un pintor famoso, un pintor principiante, un poeta maduro, un poeta principiante y un estudioso del psicoanálisis. Tema: la bombacha obsesiva.

Poeta maduro: Sé de un sádico que se relamía de placer al sacarle las bombachas a su mujer.

Aficionado al ps[icoanálisis]: Es un caso aparte. Yo sé que a las mujeres les encanta que les rasguen esta

prenda, siempre que no se emplee la fuerza bruta, siempre que se proceda suavemente.

Poeta maduro: Sea como fuere, lo cierto es que las bombachas me obsesionan.

Af. al ps.: Seguramente, usted debe guardar las bombachas de sus sucesivas amantes.

Pintor famoso: Sí, pero antes las lava y las plancha, y apila en varios grupos según sea su color: rosa, azul, blanco, etc.

(Risa general, el estudioso del ps[icoanálisis] se levanta presuroso y se va con rostro ceremonioso.)

Poeta maduro: Se debe de haber excitado.

Pintor famoso: Sí, porque para él la palabra “bombacha” es sinónimo de “ir a orinar”. Bueno, lo lamento por las baldosas, pues dicen que orina con piedras desde que se las descubrieron en el hígado.

(Risa general.)

Vuelve el estudioso del ps[icoanálisis]: el pintor famoso le pregunta palmeándole la espalda: Y, ¿qué tal?

El e[studioso] del p[sicoanálisis] no contesta.

El tema sigue girando.

Pero nos imaginamos el porvenir como un reflejo del presente proyectado en un espacio vacío, mientras que es el resultado a menudo muy próximo de causas que en su mayor parte se nos escapan.

La prisionera

Comprobación súbita de la imposibilidad de fijar cualquier cosa.

Proust describe las odiosas maquinaciones del matrimonio Verdurin para separar al barón de Charlus de Morel. En ese momento, no era posible asociar el menor atisbo de bondad a esos seres terribles en sus mentiras y complots. Pero de pronto ¡oh vida! Aparece la desgracia de Saniette, su descenso a la completa miseria material. Veo entonces (como si se hubiesen dado vuelta sus almas) a dos personas que meditan desinteresadamente la mejor forma de ayudar a su desgraciado amigo. ¿Puedo pensar entonces que son bondadosos? No, pues recuerdo la maldad e injusticia de su acto anterior (la ofensa al b. de Charlus). ¿Puedo pensar que son completamente perversos por esa maldad? No, pues el discreto auxilio a Saniette revela su generosidad... ¡Y así ocurre con todo y con todos!

¡Oh, ángeles que nos concibieron!
¡Oh, demonios que nos parieron!

que quiso arrancarse los ojos y venderlos por un maloliente trozo de tinta reseca. Soy el candor despabilado que se acuerda de ser triste en medio de la risa, auténticamente extraída con mil cuchillos crueles.

¿Tarde? ¿Es ya muy tarde para recuperar las lágrimas? Y las que recién cayeron ¿no fueron acaso el zumo de mi reivindicación angustiosa? ¡No! ¡Mentiras!

¡Mentiras! Mi roñosa sensibilidad respira rostros repugnantes y calcula las posibilidades de no soledad que obtendrá por ellos. ¡Caer! ¡Estoy cayendo! Mientras me río, no sé por qué, me siento impura. Cuando lloro, no sé por qué, me siento yo y me purifico. ¡Cómo sufro! Mi alma es un trozo amorfo, blanquecino y lloroso...

¡Me rebelo! Contemplo mi habitación y me rebelo y tengo miedo. ¡Miedo de mí! ¡Miedo de mí! Me hablo suavemente. Siento que la vida (¡mi vida, óyelo, mi vida!) se va.

24 de septiembre

Un nuevo día lleno de sol. Despego mi ventana y la luminosidad cae en la habitación. Luz amarilla y vital. Me da miedo por sus ansias fugitivas. No me acompaña en las horas de estudio, no me sonrío en mi encierro benéfico; todo lo contrario; me llama junto a sí, al paseo matinal, lleno de árboles y seres que caminan.

NADA

Recostada sobre tres almohadas rojas y verdes, calculaba la menor cantidad de probabilidades que tendría para poder evitar los arquetipos que acechan a todo ser humano. La radio se inclinaba gentilmente

hacia su oreja izquierda enzarzándole en gemidos de Tristán e Isolda. Se preguntó adónde quería llegar. No lo sabía. Con la pluma en la mano se lanzaba en un paracaídas mental hacia las hojas blancas y vacías. Las posibilidades de lograr alguna grafía coherente eran infinitesimales, pero se dijo sonriendo que no le importaba. La soprano clamaba ¡Isoooolda! Desdibujó la palabra en su frente, mientras la voz enfilaba hacia una frase llena de erres que le herían las fibras auditivas. Parecían una rueda basta que aprisionara su sensibilidad. Un troquel platinado vertido en el escafandro inhallable pero necesario para encontrar el centro de su ser, el yo fugitivo.

De lejos, de muy lejos, venían los latidos de un perro. Se le ocurrió ubicar a ese perro en la cima de un planeta, Saturno, rodeado de los anillos de fuego (amarillo). Los aullidos se acercaban, lo que motivaba el alejamiento del planeta fantaseado. A medida que se acerca lo comúnmente llamado real, se aleja (o se expulsa) la fantasía. En verdad no sabía qué preferir: si lo real o lo irreal. En cualquiera de ambos, se hallaba triste. Dejó correr el hilo esperanzado de su imaginación, mientras suspiraba inquisitiva y semirresignada. Se preguntaba el valor de ese instante, de esa fotografía de su estar echada en la cama a las 14 h de un 24 de septiembre de 1955. Oh, apresar, agarrar infaliblemente el momento y encerrarlo, esconderlo, tocarlo, decirle ¡"eres mío"!

La visión de un ave grisácea contoneándose humanamente sobre una frente roja, despabiló su doliente deseo. El ave es mi alma. El ave no se siente fuerte, teme caerse, no puede echarse a volar. ¡Ayúdala! ¿Cómo? Y ¿por qué? Porque es tu ave. Elevó los ojos y

sonrió al dibujo que, pegado en la pared, representaba lo que ella quería: el ave inaugurando el vuelo.

La soprano emitía gritos pseudosalvajes. La imaginó perdida en un laberinto asfixiante y sus gritos, llamadas de auxilio. Llegó el tenor. Sonrió. No. La mujer estaba a salvo. El laberinto solo estaba en su mente.

Varias horas más tarde, se encontró sentada en una silla. Encendió un cigarrillo, contemplando inerme el humo que huía de sus labios. El cuarto se hundía lentamente en una gris penumbra equilibrada por la luz breve del velador. Oía voces y sonidos. Niños que gritaban. Hombres que reían y ella, ¿qué hacía?, ¿dónde estaba? ¡Oh, sensación de vacío intrínsecamente amorfo!

¡Oh languidez de domingo primaveral! Recordó que era el primer domingo primaveral. ¿Me afecta este conocimiento? Sí. Un domingo de primavera era un abstracción equivalente a la nada vestida con flores angustiadas, perfumes dolorosos, sol malvado; todo ese conjunto de colores y perfumes que, durante los días de la semana, llegaban danzando románticamente a su percepción, sufrían una cruel metamorfosis. ¿Cómo y desde cuándo odiaba ese día? No lo sabía. Recordaba que Dios lo utilizó para descansar. Este dato arrastraba una arcaica cadena de gritos segmentados que la anulaban: Dios, domingo-descanso, seres adorando a Dios desde los orígenes, cavernas prehistóricas, devenir del tiempo, angustias al leer a Hegel, sensación de no ser más que un corpúsculo rebelde en el cosmos descomunal. ¡Domingo! Su habitación se había introducido en las penumbras mientras ella estuvo

elucubrando su fobia dominical. Se irritó. Nunca podía palpar realmente el cambio de luces y sombras de los días. Era como contemplar un reloj para comprobar empíricamente la velocidad del tiempo. Y también como las forzosas vigiliass a que se obligaba de noche, para recibir el sueño estando despierta y sentir personalmente qué era eso que llaman dormir. Suspiró impotente, ante la conciencia de no poder descifrar esos misterios cercados por tremendos límites. Viró su rostro hacia el descenso de la noche, sin inquirirse nada, sin averiguar lo que ocurría en su demoníaca alma. La imagen del hombre que imaginaba amar se adhirió a las cortinas de la ventana. La visión era cinematográfica. Los dibujos de la tela recordaban los frisos de Matisse tan frescos, tan fogosos, y en el centro el rostro tenso y vibrante de él, que se le venía encima como una mascarilla oriental antiquísima, plena de poderes mágicos y amenazas terribles; el rostro del hombre que creía amar, pleno de palidez estatuaría, de esa concentración de rectas que lo asemejaban más a un dibujo que a una estructura humana en relieve. Cerró los ojos fuertemente y cuando volvió a abrirlos, la ilusión inventada por ella había desaparecido.

La belleza estival de sus visiones la entretenían mientras fumaba en la soledad de su cuarto semioscuro. Bebió un poco de aire para musitar un poema que la atragantaba. Era “La rueda del hambriento” de César Vallejo. Su ser se revestía de lágrimas mientras recitaba a su amado poeta triste. Lo adoraba. Ni ella misma sabía cuán grande era su pasión por este hombre terrible y sufrido.

y ya no tengo nada

esto es horrendo

Los últimos versos se pegaban a sus labios, temerosos de salir al exterior, al aire indiferente del mundo. Los acarició emocionada. Los queridos versos se apretujaban en su alma y le rogaban amor, cuidado y, ¡sobre todo!, nada de contaminaciones viles. Sonrió largamente enternecida. Veía un camino terso y coloreado lleno de libros, de cuadros, de pentagramas con formas de alas de pájaros. Sintió que su cuerpo no era más que un servicio destinado a vestirla y a encenderle cigarrillos. Se tocó las manos. Pero no le importaban sino en la medida de su utilidad, en este caso, sostener la pluma. Absorbió la rigidez de la noche. ¡Qué solemne estaba! Sintió deseos de incendiar la ciudad, sólo por el placer de recitar a Vallejo en un fuego inmenso y decir entre las casas ardientes y los hombres asfixiados que éste es el fin de los que se creen eternos, de los que constituyen sus intereses esenciales a partir de las uñas pintadas y las plumas del sombrero; gritarles a todos los que ya no podrían oírle que la vida los expulsa por haberla degenerado, corrompido, que... Se detuvo ante la presencia del recuerdo de Nerón. Rió enfurecida. ¡Arquetipos! ¡No habría tomado ella, inconscientemente, la acción de Nerón para fundirse en su mito, para despersonalizarse e introducirse en otro, perdiendo de esta manera su fin primordial, crear? Su rostro esbozó un infantil gesto de malhumor. ¡Nerón! ¡Qué tontería! Sin embargo, algo se removía en ella, algo que moldeaba una llave para abrir algún negro trasfondo telúrico e introducirla en él, presa en las redes del monstruo más incógnito y terrible que haya existido nunca. Se asustó.

Luego un espacio vacío lleno de rostros y pantallas. Se vio transformada por un vaho celeste que acumulaba sus huesos en forma sorprendente. Estaba acostada y era muy tarde. Percibía un sonido flojo y agudo procedente de la bañera. La figura humana recibiendo con cara estúpida el agua bienhechora, el agua que lava, el agua que higieniza, el agua que remedia el sinfín de los daños cometidos por el no-agua, el agua del agua. ¡Qué falta haría un nuevo diluvio! ¡Un torrente que arrebatase las eternas cantinelas domésticas! ¡Y el eterno girar de las palabras muertas! ¡Y los rostros sorprendidos! ¡Y saben quién murió?... ¡Mmmmm! ¡No me digas! No. ¡No puede ser! Si justamente ayer... Estrechó su mirada en un lamentable gesto de olvido. ¡Oh, poseer una palanca mágica que impida escuchar esas voces, esas palabras! En el sueño de su noche, aspiraba con dificultad el aire con gusto a tabaco que la rodeaba. Venció su malestar prometiéndose pensar en un país lejano, en la luna, en el ensueño de los seres que amaba, seres inexistente e irreales como ella misma. Soy un trozo de humo solidificado. Soy un residuo que alguien olvidó en el Olimpo. Se veía tan universal a fuerza de no verse. Un globo color verde la llenó de sueños rosados, pero su cuerpo no quería saber nada con la intangibilidad. Sus párpados caían, lentos y aburguesados.

Algo la despertó. Supo después que se había levantado y alguien (seguramente, su madre) la acarició al pasar diciéndole “buenos días”. El espejo refulgía de ojos cansados y pelos revueltos Se rió divertida contando los ojos. Eran dos. ¡Eran sus ojos! Tocó su rostro proveniente de allá, de la región desconocida plena de sueños que ahora no recordaba. Intentó atraer alguna señal que le permitiese el acceso consciente a

ese mundillo nocturno del que acababa de surgir tan pálida como un habitante imaginario de la luna, cansada como una guerrillera valerosa; aspiró fuertemente sintiendo que su cuerpo se llenaba de un olor vivificante, olor de las mañanas, olor de café y de sol. Poco a poco sus ojos se abrían hacia el extraño arco iris matinal. Sus ojos eran el verde que faltaba para completar el prisma cotidiano.

Rió al pensar que para eso estaba ella, para dar el tono necesario, para impedir la acumulación de colores inexactos. El sol se vio lanzado en un formidable cohete que realizó la trayectoria de la mañana a la noche en el tiempo que ella empleaba para bostezar. Se extrañó, por supuesto, al no ver el sol ni la luminosidad diurna. Se extrañó al encontrarse sentada frente a su mesa, a la luz artificial, al florero lleno de pinceles humedecidos. ¡Claro! Había estado pintando, dando formas a esos rostros que caminaban por su alma. Sus manos parecían sangrar, magníficas en sus manchas rojas. Sus manos estaban cansadas, muy cansadas. ¿Cuántas horas estuvo pintando? Cinco, seis. El día pronto finalizaría. Un día más. Como un soplo negro, sintió un dolor agudo que apuntaba hacia su corazón. Se sentía angustiada por su paseo. Había caminado erguida e incómoda en su traje demasiado elegante para su gusto, mirando rostros y casas.

La angustia siguió caminando, solitaria y desdenosa. Se sintió liberada, pero una sensación sombría la despegaba del tiempo, algo nauseabundo y extraño lleno de olor a féretro y flores putrefactas. Abrió los labios recordando que hacía dos días que no pronunciaba una sola palabra. Oyó un chasquido como una queja endeble, que provenía de su boca

hermetizada. Con gran esfuerzo y desesperanza dijo:
“Es el fin”.

Sensación fuertísima y premonitoria. Algo está por venir: un gran dolor o una tremenda alegría.

26 de septiembre

Quebrada en el diván, asisto inquieta y divertida a la ilógica ansiedad que salta dentro de mí. El temor al futuro me previene sigiloso: ¿qué será de mí?

El presente truhán y bohemio no admite amonestaciones verdosas y macilentas. Los anhelos vierten su sed infinita en mi cáustica, desconcertada interioridad.

Entro en una librería desconocida. Me dirijo a los anaqueles coloreados, llena de curiosidad y tensa de emoción. La esperanza de hallar “algo nuevo” es quebrada por la voz del empleado que me pregunta qué títulos busco. No sé qué decirle. Al fin, recuerdo uno. No está. Hubiese querido seguir mirando, pero sentía sobre mí el peso de esa mirada comerciante, tan estrecha y desaprobadora ante alguien que “no sabe” lo que quiere. ¡Siempre lo mismo!

¡Siempre hay que aparentar la posesión de un fin!
¡Siempre el camino rectamente marcado!

ANSIAS

Pienso en ÉL. En todo lo que tocan sus manos
plasmadas de esmeraldas, y digo:

Feliz tú, libro, que sientes la calidez de su piel. Tú
que no lo deseas. Libro, señor libro, hermano libro,
feliz tú, feliz usted, que recibe la inmarcesible tersura
de sus dedos. Feliz tú, papel blanco lleno de dibujitos
indelebles. Tú que no lo amas.

Tú, que con solo mostrar tu desnudo perfil recibes
el abrazo de su mirada. ¡Feliz tú, hoja de papel en
blanco! ¿Y usted, señor suelo? ¿Qué decir de usted,
usted que tiene el honor de recibir su paso, usted que
lo sostiene, usted que es marcado por su maravilloso
ritmo? ¡¡Feliz de usted, señor suelo, feliz de usted,
usted que no lo desea!! ¡Oh escaleras brillosas, vasos
inertes, cubiertos indiferentes, trajes irreflexivos,
sillones insulsos, útiles impersonales, felices de ustedes,
que lo ven, que lo sienten!, ¡y no lo anhelan!

Estoy exaltada. Coordinemos.

¡Oh brújulas vencidas, venid a mi alma! Es la
primavera: los cantos de los pájaros, el aroma del
polen, las amapolas sonrientes. Es la primavera que
atenta contra mi invernal y dolorosa celda. La estufa se
muere de hastío. ¡Serenidad! ¡Serenidad! El yo huye de
mí hacia las plazas, a atraer marineros, a comprar flores
de maíz quemado y caminar cantando “je t’endrai”
[sic]. Mi garganta ríe deshojando el cadáver de una
violeta muerta. Mi amplia frente de intelectual venida

a menos, mira al cielo y al libro de gramática y dice:
Merde!

Lunes

Un calor longitudinal y fatigoso mece mi cuerpo sepulto en los edredones voluminosos. El sueño cae misteriosamente a mi cuerpo y lo toma suavemente. Acá, entre el cansancio y el humo, entre el Miedo y las ansias inmortales, me digo: he de escribir o morir. He de llenar cuadernillos o morir.

8 y 1/2 h. Mi cuerpo no quiere levantarse, sino seguir durmiendo. Entreabro los ojos, aspirando los objetos de la habitación. Los cierro de nuevo, suspirando. ¡Cuántas cosas pierdo! ¡Cuántas sensaciones, vivencias, aprendizajes! ¡Todo por morir un poco más! ¡Todo por vivir menos, en ésta, mi dolorosa e irreal realidad!

Y esa voz que te grita vives y no te veo vivir.

VICENTE HUIDOBRO

Son las cuatro de la tarde. ¡Oh, sol! ¡Oh,
árboles humildes
plenos de verde! La primavera se me presenta
como una epopeya
popular que extrae todo hacia un exterior
horroroso
porque yo no pedí nacer en forma de signo de
interrogación

porque yo, mujer crisálida, no tuve la fuerza de
nacer cadáver
porque yo, en fin, llevo un alma rociada por
diez y nueve primaveras angustiosas
por eso me quejo en diez y nueve arpegios
delirantes
mi frente enloquece de amargura
mi garganta cose los hilos desgarrados
uno más uno
uno más uno
porque ya tengo mi vestido preparado con mi
gran corte en el alma para que la golpeen
porque me dicen que es la fiebre del siglo
veinte que nos atora
porque yo, alejandra-mujer-angustiada, no fui
valiente y no nací sin ese vaho azul que llaman
oxígeno
por eso lloro y escribo mi hojita diaria y la
embellezco con dibujitos (nada meritorio, ya
sé)
por eso gimo y no me digo ¡adelante!
por eso clamo y repito mi canción: ¡dolor!
¡dolor! ¡dolor!
¿alguien te ayudará?
¿alguien alguien?
meticulosa, hermana, y tranquila
respira cantando uno dos
sonríe abriendo los brazos
blancas son las nubes
ya lo sabemos
todo sabemos
menos la putrefacción publicitaria del para qué
insidioso
musiquita indiferente

cozita [sic] del cielo
¡calla! escucha de allí, de allí
la voz que viene y se acurruca en tu alma
¡ah! ¿te sientes natural, ente cuadrado?
¡ah! ¿oyes el vibrar de lo maravilloso?
¡no hables! ¡calla! ¡besa el silencio!
¡no! ¡nadie te ayudará!
te hundes en la despejada marcha de los
transeúntes
narra la historia de cada sombrero
lee el caos que celebra un festín en
todos los ojos
da vueltas y vueltas ¡ríe!
señala los números y aguanta el estrépito
celebra un acto mórbido y apaga las luces
¡nadie te ayudará!
no pienses en rostros
ya sabemos. ojos, narices, boca
¡sabemos demasiado!
ése es nuestro terror
¡oye! toma un libro y adórnalo con flores de
violetas muertas
suspira insuflando el aire amarillo al molino
que ayuda a los poetas
¡haz algo y olvídate de todos!
nadie te ayudará

eres mi ornitorrinco
el pájaro más bello que haya existido jamás
eres un abanico
el árbol que brota del alma de otro árbol
eres una queja
el techo más amable de la campaña azul
¡oh! eres todo todo todo

ornitorrinco abanico queja
¿qué importa?
¡eres eso y mucho más!
¡eres todo todo todo!
(¡y caes lo mismo!)

la flor es la voz de la tierra.

el viento es un trozo de oxígeno disfrazado de fantasma, que vaga silbando una canción que nunca pasa de moda.

una cerda es una señora burguesa, muy gorda, que fue raptada por los indios que reducen los cráneos de los blancos pero que con ella se salieron de la norma acostumbrada y le redujeron todo el cuerpo; luego de rasurarla, la encerraron... pero se olvidaron un rizo en el trasero.

el reloj es un viejo que murió de un ataque al corazón y luego resucitó (para vengarse de los que se sentían molestos con el ruido de sus latidos).

1.º Versos de Safo.

2.º Cap. I. ¿Cómo se conocieron Chris y Ann? ¿En la calle, en un café, en una reunión, en una plaza, en un yacht, en un colectivo, buscando un taxi (subieron ambos)?

¿Qué hace Chris? Escribe.

¿Qué hace Ann? Pinta.

Hay un alejamiento intermedio (¿Por qué?)
¿Hastío? ¿Disensión? ¿Infidelidad? ¿Odio? ¿Ofensas?

28 de septiembre

Una joven pregunta malhumorada: ¿Es que no puede llover sin tronar?

Eternidad: humo gris azulado // Sensación de retorno infinito. Nombre grabado en las hojas de los árboles // Escenografía pletórica de niebla // Nave solitaria hundiéndose en la lejanía // Dante, Shakespeare, Goethe, Bach, Goya.

¿Quién me enseñó el nombre de Shakespeare? Nadie. Nací con este nombre grabado a priori en mi nebulosa. ¡"Esto" es eternidad!

La mayor parte de la población israelita rehusaba considerar sus derrotas como actos provenientes de la ira de Yahvé, rehusaba fructificar esos fracasos y soportarlos como necesarios para reconciliarse con Yahvé y para llegar a la salvación final. ¡No!

Era mucho más cómodo para ellos atribuir la desdicha a un accidente o a una negligencia, fácilmente reparable por medio de un sacrificio. Muy pocos aceptaban auténticamente (hecho que ocurrió también en muchos cristianos).

"El hombre quiere trascender definitivamente su condición de existente."

Elevo los brazos y caigo en el vacío. ¿Qué hacer? ¿Qué vivir? ¿Cuánto? ¿Cómo? ¿Dónde? Y... ¿por qué?

¡Riiing!

Bajo fastidiada. Una humilde mujer ha tocado el timbre. Viene a ofrecerse como sirviente. La miro:

morena, mal vestida, grosera, con una horrible voz agudizada por el hambre (quizás). Le hablo. Para mí, su imagen no es más que una experiencia, es un “modelo” de la clase que representa. Nuestra conversación merece de mi parte la consideración de un juego empírico. Y, ¿cómo será para ella? ¡Ah! Es algo muy serio. Acá se debate su trabajar o no; su vivir o no; su subsistir o no... Creo que no fue posible hallar un golpe más brusco para mi angustia trascendental.

De pronto, siento náuseas de mi resignación de ser-para-la-muerte. ¡No! ¡Quiero liberarme! ¡Quiero vivir!

Caen los golpes. Compruebo que no es posible escribir bajo el “dolor puro”. Hace unos instantes me sentía tan, pero tan angustiada que, cuando traté de concretar por escrito mis emociones, la pluma resbaló de mis dedos llorosos.

El hecho es que una gran dicha o una gran desgracia nos reducen al balbuceo... excepto si hablamos de ellas a distancia, en el dominio del recuerdo...

V. OCAMPO, “Felix culpa”

¡Háblenme de los hebreos en el desierto!
¡Háblenme de los pobres que mueren de hambre y de frío!
¡Háblenme de los clavos de Cristo!

¡Háblenme de los condenados a la hoguera!
 ¡Háblenme de las madres con sus hijos
 muertos!
 ¡Yo! ¡Sólo yo sufro!
 Yo, que estoy tomando un exquisito café y
 aspirando la dulce fragancia de este cigarrillo.
 Yo, que planeo una perfecta apertura social
 para la próxima semana.
 ¡Yo! ¡Sólo yo sufro!
 Yo, que mientras escribo sonrío a una mosca
 que mastica azúcar y lloro de soslayo para no
 humedecerla.
 Yo, sentada, ignota y primaveral riendo de mi
 jactancia extravagante pero mía.
 ¡Yo, sólo yo sufro!
 ¡Háblenme de gitanas sucias y despatriadas!
 ¡Háblenme de estrellas sin cielo!
 ¡Háblenme de flores sin pétalos!
 ¡Yo, sólo yo sufro!
 ¡Sí! Acá, en mi verde umbrío rincón.
 ¡Sí! Acá, mientras vivo danzando en la cuerda.
 ¡Sí! Acá, mustia y pegajosa, llorosa y dolorida.
 ¡Yo! ¡Sólo yo sufro!
 umbrío vidrio estridente marea
 al filo sin son de la tarde muerta
 tres dríades duermen sentadas
 en mi ser cansado ya sin llanto
 sombría y terrestre adrede
 me extraigo
 una verde sonrisa sangrante
 ¿dónde vas, labio muerto sin fondo?
 ¿dónde vas, impetuoso lanzallamas?

Alejandra: recuerda. Recuerda bien todo lo que has oído. Primeramente, debes aprender a separar el sueño de la vigilia. Recuérdalo, y no pienses que “estás desnuda o llevas un traje de vidrio”.

¡Levántate! No puedo... quiero leer, entender, asentir sonriendo y decir: Esto es lo que yo pienso.

Clamo a ÉL, mi único dios, mi único amor humano, mi único sostén. Le ruego que me dé fuerzas para poder levantarme de la cama en la que yazgo hiperexcitada y enferma.

¡Milagro!

Siento una mejoría que viene de muy lejos. Sí. ¡Acción! ¡Ya estoy disponible! (¡Pero cómo quiero llorar!)

Mon plaisir en serait plus dans le monde, mais dans la littérature.

PROUST

Domingo. Lento y opaco domingo lleno de garras oscuras que atraen misteriosamente las horas.

Domingo. Las sombras cubren mi tristeza que desciende simétricamente hacia el vacío.

Siento una profundísima melancolía. Sombras, dolor, vergüenza de no ser, todo, todo, tan feo, tan triste, tan ausente, tan estático. Quiero morir.

Dentro de unos instantes, moriré. Abriré mis venas con un cuchillo.

¿Qué puedo decir? ¿Qué valor pueden tener mis palabra, ahora, que ya es el fin?

¡Morir! ¡Claro que no quiero morir! Pero, debo hacerlo. Siento que ya está todo perdido. Lo siento claramente. Me lo dice la fría noche que nace desde mi ventana enviando mil ojos que claman por mi vida. Ya nada me sostiene. Pienso en usted, y algo, desde muy hondo, rompe a llorar. ¿Debo pensar que por usted es necesario vivir? Mi razón así lo afirma. Pero, la orden imperativa de este momento es un terrible grito que sólo dice ¡sangre!

¡Morir! Ya nada me queda...

Todo se esfumó y yo quedé en la nada. Y así estoy ahora. ¿Puedo pensar que debo vivir? ¡No! ¡No! ¡He de morir! Y ¡ahora! Tiene que ser ahora. De lo contrario, no será nunca. Por última vez, le digo de mi amor.

DOLOR

¡Llorar! Se acarició el rostro. Sentía una profunda tristeza por su tristeza. ¡Llorar! Naufragaba en un mar melancólico; hondamente, llanamente, melancólico.

Tomaba lenta conciencia de su sufrimiento, sufrimiento agudizado por la visión de su espera vacía. Calculó los residuos de esperanzas que yacían en su alma: ¿qué esperar?, ¿cuándo?, ¿hasta dónde?, ¿por qué?, ¿para qué? Su interior se deshacía paulatinamente

como un grifo mal construido. Algo goteaba horribles partículas de dolor. Algo, algo. Quiso sonreír, pero sus pestañas latieron ante la humedad que afloraba a sus ojos. Pensó que solo le restaba morir. Atisbó su alma para comprobar el efecto que le producía esta palabra fatal: morir. No. Sólo nada. Su alma asentía en silencio. Ya no le importaba no ser. Quiso sonreír y el llanto sobrevino. ¡No ser! Y ahora, ¿acaso ella era? ¿Qué era? ¡Un grito de dolor! Un simulacro fastidioso de agonía humana que ocultaba un prosaico y pequeño fracaso: ¡el de su vida! Quería atribuirse la responsabilidad del vértigo universal, cuando en realidad no era más que una partícula llorosa y humillada por esa vida tan dura y tan mala, ¡¡vida que no comprendía, vida que no intentaba comprender, vida que no aceptaba!! Tornó a sufrir. Pequeño lagrimeo. ¡No! Todo estaba muy bien, muy correcto, muy sensato. Su cuarto vibraba de orden y belleza. Su cuerpo bien vestido y perfumado. Sus uñas luminosas, su rostro bien compuesto, su pelo simétrico y su frente intacta. Contempló sus queridas posesiones. Sí. Todo estaba muy bien, menos ella, la pobrecita ella, tan dolorida, tan pero tan dolorida que se sentía estallar. Era algo que la mordía por dentro, algo fiero y oscuro y grande y tremendo. Algo la castigaba por sus pecados o por sus virtudes o por su vida o por su muerte. ¿Cómo saberlo? Oyó un horrible chirrido, como de una tumba, que se abalanzaba sobre su nuca. Oprimió los pies contra el suelo, fuerte, muy fuertemente. Sentía que su cuerpo se estiraba, cada fibra, cada tendón, se iban y volvían elásticamente, como en los films de dibujos animados. Cerró los dientes hasta empujar todos los dolores de su cuerpo y concentrarlos en sus mandíbulas. Sufría. ¡Cómo sufría!

El dolor laceraba su ser hasta convertirla en un impresionante hilo tenso que al menor roce producía sonoridades sorprendidas. No quería pensar en su dolor, pero éste estaba dentro de ella, delirante, acalorado por alguna fiebre misteriosa. Unos ruidos extraños burbujeaban en sus sienes marcando heráldicamente el lugar en que ella tenía que apoyar los dedos y frotar, muy suavemente. Los dedos bajaron al sitio en que estaba el corazón. Se asustó al sentir ese vibrar tan uniforme y tenso. Un segundo más y lo iba a ver estallar, volar en mil pedazos, como un globo terrestre de goma pinchado por una espina, ese mismo globo terrestre que era su abstracción del mundo, de su mundo que desaparecería con su muerte. Estaba decidida a llevarla a cabo, pero había un pero que rompía silenciosamente su resolución. Contempló la pluma y la acarició. Como una flecha venenosa, la contaminó un deseo: escribir, escribir. Deseo que introducía a la muerte en un barco irretornable, deseo que aumentaba el mercurio de su angustia, deseo que cortaba su pobre espíritu y arrancaba los testigos de sus frustraciones, de sus impotencias. La tentación de arrojar la pluma por la ventana, al mundo exterior, odiado y temido, se hizo fuertísima, pero sabía que esta pluma solo era el símbolo de su ardiente apego a las figurillas conmovedoras de su escritura. Nuevamente, se sintió desolada. El sol aciago cegaba sus pupilas. Vibró su dolorida frente. ¡No! ¡No era el sol! Era su llanto, su modesto y silencioso llanto, que cubría su rostro, no para lavarlo, como una lluvia beneficiosa, sino para hacerle llegar a todo su ser el testimonio de su desdicha, de su terror, de su vida perdida. Trató de ocultarse, de sonreír aun cuando la falsedad de su alegría fuese conciente. Quería hundir su mano en el

dolor y agarrarlo como a un objeto próximo y estático y oprimirlo y expulsarlo de su cuerpo fatigado. Pero no, su dolor era como un [palabra ilegible] indomable, imposible de aferrar. Pensó en Dios, en algún elemento supremo a quien elevar sus quejas y pesares, alguien contra quien clamar o blasfemar. No. El cielo era una masa presente y azulada. Ni por asomo se le ocurrió que Dios podría estar detrás, o encima o, como le habían dicho cuando era niña, en todas partes. Recordó que se había asustado. Recordó que lo imaginó como un fantasma blanco lleno de ojos negros. Pero, ahora, ¡ahora, pobrecita ella!, no atinaba a encauzar su dolor hacia esas terapéuticas ultraterrenas. Cerró los ojos. Ahora el dolor caminaba por su sangre, a pasos gigantescos, torturadores de su ser, que ella temía como a todo. Inspiró hondamente. Nada. Con sumo ingenio, sus resortes angustiosos se entretenían en escribir sobre la superficie de su alma. Escribían NADA, con grandes caracteres luminosos, NADA imborrable y dolorosa, NADA desde lo más profundo de su alma. ¡NADA! Siguió pensando en la muerte. La tinta de la pluma languidecía, por lo que ella dijo: “¡Maldita lapicera!”. Y rompió a llorar.

CUADERNO DE JUNIO Y JULIO DE 1955

Junio

Aparentemente cada cosa tiene su sustituto.
Sustitución que se sucede infinitamente. Yo creo que
nada se reemplaza.

En este momento, estoy escribiendo sobre la mesita
de un café. A intervalos imprecisos suspendo la pérdida
del líquido tinta para compensarla mediante el líquido
té. Sé que es una sustitución irrazonable. No cuerda.
Pero no es esto lo que yo quiero expresar. Intento fijar
este momento in-sus-ti-tu-i-ble. Mañana podré estar
acá de nuevo haciendo y pensando Lomismo [sic].
Pero nada se igualará a esta inefable presencia
angustiosamente temporal.

Ninguna dificultad se compara a la de explicar
pacientemente a una persona mediocre la raíz de
nuestro desencasillamiento. De nuestro
disconformismo. De nuestra INMORALIDAD.

El hastío es una botella llena de agua mineral con
un pequenísimos agujero en el fondo; cada minuto

pierde una gota. Es cuestión de esperar que se vacíe o estrellarla aguantando el infernal estrépito.

Se habla del sol, de la luna, de las estrellas. ¿Y si no serían [sic] más que prejuicios que nos obsequiaron al nacer? Prejuicios contra la posibilidad de su no-existencia. Sea como fuere, ¡que no llegue jamás el momento de abrir los ojos!

“¡¡Haber nacido para vivir de nuestra muerte!!”,
gime César Vallejo.

El rostro de Van Gogh. Humano demasiado humano. Su cabeza rapada para desafiar a los pájaros. Su mentón encerrado en la atmósfera de los amarillos. Y la nariz recaudando borrascas. Y los labios absorbiendo pinceladas. Y la frente mirando el haz que camina tentador luminoso. Y los ojos. ¡Los ojos! Como las negras piedras que se arroja contra los solitarios. Con la más insignificante reducción de Lo Terrible. Dramaticidad insoluble. Vértigos zambullidos. Alambres traspasados por las pupilas de las piedras. Raíces magnéticas que jamás se desarrollan...
¡Humano! ¡Demasiado humano!

Quisiera pensar en algo sublime. En el nacimiento del hombre, en los sacrificios de Oriente, en el asta de la bandera de Etiopía. Quisiera electrizar mis ojos y sacudirles su inercia doméstica. Quisiera levantar mis piernas, manchar el cielorraso, arrodillarme junto a un sapo ahogado, clasificar los tonos de un pétalo, registrar los bolsillos del rey de Suecia, distinguir al tacto los cuatro reinos animal, vegetal, mineral y humano, revivir los éxtasis de Juana de Arco exhalando

albores para destruir el fuego, recoger las mieses de una
chacra irlandesa, pasear a hurtadillas por la nieve muda
de Siberia, regatear bambú en un kiosco chino, sonreír
al simio en la negrodorada noche de un ukelele
sorbiendo un coco de la isla de Hawai, elevar los
párpados, subir a lo más alto, agitar los brazos como
campanillas estremecidas y gritar a todo: ¡Soy
universal!

Suena el despertador. Estiro mi angustia.
Desmenuzo el frío vistiéndome en la auténtica
oscuridad que enmarca las 6 horas.

A lo lejos, los flacos pómulos de mi amado César
me susurran conmovidos: ¡¡Ya va a venir el día / ponte
el cuerpo!!

C'est la vie mort de la Mort! (C. V.)

Matin d'hiver lèvres fermées (P. É.)

Es como si a una le hundieran mil dedos en los
huesecillos del cuello. Es como si las ebrias risas se
revolearan como flores muertas. Es como un soplo
terrible que ahoga el alma hasta la llegada del querido
llanto (my dear tears).

le cri de son angoisse

En estos momentos el universo se reduce a cuatro paredes, trescientos libros, ruidos prosaicos, mi fantasma vagando y mi alma ansiosa de esparcir tentáculos en todas partes. Madame Angustias sonrío orgullosa de su nuevo vestido. “¡A donde vaya habrá sed de correr!” ¿Pero es que hay algo más dramático que esta pobre alma mía en las cuatro paredes, llorando y gimiendo por reproducirse en todo? “¡Galeote dramático, galeote dramático!” “¡Es como si me hubiesen puesto aretes! / ¡Es como si me hubiesen orinado! / ¡Es como si te hubieras dado vuelta! / ¡Es como si contaran mis pisadas!”

¡Amado Vallejo! ¡Mi adorado poeta triste! ¡Tú con tus huesos hambrientos y el pelo revuelto y la nuez anhelante y el torso partido y el sentir escabroso y la soledad y el sexo balbuceante y la soledad y el ojo vestido de gris y la soledad y el amado lloro de siempre y la soledad y los golpes de la vida tan fuertes y la soledad y el yo no sé, el porqué de tanto daño, de tanto golpe duro y malo, de tanta suciedad pendiente y la nada y lo horrendo y el mefistofélico bastón en quien no apoyarse y el bendito Dios que camina junto a ti y el terrible exilio de los eternos fugitivos, y las calientes lágrimas una más una hasta la ecuación imposible y los dulces monos de Darwin agitando veinte dedos por cabeza y el tric-trac de los huesos pidiendo un trozo de pan en que sentarse! ¡¡¡¡y y y y la soledad el llanto la angustia la nada y la soledad!!!!
¡¡¡¡Amadísimo queridísimo César!!!! ¡¡Hasta cuándo!!
¿¿Siempre?? Lloro.

¿Sabéis en qué consiste la individualidad?

En la voluntad consciente. En la consciencia de que uno posee una voluntad y que es capaz de actuar.

Sí, esto es, dicho de un modo maravilloso.

Diario de KATHERINE MANSFIELD

Soy un signo de interrogación rodeado de ojos y de fuego. Mi base es un cenizero [sic]. Mi cabeza es humo que asciende en ondas grisazuladas.

La viudez de mi destino enmarcó mis huesos. Tengo lo oscuro que vaga silbando en mis aterrorizadas vísceras. Tengo la jocosa maraña de inimaginables plebiscitos artísticos. Tengo la burda emboscada de mi ardor innato. Y tengo mucho más que no digo, pues ya es tarde. Muy tarde. Tengo dieciocho años.

Pensar en la novela, o en las cartas a Andrea. Convencerse de la importancia secundaria del argumento. Lo esencial son los trozos de caracteres. Tiemblo por mi subjetividad. Desconfío de mi constancia. ¿Cómo podría lograr llegar hasta el fin?

Pienso que actualmente todo argumento sería autobiográfico. No tengo el menor deseo de crear seres felices, ni países que no he visto ni situaciones en que no intervine. Tal es mi egoísmo o lo que sea. Cierro los párpados y recorro mi vida. Sonrío. ¿Se la puede llamar intensa? Creo que sí. Inconscientemente intensa. Cada día lo siento más. Cada minuto tomo más conciencia de mí y mi sonrisa se amarga. Me siento agotada. En estos momentos oigo los furiosos arranques de algún jazz-band cercano. Risas, fiesta, baile, bromas,

hermosos vestidos y el corazón saltando. ¡Cuán lejano!
Es como si hubiese sucedido hace veinte años. Mis ojos
se irritan. Sí. Estoy agotada. Deshecha. Me pesa el
disfraz de extravagante originalísima, de niña
adorable, de liberal, de todo. Me siento desdichada...
¿y la novela?

Me gustaría una novela autobiográfica, pero escrita
en tercera persona. Por supuesto que comenzaría en
mis diecisiete años. Lo anterior no tiene interés. (¿Y
todas las escapatorias de tu ambiente? ¿Y tus sollozos
en las escaleras? ¿Y el temor a los lazos?)

Pero pienso que hay que escribir cuando se tiene
qué decir. ¿Qué diría yo? ¡Mis angustias! ¡Mis anhelos!
¡Mis invisibilidades!

Una descripción del Atelier.
Los patios de la Facultad.
Las charlas del Florida.

27 de junio

Ningún libro puede ya sostenerme. Dostoievski me
aburre. Nietzsche me deja insensible. Siento un caos.
No sé por dónde empezar.

El vacío. Apollinaire aconsejaba para vencer el vacío
escribir una palabra luego otra y otra hasta que se llene.

Me siento como un bicho de laboratorio. Como si estarían [sic] probando los efectos que produce el vacío, la nada. Una dice que no se aburre nunca estando sola. Sí, es cierto. Pero con libros, música y humo. Ahora no tengo fuerzas ni ganas de leer, fumar o escuchar música. Y eso me desespera. Es como si hubiese perdido la facultad de gozar. Nada me conmueve. Mis párpados se cierran. ¡Dormir!

¡Soy Argentina! Argentum: plata. Mis ojos se aburren ante la evidencia. Pampa y caballito criollo. Literatura soporífera. Una se acerca a un libro argentino. ¿Qué ocurre? Viles imitaciones francesas, modismos en bastardilla, fotografías pesadas del campo. De pronto aparece un escrito rrrrealista. ¡Magnífico! Encuentro entonces palabras como “puta” escrita cincuenta veces o diez variaciones más made in Dock Sud: descripción de la viejita, del mate y de doña XX. O si no una bibliografía de los mejores libros clásicos o unos cuentos del tiempo de los valsecitos y las crinolinas, o un affaire in love en las montañas cordobesas llenas de cabritos y ¡de nuevo! mates amargos.

¡Siento que mi lugar no está acá! (ni en ninguna parte quisiera decir). Me encanta elucubrar por escrito. Quizá mi queja contra mi patria sea agresión nacida en base a alguna impotencia literaria. Pero ¿qué ocurre si escribo una pasión como lo ha hecho François Mallet o Célia Bertin o aun Françoise Sagan? ¡”Degenerado” es el rótulo!

¡Bah! Y vuelvo a decir con Rimbaud: Encuentro sagrado el desorden de un espíritu.

El Dr. R. dijo que un cuento es una novela frustrada.

Árboles castrados. Conmueven. Parecen tan humildes, tan inocentes. Su postura es la misma que antes, cuando cada brazo refulgía de verdes dorados. Árboles cortados. Erguidos a pesar de todo. Dulce espera de la primavera. Recuerdan las hojas caídas. Recuerdan las sombras gigantescas. Esperan y esperan. Nada se reemplaza. Ya vendrán grandes ramas que, a lo mejor, serán más bellas que las anteriores. ¿Por qué no podrá sucedernos Lomismo? Florecer. Un golpe de hacha. Desnudez impúdica y digna. Espera. Nuevos brotes. Otro florecimiento. Y luego Lomismo y Lomismo. Es decir que anhelo un golpe de hacha que quiebre mis ramas actuales. Quedarme desnuda y esperar sonriente.

Anhelos de viaje. Sonreía amarga cuando André Gide me decía el otro día: “Cuando veáis las arenas del desierto” o “esa extraña flor que encontré en Biskra”. Y yo elevé los ojos al humo que golpea contra mi ventana. A las amarillas paredes y a los cables.

Anhelos de viaje. No a la manera de antes que era huida. ¡No! No a la manera de C. Vallejo (a donde vaya habrá sed de correr). Tengo sed de belleza. Sed de colores. DE cielos limpios.

A la memoria de X. A.

Recuerdo a la prof. de Geografía de 3er año. ¡Mujer maravillosa! Junto al mapa de Europa, cerraba los ojos; con ademanes de ciego guiaba sus dedos balbuceantes a través de los lugares más bellos; St. Moritz, Cannes, San Sebastián, Niza, Mallorca... Y su hermoso rostro sonreía reminiscente. Exhalaba poesía. Mar. Cielos profundamente azules. Y decía con voz incitante: “Cuando ustedes se acerquen a la estación y saquen pasaje para St. Moritz verán perfectamente el cerro XX”... ¡Perfecta enseñanza de la Geografía! Mi corazón se disolvía de anhelos. Luego, al final de la clase, me acercaba a ella y le preguntaba cuál era el lugar en que el sol brilla más o en donde encontrar el cielo de un azul más puro. Y ella me hablaba y su cuerpo parecía sagrado. Cuerpo que roza las paredes del Vaticano y las olas del Mediterráneo. Ahora su cuerpo roza mil partículas terrestres. ¡Querida señora de Arruta! Mujer barco alado.

Ojos de horizontes lejanos.

Disciplina. Orden. Aprendizaje.

Estudio gramática.

¡Pensar que mientras yo fumo tranquilamente mi inconsciente se debate entre una vida árida o productiva! Y todo este escándalo electoral tengo que soportarlo dentro de mi pequeño cuerpo. ¡Pesada cruz!

No sé escribir. Quiero escribir una novela, pero siento que me falta el instrumento necesario: conocimiento del idioma. Creo que editarla sería lo de

menos. Me considero predestinada a encontrar siempre un editor. ¡No en vano una vive en pose! Ironías aparte, ¡mi problema esencial es escribir, escribir y escribir!

¡Terribles rincones vacíos del cuarto! Cada uno se llena con la deseada presencia del ser amado. Rincones desnudos. Los dedos se retuercen en el aire tratando amorosamente de hallar Esos brazos, Esos ojos, Esa boca...Y ninguna magia activa su renombre. Todo es en vano. Nuevos deseos. Nuevas frustraciones. El nombre expirado por los labios no resucita en ningún rincón. ¡No! ¡Dios mío! ¡No!

D. nombre de amor.

Diosa de la caza, hija de Júpiter y hermana de Apolo.

Adoro el invierno. Es el depositario de mis culpas. Es la bolsa achacosa de los remordimientos. ¡Creer que esta soledad, este desamparo, esa desesperación, esa angustia se deben al frío!

Tocar a la muerte tan de cerca que una no desee entonces más que vivir.

Busco la clave inaudita situada ¡allí! Sí. Junto a la ceniza, entre los paredones inextinguibles, frente a los cielos, bajo los huertos. ¡Sí! Busco. ¡Busco allí!

Del diario de Baudelaire

Yo no pretendo que la Alegría no pueda asociarse con la Belleza, pero digo que la Alegría es uno de sus adornos más vulgares, mientras que la Melancolía es, por decirlo así, su ilustre compañera, llegando hasta el extremo de no concebir (¿será mi cerebro un espejo embrujado?) un tipo de belleza donde no haya Dolor.

Cuando logre inspirar el asco y el horror universales habré conquistado la soledad.

Nada existe sin un fin. Por lo tanto, mi existencia tiene un fin. ¿Qué fin? Lo ignoro.

Sentimiento de soledad, desde mi infancia. A pesar de la familia, y en medio de mis camaradas, sobre todo, sentimiento de un destino eternamente solitario.
CH. B.

Observar esos árboles con ramas que parecen agujas de cera inclinadas promiscuamente por el viento. Uno de ellos sombreaba un alto y angosto edificio. Arriba, la terraza se dejaba acariciar por un cielo azul sucio.

7 y 1/2 h. La Boca.

ese furioso deseo de hacer retroceder el tiempo un minuto siquiera, para deshacer o completar algo cuando es ya demasiado tarde.

FAULKNER

Hojeando las novelas policiales se me ocurre preguntar cómo es posible escribir tanto sin decir “dolor”, “vida” o “angustia”. Aborrezco esa estúpida deshumanización. Ese actuar sin raíz. Ese horroroso desprendimiento de lo más vital e importante. Debe ser por eso por lo que he dejado de ir al cine. Cierta escena de *A Streetcar Named Desire*. Aquella en que una mujer (madame Lamort) gime: ¡¡Flores para los muertos!! ¡Nada más sublime! Fue como darme un diploma de Neurótica honoris causa. (Muchos espectadores se rieron.)

Ciertos seres son mis camaradas de llanto: Hamlet, Blanche Dubois, Vallejo, Palinuro, Baudelaire. Si no sabría [sic] de sus existencias, moriría tecleando en la Underwood de algún cajón comercial. Con ellos, el humo de mi cigarrillo consume las mejores horas.

Ya lo decía Emerson: El mundo no es nada; el hombre es todo. Pero Emerson no me llega. Es frígido. Cobarde.

Hay cicatrices que se rebelan para volver a su condición primera: heridas. Y su frenesí no se

conforma tampoco con retroceder un ciclo: quieren el acto nuevamente.

Ejercicio n.º 1

29 de junio

Sangre de un ser humano de 19 años y 2 meses de edad.

1 de julio

Comienzo a leer À la recherche du temps perdu. Llego a p. 14. ¡Qué análisis tan sutil! (“y me pongo a pensar y a sentir, lo cual es siempre triste”).

Por avenida de Mayo un ciego vende lápices y agita una campanilla. En las escaleras del “subte” una ciega entona un cántico muy antiguo. Pasa un hombre de espeso pelo rojo y mullidos bigotes también rojos. Sus anteojos verdes repelen la estética. Se manifiesta

inquieto. Me pregunto cómo puede soportar esa carga de tonos tan horrendos. Después, hay tres o cuatro seres vestidos de negro. Gesticulan temerosos poniendo en evidencia su llegada a la capital. Tienen todos la tez rojiza como manos de sirvienta. Seres de agua de pozo y hogar oprimido. Con bocas endurecidas a fuerza de pan duro y vino. Se respira junto a ellos un aire deprimente. Como esos domingos de los suburbios con las calles cerradas y las voces radiales exhalando grotescamente la situación de las canchas de football. Creo que Julien Green fue el que dijo al llegar y ver América que jamás sintió una tristeza de ese género.

Lo comprendo. No es que niegue mi depresión interna. ¡No!

... pero me parece que se depende de los lugares por el espíritu, el humor, el gusto y el sentimiento.

LA BRUYÈRE

A pesar de La Bruyère, hay lugares que excitan terriblemente la angustia. Lugares y seres. Hoy, por ejemplo, subí al tranvía con L, riendo ambos feliz e infantilmente. El guarda que nos entrega los boletos, nos miró disgustado con esa expresión de animalidad ignorante y seguridad en su moralidad. Hombre trabajador y activo seguramente. Horario exacto, sueldo que asciende paulatinamente, aspiraciones a inspector y a ¡quién lo dice! Inspector jefe. Bigotes necesarios para tapar la boca y manos sucias. ¡Brrr! Hay millones como él. Pero él sólo bastó para amasar nuestra alegría en una grotesca farsa. Y lo peor (o lo

mejor) es que no hay culpables. ¿O tal vez lo seas tú, pobre cuadernillo mío? Pero... ¡hay que ver qué obvio se hace todo cuando dos seres que gozan son mirados con reproche por mil ojos de robots! ¡Y esos ojos de agua que sólo ríen con vino! ¡Y nuestro llanto en el cuarto helado, a la sombra de la muerte, bajo el viento de la existencia!

Otro golpe más: Resquebrajo mi alegría y la tiro azqueada [sic]. Retuerzo mi sonrisa y desaparece. Angustia. Llanto. Todo para buscar mi esencia. De pronto alguien me dice: ¿Y cómo sabes que tienes esencia? ¡¡¿Cómo?!!

Hoy es un día de ausencia. No hay cielo. Con todo (mejor dicho: con nada) hay en mi cuarto una luminosidad amarilla que hace recordar los días soleados. Debe ser por la alegría de los colores. ¡Salud silloncito de cuero rojo, absurdo e incómodo! Se habla de la inmovilidad del objeto, de la famosa dualidad, del “vivir” del objeto mediante mi percepción, de mil enunciaciones más todas tan maravillosas por el esfuerzo vital que demuestran. Sí. Pero yo...(¡pobrecito mío!) sólo lo amo por su físico y alegría.

Escribir y escribir. Siento un placer casi morboso al escribir estas sensaciones. Por nada del mundo quisiera estar en otra parte ni en otro ser.

Paseando un rato por las hojas de un tratado de estilística y análisis literario. Hay títulos como

“influencias individuales y sociales”, “influencias del medio geográfico”, “presencia del paisaje”. Luego se habla fríamente sobre la fijación de Baudelaire por su madre, la agresión por su padrastro, su dandismo, despilfarro, inmoralidad. Cierro angustiada las hojas. ¡Fríamente! Cierro los ojos e imagino un despertar cualquiera de Baudelaire. Su pluma torturante cuando se impulsa a la acción de su maravilloso “diario”. Sus conmovedores esfuerzos por dejar “los vicios”. ¡Dios mío!! ¡Fríamente!! Mis helados huesos oprimen la pluma. Siento la angustia más pura que nunca. Es algo que no tiene causa. Algo que se remonta a... no sé. Es algo tan increíblemente oculto que me extraño de percibirla. Siento la estrechez, la limitación, ¡la limitación!, del hombre. ¡Dios mío! Clamo a ti legítimamente. Lloro por creer. Aferrarse a la pluma. ¡Rápido!!

Y el hombre ¡pobre!... ¡pobre!

¡vuelve los ojos locos y todo lo pasado

se empoza con un clareo de culpa en la mirada!

Sí. Un hombre solo. Un ser solo. Siento remotamente. Siento en mi pecho todos los esfuerzos humanos: desde el hambre del Buda hasta el de César Vallejo. Desde la curiosidad de Eva hasta el cántico de la ciega. Desde el ruego de Raquel hasta mi orgasmo oculto. Desde la barba de Aristóteles a los hombres que esperan turno en el Tortoni. Desde las poesías de Safo al emblanquecimiento vertiginoso de los cabellos de María Antonieta. Y las teorías del ser, y el fuego, las piedras, las profundas pieles de los cavernarios y la

venta de un cuerpo por un tapado de visón. Y al llanto de Unamuno y el Okey baby mareando pum-pum. Y las aves bíblicas antes de la separación de los mundos. Y mi ave imaginaria muerta o viva según mis relaciones. Y Gandhi mostrando las piernas y conmoviendo. Y una boda del cine de Hollywood haciendo llorar a tres viejas. Y los pastos cultivados que dejan las uñas sucias a los cultivadores. Y un poeta tronando su angustia. Y un ser preocupado por el color de su pelo, por el milímetro de su traje, por las plumas del sombrero. Y la Biblia esparcida en los cafés (¡a 12 \$!, ¡a 12 \$! ¿En dónde va encontrar [sic] Ud. una Biblia más barata?) ¡Brrr! Somos polvo. Hemos sido polvo. Seremos polvo. Y el Dios mío yo creo en ti. Y una sandalia que Jesús se olvidó en el puerto. Y el Angst. Y la muerte como última, ¡no! Como fin de las posibilidades. Y el angustiarse por temor a que la muerte nos quite las angustias y la bomba X Y Z.

Y los energúmenos que tiran la primera piedra. Y un hombre que tropieza con otro y lo mira y no lo mira. Y una mujer que no soporta la obsesión del espejo. Y una pestaña que se cae. Y el temor al gato negro. Y un título de un cartón sobre hojas abrochadas: Origen del hombre. Y el período ternario, cuaternario. Y mi cuarto en la soledaaaaad. Y el diablo con la cola roja. Y el hallazgo. Y el olvido del nacimiento. Y la vid desarrollada. Y los frigoríficos. Y vuelta la nada entre tantas cosas. Y el dolor de nacer derecho y el dolor de morir derecho. Y la cura de la uña esmaltada. Y el aprender que los 3 lados de [tachones ilegibles] son iguales entre sí y el encerrado negro y el tiempo. Y el tren que hace ruidos de zetas oxidadas. Y viene un hombre y libera un trozo de espacio. Y vienen las aves y orinan su efigie. Y el dedo

meñique erguido en la corte francesa. Y la moda. Y Dios vio que era bueno. Entonces se sonrió y... ¡brrr! Y el ruido de un avión por las tierras de Dios; y el ateísmo, el agnosticismo, el maquiavelismo, el legismo, el marlonbrandismo, el dadaísmo, el imperialismo, el... y la nada a pesar de todo, y el frío que husmea cada partícula. Y las radiografías tan crueles. Y el infinito miedo de no ser, de sí ser feliz. ¡Y el hambre, la nada, el miedo, la angustia! ¡Y todo! ¡Y el hombre! ¡Y la angustia! ¡Y el mundo! ¡¡¡¡Y el hombre!!!!

Planes. Fines. Modelos. Disciplina. Aprendizaje.

¿Qué será del cuerpo de mi querida amiga Emilia muerta hace tres años? Su abuela lloraba y clavaba las viejas uñas en la dulce madera del ataúd (me pregunto en qué estaría pensando el obrero que le dio lustre):

—¿Por qué no me habrá llevado Dios a mí en tu lugar? ¿A mí que soy tan vieja? ¡Emilia! ¡Y hoy cumplías 15 años! ¡Emilia! ¡Mira tu blanco delantal escolar bordado con tus iniciales! ¡Y la bicicleta que se herrumbra sola en ese rincón! ¡Y tu perrita Loli que busca tus manos! ¡Emilia! ¿Por qué no me habrá llamado Dios a mí en tu lugar?...

¿Por qué?, me pregunté mirando con disgusto ese rostro mojado tan feo y viejo. ¿Qué será de ti, querida Emilia? Recuerdo tus ojos verdes. (Pero también tu negro rostro muerto.)

Cierro mis ojos a todas las negaciones. ¡Yo he venido al mundo para realizarme! Planes. Disciplina. Aprendizaje. No olvidarse de ir a buscar los zapatos.

Comprarse un libro. ¡Yo he venido al mundo para realizarme!

(¡Flores para los muertos!)

Yo he venido al... ¡¡LLORO!!

Tinieblas. Incertidumbre. Agonía. Angustia de vivir. Humo. Humo. Sobreponerse. Suponer que la vida es un obsequio, un paseo, un viaje. Cualquier cosa. ¡No puede ser tan malo! Sólo sé que a la vez que me duele la vida no soporto la idea de morir. Seguridad. No quiero plazos. No soporto no sentirme. No soporto no ser más.

Año 2500

Hábleme de la antigüedad. Vamos a ver. ¿Qué hechos importantes ocurrieron en el siglo XX?

“¡Yo que tan solo he nacido!!”

“¡Yo que tan solo he nacido!!”

2 de julio

Lírica a una jarra de cerveza.

De nuevo diremos reminiscentes que la autenticidad es lo único que permite gozar la vida.

Luego de una reunión de intelectuales angustiados intelectualmente por X cuestiones tan semejantes a las que pululan por los cerebros de los hombres de negocios: exposiciones – libros nuevos – reuniones – ironías – interpretación psicoanalítica – sonreír al saludar – libros en la mano – etc., tremendo placer entre hombres-seres. Entre “verdaderos” artistas.

Magnífico momento ése el de Proust torturado de no poder ser besado por su madre. Conmovedoras las artimañas. Me gusta su abuelo, pero no su abuela a pesar de sus paseos por el jardín y su aire de espartana. No me gusta la salud espiritual inconsciente. No me gusta la sencillez del campesino que no entiende nada y no tiene más que bondad y alegría. No. Quiero un espíritu palpado mil veces por su mano y torturado y feliz y contradictorio.

¡Si una podría [sic] ser su propio espejo una vez siquiera! Yo reflejándome en mí a la inversa (mí reflejado en yo). Es decir que en vez de mirarme en mi espejo quiero que mi espejo se mire en mí.

3 de julio

Poder desprenderse de las pasiones para dedicarse al Arte.

¡Al diablo! Después de todo: ¡qué dulce es la vida del hogar y la familia! En estos momentos todo se ha empavesado para resaltar el bienestar de lo cerrado: el frío, la ausencia del cielo, la estufa, el té caliente, el fervor de los relatos de mi tía, el dulce rostro de mi madre, las confituras. Todo huele a humanidad. No se siente el tiempo. El mar y los barcos se han ido. No son “para nosotros”. Los caminos y el vagabundeo son utopías desagradables. No hay deseos de avanzar. No hay inquietud ni angustia. Todo se acepta. El espíritu se acurruca junto al fuego y se duerme como un gatito friolento. Y uno dice que Sartre es un buen novelista, que Rimbaud tenía rostro de ángel, que Picasso pintó en 1907 esa bailarina tan extraña y que... dan deseos de tomar otra taza de té tan perfumado y natural. Y luego la música y luego un buen libro. Y el lecho como culminación de dicha. Lecho abrigado de antemano por las activas y pequeñas manos de mamá. Y papá con su gorra de franela gris y las invernales pantuflas y el sillón tan hundible y el periódico. Mon dieu! ¿Qué significará la nada?

Senderos. Caminos. Huidas.

Camino. Pasa la vida. Con una voz grave y mil poemas revoloteando sobre los hombros. Con un rostro no vivido y arrugas invisibles. Con la maleta entreabierta llena de desapariciones. Con la raíz putrefacta de incertidumbre. Buscando un carro para descargarse de tanta desilusión. Con voz grave decir: Pasa la vida.

La sorpresa me incita a creer que hay aún en mi alma infinitas posibilidades de hallazgos. Esta sorpresa que otorga la lenta ocupación de mi interior. El pobrecito no se resiste. Soy yo que por pereza y angustia no profundiza. Soy yo y los malditos letreros que la vida instala en cada trecho: ¿PARA QUÉ?

4 de julio

Extraño. Estaba sentada en el colectivo. Ensimismada en no recuerdo qué ensueño. De pronto algo hizo sombra. Fue como en el cine, cuando un espectador rezagado se acerca y su imagen nos obstruye momentáneamente la visión. Sí. Era Raúl que me saludaba desde la acera. Maquinalmente mi mano le hizo un gesto y mis labios recordaron una sonrisa. Debo decir que reconocí que era Raúl al mismo tiempo que lo saludaba... Repito lo de extraño: ¿cómo es posible haberlo visto si yo no miraba? ¡Si mi mente estaba tan lejos...!

Me asusta. Es como perder las posibilidades de apresar mi yo. ¡Al diablo! Es decir que mientras yo soñaba con XX, ¡una parte de mí husmeaba indiscreta lo que ocurría en la calle!

Es decir, Mr. Dunn, que no están B espectador de A y C de B y D de E, etc., hasta el infinito. ¡No! Hoy

sentí tres espectadores. A. que navegaba sonrosada en su ensueño. B que cuidaba de A. y E., ¡maldito sea!, para no aburrirse saludaba a Raúl.

Cínicamente confío en llegar a mi esencia.

El temor a la soledad es mayor que el temor a la servidumbre, y de ahí que nos casemos.

C. CONNOLLY, *The Unquiet Grave*

Después de leer esto deseo saber el estado civil de Connolly; luego se me ocurre sonreír condescendentemente; luego... ¡al diablo! ¡Tiene razón! Pero... (los hombres necesitan ser muchos para existir). Pero... junto al libro de Connolly no me siento sola. Luego me puedo decir que no temo la soledad. ¿La temo?

(Por favor; no contestar aún. No has entrado siquiera en convalecencia.)

5 de julio

Pensando sobre la obra literaria.

Lo mejor que se me ocurre es una especie de diario dirigido a (supongamos, Andrea). Es decir, no serán cartas ni un diario común. Podría estar dividido en dos

o tres partes. Una dedicada al amor, la otra a la angustia, la tercera a mon dieu!, acá ya sería cuestión de resolverse, de elegir: o captar al mundo o rechazarlo.

¡No! No podré realizarlo debido a mi heart with two faces (hoy lo acepto, mañana lo rechazo). Sería cuestión de escribirlo todo en una noche. ¡Imposible!

(Seguiremos haciendo poemas.)

¡Cuánto nos admira la seriedad burguesa! Repele calma, seguridad, ¡FE! Sí. Fe más que todo. Una fe a prueba de mil camioncitos de esos que tienen el letrero dorado: SEPELIOS.

Repito que yo no pedí nacer.

Heme acá cansada, triste, deshecha, angustiada, sorbiendo café y fumando en la mesita de un café que ni sé cómo se llama. El “mozo” es tan amable conmigo que me provoca deseos de llorar. Todo, en fin, es tan doloroso, suave y ausente como la espera, como este día tan frío, tan finamente cruel, tan cargado de flores muertas. ¡No! ¿Por qué hablaba de flores? Humo de “bus”, cielo sin cielo, risas trágicas. Humo, negocios, sucio dinero. Clima de Angst. Humo. Imagino el campo con dificultades mediante un campo de Van Gogh.

¡Todo está tan lejos! La ciudad. El viaje. La conversación insípida. El estudio. El lecho. ¡Dios mío! Me suicidaría para no sentir más. Pero no. ¡Imposible muerte más profunda que ésta! Me siento como

Roquentin, como Connolly, como..., ¿por qué no decir como Alejandra? ¡No! Alejandra es muy peligrosa. Es capaz de ser feliz dentro de un segundo solo con que venga el mozo y le encienda sonriente el cigarrillo. ¡Alejandra! ¡Alejandra! ¡Piedad por tu espíritu! ¡Alejandra! ¿Qué será de ti, sola en esta muerte espasmódica? ¿En esta lugubridad humeante? ¿En este fuego sin alumbrar! ¡Alejandra! Piensa en tu alma.

He aprendido a distinguir esos estados que se suceden en mi ánimo, durante ciertos períodos, y que se reparten cada uno en mis días, llegando uno de ellos a echar al otro con la puntualidad de la fiebre; estados contiguos, pero tan ajenos entre sí, tan faltos de todo medio de intercomunicación, que cuando me domina uno de ellos no puedo comprender, ni siquiera representarme, lo que deseé, temí o hice cuando me poseía el otro.

PROUST, En busca del t[iempo] p[erdido]

Heredé de mis antepasados las ansias de huir. Dicen que mi sangre es europea. Yo siento que cada glóbulo procede de un punto distinto. De cada nación, de cada provincia, de cada isla, golfo, accidente, archipiélago, oasis. De cada trozo de tierra o de mar han usurpado algo y así me formaron, condenándome a la eterna búsqueda de un lugar de origen. Con las manos tendidas y el pájaro herido balbuceante y sangriento. Con los labios expresamente dibujados para exhalar quejas. Con la frente estrujada por todas las dudas. Con el rostro anhelante y el pelo rodante. Con mi

acoplado sin freno. Con la malicia instintiva de la prohibición. Con el hálito negro a fuer de tanto llanto. Heredé el paso vacilante con el objeto de no estatizarme nunca con firmeza en lugar alguno. ¡En todo y en nada! ¡En nada y en todo!

El mantel de la mesita. Blanco y verde como una baraja. Con equilibrados dibujitos muertos. Con un vaso de agua. Con un libro cerrado. Una taza de café vacía sobre el platillo lleno de ceniza negra. Con un cuadernillo y mil garabatos. Y el vivir incierto de una mujer incierta.

La miopía exalta la individualidad. Verme a mí perfectamente y a los otros como pobres seres borrosos.

Un hombre protesta furioso por cierta novela radial que ha hecho llorar a su mujer, y casi arranca el llanto de él mismo. A pesar de su enojo, el relato es irónico y condescendiente. Es un hombre maduro y calvo. Con voz segura y dedos fuertes. (Y qué ocurriría de haber llorado? ¡Sí!

Hubiera perdido un trozo de hombría, perdón, de animalidad.)

y quería liberarse; pero tenía que elegir

Mi cuarto es como la isla de Gauguin. Con la diferencia extremada de que en mi isla hay demasiados barcos visitantes que insisten e insisten en festejarme a bordo; y yo no me resisto, pues me atraen los marinos y porque las más de las veces resulta muy difícil entenderse con los naturales de esta solitaria región. Pero cuando vuelvo de cualquiera de estas salidas ¡cómo lloro junto a mis fieles y amados salvajes! Entonces decido quedarme eternamente con ellos. Pero viene un barco y atraviesa mi garganta con el ancla. ¡Qué hermosos marinos! Desprendo el ave que se eleva en mi alma para no dejarme ir y salgo corriendo llorosa y apasionada. Antes de cruzar el puentecillo mi ave desde el suelo me grita “que un día llegará en que no será posible mantener esta doble faz; un día tendré que elegir; un día elegir Uno y no pensaré en lo otro, en lo que no puede ser, pues la elección sólo permite que haya un auténtico Uno”. Luego suaviza el canto y agrega que después de la elección y siempre que sea como ella espera me obsequiará la soledad profunda en la que se instalará no para hacerme compañía, sino para disolverse en mi alma en la que inyectará su canto magnético que exhalaré por mis manos. Si no acepto la elección, ¡ah!, si no acepto la elección estrangulará a los marinos de cada barco, pero que no me preocupe pues siempre vendrán nuevos; y ella, ¡sí!, ella se arrojará a un oscuro lago de esos que llaman de tinta y que sirven para escribir y así morirá y no verá mi drama, pues ella me ama. Dice también que una vez que esté muerta el lago quedará petrificado y yo podré patinar sobre él en brazos de mis hermosos marinos. Pero ella morirá; y a veces hará brillar sus ojos desde el fondo del lago para que yo sufra, pues ella me ama y sabe que la angustia

me es beneficiosa; y así dejaré al marino y lloraré frenética contra la oscura dureza tratando de tocar sus alas. Pero nada ocurrirá, pues ella está muerta y la que se movía era su fantasma. En fin, mi adorada ave me ama y ruega por mí, por la isla y por el lago.

¿Qué tal, amado César? “¡Hay golpes tan fuertes en la vida!”, ¿verdad?

César: mi alma, nuestra alma, está bordada de cardenales multicolores. Forman el arco iris de la angustia. Recorren los espinos alumbrando telarañas y viscosidades. César: nuestra alma es un dechado de dolores. Es un látigo de un verdugo masoquista. Es un ave acribillada. Una flor que esperaba dulces abejas sonoras y recibe a un perro rabioso. Una nubecita que llora aislada. Una estrella que rompió un avión que se manejaba solo de modo que no hay a quién culpar en particular sino al cielo todo. César, ¿qué hacemos, César?

Todos saben que vivo
que mastico... Y no saben
por qué en mi verso chirría
oscuro sinsabor de féretro.
V.

(Hoy me dijo una compañera del curso de francés que en París “hay mucha degeneración”, pues le contaron que las parejas que se aman se besan en la calle “en público!”.)

Pienso que seres así hacen la vida aún más dura. Y ello sin decir lo que ellos mismos hacen cuando no están “en público”. Y estos seres son “la sociedad”. Los representantes del orden, de la corrección, de la moral. ¡De la moral! Moral que ellos establecen a su criterio y sin derecho. Y nosotros somos los expulsados, los rechazados, ¡los sifilíticos espirituales! Como si de nuestro rostro resbalaran materias putrefactas. Como si no nos mereciéramos ese cielo candoroso que nos cubre, detrás del cual está Dios, manantial de toda estrechez y mezquindad imaginarias.

¡Dios!, que en caso de ser se limita a su empleo de cubretapas del Código Civil y Penal. No me importa verificar algo tan vulgar como la existencia de Dios, pues me basta con sentir mi ser. No me importa el Código Civil sino en la medida en que ensució mi alma cuando realizó ese viaje por ella durante mis primeros años. ¡Quiero borrar sus inmundas manchas! ¡Dejar a mi ave lustrosa! (Como un aviso de propaganda de la belleza infinita.)

Recordar los libros del departamento de la prima de L: Moulin Rouge, Cervantes, El diablo de Papini, uno de J. Poncela, poemas de Neruda y otros best-sellers de EE.UU. Eran unos 30 volúmenes o menos quizá. Luego la suntuosidad de los muebles, la maravillosa mesita que exhalaba música al oprimir un botón. También que viajó por Europa. Discos de jazz y melodías francesas. “Luna Rosa” por G. Rondinello (detalle de escaso gusto). Tiene unos 30 años, mucho dinero y 30 libros. Ni un amor, sino botellas de scotch whisky. Ni una amiga sino sombras con sombrero que la esperan a las 17 h. En Madelén o en Scherezade

junto al té. Le pregunté a L. si su prima es feliz.
¡Contestó que vive muy bien! ¡Quisiera saber en qué
piensa! ¿Qué espera? ¿Qué vive? ¿Qué muere?

¡Oh mis amados libros! ¡Oh mi amada isleta
semidespreciada! ¡Oh mis maravillosos bolsillos
desnudos! ¡Oh mis anhelados viajes! (Interesante
personaje el de la prima de L. No perderlo de vista.)

Una de las preguntas que no puedo contestar:
“Pero... ¿de dónde has salido tú que eres así?”.

(En ese momento me siento un producto de la
cruza entre el Minotauro y una Amargada Marciana.)

Una amiga mía permanece una hora frente a la
imagen de Kafka. (La veo absorta, angustiada por
llegar a lo más profundo. Creo percibir la emoción, la
sensación terrible, patética y maravillosa que debe
sentir frente a esos ojos acorralados, a esa frente
cortada por la forma del cabello (peinado de
presidiario, es decir, de empleado bancario). Por la
mirada de uñas clavadas en las palmas para no gritar
más que por la pluma. Por las mandíbulas
embalsamadas por tanta opresión. En fin, por todo
Kafka.) Mi amiga se da vuelta y con voz que me suena
a mi pájaro herido me dice entusiasta con expresión de
esas girls que contratan para aplaudir a Frank Sinatra:
¡Qué buen mozo es este Kafka! ¿Qué hacía?

Te contestaré, querida amiga, con unas palabras
que me dijo César el otro día:

El dolor nos agarra, hermanos hombres,
por detrás, de perfil,
y nos aloca en los cinemas,
nos clava en los gramófonos,
nos desclava en los lechos, cae perpendicularmente
a nuestros boletos, a nuestras cartas;
y es muy grave sufrir, puede uno orar...
Pues de resultas del dolor, hay algunos
que nacen, otros crecen, otros mueren,
y otros que nacen y no mueren, y otros
que sin haber nacido, mueren y otros...

Bueno, Kafka murió, creció, nació y no murió.
(Son los menos.)

Recuerdo haber escrito en cierto diario (diarillo como diría Quevedo) una frase de Browning: “El pecado que imputo a toda alma frustrada es no encender jamás su lámpara ni ceñir su cinto”.

Hoy la he visto de nuevo. Ante todo me choca esa imputación de “pecado” tan agresiva contra un alma frustrada. Luego si está frustrada no puede encender lámpara alguna y menos ceñirse cintos. Si tiene conciencia de su frustración se desfrustrará de algún modo (psicoanálisis, compensación mediante equivalentes de su falla: alcohol, drogas, excesos

amorosos, etc.). Luego si se desprende de la frustración puede encender o ceñirse TODO. Pero si ya no hay frustración, ¿a qué viene la frase de Browning? (Merde!) (Vulgares reflexiones matutinas para ejercitar la voluntad a la acción olvidándose de la causa, la raíz.)

Buenos Aires es como un costurero de una modista que trabaja en su profesión de hace unos treinta años. Cada vez que desea hallar el hilo dorado, se lastima irremediabilmente con infinidad de alfileres de cuya existencia no se percató.

Cuando se manifiesta la vocación artística en un hombre, inmediatamente lo tendrían que llevar a una sala de operaciones y extirparle todos los órganos molestos de modo que no tenga que sufrir hambre ni sed ni deseos eróticos. Sería una forma de manifestar su diferencia de los demás hombres. Y así se evitaría el horrendo espectáculo de esos artistas que solo reciben a su Musa una hora determinada y luego pasean su animalidad más vulgar que cualquiera.

Extraño fenómeno: estar fatigada para leer y no para escribir.

Me gustaría que mi pobreza material fuera tal que a falta de medios para adquirir libros, los tendría [sic] que crear.

Temor de estudiar gramática. Temor de apoderarse del concepto y destruir el fondo, que es lo que más quiero pues soy yo misma.

¡Vivir como Jarry! Aquí me hablaría Mme. de Beauvoir de mi situación de mujer. ¡Desear vivir como Jarry cuando no se puede estar una hora en un café sin que surjan dos gusanos por minuto para perturbar la existencia que esta pobre hembra desea desarrollar!

Safo de Lesbos

Sinfronismo. ¿Acaso yo, en 1955, no podría decir exactamente lo mismo? ¡Y ese llover del sol! Safo es uno de los pocos seres de la Antigüedad que no me resultan abstractos, legendarios, posibles de no haber existido. La “veo”. La “siento”. Es una gran mujer que murió hace mucho.

Una gran mujer que el mar tragó distraído mientras bostezaba.

¡Safo! ¡Qué nombre maravilloso! ¡Safo! Algún día la censura quemará las manos que destruyeron tus pap... (aquí caigo: supongo que habrá inscrito sobre tablillas de cera con un stylus) poemas.

Conseguir un tintero antiguo. Con pluma de ave. Me gustó lo del stylus. Aunque suena blando.

Au bonheur des âmes!

Compré una isla cerca de Samoa. 80 millones de cuadra de la estación. (¡Y el humo! ¡La gente! ¡Las casas!)

¿Jamás hubo una legítima ermitaña?

¿Ni aun alguna que al igual que Thoreau se instalara dos años en el bosque?

Vénganme después con “hombres necios que...”.

¿No es maravilloso y a la vez trágico que un solo ser (yo, por ejemplo) que ocupa tan poco lugar sienta el universo todo y la angustia total y la nada mundial? Y que hable, camine, gesticule, ría, coma... ¡¡muera!!

6 de julio

Hay estados que nunca hubiésemos soñado siquiera. El de ahora, por ejemplo. Es un estado de espera vacía. De angustia desprendida. De sutil melancolía árida. Un estado que no sirve para producir o gozar Belleza. Ni para bendecir sentido alguno ni para nada. Es algo ineficaz y resignado que no piensa en la muerte pero tampoco en la vida. Que le da lo mismo las apariciones alternadas del sol que los huesos helados. Me imagino que éste es el estado en que los hombres hacen las grandes capitulaciones. Hoy podría romper la imagen de Van Gogh y escuchar una novelita radial. Hoy prestaría el libro de César recomendándolo. Hoy podría hojear una revista sin mirar los colores. Hoy podría casarme. Hoy podría quemar este cuadernillo y decir que el fuego es lindo.

Hoy sonreiría a cualquier niño excesivamente abrigado, pues sé que hay que sonreírles y decir ¡qué gracioso! Hoy no miraría el rostro pordiosero, pues no es más que un despojo humano y le daría algo, no mucho, y cerraría la puerta diciendo que soy buena. Hoy miraría mi cuarto y calcularía cuántas personas entran en él y proyectar un cocktail para uno de estos días. Hoy. Hoy. Estados que vuelan. Mi ave duerme la siesta. La pobrecita está fatigada. Me aburro sin ella. Estado de nada.

Hay coincidencias maravillosas: acabo de leer “alumbrar” y simultáneamente el sol iluminó mi mesa. La vie!

Mis relaciones con los demás seres se me ocurre ver en una cínica escena: una mesa llena de hombrecitos de plomo, dotada de un mecanicismo [sic] que les permite avanzar o retroceder. Yo estoy parada frente a la mesa sintiendo todos los movimientos. Sé que algunos me atraen más que otros. Lo extraño es ver que cuando se adelanta uno retrocede simultáneamente el que lo precedía. Y es algo en que yo apenas intervengo. No se me pregunta.

7 de julio

Reunión con el Dr. P.

¡Los eternos conceptos! Un hombre SOLO, frustrado, con medio siglo de antigüedad de su arrojo al mundo.

Hundía sus potentes ojos en mi angustia y la arrullaba: Escucha, Alejandra: lo único que conozco es el amor. ¡Amar a una mujer, a mi abuelo, a un niño, a ese hombre que acaba de pasar! ¡¡Me siento pletórico de amor!!

(Yo lo miraba gesticular, comer, beber, reír y hablar al mismo tiempo. Solo se me ocurría decir: ¡pobre hombre! ¡Tú eres mucho más feliz que él! ¿Por qué? Mientras él desea abrazar al portero del hotel, yo lloro bajo el cielorraso opresor.)

Luego habla de la fe en la vida. ¡No se puede vivir sin fe! Hay que llegar al instrumento de la fe que ha de ser una idea (esencia de la fe). Esa idea tal como las tablas, atraídas por las manos de los náufragos, volarán a nuestra interioridad al menor síntoma de ahogo. Comprendes, Alejandra; ¡hay que tener fe!

Desde mi angustia nada lo miré sonriendo: a él y al manojito de billetes azules que esgrimía familiarmente buscando el mozo. Pensé que eran tantos que le alcanzaban para comprar toda la fe y amor del mundo. Como cuando aquella visita, diré de nuevo: ¡ah mis amados libros!, ¡mi amado César!, ¡mi majestuosa y orgullosa angustia! Hay seres que tienen el Angst y otros que no lo tienen; pero hay también algunos con vocación al Angst que lo truecan apenas aparece, por unas pildoritas (a modo de purgantes) para adquirir felicidad. Recurren al aborto del Angst. Al sangriento y doloroso aborto del Angst.

También quería manifestarle mi estado anímico, pero no podía. Sólo se me ocurría mostrarle este cuadernillo.

Recuerdo que el Dr. R. me dijo que la poca facilidad de expresión oral que sufren la mayoría de los escritores está compensada por la facilidad de expresión por escrito.

biblioteca de la facultad de filos[ofía] y l[etras]

PROHIBIDO FUMAR

14.30 h; finalicé [sic] el primer tomo de Proust. Lástima que la atención comenzó a fallar a lo último. En estos momentos la lectura me recuerda una escena: fue en Necochea. Yo manejaba un pequeño carro rojo tirado por un arisco caballo. Al principio no quería caminar. Comencé a interesarlo en el paseo mediante amenazas con el látigo (¡me avergüenzo!). No sólo se interesó sino que se extasió. Tomó una velocidad increíble. Como teníamos que pasar por las vías del tren y no había barreras quise aminorar la carrera. Mon dieu! Tomó entonces un paso repelente. Era algo que se acercaba al trote y al galope a la vez. Mejor dicho, era el paso travieso del trote con la vulgaridad frenética del galope. ¡Terrible! Producía una sensación semejante a aquellos ruidos que hacía la maestra al rozar sus uñas en el encerado. (Yo permanecía inmutable para no parecer nerviosa.)

La impotencia sentida ese día no la olvido. Aún ahora sólo se me ocurre decir ¡maldito caballo! Y

cuando leo esforzándome para gozar y estudiar cada línea y siento que algo se me va (como un objeto de goma lleno de agua con un agujerito invisible), me obligo a aminorar la velocidad de la lectura e infiltro en mí cada palabra. Pero es peor. Aumento entonces, y se produce un entrar de palabras que me causa risa dentro de lo patético y me digo por qué no coloco el libro en un plato y me lo como (dévorez les livres!).

22 h. Escena familiar. Mis padres y mis tíos (cuatro cabezas nada más) pegotean sus pupilas ausentes de intensidad en la gruesa pantalla del televisor. Éste grita toscamente y lanza su sonido hasta mi oído. Oigo también sus plañideras voces. Hablan de la ingratitud de los hijos. Elogios a M o a B (ambos terneras, es decir hijas respectivas de las cuatro cabezas). M es una maravilla: 21 años, casada, 1 niño, 1 marido, 0 cuerno, gran mujer que sólo se interesa por el hogar y nada más. B es otra casualidad del destino tan parco en estos prodigios: 29 años, 1 marido (encontrado en una cazería [sic] (picnic) realizada en Quilmes contando con la ayuda de un amigo de ambos, quien decidió unir estas dos almas convertidas al nacer en culos para mejor aprovechamiento de sillón familiar), 2 niños y 1 millón de perros (orgullo de sus padres que ven recompensado en ello sus luchas, torturas y afanes (no sé qué daría por comprender este orgullo)).

La televisión es un estupefaciente inofensivo para burgueses introvertidos.

Los botones de la luz, el aparato de televisión enfrente, muebles brillantes y un gramófono abandonado. Sobre la mesa multitud de alimentos para que la mano ni la boca se aburran mientras los ojos gozan estupefactos. (¿Y esto es el Hombre? ¿Y para esto vivir?) De cuando en cuando una voz osa admirar una imagen, pero no obtiene respuesta. Prohibido hablar; ¡eso es para los humanos! Mirar, comer, sentarse. Luego, un beso al partir: ¡La velada estuvo encantadora!

Repentina sensación de ver en cualquiera, aun en el ser amado, nada más que un animal. En ese momento los rasgos se desfiguran. Un animal. La voz se vuelve extraña. Un animal.

El “subte” es el lugar más gráfico, más sugestivo del rebaño humano. Es terrible cuando se asciende el primer escalón, observar la multitud que me precede ascendiendo. ¡Y yo sigo creyéndome “sujeto” a pesar de todo! Percibiendo “eso”: ¡ya nada importa salvo estar ahí! ¡Estar y que venga o se vaya todo! Después de todo: ¡iii! ¿Qué?...!!!

Estudiar. Libros. Muchas hojas y dos tapas. ¡Y por ellos he de estrujar mi vida! Sí. Por ellos. Los amo y los deseo más que cualquier otra cosa. Pero... ¿y vivir? ¡Vivir! ¡Qué sabes tú de vivir! ¡Enciértrate un día en tu cuarto y permanece mirando el techo únicamente y después me responderás! ¡Vivir! Encuentros relativamente fortuitos, conocimiento íntegro de todos los miembros del Sindicato de Mozos de Cafés de

Florida y Viamonte, mirada como una ráfaga sobre las obras maestras, angustias de toda índole (desde la carencia de cigarrillos hasta la pura angustia existencial), y... ¡qué sé yo! ¡Hay cien, millares de instantes! Todo resbala. Siento a mi ave de goma como si tratara de volar dentro de una esfera húmeda y viscosa. No está muerta. ¡No! ¡Nada de eso! ¡Ocurre que no puede fijarse, no sabe por dónde empezar!

Silencio de fuego helado. Las 20 h. Percibo ruidos: autos, motor del refrigerador (me gustaría llorar para oír el hervor de mis lágrimas cayendo en la estufa), una radio que alguien ordenó torturarme pues está escupiendo un tango. (Música porteña, ¡qué azco [sic]!) Intervienen también los estertores de mi respiración que me dicen: ¡Alejandra, existes! Yo les agradezco con amabilidad, pues de otra forma no me hubiese percatado de algo tan importante. (¡Es que soy distraída!) Sí. Luego... ¡ah! Unos vecinos hablan. También contemplo cómo asciende el humo de mi cigarrillo. (No me cansaré jamás de admirarlo.) Después puedo decir que la radio calló, los autos también, los vecinos entraron a sus casas pues tienen frío, mi sonora respiración continúa, el humo sube y... ¿y?... ¿y?... ¿y?

¿Y tú, Alejandra?

Bien, merci.

Me siento Paludes

Luego, ¿por qué no pensar un ar-gu-men-to? (¡Esta Alejandra siempre haciendo maravillas con la pluma!)

Sí. Título: Nihil est.

Personajes: un viejo, un conejo que se roye [sic] las uñas todo el tiempo, un niño extraviado que no busca nada, pues mira la sonrisa abierta de la luna y toma Coca-Cola.

Una vieja. Un florero sin base que mantiene el equilibrio merced a un ventilador que el viejo (buen artesano) le colocó enfrente.

Acción: Todos hacen algo. El niño, ya lo dije. El viejo se afeita y durante la obra se la pasa buscando la navaja con el rostro embadurnado de jabón. La vieja (que es sorda) escucha a todo volumen la “marcha de los perritos irlandeses”. El conejo, ya lo dije. El florero en la mitad de la obra pierde el equilibrio, pero como esta obra busca tener éxito, al final lo vuelve a encontrar.

Tiempo: Nihil est.

La acción se va a desarrollar en el último piso de una casa de departamentos que por error fue construida a la inversa. Es decir, que es el último piso a partir de lo que comúnmente llamamos vereda.

Posibles cambios: Si la obra se hace larga, se puede hacer que el viejo sufra un ataque de histeria en medio de su búsqueda. Se podría también intercalar una [palabra ilegible], pero eso transformaría el personaje del niño.

Es inútil estrujar el sentir para que desagote angustias tambaleantes. Mejor es dejarlo entrar, es decir, luchar con todas las fuerzas.

¡Claridad en la expresión!

Desorganizando los entreveros retuécanos que restituyen la desolada transmutación de los veredictos intransformables por réquiems autotransformables, redescubrimos:

1.º que el reo es inocenculpable.

2.º que el otro empezó primero.

3.º que el paté de foie de Cucha-Cucha 100.807 (C. Rivadavia) provoca disentería.

4.º prohibición íncuba (de lo que ellos se quejan, pero mejor no conviene).

5.º que: conjunción (nexo).

6.º admitimos a todo novel autor, quien solo tiene que venir a nuestra puerta y decir la contraseña: “todos somos asesinos”.

7.º que enviamos a la cámara de beneficencia al reo, quien recibirá a su llegada la sonrisa negruzca del oftalmólogo Dr. Y. Quien le extraerá hábilmente ambos ojos antes que nuestro héroe (el reo) tenga tiempo de decir: “... ¡hay!” [sic]. Luego que quede sin ojos le romperán los tobillos para contradecir la teoría del profesor Equis, quien sostiene que no son rompibles. También se le cortarán las yemas de los dedos para que firme un pacto de amistad. Ordenamos también que se le queme el cabello (sencillamente:

alcohol y un fósforo), se le extraigan varias costillas y...
En fin: es muy largo de enumerar.

Imagen bíblica

Una melodía con aroma a un perro jorobado
tratando de ornamentar el templo de Hopalong
Cassidy.

Una niña estirando el chiclets tan extensamente que
los cuatro puntos cardinales quedan unidos
promiscuamente y se ven forzados a dar vueltas en
torno a ella, que ríe gozosa de ese espectáculo que le
valió tan poco esfuerzo. (Sigue mascando. Pero pasa un
vigilante y la lleva a la comisaría.) La acusan de mascar
sin tener certificado legal. La niña llora. Nadie la mira.
Los cuatro puntos cardinales lloran, pues ya no tienen
ante quién dar la vuelta. La niña dice mentalmente
unas palabras raras. Se oyen ruidos terribles. Aparecen
millones de cactus gigantescos blandiendo espinas de
todos colores. Matan a todos los vigilantes. Los cuatro
puntos cardinales se tiran al mar de sangre y se
deslizan; pues el chiclets se disuelve. La niña saluda
amablemente y se va. Al llegar a la esquina, se detiene
junto a un kiosco y se compra caramelos sonriendo
misteriosa al cartel de propaganda de la fábrica de
chiclets. Nadie la mira. Guarda los caramelos y se va
con paso tranquilo y sonoro.

El sol brilla suavemente.

Un perro estornuda.

M. Proust

“Y lo más doloroso de todo es que el artesano que trabajaba inconsciente, voluntario, implacable y paciente, la pena, esa era yo mismo.”

“... Porque tanto la pena como el deseo, lo que quieren no es analizarse, sino satisfacerse.”

¡Sonreír, Alejandra! ¡¡Sonreír!!

CUADERNO DEL 19 AL 31 DE JULIO DE 1955

19 de julio

Buscamos siempre el absoluto y no encontramos sino cosas.

NOVALIS

¿Qué es lo que importa en una acción, su fondo o su forma?

Alejandra: tienes cuarenta días de angustia inconfesable. Cuarenta días de soledad ahogada, sin probabilidades de confesarla. Sin un rostro amado a quien quejarse de la desgracia que se prende a tu destino. Alejandra: ese rostro amado es uno solo y se ha ido. Es como si te hubiesen arrancado todo. Es como si te hundiesen en la fría suma de los días para que en ellos te aturdas tratando de olvidar su ausencia. Alejandra: has de luchar terriblemente. Has de luchar tú y este cuadernillo. Han de luchar ambos, pues los ojos del amado rostro dicen que quizás no esté todo

perdido. ¡Quizás haya aún algo por salvar! ¿Qué?, preguntas. ¡Tu alma, Alejandra, tu alma!

Planes para cuarenta días:

- 1) Comenzar la novela.
- 2) Terminar los libros de Proust.
- 3) Leer a Heidegger.
- 4) No beber.
- 5) Nada de actos violentos.
- 6) Estudiar gramática y francés.

Tremendos anhelos. Sólo se me ocurre decir ¡te amo!, ¡te deseo!

Ni una imagen poética acierta a pasar por mi mente. Sonríó. ¿Hay más poesía en algún lado que en el rostro del ser amado?

Cierro los ojos y recuerdo el momento de mis labios sobre los suyos. Extraño. Me es difícil recordarlo. En ese instante estaba inconsciente. Ahora pienso que tendría que haber sido distinto. Que fue un beso torpe y excesivamente fugaz. Que al iniciarlo yo, tendría que haberlo dado con las fuerzas que se lo pedí. ¡Bah! ¡Valiente razonamiento! Sí. Ahora que la terrible emoción pasó. (Clavo mis uñas en la palma de mi mano.) Antes, cuando no había sentido aún sus labios, me consolaba pensando en su frialdad. Pero ahora... ¡ahora! Jamás sentí labios más exquisitos, más suaves, más maravillosos que los de... Me desespero pensando y pensando en ese beso de despedida. Es como haber pegado para siempre su rostro en mí. Estoy atada a sus labios.

Escribo para no angustiarme tanto. Sólo me consuela el momento de verlo de nuevo.

17.30 h. Sola en mi habitación. Acostada en la camita-biblioteca, fumando y prometiendo ser cada día mejor para que mi amor se enorgullezca de mí. Supongo que esto debe ser lo “positivo” de esta cruel y exquisita ligazón.

¡Deseo vivir!

20 de julio

El vidrio de la ventana está empapado por millares de gotas de agua que se abrazan camouflagando el paisaje. Simulan una cruel niebla. En este húmedo y espeso tejido descubro tres rayas despejadas por las que miro el cielo (ausente y blanquecino).

No tengo ni idea del argumento de la novela. Sólo se me ocurre decir que “la vida es una miseria”. Alguien podría decir que tal vez sólo “mi vida es una miseria”, pero da lo mismo...

Ciertamente, hace años que proyecté escribir “algún día” un libro cuyo personaje sea Elena. (Creo que ella misma lo ha sugerido.) Realmente, ofrece ciertos valores literarios interesantísimos. Recuerdo nuestra

primera conversación (ambas tendríamos quince años). Su rostro torturado me habló de Freud. Luego alegó que el baile no es más que una excusa para rozarse los cuerpos. (Poco después, cuando su inhibición se atenuó, amaba profundamente el baile.)

En fin, hay mil incidentes y pensamientos notables. El principal podría ser nuestra amistad.

Acerca de la amistad y de mi posición: la sensación de mi soledad es tan enorme que cuando mi relación con un ser se acerca a la amistad, huyo despavorida pues me parece estar quebrantando algún designio supremo. ¿O será que realmente deseo estar sola? ¿Entonces por qué gimo? ¿Creo en el destino? ¿Creo en el amor? ¿Creo en mi espíritu?

Lectura del libro de Proust.

No estoy de acuerdo con Clara Silva en lo referente a las influencias nocivas de un Proust, Gide o Baudelaire. No creo que estrellen la fe innata e inocente de nuestra alma con una violenta y angustiosa voluptuosidad. Si es que leo a Proust, es porque yo elijo a Proust y porque mi estructura se identifica con él y elige su obra y no cualquier otra. Mis angustias no nacen al contacto de las líneas, sino que se limitan a asentir familiarmente y a reconocerlas como cosas ya experimentadas.

Mi habitación llena de objetos queridos. Adoro entrar y suponer que jamás estuve en ella. Entonces miro con asombro todo y hasta me gusta imaginar que

no es mía. Así renuevo el placer de la posesión a cada instante. Así me obligo a no amarla rutinariamente. Momentos como éste, en el que escribo rodeada de un benéfico y raro silencio, son todo lo que requiero para gozar, para amar la vida. Momento de paz, en el que la congoja se aplanan, en el que la turbación exterior choca contra los cuadritos de las paredes que la obligan a retirarse, que me llena de felicidad serena. Y promisoría tan opuesta a la de los placeres violentos. ¡Quisiera trabajar así días y días!

Diecinueve años. He pasado ya por muchas etapas. Sí. Porque son etapas a pesar de la desconfianza que me inspira este término tan publicitario. Pero, al final, descubro que la última (la actual) no es en modo alguno suma de las anteriores. No. Son todas distintas. Y a medida que pasan van cayendo en un pozo oscuro, del que brotan a veces algunos recuerdos felices o no. Esto es lo que me angustia. El olvido. El tiempo. Que cada esfuerzo actual sea un recuerdo futuro tratado arbitrariamente según la textura anímica que he de tener y que ahora desconozco.

Tomo consciencia de algunos aspectos de mi ser: no me gustan las diversiones. O quizás no me gusta lo que el común de la gente llama diversión. Soy un ser triste vestido por error de euforia. Soy un ser amargado que goza ante cualquier nimiedad que haga olvidar la amargura. A no ser por mi disfraz (que espero quemar pronto), tengo todo lo estrictamente necesario para desagradar a la mayoría de los hombres y mujeres.

19 h. Clase de periodismo

¡Extraordinaria la diferencia con que tomamos en serio una misma cosa! Llego a la clase. Saludo. Me siento en un banco, que casi nunca es el mismo, y leo un libro ajeno a lo que se trata en la clase (tonterías en tono serio y doctoral) o escribo. A mi lado, una gordita saca de su valija tres cuadernos forrados en azul con papel celofán cubriendo cada forro. De un costado de cada cuaderno surge una cintita rosa con un secatinta pegado. Su frente transparenta los pensamientos domésticos que la deben rondar. Sus ojos orlados de rimmel negruzco sonríen al vacío. ¡Fe! ¡Fe en el rebaño! ¡Fe en la cintita rosa! ¡Fe en no preguntarse nada!

Es lamentable un amor que agoniza. No me resigno a la separación. Me duele el sólo pensar en ella. ¡Pero tampoco es posible continuar así! Dos seres creando y viviendo la farsa del amor. Sólo nos une el natural deseo físico y una tenue simpatía. De mi parte hay también un poco de agresión por no serme posible amarlo; por desearlo en forma incompleta. También hay cierto desprecio, pues cuando no se ama (y se desea amar) se hallan fácilmente mil anomalías que “en frío” resultan naturales.

Muy bien, supongamos que vence mi amor imposible (mi amor “legítimo” hacia el ser ausente, que no me ama). Bueno, me espera entonces la más cruel y refinada angustia imposible de soportar. Además... ¡no creo en el amor! Entonces... ¿qué?

La incapacidad de amar me ha de llevar a un conocimiento más o menos completo de mí, a una individualidad fuerte y productiva; mi temperamento

artístico crecerá considerablemente. Quizás haga una gran obra; quizás mi pluma explorará linderos desconocidos, quizás mi ave será gloriosa, quizás mi nombre tendrá su aureola, quizás mi muerte será mi nacimiento. Pero... ¿has de ser feliz algún día? ¿Has de sentir en tu alma el genuino reflejo de un amor pleno? ¿Ha de amarte alguien alguna vez? ¡No! ¡No! ¡Mil veces no! ¿Y tú habrás vivido, Alejandra? ¿Y tú? ¿Y tú?

Aspiro a la lucidez. Temo no hallarla nunca.

Cuando leo a Proust y atiendo su forma y fondo, me creo capaz de escribir un libro tal como él lo ha hecho; en cambio, no podría concebir nunca un relato como *Bonjour, tristesse* o *Gigi*. ¿Será mi profundidad de espíritu?, ¿o mi falta de, digamos, objetividad?, ¿o de simpleza?

Creo que mi feminidad consiste en no poder “vivir” sin la seguridad de un hombre a mi lado. En los períodos (¡actualmente tan escasos!) de ausencia de flirts, me siento terriblemente árida. Inútil. Como si estaría [sic] malgastando mi juventud. Y cuando estoy segura, es decir, cuando camino junto a un hombre que guía mi cuerpo, me siento traidora. Traiciono a ese llamado cercano que me planta junto a la mesita y me ordena: ¡estudia y escribe, Alejandra! Entonces ya no grito “¡me muero de inmanencia!”. ¡No! Entonces, me siento ser. Me siento vibrar ante algo elevado que me asciende junto a sí.

Esta dualidad me rebela. ¿No han de ser compatibles en forma alguna? Buscar ejemplos. ¡Sí! La foto de Daphne du Maurier junto a su aristocrático marido; lord..., tomados amorosamente de la mano. Simone de Beauvoir sonriendo junto a Sartre (no hay que fiarse del periodismo). Katherine Mansfield junto al buen mozo de J. Middleton Murry (pero sus tareas eran análogas y la mayor parte del tiempo estaban separados). Carmen Laforet con sus dos niñas (su mejor novela la escribió en estado de angustia y soledad). ¡Pero también están las otras! (“galeotes dramáticos, galeotes dramáticos”). ¡Qué me dices de las hermanas Brontë, de Clara Silva, de G. Mistral (aridez sublimada), de Colette (en los primeros tiempos), de Mary Webb, de Edna Millay, de Alfonsina Storni, de Safo (¡de Safo!), de C. Espina, de R. Luxemburg y de muchas otras que no conozco! Es irremediable. ¡Es dramático! Una aspira a realizarse. Yo aspiro a realizarme. Cuento para ello con mis dotes literarias. Pero... ¿y si no serían [sic] notables? ¿Si no son más que producto de mi mente confusa y de mi experiencia promiscua? ¿Si no son más que elementos extraídos de mi ser semiarruinado, gastado, que resultan sorprendentes debido a mi edad física? Entonces no sólo erré la elección sino que no me realizaré por el camino más natural y sencillo de toda mujer: ¡los hijos! ¡Entonces sería más que frustrada! ¡Sería un ser arrojado para estorbar los pasos productivos de los demás! ¡Ocuparía un espacio inmerecido! Mi vida habría sido en vano. ¡Toda la voluptuosidad que exhalo y desato en mis sucesivos compañeros y luego enaltezco en los escritos habrá sido sólo farsa! Entonces... ¿qué? Entonces... estar y esperar. ¡Esperar a que todo venga espontáneamente!

¡No! Lo único que ha de venir espontáneamente es la muerte. ¡Al diablo! Cuando oigo (como ahora) el lejano silbato de un tren o los murmullos de un imaginario arroyuelo o el ruido de una piedra chapoteando en el agua; cuando miro las sombras que forman, que crean artísticos dibujos o el humo que juega a la ronda sobre mi cabeza o la ventana que oculta la niebla nocturna; cuando huelo las violetas que embellecen con su tétrica forma el rincón más tonto (¡las violetas, mis flores amadas!) o el aroma del tabaco tan seco, tan excitante, tan sereno o la esencia conservada de un frasquito que me trae imágenes de cuentos orientales; cuando recuerdo ese cuadro de Picasso (sobre el fondo delicadamente coloreado de una especie de caverna magnética, una niñita semejante a un ángel abraza con sus brazos a un avechilla adorable; a sus pies, y para irrumpir con un soplo de sana euforia, hay una pelota de feroces colores, de maravillosos tonos casi puros), o esos espinos acobardados junto a las montañas; o los paseos a caballo por las sierras sintiendo volar mis cabellos a la par de las crines del animal creyéndome un elemento más del paisaje, pensando que mi presencia es tan natural y estimable como el rosado crepúsculo; o cuando lloro recordando esa plantita rosaverde que murió (en mis brazos, podría decir), o el sol afiebrando mi espalda en los rudos días del verano ciudadano, sol que me penetraba en comunión perfecta; cuando siento cada trozo, cada milímetro, cada color, cada baldosa que vuela a mi perfección; sí, cuando siento que mi sentir se amplía infinito y todo lo traspasa, todo ¡ah! ¡Habría mil ejemplos, mil momentos, mil situaciones! Entonces, cuando miro, huelo, oigo, recuerdo, siento: mi ser ya no espera. Mi ser vibra con

los sentidos erguidos, atentos en su puesto. Cuando mi alma se espera en las sagradas nimiedades y recuerda su elección en potencia, ya no se angustia buscando rutas seguras. ¡No! No hay angustia que alcance su nivel. Ni desesperación. Ni dolor. No existe vocablo alguno en el cual invertir mi sensación en ese momento. ¡Y si a pesar de todo seguimos gimiendo, y si después de todo, el tiempo nos borra las impresiones y los huesos sobresalen del alma y la carne es venerada ante todo! ¡¡Si después de todo resulta la nada!! Entonces... ¿qué?

“Entonces... ¿qué?” Te preguntas temerosa de hallar respuesta. La respuesta. Por mis frases deduzco que tiendo a elegir el estudio y la creación. Pero también hay algo que se rebela ¡y con causa! Es mi sexo. Acepto encantada las horas del día llenas de libros y de belleza, pero ¡las noches! ¡Las frías noches de invierno! Noches en que oprimo desesperada la almohada suspirando por transformarla en un rostro humano. ¡Y mi cuerpo que ningún brazo oprime! ¡Y mis labios besando el vacío! ¿Cómo otorgar lo que anhela, a mi cuerpo febril? No quiero amantes (pues desordenarían las horas de estudio). ¡Al diablo! ¡Tendrían que crearse burdeles especiales para mujeres-artistas! Pero no los hay... ¡y es tan trágica la visión de una mujer madura sorbiéndose el cuerpo en la aridez de la noche! Y eso es lo que me espera. Esa imagen destruye todas las embriagueces sagradas.

Desmalezar los conceptos turbios.

0.30 h. Hoy ha sido el día 1 de los 40 que te esperan. (Ahora son 39 ¡Hurra!) Me propongo anotar todas las noches el empleo de mis horas diurnas.

¿Qué ha ocurrido hoy, Alejandra?

11: Me despierto.

11.30: Llamo a Elena. La encuentro muy ocupada, como siempre. Se me ocurre que, para bien mío, no tenemos que iniciar nuestra amistad. Sería retroceder demasiado. Además, nuestras ideas difieren en lo más esencial. Conversando, quedamos de acuerdo en que B. S. es invertida (en potencia, debido a su cobardía).

12: Leo a Proust.

13: Almuerzo.

13.30: Sigo con Proust.

14: No llamo a Jorge. ¿Por qué?

17: Voy a la óptica. Mis queridos anteojos no tienen compostura (merde!).

17.15: Leo a Proust en el ómnibus. Al pasar por el riachuelo lo miro ensoñadora. Los barcos me recuerdan la ausencia de ÉL. Me esfuerzo en no pensar.

17.30: Ahora estoy en un colectivo. Cierro el libro y trato de pensar conscientemente. (Ahora no recuerdo en qué.) Lo logro. Mi cabeza se endereza y, seguramente, mi expresión es de orgullo. ¡Pienso, pienso! Gozo. Júbilo. ¡Euforia! Me siento como un parálítico en su primera tentativa de caminar (lograda).

18: Voy a buscar el análisis. La enfermera me hace esperar en el hall. Saco un cigarrillo. La miro con rostro franco. Le infundo confianza. Sonrío ingenuamente. Me cuenta que el Dr. R. obliga a su hija (esta muchacha enorme, de anteojos, que acaba de entrar) a estudiar Medicina; que la muchacha se

resiste; que tiene la espalda tremendamente encorvada como todos los miembros de la familia R., lo cual es una desgracia pues afea mucho. Respondo exaltando la eficacia de la gimnasia (¡Alejandra!). Me pregunta qué edad tengo. Idiotamente, le exijo que la calcule. Me mira con expresión de celestina inaugurando un prostíbulo o de esa cajera corta de vista de la fiambrería judía y me dice triunfalmente ¡17 años! Sonrío reminiscente. ¡Ojalá sería [sic] tan joven! Nos despedimos cariñosamente. ¿Algún día pensará en mí?

18.30: Encuentro con L. Me siento angustiada pues acabo de tomar un Reducin. Con todo, me siento bonita y lo miro como a él le gusta. Es decir, simpática, inocente, pícara (en el sentido del sex-apple [sic]) y sumisa. Él está triste pues no me ha visto en todo el día y el encuentro es breve.

19: Entro en el coleg[io] de Period[ismo]. Algunas compañeras me miran curiosas. Supongo que se debe a la discusión de anteayer sobre la “decadencia de la cultura europea” (¡la cultura argentina jamás caerá! Pues ¿qué podría caer?). Algunas piensan que soy una “snob”. Es decir, me incluyen entre las niñas bien que beben el té at five o’clock (¡si supieran que estoy en mi pieza llorando o leyendo!).

19.10: El celador pasa lista. Digo ¡presente! Es decir, ¡existo, vivo, soy!

¿Qué eres? Un nombre. ¡Hasta tengo número! (¡Alejandra!).

19.20: Clase de Crítica de Arte. Cuestiones literarias. No se puede escribir sin conocer Gramática. Conceptos claros. Shakespeare tenía un vocabulario de 17.000 vocablos. Los niños lo poseen de 500. ¿Y las

adolescentes geniales, Sr. Profesor? Luego hablaremos de ellas, señorita. Las excepciones después.

Insiste sobre la gramática. Para que se calle, me prometo leer a Azorín (ejemplo de estilo y riqueza idiomática, ¡puaf!).

17.40: Recreo. Entra Rosita. Se me van las angustias, pues su rostro promete bromas sabrosas.

17.50: Clase de Práctica Periodística. Falta el profesor. Viene el de Fotografía. Nos pregunta qué libro sigue el profesor de P. Periodística para desarrollar el programa. Respondo en voz alta: ¡¡Pimpollito!! (mi libro de 1er grado). Todos se ríen. La angustia se desprende. Rosita me mira agradecida, pues vuelve a encontrar a la antigua camarada de aventuras.

20.15: Recreo. R. y yo vamos al baño. Veo el aula de 3er año. En un banco, D. escribe. Nos mira. Presiento que nos ha de seguir.

En efecto, entra, mientras yo estoy orinando y cantando a voz en cuello “la balada en sí bemol”, a pedido de Rosita. Salgo cantando. D. está rodeada de varias niñas, entre ella Rosita. Saludo a D., que está exquisita. Sigo cantando, pues R. insiste; D. me dice que le gusta la canción y más le gusta oírla cantada por mí. Le oprimo el hombro en señal de agradecimiento y afecto. Ella reacciona violenta, pues siente terror a la evidencia de su inversión.

20.30: Clase de Gramática. Me escapo antes de hora. Llego al café. L. me espera. ¡D. no ha llegado aún! L. está frío. Sólo pienso en D. L. no tiene dinero. Yo sí (\$ 60). Me confía que no sabe cómo pagar lo que ha consumido mientras me esperaba. Le muestro una moneda de 0,05 \$ (¡brillante!) y digo que es mi única

posesión. Miento pues estoy cansada de pagarle. Llega D. La angustia se va. Euforia. Llega R. Nos vamos al baño. Allí está D. arreglándose las medias. Le digo a R. que las piernas de D. son “fetos de las piernas de Gandhi”. D. le dice a R. si no quiere que le traigan de España “una linda españolita”. Me indigno. Tomo del hombro a R. y le digo a D. (como si R. sería [sic] una niñita) que R. no necesita españolas, que le alcanza con su mamita que es de Galicia. Salimos del baño. Atiendo al relato de R. Me río y no miro a L., que se ríe forzada. D. está cerca. Se levanta y se va. Anuncio que me voy (una vez que se fue D. ya no hay motivos de interés en el café). L. no tiene con qué pagar. Situación límite. R. recuerda cierto “vuelto”. Encuentra \$ 10. L. lamenta el fin de esa situación tan peligrosa y atractiva. No agradece a R. Se siente humillado por el dinero y enojado porque me voy tan temprano. Argumento que me fuerza la voluntad de mi madre, enojada de mis tardanzas. L. sonrío irónico. Lo siento lejano. Temo perderlo. Me pongo cariñosa. Insisto en encontrarme mañana con él. Él sigue frío. Nos despedimos. Sin besarnos.

21.30: Viaje con R. Me revienta su deseo de llamar la atención de los pasajeros hablando en voz alta de temas intelectuales.

0.86 h [sic] Entonces, ¿qué?

21 de julio

Despertar. Murmullo de pájaros. La ventana transmite una luminosidad tensa. Los pájaros continúan. Los siento enjaulados, por lo que me resulta desagradable su canto.

Observo cada cosa retocándola sutilmente.

Conversaciones con mi madre. Hallo buena voluntad. Le muestro las reproducciones de Gauguin y Van Gogh. Le gustan. Sonríe ante los pechos descubiertos de las tahitianas. Acepta al arte y a los artistas, pero siempre que se den en otro planeta. Es decir, que no admite la posibilidad de mi realización literaria. ¡No! Son caprichos, vuelcos juveniles que ya pasarán cuando la experiencia nos traiga la expresión serena. Observa ingenuamente que yo tendría que pensar más profundamente (¡Madre! ¡Diste justo!). Le explico que aún no es posible. No acepta mis explicaciones. “No hay médico capaz de ayudarte, si no comienzas tú primero.” (¡Madre! ¡Imposible!)

¿Cómo podría vivir sin este cuadernillo? ¡Imposible imaginarlo!

La fotografía de Proust envuelto en un aterrador sudario. Cuando la vi por vez primera, pensé que llevaba un atuendo a lo oriental y que la imagen era un

característico recuerdo de algún viaje por, supongamos, Biskra. Una vez rectificado mi error, sentí náuseas. Odio las fotografías de los muertos. (¡La de Claudel es terrible!) Claudel..., recuerdo que no soporté su lectura. Exceso de universalidad. Pesadez.

Un día, A. Cuadrado me dijo que cada vez que muere un poeta, lee o relee toda su obra. Espléndido homenaje. El día que muera Arturo prometo leer su Soledad imposible, tan infantil e inmadura. ¡Arturo! Así como lo veo, con su hermoso pelo revuelto y las viciosas arrugas enrojecidas, ¡que fue compañero de armas de André Malraux, amigo de Federico, de Unamuno, de Neruda y de mil seres maravillosos! ¡Arturo, con la pluma de colegio y el vaso de vino tosco a su lado, escribiendo cartas de amor con letras lentas y ordenadas! Arturo tocando mis ojos y diciendo: ¡Alejandra! ¡Te arrancaré un ojo y prenderé en el hueco un poema!

Pienso en el ser ausente. Bruma. Niebla. Sensación de sus manos en mi alma. Es como si la sostendrían [sic]. Deseos de escribir su nombre en cada espacio luminoso. De besar su recuerdo.

Sensación de ternura ilimitada que cae a golpes en mi pecho. Latidos violentos que resbalan de las huellas de sus labios. Suma de días. Tiempo. Tiempo. Tiempo. Tregua al tiempo. ¡Vuela, oh cruel enemigo, vuela hasta que retorne el anhelado!

Los planes se desarrollan lentamente. Inquietud al ver avanzar las agujas del reloj. Parecen decir: ¡Ya no hay tiempo para nada!

Finalizé [sic] el tomo II de En b[usca] del t[iempo] p[er]dido] At last! Me ha gustado más el primero. Lo que más admiro en estos libros son los análisis, las descripciones. En el primer tomo llega a ellos de una manera natural, continua, deslizante. En cambio, en el II, parecen provocados. Los episodios son móviles para llegar a esos admirables y espesos exámenes. A pesar de esto, ¡qué maravillosos libros!

22 de julio

La vida es una especie de complot...

¡Recibo una carta de Clara Silva! Desbordo ternura. ¡Clara Silva, te adoro! Eres una dulce melodía que disuelve mis huesos buscando mi alma. ¡Y la hallas! ¡La hallas, Clara Silva!

Escucho la melodía “Si tú partieras...”. Edith Piaf desgarrar mi corazón agrisando con un eco la ausencia de ÉL.

Mi madre se asusta de mi rostro. Dice que estoy enferma. Es cierto. Espero no morir.

23 de julio

Río divertida, ¡anoche vomité sangre! No sé de dónde salió, pero... ¡es sangre! No sé cuándo fue que dije que me friegan los escándalos, las fiestas y las trancas. ¡Macana! Ayer he tomado ocho cocktails seguidos. Me pesqué una tranca poderosa. ¡Y así fui a la Esc. de Periodismo! Nadie se dio cuenta. Pero, recordando ahora, cuando fui a la Escuela sólo había tomado cinco. Los otros tres los tomé a la salida. Recuerdo bastante de lo que ocurrió: yo dije a L. que voy a quemar los poemas, que lo amo, que lo adoro, que el Arte no sirve para nada, etc. Me acerqué a la mesa de mis compañeros de Period[ismo] y hablé (no recuerdo de qué, solo veía a D., a la cual le tomé una mano y empecé a besarle la muñeca, la invité el domingo a una reunión en mi casa (inexistente); ella dijo que le avisé demasiado tarde, que está ocupada, pero que la pase bien con “mi cholito” (L). Anuncié que el 22 de diciembre nos casamos. Se empezó a hablar del matrimonio. Preguntaron cuánto gana L. Sentí deseos de responder que su sueldo apenas alcanzará para los preservativos. Felizmente (?), no dije nada. Luego, me veo en el baño. En el suelo. Vomito.

R. me ayuda. Viene esa compañera gorda que está en 3.º de Medicina, me mira, se escandaliza y dice con un esfuerzo: ¡Felicidades! ¡La p.....!) L. se va. Yo vuelvo con R. y su amigo. Mi madre piensa que es un ataque X y me atiende cuidadosa. ¡Es curda, madre!) Le hablo y me río. “La vida es mierda.” “Estoy por tener un cáncer.” (Ya pagué la primera cuota.) “Me caso el 22.” “No es judío.” (Acá me dio un ataque de risa.) Bueno, dije mil cosas que ahora he de soportar.

Reír. Reír fuerte. ¡Qué gracioso! Pensaba escribir... ¡espejismos! Escribo terriblemente mal. Estoy deshonrada. Sucia. No tengo dinero ni amigos ni amor. Deseos. Sólo deseos. Pérdida. Mi vida es un eterno perder rociado de angustias y melancolías baratas. Nada queda. Hay una sensación de aridez vergonzosa. Así va la vida, Alejandra. Tengo infinitos deseos de suicidarme. Sonrío. ¡Mentira! Más que morir, quiero irme. Irme a las infinitas inexistencias. ¡Mi cholito! ¡Mi amor! ¡Mi vocación! ¡Mi sangre! ¡Mi elección! Reír más aún. Elegir: o me caso con alguien que no me ama (ni yo a él) o estudio y alimento una vocación que no es. Clara Silva; ¡pobre mujer engañada! “Fina y sensible como una hoja”, me susurra en sus cartas; ¡si me hubiese visto ayer vomitando en el baño! De artista sólo tengo el amor al vicio, de burguesa sólo tengo el amor a escribir. ¡Reír!

14 h. Aún estoy acostada. Estoy enferma. Mareada. Débil. Me levantaré y llamaré a L. Iremos a lo de A. y B. Miraré las fotos de Jarry, los grabados de Max Ernst

y ¡pensaré que el Arte es maravilloso! ¡No! Sólo pienso en D., esa puta infame.

Ayer comprobé hasta dónde llega la ayuda, la solidaridad. Todos tendían a burlarse considerando mi estado como un hecho gracioso, extravagante.

Me siento perdida. El único que podría ayudarme está lejos. Mi madre, ¡pobre! Insiste en trazar planes, regímenes, proyectos, de modo de ordenar mi vida. Pensar en L. me angustia. Acabo de llamar a su casa y no está. ¡Claro! Lo peor es que me siento suficientemente fuerte como para no estar acostada y débil, para leer o hacer cualquier cosa. ¿Dónde estará L.? ¿Qué habré dicho ayer? ¡Y D. que me persigue con su rostro maravilloso! ¡Y ÉL tan lejos!... Cualquier proyecto me parece imposible. Estoy arruinada. No puedo descansar. ¡Quiero paz!

R. me contó varias cosas que hice ayer y que no recuerdo dada mi inconsciencia. Una de ellas fue decirle a una mujer que se estaba peinando (en el baño), y que seguramente no me gustó, que tiene “cara de luciérnaga frita”. Toty (parece que se portó muy bien) me tenía para que no cayese, pero su escasísima fuerza no sirvió. Estuve tirada como 2 horas. También disentí de política (¿qué habré dicho?). Recuerdo sí, que me acerqué a la amante de D. y la dije que no puedo más. No recuerdo su respuesta, pero seguro que no me consoló como hubiese deseado.

Deseo que sea lunes.

Domingo 24

Abro mis brazos haciendo una reverencia al vacío. Libros... aj. ¡qué azco! [sic] Escribir (eso, para los locos).

Mi madre quiere enviarme por un año a Israel (su intuición siempre al día: a los 12 años fui sionista). Así, volveré seria y renovada. ¡Madre, y el psicoanálisis!

¡Maldito! ¡Todo me llega fuera de hora! Estoy segura que dentro de diez o quince años, mi madre va a querer que me psicoanalice 7 veces por semana. Pero ¡creo que ya voy a estar muerta!

Planes. Para qué? No pienso escribir jamás nada. Ni leer. Quizás comience a comprar libros bien encuadernados, para regocijarme por el calor de las tapas.

L. ya no dice que me ama, sólo me desea. Insiste en la boda. ¿Para qué? Hoy vimos Manon. En una parte, ella le confiesa divertida a Robert D., “que conoció a un psicólogo yanki que le creyó cuando afirmó que es virgen”. Yo me tenté de risa. L. imaginó que el psicólogo es él y yo, Manon. Cree que lo engaño. Yo, a

mi vez, siento celos terribles de R. Hoy dijo (para hacerme sufrir) que se casará con R. Y a mí me tendrá como amante. ¡Debo dejarlo! ¡Debo dejarlo! (¡Pero me caso el 22!)

No soporto la ausencia de ÉL. Hoy me embriagaría de nuevo. Me siento nada. ¡Es terrible! ¡Descendí en estos cinco días horrorosamente! Me siento viciosa. Sucia. Inútil. Gastada. Sólo quiero beber, comer y hacer el amor. También dormir y decir bromas. Pienso en ÉL y creo que jamás volverá. ¡Asesinaría a alguien! ¡Tengo hambre de placeres físicos! (¡Y yo que quería mejorar algo, para que ÉL se alegre!)

¡Esto no puede seguir así!

¡Dejaré a L. y seguiré sublimando! Pero... ¡me duele tanto todo! ¡Y lo peor es esta sensación de vacío! Sí. Supongamos que lo dejo. Bueno, entonces estudio. Quizás escriba. ¿Y...? ¿Y? ¿Y? ¿Y? ¿Y qué, si estudio o escribo? ¿En qué se diferencia de estar con L. o embriagarse? ¡Dios mío, no puedo más!

¡Lo dejaré! Sí. Él está arruinado. Cuando lo conocí pensé transformarlo. Pensé que junto a mí y mi obsesión por adquirir conocimientos iba a cambiar, a seguir estudiando Filosofía, ¡a pintar! Pero no..., no sólo no se entusiasmó sino que ¡el cambio lo sufrí yo! Pero ¡no puedo culparlo!

¡Quizás él es sólo una excusa para dejar de hacer algo que tal vez jamás amé! No sé, pero yo quisiera otra cosa para mí. Aun en estos momentos en que me

siento tan animal, tan frívola, siento firmemente que deseo estudiar, escribir, curarme, viajar y no casarme nunca. (Quiero agregar que deseo alguna experiencia sexual, with women.) Entonces... ¡ni palabra!

¿Y ÉL? ¡¡Lo adoro!!

¿Y L.? Lo deseo.

¿Y tú? ¡¡Al diablo!!

¡¡Tengo miedo miedo miedo!!

Mi libro no ha salido aún (angustias). A. Cuadrado miente, me miente (angustias).

No amo a L. (angustias).

Tengo celos de R. o de cualquier chica que mire o sea mirada por L. (angustias).

L. tiene celos de cualquier hombre que yo conozca (angustias)

tengo excitación sexual y no puedo calmarla (angustias)

me siento enferma (angustias)

no leo (angustias)

no escribo (angustias)

no estudio francés, ya no voy a la Alliance (Angustias)

no leo a Heidegger (angustias)

ÉL no está (¡¡angustias!!)

Y hay más, hay mucho más. Hay la sensación de la maldad de la vida, del fracaso de mi vida (¡ya no me entusiasma un viaje a Europa!), y a la vez me siento atada. (Por una sonrisa de D. sacrifico un viaje a París.)

¡Sí! ¡Más que atada! (¡Hoy me sentí molesta al verme vestida tan bohemia! Sentí deseos de estar elegante como cualquier estúpida que pasaba.) Hay más (L. me hablaba de sus amistades aristocráticas ¡y yo sentía placer y hasta nombré algunas más!). Hay más (en lo de B. y A, no miré dibujos, sólo quería fumar, beber, comer y besar a L.; el piano me era indiferente. ¡Sí!). ¡¡Hay mucho más!!

Lunes 25

Cruel despertar a las 11 h.

No veo sol. Ni cielo. Ni nada.

Encerrada en la torrecilla voluptuosa.

No hago nada.

Enferma. Náuseas. Dolores de cabeza y de pecho. Los párpados derrotados (¡dormí 12 h!). Quise escribir. Escribí diez líneas describiendo una escena erótica; ¡terrible! Escribo ahora con dificultades. Respiro mal. Apoyo la mano en el rostro; y ¡me duele la piel! Me acaricio el pelo y la nuca estalla. No lloro porque no puedo. Alejandra ¡qué descanso! Son las 11.20 h. Me siento como Molly Bloom. ¡No! Exagero. Pienso en ÉL, pero no me da fuerzas. ¡Cada vez está más lejano! Tengo deseos de embriagarme. De olvidar que he nacido. ¡Y cómo me duele todo! Todo menos el alma (¡que ya no está!). Sigo soñando con D. ¡Jamás la

tendré! No importa. Me gusta soñar con ella. Antes de dejar a L., quisiera que me tome (para demostrar mi desinterés). No lo haré por miedo (a tener un hijo).

Quisiera estar en un convento religioso (como santa Teresa). Tendría que haber conventos psicoanalíticos. Le rogaría a ÉL. No encuentro mucha diferencia entre el amor de santa Teresa a Cristo y el mío a ÉL.

Me siento esquizofrénica. Es como si en mí estaría [sic] el índice de las anomalías psíquicas estudiadas. Cada gesto me resulta sospechoso.

23 h. Renuncio a D. No me gusta tanto. La rodea un aire sofocante. Algo así como una cama deshecha o una mesa desarreglada (o el baño después de darme yo una ducha, cuando está todo disperso).

Hablé con L. Dije que debemos separarnos. Me convenció de lo contrario. Acepté.

Al volver mi madre me hizo una escena de llanto. Le estuve agradecida. Así, va a ser “ella” la culpable de la separación en este “amor imposible”. Lo lamento por A. y B. Voy a extrañar esa habitación tan hermosa. ¡Y la canción de Père UBU! ¡Y los grabados de M. Ernst! ¡Y los cuentos de Álvaro! ¡Y el rostro de Tybor! ¡Y el “te adoro” de L.! ¡Y sus besos! ¡Y su rostro maravilloso! Mon dieu! Si yo fuera sana...

Mi madre quiere que estudie. Cuando lo dijo, sentí un golpe de alegría tranquila. Pero ¡no es posible!, ¡no puedo!, ¡no puedo! No sé qué es lo que temo. ¿Serán los exámenes? ¡No! Creo que no. ¡Es ese método! ¡Esa aridez! ¡Cuánto lo siento! ¡Me hubiese gustado! Pero... ¡ya es tarde! Si sería [sic] más joven, ¡¡quizás!!

Pienso en ÉL. Lo adoro.

En realidad, renuncio a D. pues sé que jamás la tendré. No soy su tipo. No le gusto. Sé que renunciando, puedo lograr que me sea indiferente.

Ojeo [sic] los apuntes de Filosofía. Sólo me interesan los párrafos dedicados al Ser. Pasan oleadas de euforia. (¡Quiero estudiar!) Sé que a Él le agradaría que yo siga estudiando. Toco mi cabeza. La siento obstaculizada. Agonizo de deseos de seguir estudiando. Estoy segura que al elegir la facultad, dos años antes, elegí bien. Pero ¡no puedo! Si comenzara de nuevo y abandonara, entonces sería terrible. ¿Más terrible que ahora? ¡Sí! No veo nada. Sé que mi espontaneidad está languideciendo. Ya pasa la época en que mis poemas sean estimados dada mi juventud. Llega el momento de decir algo. Y para “decir algo” tengo que “saber algo”. Y yo no sé nada. ¡Tengo que estudiar! ¡Quiero estudiar! ¡Pero temo estudiar en la facultad! Me gusta estudiar sola, sin método, sin programa...

¡No quiero viajar! Me imagino en París y no me gusta. Veo “cerrado”. Pero menos me gusta estar acá...

Me avergüenzo de los días pasados en que, tensa y emocionada, buscaba ocasiones para hablar con D. ¡Yo! ¡Con mi sensibilidad y mis aspiraciones! ¡Yo! ¡Amiga de Clara Silva, la mujer más exquisita! ¡Yo! ¡Llorando con Vallejo! ¡Yo! ¡Penando por una plantita! ¡Aspirando a desentrañar lo incognoscible! ¡Tratando de perfeccionar mi vil material!

Tomo conciencia de mi decadencia. ¡No! No es posible. Me liberaré de la carne de D. Me haré indiferente a ella, aun sufriendo los peores dolores. (Lo peor es su indiferencia. Pero, creo que no sabe que la deseo tanto.)

Bajarla a L.: Sí. Alejandra es muy fría.

El doctor B. hablando de adquirir “elegancia psíquica”.

26 de julio

¡Aspirar a la lucidez! Leo a Proust. Al terminar cada párrafo, debo cerrar el libro y los ojos y descansar. Y no tengo sueño ni puedo pensar. Ni hacer nada.

L. me está esperando ¡y yo acá! ¡Me duele pensar en su aflicción por mi ausencia!

Disponer los días como frente a un tablero de ajedrez. Mañana. (Veo un espacio blanco. Una pantalla clara.) ¡Al diablo! Empecé a mezclar. Proust con Jaspers y poemas de Apollinaire, G. Lorca, Rimbaud, Vallejo (los que encuentro en la gramática: Borges [¡terribles!], Ascasubi, G. Mistral, etc.), además, la traducción de Aphrodite de P. Louÿs y las ojeadas frecuentes al Segundo sexo. Cocktail biblius. Rematadamente confusa. Promiscua. Deseos de escribir como James Joyce embriagado. De pronto me enderezo y corro a la gramática (¡vive Azorín!). Luego vuelvo al surrealismo (tomo el lápiz que me regaló Cassio para llegar a la escritura automática). ¡No! He de ser seria. (Ex demimondaine.)

¡Al diablo! ¡Me creo eterna! Todo el mundo dice: ¡tenés la vida entera por delante! (¿y por detrás?). ¡Y así “se” dejan pasar los años!... ¡Y no “se” hace nada!, ¡hay tiempo!

Este maldito cuaderno me recuerda a mi diario (años 53-54).

¡Emocionada! Acabo de ver en la televisión un maravilloso conjunto de ballet interpretando la 7.^a sinf. de Beethoven. Cada vez que aparecía el pequeño fauno, sentía extraños anhelos. Adoro el ballet. Adoro los cuerpos de los bailarines. Me gustan más los

hombres. Es un éxtasis ver una foto de S. Lifar en maillot.

Qué bien que está esa frase de Heine: “Donde mueren las palabras... comienza la música”.

27 de julio

Caminando. Caminando. Mil rostros diseminan sus notas en el pentagrama callejero. Música informe, huidiza. Camino perpleja y avasallada, ¿por quién? Por las sombras del pasado. Por todo lo que descentraliza y enmaleza mi ser impidiéndole cualquier fluir. Atada. Esclava. Anulada para la elección. Voy con el fardo a cuestras. Flores y materias putrefactas. Cada acontecimiento marca en mí sus huellas consagrándose. (Como sucede con el Teatro Chino de N. York, donde cada actor consagrado imprime en el piso huellas perennes asegurándose así la entrada a la posteridad, al no-olvido.)

Escucho las conversaciones pasajeras en un ómnibus, café o esquina. Me avergüenzan esas series de imbecilidades. ¡Y el tono serio en que se dicen! ¡Y las sonrisas! ¡Y las felicitaciones! ¡Y los saludos! Cuando alguien me envía “recuerdos” para otro alguien siempre los comunico. Entreveo un ruego oculto. Un

ruego de ser, de estar en la conciencia del Otro unos segundos siquiera.

En la clase de Gramática hicimos un deber de redacción: “La familia”. Comencé citando una frase de Rilke: “Sí. Porque en el fondo estamos infinitamente solos”... Luego recordé a Jaspers. “Solamente existo en compañía de los demás. Solo, nada soy” (¡esto me angustia!).

¡No puedo dejar a L.! ¡No puedo! Hoy intenté mostrarle mi confusión mental, mi desequilibrio, mi apego al psicoanalista, mi incapacidad de elección (¡tan fundamental en él!). Pero no reaccionó como yo esperaba. ¡No! ¡Quiere ayudarme! Su hermoso rostro se acercó amorosamente el mío mientras sus labios susurraban maravillosas frases. Los ojos oscurecidos por la emoción. Las manos, ¡sus bellas manos! Buscando las mías. ¡Emocionada! (¡pero nada más!). ¡Excitada! ¡Terriblemente excitada! (¡pero nada más!). ¡Al diablo! Mi sensibilidad se agita sólo conmigo. Me sentía afectivamente impasible. Tremendamente pasiva. ¡Como si sería [sic] natural ese cariño por mí! ¡Como si el no quererme sería [sic] una anomalía! No sentía agradecimiento. Me veía materialista, dura y valiosa. Como un prodigio inhallable. Hasta pensaba en la suerte de L. al encontrar una mujer tan maravillosa como yo (¡no ironizo!). Ahora me extraño. “Sólo me amo a mí misma.” Se lo dije a L. y se alegró. “Así me amarás más a mí.” Tengo la sensación de haberlo leído en algún lado. Cuanto más se ama o se odia uno a sí mismo, más capacidad hay de amar u

odiar al Otro. (No recuerdo si lo dice Gide, Proust o Breton.) ¿Qué importa, si yo no puedo amar?

¿Qué hice hoy?

9.15: Me despierto (el despertador sonó a las 7, pero seguí durmiendo). Buen despertar. Pacífico. Pleno.

9: Desayuno. La sirvienta dice: ¡Al final! Después de la muerte, ¡se acabó! (siento deseos de estrangularla. Jamás vi moralista tal. La asocio con Kant).

9.30: Leo la Historia del surrealismo. ¿Qué época! ¿Qué furor! ¿Qué pasión! Connolly se refiere a los poetas modernos discutiendo, como “chacales gruñendo junto a un manantial seco”. ¡Macanas! Nada más auténtico ni conmovedor que el juicio a Barrès o las primeras experiencias de Breton. (Me gusta Vaché.) Mi querido Connolly debe referirse a esos [tachado], como los que veo en los bares de Viamonte, pletóricos de comodidad y ansias sexuales dominadas, opacos coleccionistas de volúmenes polvorosos, desapasionados admiradores de la poesía, de esa Poesía que jamás intentarán buscar.

10.30: Baño matutino. Me seco junto al calor de la estufa. Comienzo a llorar. ¡Jamás escribiré nada que me satisfaga!

10.45: Me dan la inyección. Voy a la farmacia. Me peso. ¡Aumenté! (¡sigue con los cocktails y el dulce de leche!). Siento la sensibilidad obstruida. Merde!

10: Escribo “automáticamente” dos poemas. Uno me gusta. Noto el aire de Vallejo. Me siento ladrona. Ahora comprendo por qué los psicoanalistas están (en

el Jockey) siempre con los surrealistas. (Y yo, ¿qué hago allí?)

12: Almuerzo. Le pido a mi padre que me enseñe a conducir el coche. No quiere. Lo amenazo con casarme con L. (indirectamente). No sigo discutiendo pues a nada lleva. Jamás me enseñará a conducir. Sé que si aprendo en algún lado, luego me lo prestará. Pero tengo pereza. Además, me sentiría demasiado cómoda (burguesa). Me gusta viajar mal. Me hace sentir duro. Un boleto en la mano ¿Verdad, C. Silva?

13: Está saliendo una muela de juicio. Me duele. Me siento vegetal. (Como esos experimentos que hacíamos en la clase de Botánica, cuando la semilla germinaba en pocos días.)

13.45: Suena el timbre. Visitas. Luisa, Betty y Lydia. Invitación para el cumpleaños de Betty. (Me fastidia y angustia.) Interrogo a Luisa sobre sus actividades en la Facultad (iniciamos el curso juntas; ella continúa; tiene una memoria terrible, pero “es necesario un título”; no tiene la menor vocación o inquietud filosóficas; solo dice que “es interesante”). Me pregunta si pienso seguir estudiando. Digo que estoy muy ocupada. Siento malestar. ¡Quiero estudiar! (Pero-no-puedo.) ¡El cielo sabe cómo malgasto mi talento! (“Hago girar mis brazos como dos aspas locas.”) Le digo a Luisa que leo En busca del tiempo perdido. La distinguida estudiante de filosofía se ríe y me dice “el día que lo encuentres, ¡avisá!”.

(Merde! Merde! Merde!)

¿No le tendré agresión debido a su insípido equilibrio psíquico? ¿A su carencia de angustias? ¿A ese aire de paz que exhala?

14: Me cambio.

15: No acepto viajar con mi padre. Mi madre se inquieta.

16: Me compro el libro de Vallejo. Miro una fotos de Colette. Descubro que la mayoría de las mujeres literatas tienen el mismo tipo: morenas, delgadas (al envejecer, engordan), ojos negrísimos, nariz grande, pelo tieso y expresión mística. ¡Sí! No encuentro fácil distinguir a Colette (a pesar de los ojos verdes) de K. Mansfield o de M. de Noailles o C. Silva o M. A. Domínguez (¡qué hermosa!) o... Miro mi rostro. ¿De qué tengo cara? ¡No sé! Sin embargo, una compañera de Esc[cuela] me envió un día un papelito preguntando mi nombre, pues “debes ser poeta”. (¿Por qué estimas tanto a esa chica, Alejandra?)

17: Visita a lo de Arturo. No comento. ¡Tengo miedo!

17.50: Compro cigarrillos egipcios. ¿Por qué gastaré tanto dinero? ¡No! ¡Gastar no es! Son deseos de arrojarlo. No importa dónde.

18: Encuentro en el Jockey con L.

19: Entro al Colegio. Atiendo la clase de Artes Gráficas. Dispongo seriedad en mi expresión. Quiero estar seria. Descubro que debí llamar a Piterbarg. (¡No quiero!)

21: Salgo del C. D. No miro. R. tampoco. Tomo el té con L., quien está tomando tragos, como siempre.

22.30: Llego a casa. Ceno y leo el suplemento del Hogar. Cine, Greta Garbo y su “primera película”. Me emociono. La adoro.

22: Veo por la televisión la película El pibe.
¡Adorable! Ch. Chaplin es terrible. No puedo reírme
de sus gestos. Me siento dura. Impresionada. ¡Es
maravilloso!

(And then... what?)

28 de julio

Ausencia vibrante. Galápagos molestos. Sombra del
frío que se introduce a través de la cerradura de la
ventana. La estufa muda y sonriente de sangre calurosa
halaga mis medias. El humo choca con mis pestañas
borroneando la luminosidad ilusoria. Un cruel
nihilismo brinca sinuoso en mis espacios. Ruidos.
Voces. ¿Y esto es la vida? Extrañeza patológica: la
neurosis se clava en mí orgullosa. Mis dedos se
quiebran al tratar de desprenderla. Miro los huesos
diseminados. Un silencio nebuloso los destaca. Trato
de imaginar mi estructura ósea. La ubico en un cajón
de la morgue. Náuseas.

Pienso en L. Lo veo enfundado en su estrecho traje
de franela gris, gesticulando, moviéndose y sonriendo.
Veo su hermoso rostro tan plástico y juvenil. El pelo
sedoso y largo, tan negro y surcado de manchas
blancas (como testigos de su desastre vital). Me
interrogo sobre la disponibilidad y libertad de L. ¿Son
auténticas o nada más que una asimilación talentosa de
las ideas sartreanas? Puede ser que esté tan hundido y

pasivo que su rigor responsable sea una máscara protectora de su debilidad, a la que se aferra (quizás inconscientemente) para no ver el fracaso de su vida. Sus argumentos contra el psicoanálisis estriban en que “el hombre es responsable de sus actos”. (Rimbaud rompió su estructura burguesa con ayuda de la voluntad actuante.) ¿Y Baudelaire? (Sartre lo condena. L., también. Me enfurece ese dogmatismo. ¿Cómo no comprender que hay veces en que se quiere romper, pero no-se-puede?). Hago esfuerzos para seguir pensando en L. (los cigarrillos egipcios me atontan). ¿Cómo puede amarme? Anímicamente soy opuesta a él. Él es calculador, racionalista, arriesgado (creo), realista, sutil. Además, es abierto en la comunicación. (Cuando habla de su excitación sexual por mí, lo hace en forma tan limpia y sincera, que esas mismas palabras que dichas por otro serían pornográficas, me resultan tan naturales como cualquier comentario sobre, digamos, la situación social.) Ahora me pregunto por qué no lo amo. ¡No sé. No sé! Siento que al no poder amar a L., jamás podré amar a hombre alguno. Con él se cierra la serie de hombres-objetos-a-amar. Nunca habrá nadie más bello ni más sensible que él. Pero no puedo forzar mi ser hacia él. Hay algo inefable que me detiene y que me evita sentir melancolía ante la impotencia afectiva. Algo que me construye mi futura “ermita”. ¡Quiero estar sola! ¡Quiero tiempo para estudiar!

Leo la Historia del surrealismo. Al llegar al capítulo dedicado al marxismo y a la situación social, económica, etc., de nuestra época, cierro violentamente el libro y lo guardo. Me horrorizo de mi

falta de interés. ¡No puedo remediarlo! ¡Denme al Hombre, no a las masas!

Cada vez me atormenta más la incapacidad de hilar un pensamiento.

Mi actividad mental consta de un suceder de imágenes vertiginoso, recuerdos desordenados, palabras que se van en cuanto trato de apresarlas (como un ladrón huyendo del que sólo se ve el extremo del saco, al doblar una esquina). ¡Es desesperante! Trato de llegar a cierta coherencia, pues no es posible seguir tan despegada de mí misma.

Me vienen deseos de leer el Discurso del método. No creo poder terminarlo. Son las 16 h. Pongo por testigo a este cuadernillo para que verifique si tengo fuerzas para leer a Descartes. (Sonrío irónica. ¡Ejercicios de voluntad! “Y el hombre, ¡pobre!... ¡pobre!”) Leo las tres primeras partes. A intervalos, descanso, pues el afán de concentración me fatiga. Admiro el estilo de Descartes. Su limpidez. Su orden. Su fortaleza. (Recuerdo que André dijo que el mejor remedio para la angustia es “leer el Discurso del método”. Me parece un disparate. A mí no me produce el menor efecto de cura; al contrario: sólo me da la medida de mi nulidad intelectual. Me agobia enrostrándome los “imposibles”.)

Hermosa tarde invernal. Por oposición, la asocio con un cuadro de la “abuela Moses”. (Me gustaría encontrar la raíz de esta asociación: los cuadros de la a.

M. los vi en un film de cortometraje proyectado en la primera reunión que realizó Letra y Línea. Ese día fue intenso. Bebí excesivamente. Bailé “excesivamente” con P. Luego ese tango que tarareaba Ceselli, “así era ella igual que una flor”. (Luego soñé con este verso.) Esperaba la presencia de O., pero no vino. ¡Al diablo! Ese día sufría por su ausencia. Ahora también. ¿Será esto el motivo del recuerdo de unos cuadros soleados y calurosos en este día tan Bienestar invernal? El frío renace en cuanto me alejo de la estufa. Se me ocurre pensar en los seres que habitan esas casas horrendas que observo apasionadamente cuando viajo en los ómnibus que pasan por Dock Sud o La Boca. Casas resignadas, desamuebladas por la tristeza, que huelen a vicio y suciedad. Me estremezco al pensar en el frío que debe reinar en los cuartillos oscuros, en el jardín desolado. Luego, paseo mi percepción por mi cuarto, tan confortable y tierno. Mis ojos besan cada figura. Mis ojos, mis labios, mis oídos. Todos mis sentidos unidos y confabulados para hacer de mí un receptáculo sensorial. ¿Y mi razón? ¿Y mi pensar?

¡Desesperada! Acá, acostada en el coloreado diván, a la sombra de la tarde que se va. Mi ropa causaría trágica envidia a cualquier muchacha de las caves de Saint-Germain: pollera de abrigadísimo paño verde con el “cierre” roto; pullover enorme de marino, campera desteñida y rota que aspira tener color celeste, y unas medias de lana verde con adornos marrones; a mis pies están los zapatos, felices en su negrura y modelo como esos “mocasines” que llevan los jugadores de baseball yankies. Me gustan mucho... Detengo el examen de mi vestimenta y trato de

abrirme paso al interior ¡desesperada! ¡Efímeramente
desesperada! (¡No pude terminar el Discurso del
método!)

21 h. No hago nada. ¡No sé qué hacer! Estoy
cansada. Muy cansada. Hoy no haré el sumario del
empleo de mis horas diurnas. No hay qué decir, salvo
que adelanté en mi diagnóstico. Ya aprendí cabalmente
que soy distinta de la mayoría de la gente. Que ellos
piensan y yo no porque no puedo, porque me ocurre
algo, porque estoy enferma. Sí. Estoy enferma. Me
pregunto si a todos los neuróticos les ocurre lo mismo.
De pronto me admiro de todo lo que hice. De mis
papeles. Algún día van a estar en el museo (de algún
instituto psiquiátrico). A su lado habrá un cartel:
Poemas de una enferma de diecinueve años.
Imposibilidad de razonar. Nunca meditó. Jamás
reflexionó. Ninguna vez pensó. Parece ser que es
sensible. Propensión a considerarse genial. Agresiva.
Acomplejada. Viciosa. No muere.

Tinta. Mi único consuelo. Así se sigue, Alejandra.
Así se sigue. La estufa hace ruido. Un perro ladra.
“Nunca se sabe de dónde vienen los ruidos” (Proust).
Así se sigue. A la deriva. Estrellarse. ¡Bah! ¡No hay qué
estrellar! Pongo la pluma en el papel. (Te presento a
una joven poetisa: F. A. P.) Ya pertenezco a mi
tiempo, vive le père UBU!

.....

Puntos. Para indicar que miro el vacío.

¡¡¡Ser por una vez el destino!!! ¡¡¡Quiero llorar!!!
¡¡¡Me duele!!!!

Cuando Sartre oyó cantar a Juliette Greco dijo:
“Millones de poemas en la garganta”.

Cuando lean mis poemas van a decir: “Millones de gargantas en el poema”.

“Poemas para leer en el bidet.”

¡Adoro mi poesía! ¡Es la única que me gusta!
Imitando la de Vallejo, en la que se nota mis
influencias de la primera época (año 1930). ¿Qué hacía
yo en 1930? ¡Estaba en la nada! ¿Y en 2930? ¡En la
nada! ¿Y en 1955? ¡En la nada! ¡¡En la nada!!

29 de julio

Hoy cumpla 19 años y tres meses.

Sumario

¡8 h! Me despierto maldiciendo el frío. ¡Pensar que
podría quedarme en cama toda la mañana, leyendo y

escuchando música! Pero no... debo encontrarme con L. Recuerdo que anoche soñé con Juan Arón. Un J. A. desconocido: ¡orgulloso y desdenoso conmigo! Lo interpreto como un sentimiento de culpa que sufro por haber abandonado su amistad tan bruscamente. Lamento no anotar el sueño, pero tengo frío...

8.15: Sigo en la cama.

8.30: Salto violentamente. El café hirviendo templó mi interior helado. La sirvienta me pregunta "¿si voy a la escuela" (facultad).

9: En un café de La Boca. Frente al puerto "de colores impresionistas". Me extraño de ver a un grupo joven [sic] de tres chicas y dos muchachos. Ríen y gritan vulgarmente. Las mujeres me miran con recelo, ¡una mujer sola! ¡Y en un café de La Boca! ¡Y a las 9 de la mañana! Deseo que L. venga enseguida. No por mi incomodidad, sino para enrostrar su bello rostro a esas caras horriblemente maquilladas, que deben suspirar por los "buenos mozos". (Me avergüenzo de este pensamiento, ¡claro que sí! Pero da satisfacción sentir la pasión de algunas mujeres por L., que sólo me quiere a mí.)

9.30: L. no viene. Me pongo nerviosa. Miro hacia el puente. Los ómnibus parecen bichitos. ¡De los hombres ni que hablar! Me crispo. Súbitamente penetra en mí la certidumbre de la pequeñez del hombre. De su cuerpo. De su rostro. De sus ojos. Pienso (como A. Carrell) que es pequeño para poder entender todo lo que ha logrado (maquinariamente). Comienzo a ver huesos, carne. La vida se me presenta más tonta que nunca. Pasan más hombres. De pronto, uno comienza a mirarme con deseo. Contraigo todos

los músculos. Aprieto las piernas como queriendo hacer desaparecer mi sexo. Me muerdo los labios. Adopto una actitud hosca y desagradable. El hombre se va. ¿Y mi sensación de desprecio al hombre, tan pequeño, indefenso, inconsistente? Si esta presencia sería [sic] completa, ¿hubiese temblado ante un ser que pasa y me mira? ¡No! ¡Mil veces no!

10: L. no viene. Me alegro. Es un tonto, pues él mismo anuda el lazo que ahorcará “nuestro romántico y delirante amor”.

11: Vuelvo a casa. Digo que “la conferencia en la facultad no se hizo”. (Pienso, no sé por qué, en una conferencia dictada por Simone Garma sobre Pascal, a la que no pude ir por falta de tiempo.) Leo los poemas automáticos que escribí ayer.

12: Baño matutino. Cuando me seco, siento deseos de llorar. Me siento frustrada.

12.30: Almuerzo. Conversación con mi madre: “La cocina es un arte. Defiendo la c. francesa. Me veo snob. Lo único que me gusta de ella es el colorido y la carencia de un sabor específico.

14: Proust.

16: Salgo. Me llevan mis padres.

17: Té en el Jockey. Me extraño de ver “entes” sentados tomando y hablando. (Algo parecido a lo de la mañana.)

17.30: En Galatea. Compró libros. Me invitan a un cocktail que se realizará a las 18, ofrecido por la revista Sur. (Me alegro, pues quiero conocer a V. Ocampo, quien según me dicen “se acostó con todos los escritores argentinos”).)

18: Clase de francés. Quito algunas cosas pertenecientes al casillero “17.30” (¡pero estoy tan cansada! ¡Son las 24 h!). ¡Claro! Estuve con Álvaro, quien tenía que encontrarse con L. a las 16.30. (L. no vino.) Lo buscamos en varios cafés. No está. Nos vamos al Chambery. Me siento tensa, como siempre que estoy frente a Álvaro. (Es terriblemente parecido a Rimbaud.) Hablo. Él sonríe bondadosamente. La tensión se disipa. Siento como que me compadece que mi novio sea tan extravagante e informal. No me disgusta esto, pues es una situación nueva. Le pido que me hable de ese libro de Morand, Nada más que la tierra (o me habló de él un día; el libro me importa un cuerno (según A. es muy flojo). Yo quiero recordar, ¡pero! Mejor dicho, tocar algo que haya sido rozado por O. para sentirlo más cercano.

18: Clase de francés. Inquieta. No puedo atender. Quiero reír. Y decir, merde!

17: Llamo a Bajarlía para ir a un cocktail de Galatea. No está. Voy al Jockey. L. no está. Cruzo hasta Galatea. Me hacen entrar. Oigo poemas. Algunas personas me miran curiosas. (Maldigo risueña mi aspecto bohemio, ¡hoy estoy peor que nunca! Pero, ¡sé que estoy atractiva!) Llega Mr. Pierre G. y me hace subir. Subo intimidada. ¡No conozco a nadie!

La descripción la haré mañana. Ahora tengo sueño.

¡Ah! En el café (21.30 h), L. no estaba. Entro al baño, siguiendo a D. Como hay un t[eléfono] público se me ocurre llamar a L. Giro el disco mientras hablo con D. sobre mi futuro matrimonio y... ¡Sí! ¡¡¡Noto sorprendida que marqué el número de Bajarli... [sic]!!!

30 de julio

La humedad se atora junto al vidrio. Se deshace en gajos semitransparentes por los que transita la reminiscencia del rocío nocturno. Oigo el primer ruido del día que ennegrece levemente mi blanca pared auditiva. Lo siguen otros y otros. La efervescencia del colorido es ya innegable. Como otrora junto al pasadizo del puente soñado. Junto al meditabundo cartel esmaltado de pájaros inmensos. ¡Oh, amo los pájaros! ¡Amo las aves! Hasta la más oscura, esa que perfora las crines de los árboles; que vierte sobre las hojas el llover de su canto sin instancias. Las aves vuelan sobre el planeta de mi ventana. Frente el mundillo perfumado de angustias donde las observo. Junto al observatorio deformado en que intercalo las mágicas visiones fugitivas quebrando unos segundos el fluir de la niebla maldita.

Domingo, 31/ 2 o 3 de la madrugada

¡¡¡¡¡Se fue L.!!!!!!

¡Sí! ¡¡¡¡Se fue L.!!!!

“dije todo, ansia, casi, por no llorar.”

Hace diez minutos (o menos) que L. se fue para siempre. Aún siento en mi rostro el sabor de las

lágrimas derramadas en su hombro. Lloré ante la certidumbre de mi incapacidad afectiva. Lloré porque se fue el ser con el que pensaba unirme y constituir una pareja como tantas otras. Lloré porque jamás conoceré el encanto de la comunicación plena. Lloré porque la llave que abrió la puerta indicó un claustro (¡el anhelado encierro junto a los libros! ¡La soledad infinita!). ¡Sí! Lloré porque terminó la farsa. ¡Abajo las máscaras! Éste es tu lugar, Alejandra, y jamás saldrás de aquí. Éste es tu lugar, junto a Rimbaud y Nerval. ¡Junto a Vallejo! Junto a los adorados seres inexistentes que jamás te desilusionarán y a los que nunca cansarás con tus andares de neurótica mundana. Heme acá. Las cuatro paredes rodean mi alma. Hemos llegado al final de un experimento necesario y fracasado. Acá. Sí. Con la pluma y el llanto que nutre conmovedor la savia de mi escritura. ¡Sola! ¡Gritaré aterrada mi soledad! Gimo. Lloro. ¡Tengo tanto miedo!

Cierro los ojos. Era necesario. ¡Quiero escribir! ¿Qué? Aún no sé... Necesito ordenar mis ideas. Lavar mi frivolidad, pues aún quedan restos. Por más tenaz que sea cada poema en asegurarme que no escribo bien, que no tengo condiciones para ello, persisto. Persisto pues es lo último que me queda. Persisto pues si no escribo, soy un ser reventado. Escribo por exigencia vital.

¡Sola! ¡Sola! Ya no me ilusionaré más en materia amorosa. La desecho de mis espacios. “El temor a la soledad es mas fuerte que el temor a la servidumbre”... ¡¡Por ti, Connolly!! Por ti, ave de amplias alas que friegas los ojos reanimados por la esperanza. ¡Sola! ¡Por siempre sola! Conscientemente sola. Yo elijo la soledad y no por rechazo del Otro. Yo, Alejandra, hoy 31 de

julio elijo la soledad. (“Lo hago por necesidad vital. Me pesa el cadáver pequeñito.”)

FIN

10 h. Despierto. Me siento débil y temerosa. Es como si hubiese llorado por la soledad del ser en general. Como si me hubiese achacado la responsabilidad de la soledad del hombre. Recuerdo que en la oscuridad de mi lecho lacrimoso una voz me decía: “¡Basta! ¡Ya has llorado demasiado! ¡Llora únicamente por ti! ¡Sólo tú existes! ¡Sólo tú existes para tu llanto!”. Luego comencé a sentir terribles náuseas y dolores. Quería soñar, fantasear, imaginarme otro escenario que el de mi cama deprimente. No pude. Estaba desesperada. Estoy desesperada.

Pienso en L. y lamento su ausencia. Mejor dicho, la ausencia de su rostro encantador. Su risa milagrosa. Los gestos que asociaba con Oscar Wilde y los lechuguinos de su tiempo. L. tiene algo de femenino cuando cuenta sus andanzas mundanas. ¡Mundanas! Sí. Eso es lo que lamento. Ese colorido que pintaba en mi vida. Esa duplicidad extrema: a la vez que llorábamos la nada, la sinrazón de toda esta evolución ingrata del hombre, la fragilidad de los fines que proponen mil empresas forzosas, cuidábamos la elegancia de los pequeños detalles que aparentemente no tienen fin alguno (cubiertos de cierta atmósfera proustiana) como saber “elegir” las bebidas alcohólicas según sea la hora, huir finamente de los encuentros con seres molestos, cuidar el colorido del vestir (aun en los indumentos más bohemios: L. me obsequió un

frasco de Loción Worth cuyo aroma, un tanto dulce y extrovertido me hacía pensar en reuniones con bellas mujeres y hombres elegantes. Ese día me vestí muy bien y maquillé mi rostro profusamente, cosas que recibieron el agradecimiento placentero de L.). Bueno, creo que la pérdida no es excesivamente angustiosa. Lo único terrible es la desaparición del interrogante: “¿Qué hago, Esto o Aquello?” Sí. Ahora hago Esto y jamás haré aquello. Y si la elección fracasa... Mon dieu! ¡Que no fracase! ¡Que mi espíritu ascienda voluptuoso hacia la belleza! ¡Que mi cuerpo sea su vasallo! Hoy, 31 de julio, el sol ilumina las cuatro paredes de mi cuarto. Paredes que son como espejos. En cada una está mi Yo. (Aunque no quiera, he de mirarlo siempre.)

¿Qué tal,avecilla delirante de alegría? ¿Qué tal, César Vallejo, hombre de lágrimas excesivas? ¿Qué tal, dulce muñequito negro que giras día y noche? ¿Qué tal, noche angustiosa de flores blancas? Os saludo a todos con mi disponibilidad. A vosotros me entrego plena. A vosotros me doy toda. Estoy sola con ustedes. ¡Sola para ustedes!

CUADERNO DE AGOSTO DE 1955

1 de agosto

Me veo obligado ya a admitir que la ansiedad es mi estado genuino, ocasionalmente interrumpido por el trabajo, el placer, la melancolía o la desesperación.

C. CONNOLLY

Luz de la mañana embebida en los ruidos cotidianos. Los ojos vueltos del sueño perciben asustados aún la Realidad que los sacude. Siento mi despertar como una adhesión de una hoja a “su” árbol, como mi volver a pegarme a la rama que me agitará arbitrariamente. Silencio de hoja matutina sin voz para sollozar la infamia de su ineptia. Silencio de tensión erguida en la sien del árbol. La hoja se agrieta al desmenuzar los días. El sueño lejano resuelve su espera en un rincón inhallable. Mis ojos que se agrandan confiados en el reconocimiento de los objetos cotidianos.

Despierto cansada y fría. La toma de posesión de una “libertad” exterior tan duramente lograda es triste. Pienso en mi vida condensada en un eterno intento de escudriñar mi yo. Libros y más libros. Hay momentos en que desaparece la esencia del libro, quedando solamente su ridículo cuerpecillo. Me veo entonces acariciando nebulosas hojas de papel y me pregunto si valen lo que una mirada humana. Me retuerzo en el interrogante axiológico. Pero ¡no necesito respuesta! Continúo leyendo; paulatinamente, desaparece el físico del libro. Me convierto en el receptáculo de su alma. (¡Oh, amo los libros!) Cada minuto que transita señala mi elevación.

Encuentro prodigioso con los momentos de mi vida. Hallo una continuidad confabulada para llevarme a la individualidad más estricta. Mis años aumentan en proporción a las lágrimas. Cada día agrega nuevas lágrimas a la síntesis de mi ser temporal. Lágrimas que son benéficas...

Pienso en mi neurosis. La odio porque no me permite pensar coherentemente. Acepto las angustias, extravagancias, sensaciones y explosiones más violentas pero... ¡a condición de meditar! No pido la lucidez de Descartes. ¡No! Quiero una ínfima cantidad de raciocinio que me permita decir ¡Alejandra, te estás engañando! ¡Quiero tener capacidad de elección!

Se me ocurre que aún no debo comenzar la novela. Tiempo de madurar. Aún no rechazo íntegramente el mundo. Aún me aferro a los engaños gestadores de ilusiones fantásticas. Aún sopla en mí la optimista

esperanza de hallar el puente transitable entre los límites y el infinito. Aún no tengo conciencia de la total impotencia del hombre. (O si la tengo, no me causa suficiente angustia.)

En busca del tiempo perdido, III

Aguante usted el ser calificada de nerviosa. Pertenece usted a esa familia magnífica y lamentable que es la sal de la tierra. Todo lo grande que conocemos nos viene de los nerviosos. Ellos y no otros son quienes han fundado las religiones y han compuesto las obras maestras. Jamás sabrá el mundo todo lo que se les debe, y sobre todo lo que han sufrido ellos para dárselo.

M. PROUST

En una biblioteca pública.

Acabo de hallar cuatro libros magníficos. Huelen a polvo y a magia. Adoro las viejas librerías. Lo que me deja consternada es la fecha de la impresión de los libros: Pensamientos de Pascal (1927). Diálogos de Leopardi (1931). Dostoievski por André Gide (1935)... Es decir: ¡antes de mi nacimiento! ¡Cuando estaba en la nada!

Leo el diálogo entre “la naturaleza y el alma” de Leopardi. ¡Este hombre es un descubrimiento para mí! Me identifico totalmente con él. Y me rebelo con él. Siempre es el mismo interrogante: ¿de qué soy

culpable?, ¿por qué este eterno sufrir?, ¿qué hice para recibir tanto golpe duro y malo?

El hechizo de D. inflama mis anhelos. Su rubia cabellera me recuerda ese verso de B. Péret: Agotar las reservas de oro para comprar horquillas con que sujetar el cabello. ¡Yo agotaría lo imposible para tener sus cabellos en mis ojos! Su cara de gatita adaptada al sueño. Todo en ella es tan voluptuoso que un solo gesto de sus turbias manos basta para ahogar mi alma. Claro que me resisto con todos mis libros, con toda mi angustia prosaica y pseudoexistencial. Pero hay millares de leguas entre sus voraces labios y el hombre clamando con sus brazos abiertos: ¡¡¿quién soy?!! D. es el perfecto exponente de la Tentación Carnal. Terrible modelo que un día envió su imagen a mi cuerpo dejándome delirante, frenética por su posesión. ¡Ah, hermana alma, todo se une para perdernos! ¡Su ausencia, la soledad, la tristeza, la convalecencia de ese amor impotente y la sombra de D!

Sumario 24 h.

9.45: Me despierto triste, relajada.

10: Leo a Proust.

11: Entra mi madre para comunicarme que la madre de Juan Arón ha muerto. (¿Por qué las madres de mis amigos o novios están muertas, mueren o son enfermas? Ej.: mi primer novio, Raúl, cuya madre estaba enferma. Pedro, su madre murió. Luis, enferma de arteriosclerosis. J. A., murió.)

11.30: Almuerzo. Disensión con mi padre. Le noto histérico.

Me complazco en agravar su malestar.

13: Sigo con Proust.

15: Es el Atelier. Espero a Arturo. Llega Raúl. Me besa emocionado de verme. Nos vamos a un café. Viene la hermana de Carlos (dieciocho años y ya está tramitando su divorcio. Le pregunto si está arrepentida de haberse casado. Responde que ¡¡siiií!! Me congratulo de mi renuncia matrimonial. Pero me gustaría tener como ella una experiencia tan interesante. Mi fervor desaparece enseguida. ¡Hay tanto que leer y escribir!). Simpatizamos enseguida. A veces me extraño de las simpatías que inspiro. ¿Cómo es posible? Pasa una joven muy hermosa. Raúl cuenta que es una prostituta a la cual teme, pues hace varios meses colaboró en el asesinato de un hombre y la policía le obligó a detallar sus “clientes”. Felizmente, no lo nombró. Observo a Raúl. Sus ojeras violáceas infunden huellas viciosas en ese rostro infantil. Respira sexo y orgías sensuales. Junto a mí, “la poetisa F. A. P.”, desenvuelve su aspecto más limpio y conversa de libros y poemas. Está escribiendo una novela. Además estudia (entre suspiros) a Kant. Me admira que tenga tiempo para... Volvemos al Atelier. Entra el pintor español Ramón Merino, gran artista (ex restaurador del Museo del Prado). Su estilo es puramente clásico. Hay en él más artesanía que “arte”. Observa mis formas y se dedica a adivinarlas al natural (mentalmente). Me ofrece un empleo como ayudante de restauraciones. La proposición me interesa por la calidad del trabajo. ¡Me encantaría saber pintar! Pero su pobre rostro me detiene. Es un hombre buenísimo, respetuoso y

terriblemente tacaño. Se me ocurre que no debo aceptar.

Carlos escribe una segunda novela. Se desespera por conseguir un título de Escritor que le permita obtener fama y dinero. Apenas comienza a escribir ya calcula las posibilidades de edición que tendrá. Lo desprecia un poco por este aspecto. Pero en cierto modo, se justifica. Por todas partes hay obstáculos y dificultades. Carlos escribe maravillosamente. En otro tiempo, un hombre como él, se hubiese introducido en algún periódico o revista de modo de mantenerse en su medio, ganar dinero y no apartarse de lo que más desea. Es bastante duro trabajar ocho horas diarias en un negocio de marcos y luego extraer dificultosamente una o dos horas para dedicar a las letras. ¡Al diablo! ¡Por fin siento una injusticia cometida contra alguien que no soy yo!

17: Me voy. Reviso los libros de los puestos del Cabildo. Compro cuatro.

17.30: Cruzo a la biblioteca.

18: Al café Bolívar. Leo. (Siento paz, mucha paz.) Entra una compañera. “Hago” para que me cuente de su vida. Llegan dos más (la amante de D. y su hermana). Esta hermana me interesa profundamente. L. (la amante de D.) dice que es muda (tiene veintitrés años). Yo lo creo. Se ríen. La chica dice algo. Es muy delgada. Usa anteojos oscuros. Cuando habla (muy raras veces) tuerce la boca hacia la izquierda. Me esfuerzo en infundirle simpatía, confianza. Le pregunto qué hace. Responde: “nada”. Le digo: “lo mismo que yo”. (Artimaña para establecer algún lazo de unión.) Permanece impávida. Come muy lentamente. Por fin,

me cuenta que desea estudiar baile. La aliento. Me paga los dos cafés que tomé. Nos despedimos sonrientes. Se me ocurre que está muy mal (como decimos con R. “hace falta una ambulancia” que la lleve a lo de algún psiquiatra). ¡Pobrecita! Tiene rostro de bailarina que muere en escena.

19: Escuela de periodismo. Hay cierta rebelión debido al mal desarrollo de los programas. Me uno a ella. Le digo a un compañero que mañana me traeré un par de agujas de tejer y miraré la masacre que harán en la sala de profesores (sí. En ese momento veía nítidamente esas escenas de los films de la Rev. Francesa llenos de mujeres plebeyas vociferando enardecidas por la guillotina. Las que más me impresionan son esas mujeres tejiendo serenas y sonrientes).

21: Café Bolívar. Solamente D.

22: Vuelvo a casa. Encuentro a mi padre acostado a consecuencia de un ataque hepático que le dio esta tarde.

Noche singularmente serena. Las angustias se adormecen amodorradas por las frases de Leopardi. Las causas de los traumas que tejen mi neurosis son adornadas por el humo azul que excita espiritualmente mi alma. Hay una extraña luminosidad, como de ala de mariposa, que se adhiere finalmente a mi sensibilidad. Evoco las situaciones diurnas. ¡Ah, comienzo a amar las noches! Noches de invierno enmantadas por la niebla desconcertada.

En el Atelier había dos cuadritos confeccionados por los indios del Brasil. Los materiales empleados eran puramente naturales: alas de mariposas, plumas de diversas aves, raíces secas de algunas plantitas y semillas ajadas. Representaban paisajes de la selva. El colorido tenía un exotismo maravilloso. Sentí deseos de poseerlos.

3 de agosto

Despierto angustiada después de una noche llena de sueños desagradables y fantasías voluptuosas. Todo esto me indica hasta qué punto no acepto enfrentar la realidad del “medio”. Sólo me consuela pensar en el material literario que puedo obtener de estas veleidades de mi cerebro. Pero también está la sensación de pérdida de energía de la imaginación.

La tensión se atenúa. Recuerdo ese párrafo de Demian: “tiene usted que tener sueños y deseos amorosos. Y quizá le asustan a usted. ¡No los tema! ¡Son su mejor patrimonio, créame! Yo he perdido mucho por haberme empeñado en yugular tales sueños, cuando tenía su edad. No se debe hacer tal cosa. No debemos temer ni creer ilícito nada de lo que nuestra alma desea en nosotros”.

“Et nous allons voir le decervelage.”

SUMARIO

Día 3. No hay hora pues las 24 están dedicadas a enaltecer el ara de la neurosis. (Hacer una reverencia.)
Día ansioso. Mi ser se agita. Pienso en D. Sólo en D.
Mon dieu! D. me confió que está leyendo a Chesterton. Me angustié, pues hoy descubrí que sin ser ninguna intelectual, tampoco es la prostituta mundana que yo pensaba. ¡No! Le interesan muchas cosas espirituales. (Parece que ama la música, pues todas las semanas va a un concierto.) Sí. Me angustié pues ahora la veo más lejana que nunca, más encantadora y ¡oh no! Escribiendo, descubro que sólo me interesa su cuerpo que, al barnizarse de cierta calidad espiritual, pierde el encanto de animalidad que me subyugaba. (Dijo también que la juventud actual está degenerada, que la azquean [sic] los maricas. Lo mismo que esa Luisa de Villedieu, de quien habla Baudelaire: “puta de a 5 fs, quien acompañándome una vez al Louvre, adonde nunca había ido, sonrojándose, tapándose la cara y tirándome de la manga a cada momento, me preguntaba ante las estatuas y los cuadros inmortales cómo se podían exhibir públicamente semejantes indecencias”.) Le obsequié a D. mi hermosa polverita de París. Es la joya más hermosa que he tenido. D. no quería aceptarla. Insistí. No lo lamento. El verdadero obsequio es aquel que más amamos.

4 de agosto

Auténticas esperanzas humanas renacen en mí.
¡Escribir, amar, conocer gente maravillosa! ¡Ah, si sólo

me sería [sic] posible pensar! Fluye una imagen: en la librería P. estuve mirando un número de la Revista de Psicoanálisis. Había un artículo sobre la creación literaria de M. Spira. Sí. Diana, una paciente, escribe un poema (bastante bueno) y a M. Spira no se le ocurre hacer nada mejor que cortarlo en trocitos y decir “Es un ojo éste, aquél, una frente ésta, aquélla”, que en lenguaje profesional viene a ser: este verso se refiere a una transferencia X, aquél a un sentimiento de culpa por el hermano. ¡Y sigue así! Mon dieu! Mon dieu! ¿Y qué me da para vivir saber que Vallejo haya sido neurótico, que Leopardi fue leptosomático, que Van Gogh estuvo internado? ¡Nada! ¡Nada! Destrozo mi frente. Arte puro. (Las señoras elegantes de la revista Sur. esas señoras, ¿hubiesen recibido a Van Gogh en sus reuniones?)

Bueno, pasada la euforia vuelvo a mi fiel frustración. Lo que ocurre es que no estoy afirmada en mi posición. Que hoy conocí a un compañero, D. Martínez, que tiene la libretita de teléfonos llena de nombres grandes: Borges, Mallea, V. Ocampo, etc. D. M. es poeta. Ni grande ni pequeño. Hace años que lucha por imponerse y lo ha conseguido. Pero hay en todo esto un fondo de suciedad que me azquea [sic]. Algo que no puedo superar. No puedo admitir que mi relación cordial con Vicente Barbieri sea un puente para llegar a relacionarme con otros y luego otros y luego vendrá la consagración y la codiciada libretita telefónica. Se me ocurre que debo tener una concepción del artista un tanto retrógrada. Que ya no hay lugar para el solitario, neurótico y bohemio artista (romántico). Que ahora un artista es un ser sociable y reflexivo como cualquiera que no lo es. Pienso en Beba y en su obra tan grande y valiosa. Creo que no hay

artista que se le compare (fuera de Picasso). Beba, pintando día y noche en la soledad del excéntrico cuartito; recuerdo que me contó que muchas veces no duerme, asustada e impresionada de sus propias creaciones. Su deseo más fuerte es vivir en el campo para pintar exclusivamente sin la carga de los deberes molestos que la sacuden en la ciudad.

Pienso en Mí, solo en Mí, y me acongojo. Los días pasan y mi ser sigue cerrado. Los sumarios se acumulan como las hojitas inservibles del calendario. Hay ilusiones y sensaciones. Hay sueños y llanto. Hay signos exteriores que visibilizan que mi cuerpo está fisiológicamente vivo. Pero está mi alma que se escapa, que resbala apenas la rozo. Mi alma de mercurio grisáceo.

Lo recuerdo dolorida. ÉL no está. Hace siglos que se fue. Espero su vuelta (como los hebreos esperando el Mesías) temblorosa y emocionada. Es como si naufragaría [sic] aferrada a una tenue rama, segura de no morir pues dentro de un plazo seguro va venir [sic] un barco a salvarme. ¡Y ese barco es ÉL!

Me estoy riendo. ¡Qué bueno! ¡Claro! Soy una mujer joven, interesante y atractiva; por lo tanto, no me es difícil relacionarme con los seres que deseo. Pero ¿qué puedo ofrecer (literalmente) a esos seres grandiosos que conozco? Supongamos que me enclaustro y escribo algo ¡en fin! grande. ¡Salgo a la calle! y llevo mi obra, pero no el atractivo exterior. ¿Qué ocurre entonces?

Ocurre que tú no tienes la menor vocación, pues de tenerla enviarías a todos al cuerno sin importarte nada.

5 de agosto

Despierto cansada y llorosa. Los interrogantes entran por la ventana como el viento, como el sol; pero mi alma no se pregunta nada. Sólo mira y reprueba los torneos mundanos que realiza mi cuerpo. Ella sólo desea paz, y como no se la doy, se limita a callar y esperar. La tristeza llena mi cuerpo. Me siento cansada de tanta melancolía. Mi estado de ánimo trueca los resplandores luminosos de cada objeto en simples entes desteñidos. Nada me señala alegría. Nada estira mis labios en verdadera sonrisa. Mi pelo oculta la frente, grávida de horrendas imágenes. Tristeza que entra por un ojo floreciendo en el otro ojo. Podría decir que no puedo más, que me iré, que acabaré con mi vida. Pero sigo y sigo portando esta angustia exacerbante, repetida y renovada. Mis manos se abren desesperadas. Estoy encerrada en la más funesta congoja. Estoy atormentada por el pesar más negro. Mi sufrimiento surge a cada instante, para mayor verosimilitud.

Del Diario de Katherine Mansfield:

“La vida no parece más que arena y serrín”.

Sólo disfruto de veras en mi propia compañía. Cuando estoy sola, el detalle de la vida, la vida de la vida, es algo realmente maravilloso.

¡Oh, quién fuera un escritor verdadero, consagrado a su vocación y sólo a su vocación!

Hay momentos en los que Dickens se siente dominado por una fuerza que le impulsa a escribir y está como transportado. Ésta es la dicha perfecta. Ciertamente, los escritores de hoy no la poseen. ¡Oh, vida, acéptame! ¡Haz que sea digna de ti! ¡Enséñame!

Al escribir esto, levanto los ojos. En el jardín, las hojas mueren. El cielo es pálido. Me doy cuenta de que estoy llorando. Es difícil, es difícil morir bien.

Mostré algunos poemas a dos compañeros. Los elogiaron extensamente. Me alegré infinitamente y más aún porque esos muchachos no son intelectuales ni mucho menos. Son verdaderos “porteños” devotos de Arlt y Discépolo. ¡¡Cómo me gustó emocionarlos!!

Conté a R. mi separación de L. El relato fue una bella historia de dos seres obligados a separarse en “una época brutal en que no hay lugar para el amor”. Creo que al final, no entendió la razón de la separación. ¡Mejor!

¡Llegó! Llegó el miedo. ¡Tengo miedo de existir, de estar sentada en la silla, de pensar en ÉL, de haber hablado de mis poemas, de mi mente, de mi cuerpo, de la poesía, del calor de la estufa! ¿Comprendes, Alejandra?

Sí. Pienso en mí y me asusto. ¡Estoy tan enferma! Pero no es ninguna enfermedad agradable, de éstas en que una está segura en cama y recibe flores y amigos y

sonrisas protectoras. Mi enfermedad es, inversamente, de esas que le dan a una aspecto sano, apto para recibir golpes. Y caen uno más uno, a veces en orden y otras no, ¡pero no importa! La llegada es fiel. Me duele estar enferma. Me angustia curarme (desfallecer de amor por ÉL). Jamás estaré bien. Jamás mis momentos felices sobrepasarán los momentos dramáticos.

Creo que ya no hay nada que defender. Aun con mi ínfima capacidad reflexiva, puedo deducir mi vida. Ha de ser una vida corta en la que no me casaré ni tendré hijos (hasta diría que no tendré relaciones sexuales). Moriré acá en este cuarto, de alguna cosa aparentemente violenta como es algún choque automovilístico o un cáncer de pulmón.

Hablé de mis tentativas literarias. Siempre las haré, pero nunca llegarán al acto. No escribiré nunca nada bueno, pues no soy genial. No quiero ser talentosa, ni inteligente ni estudiosa. ¡Quiero ser un genio! ¡Pero no lo soy! Entonces ¿qué? Nada. Alejandra, ¡nada! Sigue juiciosa y reprimida como hasta ahora. Sigue diciendo que tu vida no vale nada y temiendo fumar en la calle. Sigue berreando contra la humanidad mientras te asusta esta pobre silla. Sigue entreteniéndote una calavera negra cuando tu rostro enfrenta al espejo mientras el corazón late pensando en el dibujo correcto de tus labios. ¡Sigamos caminando, Alejandra, sigamos caminando! Caminaremos hasta la odiada y temida Muerte en la que cesará la odiada y temida Vida. Gime por tus lágrimas mientras te sientes culpable de tu risa. Enciérrate en tu cuarto a escribir sandeces suspirando

por los ovarios de D. Sonríe a D. angustiada por el tiempo que corre y la necesidad de estudiar Pascal. ¿Comprendes, Alejandra? Estamos perdidas, lo que se dice ¡completamente perdidas!

Mis lágrimas tienen sabor mundano. Mi pluma destila rostros conocidos y elige: éste, sí; éste, no. Mi cerebro festeja una kermesse facial. Lluvia de rostros: A. B. C. D. ¡ÉL! Finalmente, aparece Picasso llevando a Guernica. Lloro más fuerte. Picasso me obliga a aferrarme a la Vida. ¡Y es mucho más cómodo rechazarla! No puedo decir que el hombre es nada cuando sé que allí está Picasso. Estrujo mi frente. Pienso en ÉL y le envío un mensaje que me cure, que me quite esta sensación de fracaso literario que no soporto.

Hay mujeres locas y mujeres de talento, pero ninguna tiene esa locura del talento que se llama genio.
SIMONE DE BEAUVOIR

Lo que ocurre es que yo quiero saber el porqué de todo esto. Quiero saber por qué me atrae D. Quiero saber por qué nací. Quiero saber por qué es de noche ahora, por qué la vida se hace vino, por qué esta silla (¿quién la inventó?), por qué existe el lenguaje, por qué sufro tanto, por qué existe el olvido, por qué existe el mundo. Por qué existe la existencia, por qué existo, por qué siento, por qué hay flores (¿quién inventó el color? Por qué se llama color).

Me siento delirar. Me duele mi existencia sin objeto. Yo misma soy un objeto. ¡Qué mundo enfrentar si sola nada soy! ¡Qué mundo explicar si sola nada sé!

Siento el ronco sonido de mi respiración.

Es muy tarde. Estoy cansada. Sólo me veo a mí. De vez en cuando pienso en ÉL. O en mis libros. O en la soledad anhelada. O en aprender seriamente. Pienso en el genio. Es muy difícil que se manifieste desnudo de aprendizajes. ¡Y al final no me importa! Lo dije ya y lo repito pero no llego a convencerme a mí misma.

Es muy tarde y mis párpados se inquietan. Me siento muy sensible y siento que todo vive. Cada cosa grita su ser. Me haré balance. La individualidad exalta mi pluma. Yo. Yo. Yo. Yo. Soy la mujer más egoísta del mundo. No sólo vivo por y para mí, sino que exijo de los demás que den elementos que en mí no hallo, elementos que se refieren a mí, siempre a mí. Sí. Es tarde pero temo separarme del cuadernillo. Temo acostarme, temo llorar. Estoy por llorar. Me siento horriblemente desdichada y culpable. Mi [palabra ilegible] frívola y cariñosa. [Palabra ilegible] angustia la publicación de mi libro. En el fondo no lo quiero. ¡No! En el fondo quiero estudiar. Quiero escribir lentamente. Quiero esculpir al fuego de la gloire (Pope).

Alejandra seguía rumiando las desconectadas frases. Suspiraba violenta apretando dura su cuadernillo marrón. Sus ojos sin fondo clamaban a Algo. Se [palabra ilegible] esa rareza de la desasimilación. (Pensé que le haría falta un buen tratamiento psíquico.) Me acerqué hacia ella tratando que no me viera. ¡Así fue! Seguía suspirando y escribiendo marcando en su rostro gestos de desesperanza. Sentí pena, a pesar de que su rostro no la inspiraba. Frunció las cejas tan fuerte que yo temí ver su rostro roto de continuar con esas flexiones faciales. Pesaban los minutos. Su cuerpo seguía inerte y desilusionado. Los suspiros fueron reemplazados por un silencio trágico. La miré profundamente. Contuve mis deseos de llorar. ¡Cuánto dolor había en ese cuerpo abandonado! ¡Cuánta angustia en esas manos aferradas al papel! ¡Qué trágico destino el de esta muchacha sentada que escribe y escribe!

¡No pude soportar más y me fui! En la calle, el sol doraba las sombras esfumadas. Aspiré esforzándome por no pensar en Alejandra.

Al pasar por una plaza, una paloma se posó en mi hombro. La acaricé agradecida. Ella levantó sobresaltado vuelo, pero me dejó una bella plumita. Miré el cielo. Presente y compacto de azul definido. Ya me sentía mejor. La figura de Alejandra sólo era una imagen borrosa.

Sábado, 6 de agosto

Despertar resignado. 11 h. Incertidumbre. No sé si ir o no al Jockey. Me siento cansada quiero leer. Reacciono y voy. Espero al ómnibus junto al poste. Un hombre me habla. Me corro demostrando desprecio y fastidio. Siento remordimientos. Un ser humano que ve mi presencia y quiere tener acceso a ella.

En el Jockey no hay “nadie”. Paso por el Florida y veo a través del vidrio dos rostros familiares: Gross M. y Dormuze. Me llaman. Saludo cordial. Tensión de mi parte.

Me traen la imagen de ÉL. Observan el libro que llevan mis manos: Diario de K. Mansfield. D. no la conoce. Me extraño. G. sabe de su vida, adaptándola en dos segundos a un proceso psicoanalítico que transforma el título del libro: Diario de una neurótica, por K. Mansfield. D. bromea con mi análisis diciéndome que estoy matando mi genialidad. Lo niego rotundamente. Hablo de mi indignación por el artículo de M. Spira. Después me arrepiento, pues los ojos de D. adoptan esa mirada especial de sujeto o objeto (paciente). G. me pregunta cuándo vendrá “papi” (ÉL). Mi corazón gime. Le sonrío con gesto de inteligencia como si estaría [sic] enterado de algún robo o delito que ÉL y yo estamos preparando, y le digo la fecha.

Luego, nos vamos al Jockey.

Encuentro a Bajarlía, Fassio, Ceselli y Arden Quin. Este último está explicando el uso de la palabra merde en Francia. La explicación dura casi media hora. Yo estoy tentada de envidia y de risa, pues yo también quiero decirla. Hablo con Juan sobre la creación literaria. Sabe mucho y su conocimiento es ordenado. Por supuesto, que no es nada extraordinario. Pero, junto a él, siento la injusticia de la sociedad. Lo mismo que con Carlos Mazzanti. Lo mismo que con Arden Quin.

Lo que es cuanto a mí, si sería [sic] posible, si en mis manos estaría [sic], daría todo a estos hombres. Hombres que aman el arte. Hombres superiores que no tendrían que pensar en ganarse el sustento mediante tareas inferiores al arte. Creo que es Jorge el que dice que los gobiernos tendrían que mantener a los artistas. Estoy de acuerdo.

En un momento dado, mientras J. J. B. me habla, siento un leve deseo voluptuoso por él. Se me ocurre que no estaría mal que me case con él. ¡No! Al minuto, me contradigo pues pienso en mis libros, que ya no serían míos, que estarían mezclados con los suyos; lo que será una tremenda pérdida de libertades de autonomía. ¡Jamás me casaré! Si me curo, tendré amantes.

J. B. habla de hechos eróticos. Cuenta que Benavente era invertido. Yo lo sabía, pues un día mirando una fotografía, me di cuenta.

Anécdota: Benavente estaba corrigiendo una escena de La malquerida sentado en una butaca del Teatro X. Está febril y concentrado en su tarea. De pronto,

alguien golpea su hombro, preguntándole con voz vacilante dónde queda el water-closet. Benaven te reprime el insulto, mira al hombre y le dice: “Es esa puerta de la izquierda. Usted la va reconocer pues hay un cartelito que dice “caballeros”. Le recomiendo que no haga caso de él y entre lo mismo”.

Otra: Benavente pasea por una plaza. Al llegar de un banco en el que hay varios jovencitos sentados, éstos empiezan a burlarse de su homosexualidad. Él se detiene, les sonríe y acercándose les dice: “Les voy a confiar un secreto: así empecé yo”.

Creo que no seguiré estudiando en la facultad. La vida es muy corta para sacrificar cinco años estudiando entre llanto y sacrificios. Jamás podré adaptarme a los programas de estudio. Jamás podré adaptarme a método alguno.

23 h. Finalizé [sic] el tomo III de las obras de Proust. Me duele el cuerpo de las horas pasadas junto a la estufa, sentada en la alfombra. Calculando, creo que han sido 7 horas.

Muy interesante el barón de Charlus. Dada mi poca experiencia, no acierto a determinar la posibilidad de su locura. Pero me atrae terriblemente. ¡Qué lenguaje hermoso que gasta! (“¿Cree usted que la saliva envenenada de quinientos hominicos amigos suyos encaramados unos sobre otros llegará a babear siquiera hasta los augustos dedos de mis pies?”) Hablando de Proust; el otro día le pregunté a J.-J. Bajaría si leyó sus obras. Contestó: “Solamente algunas partes de Sodoma y Gomorra”. ¡Claro!

A Proust lo veo un tanto nebuloso. Es el receptáculo donde entran todos los hechos, emociones y sensaciones dignas de ser notadas. Todo el tiempo de la lectura estaba calculando la edad que tendría en determinadas circunstancias.

¡Al diablo! Estoy muy cansada. Hoy es sábado. Hace una semana que soy “libre”. Me interrogo acerca de L. Miro mis pantalones de pana de color beige, reminiscentes del West, de pactos con los indios, de liar cigarrillos con las manos, de botas embarradas. (Ni quiero pensar en el valor psicoanalítico de estas frases.) ¡L.! ¡Claro que extraño su rostro! Y su voz (“¡Bumi! ¡Te adoro!”). Hoy es sábado. Estoy en mi pieza tomando té. Pienso en los sábados anteriores remontándome millares de días. ¡Jamás hubiese pensado que yo, nada menos que yo, pasaría un sábado en casa! ¡Y aceptándolo con placer! Me recuerdo ese poema que escribí “hoy no llueve pero quiero morir”. Hoy es sábado pero quiero vivir. Sonríe estremecida. ¡Esto es lo que necesito! Me siento tan cansada que mi mente ya no funciona. ¡Claro! Ésta es la medicina apropiada. Sola, encerrada, leyendo. ¡Pero es tan agradable!

Me duele el pecho y para respirar debo hacer esfuerzos dolorosos. Lejos de sentirme desdichada por esto, me veo como a una heroína romántica. Ya no soy Alejandra; soy Aurelia, Genoveva o Ariadna.

Ahora que la tensión se disuelve, prefiero ser Gérard de Nerval. (Como dice Connolly, “ser Gérard de Nerval, ¡pero sin sus sufrimientos, sin la miseria, sin la locura!”)

El sábado languidece. Estuve leyendo unos poemas de Alfonsina Storni. Me gustan. Pienso en su muerte y me acongojo. (Dos días antes de morir, preguntó a su amiga Margarita: “M., ¿tú crees en Dios? Sí. ¡¡Pues reza por mí!!”.)

Y después salió. ¡Y no vino más! ¡No volvió!

Me desespera no saber pintar. Ni dibujar. Siento que las cosas me gritan rogándome que las reviva en un lienzo blanco. Pero ¡no sé!, ¡no sé!

Entonces mataré a todo el mundo y me iré.
JARRY

Domingo, 7 de agosto

Encuentro unos viejos papeles escritos allá por el año 53 o 54. Me confunden y lastiman. ¡Cuánto adelanté! A pesar de la torpeza literaria que demuestran, hallo más coherencia que en los escritos actuales. Coherencia ingenua debida a la ignorancia de muchas cosas esenciales. En esa época, pensaba que con conocer mi interior, ya estaba resuelta la duda antropológica: ¿qué es el hombre? Pensaba que la fe es importantísima. Pensaba que la muerte no es para mí. Ni la soledad. Ni el arte.

D. M. me invitó a participar en un concurso literario, de cuyo jurado forma parte. Se me ocurre que no debo intervenir, pues D. M. es pseudoclasicista y dijo que mis poemas “son muy buenos, pero un tanto osados”. ¡Osadía! Escribo como puedo. Jamás sería capaz de escribir un soneto ni una apología al jardín de esa plaza. Jamás sabría componer un alejandrino ni calcular una rima. No lo lamento, pues D. M. tampoco “sabría” hacer ninguno de mis poemas.

16.30 h. Estoy sola en el humo del domingo. Si hablo, nadie me responde. Si lloro, no hay mano que aparte mis lágrimas. Pienso en L., en B. y en A. En las hermosas veladas en el cuartito de estos últimos. Sonríó, dueña de mí, pues sé que en mis manos está la voluntad de escapar o no de la soledad: un llamado telefónico o una visita, pero sé que no lo haré. Sé que esto está muy bien.

Cada cual se forja su mundo. Mi mundo es esta habitación. Fuera de ella está lo desconocido, lo indiferente, que no tengo deseos de explorar. Acá es donde siento la limitación. Acá es donde veo lo vano de los esfuerzos humanos. De pronto, me asalta la idea de vivir. Me pregunto si vivo. No sé qué es vivir. Además, al estar acá, respondo a mis necesidades. Necesito de esta soledad llena de libros, de música, de humo y café. ¡Vivir! Supongo que “vivir la vida” significa gozarla. Pues mi goce es este.

Antes de salir, entra mi madre a mi cuarto preguntándome si tengo cierto objeto que necesita. Le

respondo distraída que no tengo tal cosa. Ella me mira risueña y maliciosa y me entrega sigilosamente un cigarrillo extranjero que hurtó del atado de mi padre. Le agradezco mientras se va rápidamente. Me río emocionada. ¡Qué buenos son estos pequeños momentos! Es como le dije cierta vez a Elena, a raíz de una pregunta sobre mi estado de felicidad: “No. No soy feliz, pero hay en mi vida pequeños trozos felices, soplos de dicha que suavizan el permanente estado angustioso. Y esos momentos me permiten vivir”.

Suspiro. ¿Lo crees sinceramente, Alejandra? Recuerdo haber leído hace mucho tiempo, en un libro de moral, que “desde que el hombre es hombre, toda su vida se concreta en un deseo: ser feliz”. Y yo, desecho la posibilidad de serlo. La niego sin ser escéptica o nihilista. ¿Tendré que decir de nuevo que la niego por necesidad vital?

Pasó una hora. 22 h. Pienso en ÉL y una oleada de cálida euforia envuelve mi imaginación. Me siento como inspirada por algo fantástico y deseo hacer cosas increíbles. Si en estos momentos escribiera, creo que saldría algo bueno. ¡Pero mis dedos no serían capaces de guiar la pluma! Creo que pienso en ÉL para no pensar en D. Por supuesto que no tengo miedo de esta última (es decir, de su intervención en mis ensueños). Pero pensar en ÉL me gusta más. Sé que jamás me amará, pero parece que no me importa mucho, pues me veo semiresignada a esta idea. A pesar de esto, yo me deshago de amor por ÉL y lo deseo noche y día. En estos momentos, siento su presencia tan lejana que me parece imposible verlo de nuevo alguna vez. Calculo los días. Son 23 días. ¡23 días más y estoy salvada! ¿Salvada de qué? De existir.

Trato de hallar la causa de su atractivo: ¿los ojos? Bueno, podría ser pero no sé. No puedo ser sincera. No sé ser sincera. Sin embargo yo sabía por qué me gustaba L.

¡Pero a ÉL lo adoro! ¡Es un sentimiento profundísimo!

Hoy me siento agresiva, sensual. Nada espiritual. Recuerdo que el Dr. B. me dijo: “Cuando se tiene un alma tan exquisita como la suya”.

Tengo a mi lado una excéntrica almohadilla redonda de color verde y rojo. Parece una flor arrancada de un tallo de vidrio. Sus tonos son violentos y puros y me gritan. Siento que me gritan. La miro fijamente. Un cruel espejismo me obliga a hallarle facciones humanas. (Recuerdo ese diálogo entre la Tierra y la luna, de Leopardi. La luna se siente ofendida porque los humanos le encuentran o proyectan facciones como las que ellos tienen; se ofende pues lo ve egoísta.) Coloco el libro de César sobre la almohadilla. Desaparece.

Prendo la radio. Ray Anthony interpreta “Conociendo las tristezas”. Acabo de cenar. Me ha gustado la cena, que consistía en vegetales de varios colores. Había una graduación del verde tan sutil y apenas esbozada, como en un cuadro de Cézanne. Terminó la música. La voz del anunciador es grave y simpática. Sigo fumando. Siento mi rostro como reflejado en mil burbujas de agua. Sonrío blasfemando contra el mundo. Aspiro insidiosa. (Presenta “Lo que vendrá” audición de baladas.) Aparece una estúpida

melodía. “A guy called Jim. Shure!” [sic] Cambio de audición. Vuelvo. Ya se terminó. Alejandra, ¿en qué piensas? No sé, sólo sé que me duele mucho. Me duele la existencia. Cambio de audición. Una hermosa melodía portuguesa. Sonríe emocionada. Habla de la primavera. Ya la temo. La temo mucho pues es enemiga del encierro y la obliga a una a salir al exterior, al mundo y eso es malo, hace mal. Alejandra, ¿en qué piensas? En ÉL. ¡Quiero que vuelva!

Oigo las voces de mis padres. Cambio de audición. ¡Aparece un cantaor! Gritos toscos y agudos. Campanillas y azucenas de los caminos de España. “Una mujer se olvida de la tristeza vendiendo flores. Sus pregones la alegran a ella y a los que oyen. Sus ojos son claveles perfumados. Sus manos, azahares sonrientes. Su pelo son las rosas abandonadas y enlutadas de llanto.” Cambio de audición. “Adiós”, de G. Miller. Reminiscencias de bocas unidas. Pienso en todos los hombres que me han besado (tengo que utilizar cuatro veces mis diez dedos).

Cambio de audición. “¡Hojas muertas!” Hojas impávidas. ¡París! Llanto y miseria pegados a mis ¡Te amo! ¡Te amo! Los sones me recitan:

¡y esta pasión ardiente y desmedida
la he perdido, señor, haciendo versos!

“Bajo los puentes de París”. Vieja canción que canturreaba mi madre. Los acordeones abren y cierran mis oídos. Final. Escribo final para que no termine. Adoro escuchar música y escribir. Esta que escucho ahora me provoca tensión. Es aterradora. Está hecha de

chorros de agua ondulados que no terminan de surgir nunca. Parece el “eterno fluir” filosófico. Al fin, el manar incesante se detiene. Aparecen acordes que huelen a Oriente. “Veo” a Gide tomando agua de Vichy, sentado en un café y concertando citas nocturnas con un pilluelo roto. Los sonos se estiran. Damas en trajes tiesos danzando sobre un estanque helado; otras, beben sorbetes de frutilla. Habla el anunciador. Habla de los antiguos que usaban la leche para exaltar su belleza (baños de Cleopatra) ¡Los antiguos! Polvo en forma de hombres. Otra melodía: “Amo a París”. No me gusta. Me deja angustiada pues yo no soy capaz de amar a nadie. Sonríe pues así lo hace el acordeón. ¡¡Vive!! Música de toros sangrientos. ¡Brrr! Cayó el torero. ¡Con la simpatía que le había tomado! El público aplaude. La coleta se llena de sangre. La banderilla. Blasco Ibáñez, Sangre y arena. Tyrone Power besando a Rita Hayworth. ¡Terminó la canción! ¡Ya no hay toros! ¡Ya no hay plazas! ¡Sólo tu cuarto, Alejandra!

Ahora el anunciador vuelve a las cremas de belleza. ¿Qué falta hará la crema de belleza si mi alma llora de negrura herida? Sinceramente, sufro tanto que parece mentira. Lo veo como una broma de mal gusto. Vuelve la música. Cadenciosa y carnal. Piano llegando a la última octava tan aguda e infantil. Siento deseos de cantar:

yo tenía un piano
y se fue
yo tenía un amor
y se fue

yo tenía una sonrisa
y se fue.

Alguien silba. ¡Ah París! ¡Qué bello! Me ahogo.
Estoy acostada. Jamás iré a París. Soy muy vieja. París
es para los jóvenes. ¡Y este violín! ¡Maldito sea! Raspa
lo último, ¡sí!, juro que llega a lo último que hay en mi
alma. Lloro. Vértigo. ¡Deseos! ¡Anhelos! ¡Ah París!

No puedo contener la emoción. La melodía varía. A
ratos se introduce ese violín que turba mis sentidos.
¡"La vie en rose"! Edith Piaf "gran artista sin arte".
Sonríó a su rostro patético. A su voz hambrienta.

Cambio de audición. "Asturias" de Albéniz. Me
tiento de risa. Esta música me provoca cosquillas. Qué
ridícula. ¡Ah, llegó a la parte hermosa! Ya no me río.
Frunzo el ceño llena de patético respeto. Veo muertos
danzando en un jardín sin flores. El ritmo es
entrecortado por una expulsión de llanto. Prendo el
cigarrillo n.º 25. ¿En qué piensas, Alejandra? Estoy
reventada. Ahora es "Cataluña", de Albéniz también.
Pienso en D. Tengo miedo. Pienso en ÉL. ¡Tiene que
curarme! Juro contarle todo. Todo. Cierro los ojos.
Sigo estirando este domingo que desea irse. Pienso en
Proust. Hay veces en que me pone nerviosa por su
forma tan arbitraria de otorgar extensión a ciertos
pasajes más que a otros. Pienso en ÉL. No puedo verlo
lejos. Lo veo en otro mundo. Nos separa un espacio
insalvable.

Llora flecha sin blanco,
la tarde sin mañana,

y el primer pájaro muerto
sobre la rama.
G. LORCA

El silencio incita al cuerpo hacia la muerte del
sueño. ¡No quiero despedirme aún de las horas!
Alejandra, ¡cuánto has vivido hoy! He gozado y llorado
intensamente. ¿Qué más? non solum sed etiam.
¿También qué? ¡También está lo otro! ¡La dulce paz
uniforme del amor! Cubro mi rostro. Lo veo como un
fósforo que no pudo encender. (Trastornos de la cera,
descuido en la fabricación.)

Escribo, escribo. ¿A esto llamas escribir? ¿Y la
novela? ¡Tiempo para madurar! Orden. Coherencia.
Disciplina. Gradual reparto del tiempo.

Estoy excitada. ¡Brrr! Tengo calor.

Motivos de excitación: las 8 h. De cama. Sodoma y
Gomorra. Angustia por D. Recuerdos de ÉL. Las
manos de L. La música.

Señor esclavo, ¿y bien? ¿Los metaloides obran en tu
angustia?

Mascullo una sonrisa gastada. Es muy tarde y
persisto en seguir escupiendo frases. ¿A qué seguir,
Alejandra, a qué? ¿Para qué estos papeles frustrados?
Sonríó más aún recordando ese cuaderno que encontré
en la biblioteca de Piterborg [sic], en Córdoba. Parece
que era una novela escrita por Sefe. Comencé a leerla.
Era terrible. Algo así como una mujer de 40 años y dos
hijas, abandonada por su marido. Una historia
putrefacta y aburrida. Me siento malvada. ¡La pobre

Sefe que envidiaba tanto mi genio juvenil! El otro día, Martita (esa chica que habla con la sh) me dice: “¡Shi! ¡Esh muy fashil eshcribir “vanguardismo”! ¡Yo puedo deshir que tengo shubtes en el ombligo y lishto!!”. Me reí diciéndole que agradezca al cielo mi escaso conocimiento psicoanalítico, pues en caso contrario podría hacerle una interpretación comprometedora.

Porque tú formaste mis partes interiores: tú me tejiste en [palabra ilegible] en el vientre de mi madre. A ti daré gracias; porque asombrosa y maravillosamente estoy hecho; maravillas son tus obras; ¡y eso mi alma lo sabe muy bien! —Salmo 139, 13,14.

MERDE!!

Es muy tarde. Retengo la noche con el mismo afán y temor con que la duquesa de Guermantes retenía a sus invitados. Pienso en ÉL.

Escaleras. (¿Qué opinaría Freud de las escaleras?) ¡Me importa un cuerno! Es muy tarde. Asociando, diremos que es muy tarde para ti, Alejandra. Extraño. Hace unos minutos, pensé que la pluma no tiene tinta y ahora noto que no es así, que tiene demasiada. Es decir, que algún geniecillo protector de las literatas desesperadas llenó la pluma. Bueno, esto es un signo que alienta. Suspiro. La palabra “alienta” me desalentó. No es para mí.

¡Cristina de Suecia! Me honro al escribir su nombre en mi pobre cuadernillo. Mujer maravillosa. De ella dijo Descartes: “De inmediato comprendí que estaba ante un ser muy extraordinario y que conocerlo había

sido un feliz privilegio, aunque la muerte me rondase en el aire helado de su palacio de Estocolmo”.

Acabo de ver (en televisión) la obra de G. Lorca La zapatera prodigiosa, interpretada por Ana Mariscal. Es maravillosa. Comienzo a adorar a G. Lorca. Me emocionó el niño tratando de cazar la mariposa mientras le canta:

Mariposa del aire,
qué hermosa eres,
mariposa del aire
dorada y verde.
Luz de candil,
mariposa del aire,
quédate ahí, ahí, ahí.

Pienso en el día de hoy. Corrí. Corrí. ¡Ah! En la editorial N. encontré al Dr. Castagnino. Lo saludé cordialmente y comencé a conversar, cuando de pronto algo me anudó la garganta y no pude seguir. Comencé a estirar los dedos de mis manos. (Creo que fue cuando le dije que no sigo más en la facultad y él me preguntó por qué.) Quedé en silencio. Sentí deseos de decirle que estoy enferma. No lo hice. Me fui al teléfono y marqué sin mirar. Salió equivocado. Volví a él. Me sentía morir de desesperación e impotencia. Su rostro prolijo denotaba extrañeza (a mí me pareció temor). Luego que se fue, me senté y escribí tres poemas. Quería llorar. ¿Por qué? No entiendo. Al retirarse, me saludó fríamente. ¡Claro!

Caminando con A. Cuadrado. Alguien lo detiene. Es un hombre muy feo. Con el rostro escamado y la sonrisa tonta. A. C. me presenta “una poeta que comienza y un poeta que finaliza”. Su nombre es J. Bioy (primo de Bioy Casares). Le sonrío mucho pues me da lástima. Se va. Arturo me dice que está loco. Que está internado en Vieytes y a veces sale para embriagarse y escribir. Me sube el llanto. Se me ocurre que es un verdadero poeta (los que sufren del dolor mundial). Contemplo a Arturo, tan seguro, tan mundano (“está loco, Alejandra, por culpa de una mujer como tú”, dice, bromeando). Me asquea. Lo odio. Pienso en el poeta loco. Quisiera darle algo. Me estremezco. ¡El pobrecito es tan feo!

Lo único que hago es mirar el calendario. ¡Cuándo, mi Dios, cuándo vendrá ÉL!

Se me ocurre que todo lo que leo ahora, tendré que leerlo de nuevo el “día” que me cure.

Compruebo que tengo bastante sensibilidad artística. A pesar de no entender nada de teatro, capté dos fallos en la obra. Pequeños y ocultos. Lo mismo me ocurre en pintura y en Acá, en la soledad de mi cuarto miro mi alma y me pido que no me engañe. Pero de nada sirven los ruegos. No puedo juzgarme.

Todo lo que veo es un espejismo. Todos mis amores y entusiasmos ¿De qué soledad me hablo? ¿De qué amor me hablo? ¿De qué vocación me hablo?

Un compañero de clase me muestra un poema suyo. Lo leo. Es superficial y vulgar. Le pregunto por

qué no es más profundo. Me mira y dice que tengo razón. Es un lindo muchacho. Mis compañeras gustan mucho de él. Yo no. Me respeto por ello. Ya pasó el tiempo del entusiasmo ligero. ¿Y L.? ¿Qué te gustaba en L.? ¡Su rostro! ¡Pero estaba lo demás! ¡Y era mucho! ¡Oh, jamás podré gustar de nadie después de no haber podido amar a L.! ¡Cómo lo deseo! ¡Cómo lo extraño! Era lo máximo que podía exigir de un hombre en cuanto a cualidades.

Y su rostro de estudiante francés torturado. ¡Y su pelo! Dios mío ¿por qué? Pienso que L. me amaba y me siento enloquecer de dolor. Ya perdí todo. Ya no tengo nada.

Me voy a acostar. Tengo miedo. Confieso claramente que tengo miedo de comenzar a gritar. Veo enfermeros, chalecos de fuerza. Yo grito y me tapan la boca. ÉL vuelve. Le dicen que estoy muerta para no dejarme salir. ¡Tengo miedo!

Me digo: ¡Alejandra, serénate!

Lo hago. La sombra de la lapicera parece un ave funesta. Se tiende sobre mis palabras formando una cruz tétrica de negrura. La imagen de un cementerio. Cierta noche paseando con Hugo y J. A. por Moreno. Ese día fue terrible. Tengo millares de días terribles en mi recuerdo. ¡Como ser que sufrió, como ser que sufre, como ser que sufrirá siempre!

Hoy me visitó Claudia Bologna. La traje a mi cuarto con “malas intenciones”. Me dijo que se siente indefinida, que no sabe qué hacer, que se aturde para

vivir, que odia este país, que admira locamente a Françoise Sagan. La encontré parecida a mí, pero sin mis angustias y sensibilidad. Me causó cierta repulsión. Comencé a decirle que nada logrará bebiendo o besando jóvenes, que si desea enfrentar al mundo debe situarse seriamente ante él y sacrificar dolorosamente inmensos placeres. Que la vida es muy dura. Que es muy lindo aturdirse pero que a nada conduce. Que nadie está definido y que no se preocupe por eso. Yo “creía” que se refería a su situación sexual. Se alegró terriblemente cuando le narré ese reportaje que hice a Mecha Ortiz. Manifesté también que el libro de F. Sagan no tiene mucha trascendencia. (Es cierto. Lo considero bueno para leer en el tren o en la sala de espera del dentista. No me identifico con él ni lo admiro.) Sólo me gusta el título y el pseudónimo de la autora (reminiscencias de Proust). Admití que tiene buena técnica novelística.

En la librería Letras, un hombre (corredor de libros) mostraba un bellissimo misal romano. El canto estaba pintado con oro rojizo. Era maravilloso. Le dije que “sólo por ese libro me haría católica”. Todos rieron, la dueña, generalmente fría, no sabía qué decirme para manifestar su simpatía. Compruebo que en cualquier ambiente, una nota ingeniosa o chispeante sirve más que la erudición seca o las serenas virtudes morales. Sí. Todo reside en la simpatía (en cuanto a las relaciones sociales). Sin embargo, amo mis ojos lacrimosos y mis labios cerrados. ¡No quiero que desprecien mi angustia! ¡Alejandra!, ¿exiges darle validez universal?

Martes, 9 de agosto

9 h. Despierto mirando el gris que exhala mi ventana. Anoche soñé con Bajarla; un B. mucho más joven con el que cenaba en un restaurant. Al finalizar, aparece una familia muy burguesa y ordinaria, de cuyos miembros hay uno (muy parecido a J. Bioy) que le dice a B. que soy una mujer ligera.

Desayuno de muy buen humor. Todo me parece bueno. Luego viene mi madre a mi habitación a fumar. De pronto, recuerdo el sueño de anoche además de otras imágenes (tipo orquídea y abejorro) presentadas a mí en estado de casi vigilia, como ser una mujer que intenta violarme. Me resisto. Una vez que lo consigue, me acostumbro y luego me causa placer.

¡Dios mío! ¡El dolor que me causan estas anotaciones domésticas! ¡Cuando una quisiera ser de flores, de humo, de algo etéreo y exclusivamente espiritual! (“Nihil est sine ratione.”)

El día de hoy se me presenta ausente. Día lleno de ocupaciones y encuentros. ¡Ah! ¿Cuándo vendrá la soledad? Esto no es vida. Ayer leí 5 hojas. Hoy haré otro tanto. Dicen que T. E. Lawrence leía 6 libros por día. ¡Eso es vivir!

Justamente, ayer Claudia me decía que para escribir un buen libro es “necesario” viajar y tener muchas experiencias (preferentemente, sexuales). No estoy de acuerdo. Sé que un viaje no alteraría mi impotencia de pensar coherentemente. Además que si yo escribo una novela, no necesito de la experiencia sexual para

describir las escenas necesarias. ¡No! Mi imaginación es capaz de componer más posturas que Van de Velde (el matrimonio perfecto). ¡Imaginación! Veo el frasco de yodo y me imagino que alguien subió al cielo, arrancó el sol, lo trituró hasta llevarlo al estado líquido y obtuvo “extracto de sol”. Veo un atado de cigarrillos vacío y es una ballena de los films de W. Disney.

Veo el cenizero [sic] y se me presenta un cuadro de muchos hombres cavando sus fosas; luego los fusilan y los cubren.

¡Al diablo! Siento un libro dentro de mí. Un libro que me atraganta. Un libro que me obstruye la respiración. Y yo no permito que salga. ¡No! Pero ¿por qué?

Las delicias que causa levantarse tarde. Apenas me levanto, leo un poco, almuerzo y paso la mañana. Y ya debo irme. ¡Hay mucho que hacer! Mientras almorzaba, leí un artículo de Churchill sobre Lawrence. No sé qué ocurre pero este hombre (Ch.) es terriblemente antipático mientras escribe. Su estilo parece un informe prolijo y ordenado que tiene que recibir la aprobación de sus superiores.

24 h. Falté al Colegio para tener tiempo de leer la Vida de Proust por Leon Pierre-Quint. Me siento enferma. Tengo mareos. Hoy fue un día bastante amable. Me encontré con Bajarlía. Mientras lo esperaba, fui al toilette. Comencé a peinarme cuando entró una mujer rubia con aspecto de vedette. Me miraba muy seria y como queriendo incitarme. Otra mujer que entró interrumpió nuestra comunicación

visual. Volví a mi asiento, que casualmente daba frente a su mesa. Nos miramos mucho, pero yo no quería profundizar, pues sabía que en esa confitería llena de gente a nada podríamos llegar. Por lo tanto abrí mi librito de Baudelaire (proyectos de prólogos a Las flores del mal) y traté de leer. Llegó J. J. No sabía qué decirle, pues la mujer me miraba. Comenzamos a hablar de literatura. Le dije que lo único que escribo es “una especie de diario” (bastante interesante). J. J. Insinuó que mi ausencia le fue [sic] beneficiosa literariamente, pues le ha “permitido” escribir 4 obras teatrales. Sonríó amargada. Si resultan buenas, el público agradecerá mi impotencia afectiva que les permitió nacer. Poco después llega un hombre repulsivo que besa a la rubia y se sienta con ella. Trato de no mirar para no avergonzarla. (Compruebo que comienzo a hablar en presente.)

Pienso en J. J. B. Hoy me ha gustado bastante. Me habla de Sylvia. Si su novio la deja, está arruinada. Me estremezco. ¡Con qué facilidad decimos que el “otro” está arruinado!

El humo carcomido por la noche. El aire mudo de inexplicable sonrojo. La ceniza árida en su despojo vital.

Comencé a leer un estudio sobre Antonio Machado. Me aburre. Su poesía es agradable, pero nada más. Supongo que la forma ha de ser exquisita, pero como yo no entiendo nada de gramática, me resbala. Me sorprende la rima. Me sorprende y me disgusta. Tiene algo de mágico, algo de melodioso que

no carece de atractivo. Pero después de Vallejo, todo lo demás es llanto casual. Se me ocurre que algún día haré un profundo trabajo sobre él. Lo considero un deber.

Tengo reparos en seguir escribiendo este cuadernillo. El método que utilizo para escribirlo es éste: escribo sin pensar, todo lo que venga de “allá”. Lo guardo. Al día siguiente, releo lo escrito y pienso.

Supero los reparos. Si no fuera por estas líneas, muero asfixiada.

Lo que ocurre es que estoy impresionada por lo que he leído sobre Proust. Lo encuentro prodigioso y genial, pero hay algo que me detiene y es su aspecto mundano. Sé muy bien que su menor gesto era terriblemente profundo. Veo su alma exquisita y rara. Pero me hubiese gustado más que todo ese mundo hubiese sido en su mayor parte creación de su imaginación y no documental.

A pesar del sueño y el malestar, llevo a abreviar la pluma hasta el tintero. En algún lado grita un gallo. El sonido se eleva entre matices rojizos. Me asusto. La aurora imaginaria trae un aroma pesimista.

Fue recién cuando se me ocurrió seguir escribiendo (como dice César, “Perdonen la tristeza”). ¡Al diablo! Hierve el agua. Debo levantarme y hacer té. ¿Y si no me levanto? El agua gime. Quiere maquillarse. Agua frívola y saltarina. (Perdón, enseguida vengo.)

Ya está. Continúo escribiendo mientras tomo este magnífico té. Lo elogio sinceramente. Es una de mis mejores obras. Noche. Qué silencio saludable. Mis

labios están congelados. No puedo hablar. Emito un sonido para convencerme que no perdí el habla. (No.)

Recién me entero que Proust es “fatigoso” para leer. Hasta hay consejos: “comience con 20 páginas diarias. No se desanime. Luego aumente la dosis”. Recuerdo que yo no tuve dificultades. A pesar de no querer confesarlo, me siento orgullosa de ello a tal punto que lo tengo que escribir, pues de lo contrario la pluma no dejaría de atormentarme.

Me contemplo severamente. No me hago reproches ni quejas. Sólo contemplo mi ser como si yo sería [sic] otra. Mi yo que observa parece un juez serio y honrado mientras que mi yo que actúa (escribe) se siente culpable como un chiquillo travieso que simula confusión y arrepentimiento, pero que sabe que será perdonado.

La ausencia de sinceridad congela la menor euforia. Suspiro angustiada. No sé por qué pienso en Mechita Chiesino. ¡Ah! El libro de Proust está editado por Santiago Rueda. Conocí a éste en el sanatorio donde operaron a M. Ch. De apendicitis. Apenas llegué, M. me dijo que se sentía mal pues la oprimían los gases. Sentí cierto desagrado pues a su lado había un ramo de bellísimas flores. Me pregunto si no me sentiré anímicamente como Mechita.

Triste. Estoy triste. Pienso en Proust.

Le ha dolido el dolor, el dolor joven,
el dolor niño, el dolorazo, dándole
en las manos
y dándole sed, aflicción

y sed del vaso, pero no del vino.
¡La pobre, pobrecita!

Parece que me acabo de quemar las pestañas. Fría, la noche continúa empujando las malignas agujas del reloj. Hurgo en mi mente. Nada. Mis labios siguen invisibles, Tengo que llegar al encontronazo fatal. No me animo a dormirme pues sé que he de hallar algo. Algo vendrá. ¡Un pájaro! La prof. de francés preguntando “qué hay en la mesa de luz”. En mi mesa de luz hay: “un vidrio. Bajo ese vidrio hay fotografías de barcos de todos tamaños y colores (barcos que jamás concretarán su realidad); hay estampillas valiosas; hay fotografías de seres que admiro”. Mis párpados elevan un ruego. Sigo llorosa en mi búsqueda. Estoy muy cansada. He de dejar, pues.

Miércoles, 10 de agosto

11 h. Me despierta la voz de mi tío diciendo que el Sr. V. ha muerto. Me levanto y encuentro a mis padres desayunando sanamente y comentando el suceso. Lo peor es que el tema carece de continuidad y las opiniones sobre la maldad de la muerte se mezclan a cierto asunto comercial de mi padre. Llego y me comunican la noticia. No contesto. Siento deseos de decirles que dejen de comer, que lloren, que “eso” nos espera a todos. Mi padre se levanta y quedo con mi

madre. Me dice que no hay que pensar en la muerte, pues una se vuelve pesimista, que la vida es bella (parece [palabra ilegible]). Le contesto diciendo que salga a la calle y que si encuentra alegría y belleza que me avise, así no voy a pensar en la muerte. Se escandaliza. ¡A mi edad pensar en “eso”!

Contemplo el humo del cigarrillo. Se consume. Toso terriblemente. Me duele el pecho y respiro mal. ¡Maldito señor V.!

Contemplo el reloj. 11.15 h. Aún sigo acostada. Antes me angustiaba perder tanto tiempo durmiendo. He dormido 9 h. Ya no me angustio. He perdido el fin. He perdido el para qué. Es cierto. No sé el motivo de vivir dos o tres horas más por día. Si el sueño es lo único que arranca de la angustia. Pienso en la muerte. ¡No! ¡No puedo pensar legítimamente en ella! ¡Quiero que ÉL vuelva para Alejandra! ¿Acaso cuando ÉL está no te angustias tanto o más que ahora? Sí. Pero es distinto. Aparece su rostro. Tengo frío. Es el único que puede ayudarme. Lo adoro. Miro los libros. Ansío que caigan en mi pozo cerebral. ¿Para qué tanta lectura? ¡Si después nada queda!

16 h. Enmudecida. Las sombras presentan similitud con una radiografía borrosa. Las sombras que despiertan al contacto de mi pluma. Mi espíritu permanece aletargado. Cierro los ojos y lo imagino blanco, viscoso. Como un repelente órgano humano dentro de un frasco de formol, expuesto en una vitrina.

Renuncio a la coherencia. Soy un ser esencialmente inconsciente.

Estuve leyendo 4 horas. Tiempo en que no me sentí. (He venido al cuadernillo para saludarme.) Apoyo la mano en mi frente sintiéndome etérea, espiritual. ¡Proust! ¡Qué artista tan puro! Frente al arte, todo lo demás es nada. Las rencillas cotidianas son el tosco papel que lo envuelve. Los deseos de amar, los anhelos eróticos. Todo eso no es más que accidente. Accidente fatal, que hay que aceptar sin entregársela.

Estoy tan tranquila que me alarmo. Escribo sin verdadera necesidad. Ahorro las palabras. Estoy sentada mirando fijamente el papel.

En la Escuela “ofrecieron” una conferencia dictada por Noemí Areste sobre “el origen de las leyendas”. Me sentí dispuesta a escuchar. Llega una mujer rubia y distinguida con rostro ojerozo [sic] y enfermo. El rector la presenta. La mujer apenas puede sostenerse en pie. Habla. Tiene una voz afectada por tres motivos: 1) dientes torcidos. 2) tremenda neurosis. 3) residió varios años en el extranjero.

La Alejandra de antaño no hubiese podido contener la risa ante esta voz de sainete, tan ridícula y desgarrada. Varios compañeros se reían. Yo no. (Evité mirar a R.) Trato de recordar lo que dijo. Sí. Habló de Rómulo y Remo, del poeta Arión (no entendí bien el nombre, pero la leyenda es maravillosa. “Escribió un bello himno a Neptuno que conmovió a los delfines,

quienes lo salvaron de perecer ahogado”). Me interesó el tema por un recuerdo de mi niñez, con el que lo asocio. [Yo tendría unos diez años (o menos). Caminaba con una prima. Ella me preguntó qué es leyenda. Contesté con una definición tan difícil (ahora no la recuerdo pero estaba la palabra “mito”) que quedamos pasmadas de asombro e incompreensión.] Luego narró bellas leyendas indígenas (una se refería a una flor en la que se instalaba el alma de todo indio bueno; flor surgida a raíz de la muerte de una sacerdotisa que prefirió clavarse un cuchillo en el pecho antes que ser poseída por un lascivo conquistador). Reconozco que atendí más a los relatos mitológicos y a las leyendas europeas que a los de nuestros indígenas. No sé por qué, pero desconfío de todo lo nacional. Me parece imposible encontrar belleza a cualquier tema argentino.

La mujer terminó. Corrí tras ella y con un motivo cualquiera, le hablé. Quedó muy contenta de mi saludo. La encontré exquisita. Tenía cierto aire de Vivien Leigh en “Blanche Dubois”.

Tengo frío. Me siento enferma. Tengo el párpado izquierdo afectado pues a cada momento comienza a temblar. Supongo que se debe a mi angustia.

Todas las noches viene al café un muchacho llamado Morel, muy culto y extraño. Es muy psicólogo. Cuando R. y yo lo saludamos despidiéndonos, nos sonrió y en tono afeminado y confidencial dijo: “¿Así que se van juntas?!” R. no se

dio cuenta que esa frase era para nosotras. Pensó que lo decía al vernos salir acompañadas.

Quizás él quiso decir que nos “vamos juntas” a pecar por ahí. Pero no creo que sea un equívoco de mi mente enferma. No importa. ¡Sea! (Pero ¡cómo duele!)

11 de agosto

Despierto a las 10.30. Estoy en un pantano. Mundo de ensueños. Enferma. Cansada. Ya nada me interesa. Quiero seguir durmiendo. Contemplo mis ojos irritados. Mi rostro tan pálido. No puedo escribir. Es el fin.

Cantos de pájaros bajo el sol de mediodía. Un frío sopor circunda mis manos calladas y abatidas por la tristeza. Pienso en el spleen de Baudelaire. En esa negrura general que aparentemente no tiene su origen en nada. Hurgo, remuevo, selecciono tratando de atravesar toda la corriente sanguínea para llegar a la raíz (“la madre del cordero”). Mis ojos se cierran. Estuve leyendo (¿fue lectura?). No pude continuar. El párpado izquierdo sigue torturándome. Pienso en el viaje casi prometido. Nada se enciende. Supongo que la realidad ha de ser la misma en todas partes. Odio la realidad. Odio mi realidad. No acepto mi vida. ¡No!

¡Claro que no! Me entierro en los ensueños. (Que sólo podrían ser interrumpidos por la llegada de ÉL.)

Mi libertad exterior. Antes, cuando L. perturbaba mis horas de estudio, trataba desesperadamente de usar cada minuto, de no perder tiempo. Ahora que ya es totalmente mío, lo suelto. Ya no tiene valor. Ya no tengo obstáculos.

Me pone muy nerviosa la lectura de Sodoma y Gomorra. Es decir, que no adelanté mucho en cuanto a mi exclusivo interés literario. (Como antes, cuando leía muchas veces el monólogo de Molly Bloom.)

CUADERNO DEL 22 DE AGOSTO AL 1 DE SEPTIEMBRE DE 1955

Bar Florida, 22 de agosto, 14 h

Lunes pasado y presente vertido en la taza de un café bebido en el bar Florida. La mirada del OTRO que está frente a mí impide el saludable esparcimiento de mi incoherencia. La taza de café brilla por el sol que se introduce mezclado a la luz artificial de los tubos fluorescentes. Mi almita gime contra el sol, enemigo de la angustia auténtica. El sol, como buen canalla que es, haciendo dorar los objetos, impidiéndome darles el color que a mí se me ocurra. Sí. El sol nos engaña a todos. El sol es una vil ilusión de felicidad. Lo odio más que nunca.

14.30 h. Bar Florida. Los mozos barren. Frente a mí, el OTRO embadurna medialunas. Ahora me mira. Ahora lo miro. Mi ánimo oye el volcar de las monedas, los platos con su sempiterna redondez, el ruido áspero y terrenal de la escoba. Y luego las agitaciones de ese demonio llamado sexo y las rotaciones de mi ser entre los polos opuestos de la angustia y la euforia. El otro se

fue. Quedó una jarra plateada llena de agua. Los dados se agitan en el vaso de cuero, como pájaros esclavizados. Una voz grita: ¡Escalera! Lo repite empeñada en su batir estúpido. Siguen barriendo. Nos iremos a la biblioteca a estudiar. ¿Qué? ¡Lo que sea! ¡Lo que quieran! ¡¡¡¡”Voy diciendo por qué me dan así tanto en el alma”!!!!

Clase de periodismo, 19.30

18 h. Exposición de Spilimbergo. Sensación de dicha. Atiendo un cuadro que denota influencias de Picasso. Un rostro de mujer. Debajo hay algo gris que interpreto como una flor. ¡Qué hermoso! Me fijo en la ubicación de los planos. Como jamás vi ningún manual de pintura ni conozco la menor regla pictórica, exprimo mi sensibilidad para tapar mi ignorancia. ¡Crear! Sea en donde fuere, basta crear. Es lo que pensaba cuando caminaba por los kioscos de libros del Cabildo. La plaza en que están instalados es pequeñita y miserable. Sólo tiene unos arbolillos filosos y míseros. (Me pregunto para qué los han puesto.) Para que haya verde. Para que haya creación. Miro un arbolillo y le prometo crear, crear y crear. Ser como la naturaleza, creadora como ella. Paseo por la calle Florida. Rostros más rostros. Millares de mujeres con los labios pintados. Cada una tiene un rouge rojizo y un espejo. Cada una se ha plantado frente al espejo, se ha pintado cuidadosamente, corrigiendo con los dedos o con un pañuelito los errores cometidos. Algunas usan sombrero. Han cuidado de ponérselo bien, cosa que no esté ridícula. Luego una mujer embarazada que oculta su protuberancia abdominal bajo un amplio tapado. ¡No importa la estética! Procrear. Procrear.

Pienso que cada hombre que pasa tiene un falo y en él varios seres en potencia. Pienso que cada mujer que pasa tiene su propio útero apto para portar seres. ¡Y siguen pasando! ¡Y siguen! Rostros. Todos iguales. ¡Hiergo [sic] mi cuerpo! Miro el cielo y me siento trascender. Me siento llamada, supremamente llamada. ¡He de crear! Es lo único importante en el mundo. Agregar algo. Dejar algo. En el kiosco veo un librito: Fausto de Goethe. ¿Qué importa que Goethe haya muerto? Allí está el testimonio de la realidad de su existencia. La muerte no puede contra él. Nada puede. Ni la guerra ni el avance atómico. Ni los burgueses en sus Cadillacs ni el portero que barre la vereda. ¡Oh, crear! ¡He de crear! Es lo único importante. Es lo único que queda. ¡Crear y nada más! ¡He de tapar el fracaso de mi vida con la belleza de mi obra! ¡Crear!

La psicología del comportamiento (behaviorista) describía los senderos de las ratas en los laberintos.

Miedo tremendo con relación a D.

Temor de que no venga. Temor de no concretar mis deseos hacia su nombre mágico. Temor. Temor. Temor. ¡Es terrible esta incertidumbre! Y lo peor es la no seguridad de mis deseos. El temor al espejismo. Temor. (¡Y esto me ocurre leyendo a Kierkegaard! ¡Para no odiar mi cuerpo!)

Hoy no he comido nada. Hoy fue un día agitadoísimo.

En el hall de la facultad entré en conversación con una chica que está en 5.º de filosofía. A pesar de mi cuidado, la simpatía se me escapó y la chica no quería dejarme. Hablaba, hablaba. Me sonreía. Dijo que con mis aptitudes puedo preparar cualquier materia en

veinte días. Nos separamos. Sé que le hice una impresión exquisita.

En un kiosco, mirando libros. El vendedor me habla. Dado mi acento, supone que soy europea. Me habla de “nuestra alta cultura”. “Sí. Usted que es extranjera debe notarlo.” ¿Cómo explicarle que soy argentina? ¿Cómo explicarle mi extraño acento? ¿Por qué explicárselo? Me habla de la libertad sexual. (Todos se agarran de lo mismo.) Es bastante culto. Le digo mi edad; manifiesta la diferencia enorme entre una muchacha europea de diecinueve años y una argentina. ¡Qué inadaptada me siento!

En la Escuela no atiendo ni me mezclo a sus actividades. Leo o escribo como si estuviera en una biblioteca pública. Pienso que es tonto seguir. ¿Qué hacer?

En la facultad encuentro a Susana Santalla. ¡Qué adorable es! Le digo de mi libro. Queda encantada. Me da su número de teléfono para que le avise cuando salga a la venta. Me asombra su cordialidad. Es perfecta. ¡Y esa alegría por algo que no entra en sus intereses!

En el Florida (17.30) encuentro a Dormusch. Le pregunto si lee filosofía. Esboza una expresión de repugnancia: “De vez en cuando, para matar el tiempo”. Me siento desilusionada. Es inteligente. Pero ¡no me analizaría con él! Se va pues tiene que atender a un paciente: “¡Y bueno! Hay que ganarse la vida”. Le

pregunto si tiene muchos enfermos. “Lo suficiente. Sí. Da bastante.” Así va la vida, Alejandra.

¡Siento un gusto amargo! ¡Una sensación tal de pérdida! Antes estaba eufórica de alegría. Ahora le toca el turno a la angustia. Por un instante de dicha, mil días de tristeza.

Cuando caminaba hacia la escuela, un soplo de esperanza me inundó. Me vi caminando, sintiendo, mirando. Y me dije: ¡Soy feliz porque estoy viva! ¡Soy feliz de poder caminar y desplazarme hacia donde quiero! ¡Soy feliz porque no estoy muerta, porque soy joven, porque crearé belleza, porque debo a la vida mucho, porque siento que me llama algo muy grande!

Me duele la cabeza. No sé qué hacer conmigo. ¡D.! Solo pienso en ella.

¿Por qué no me ubico en un lugarcito tranquilo y me caso y tengo hijos y voy al cine, a una confitería, al teatro? ¿Por qué no acepto esta realidad? ¿Por qué sufro y me martirizo con los espectros de mi fantasía? ¿Por qué insisto en el llamado? ¿Por qué me analizo? ¿Por qué no me olvido de mi alma y no estrujo el pañuelito húmedo leyendo Cuerpos y almas? ¿Por qué no me visto con elegancia y paseo por Santa Fe del brazo de mi novio? ¡Ah! Sé que la vida es muy breve. Sé que no soy eterna. Pero, en realidad, no veo la muerte. La veo lejana. Digo cuarenta años pero no los veo. Veo un espacio inmenso. Veo millares de días. Sé que hay tiempo. Sé que tengo tiempo. Sé que amo mi alma. Me amo a mí. Amo mi cuerpo y lo besaría todo porque es mío. Amo mi rostro tan desconocido y

extraño. Amo mis ojos sorprendentes. Amo mis manos infantiles. Amo mi letra tan clara. (¡Qué extraño que mi letra sea legible!)

Es muy tarde. Estoy excitada. Deseo un cuerpo junto al mío. ¡Cualquiera! Cualquier sexo, cualquier edad. ¡Eso es lo de menos! Basta un cuerpo a quien tocar y que me toque. ¡Mi sangre galopa! ¡Ah! Deseo fervientemente. Me disuelvo en deseos eróticos. Nada de amor. No. Nada de eso. ¡Sí! Lo que yo quisiera es vivir mi vida diurna entre libros y papeles y pasar las noches junto a un cuerpo. Ése es mi ideal. ¿Es lascivo? ¿Es lujurioso? ¿Es estúpido? ¿Es imposible? ¡¡¡Es mío!!! Y con eso basta. Pero ¿dónde conseguir ese ser? Tendría que ser alguien como yo, que desee lo mismo que yo. ¡No existe! ¡Sé que no existe! Mi locura es única. ¡Mi originalidad! ¡Mi extremismo! ¿Qué será de mí? ¡No lo sé! ¡Sólo sé que no puedo más! ¡Que me muero de impotencia!

Me doy cuenta que no puedo seguir estudiando en la facultad. La chica de quinto año me enumeró los pensadores que más se estudian: Aristóteles, S. Tomás, Kant, etc. ¿Cómo forzar mi mente hacia ellos? Se me ocurre seguir Letras. ¿Cómo esperar cinco años para analizar a Faulkner? ¿Y por qué analizarlo? ¿Por qué leer a Molière? ¿Por qué leer a Góngora? Me hacen llorar de hastío. Comparemos a Vallejo y a Góngora. Sí. Ya sé que son dos cosas muy distintas. ¡No! ¡No puedo! ¡No puedo! Recuerdo que cuando [ilegible] comenzó a analizar a Baudelaire, traté de leer Las flores del mal y no pude! ¿Cómo leer a Hegel si una sola frase suya me hace sentir ratón o tizne arrebatado por el viento de los siglos?

¡Ah! El título y los medios. Medios para defenderme en la lucha con (contra) la vida, para que no me pisoteen. ¡Bah! Jamás voy a morir de hambre. Me entristezco. Soy un ser sin futuro. Me dejo llevar. Debe ser por eso por lo que amo las hojas. Sin embargo, debo estudiar para decir que estudio. De lo contrario no valdré nada. Mi madre quiere que estudie. Quiere que tenga un título. (Sonrío despreciativa.) ¡Qué me importan los títulos! Digo que quiero ser escritora. ¡Bah! Son cosas al margen dicen. ¡Al margen! Ellos no saben lo que es llorar sobre una hoja vacía y llenarla pacientemente con signos creados por una misma. Parece cosa de magia. Llenar un cuadernillo que estaba desnudo y triste. Darle vida entregándole lo mejor que una tiene dentro. ¡Ah! Escribir. ¡Qué bello es escribir! Hablando de escribir, ayer leí un trozo de un libro de Azorín. Me retracto públicamente por mi desprecio hacia él. Es muy bueno. Tan claro. Tan simpático y limpio. ¡Tiene una tortura espiritual tan elegante!

Mi sexo gime. Lo mando al diablo. Insiste. Insiste. ¡Qué molesto es! ¡Cómo lo odio! Sexo. Todo cae ante él. Fumo para ver si se calma. Produce un alegre cosquilleo que recorre mi cuerpo. Dan deseos de tocarlo, de mirarlo, de ver de dónde sale ese latir tan independiente de mi querer. ¡Es tan dueño de sí! Cruzo las piernas. Se calma un tanto. Sexo. El eterno sexo. Digo que lo odio, pero algo lo quiero ya que lo mimo tanto. ¡Al diablo! Hablo de él como si sería [sic] algo verdaderamente independiente de mí. Vuelve a aletear. Es muy tarde y la angustia asciende de nuevo. Pienso en ÉL y lo deseo. Pero no como antes. Creo

que jamás desearé apasionadamente a hombre alguno. Quisiera ser hombre para tener muchos bolsillos. Hasta podría tener siempre un libro en un bolsillo. La ropa femenina es muy molesta. ¡Tan ceñida e incómoda! No hay libertad para moverse, para correr, para nada. El hombre más humilde camina y parece el rey del universo. La mujer más ataviada camina y semeja un objeto que se utiliza los domingos. Además hay leyes para la velocidad del paso. Si yo camino lentamente, mirando las esculturas de las viejas casas (cosa que aprendí a mirar) o el cielo o los rostros de los que pasan junto a mí, siento que atento contra algo. Me siguen, me hablan o me miran con asombro y reproche. Sí. La mujer tiene que caminar apurada indicando que su caminar tiene un fin. De lo contrario es una prostituta (hay también un “fin” [sic]) o una loca o una extravagante. Si ocurre algo, alguna aglomeración o un choque, y me acerco, compruebo que no hay una sola mujer. Hombres. Nada más que hombres. Me sube la angustia. Siento un espeso vacío y una gran oleada de euforia sexual. Esto me humilla. No quiero sentir deseos. Cada vez son más fuertes. Superan al cansancio.

Dejo de leer a Proust. No puedo seguir con Sodoma y Gomorra. Estoy decidida a seguir un método para leer. Por lo pronto, quiero estudiar a Cervantes. Me trae buenos recuerdos. (Ese trabajo sobre un capítulo del Quijote que hice en 5.º año, me tardó diez minutos y fue objeto de las felicitaciones de la profesora.)

Me rasco la oreja. ¡Métodos! ¿Para qué? Podré gozar con Cervantes el día que no me digan que “es necesario y fundamental”.

24 de agosto

Lucía es una compañera de clase que decide ser normal. Hace todo lo contrario de lo que hacía antes: ya no besa indefinidamente a sus amigas, no habla en voz alta, no ríe estrepitosamente, no fuma... Hace meses que la observo, pues me interesa bastante y a la vez me resulta graciosa. Hoy, en el café, le hice una broma; le causó tanta risa que al acordarse de su metamorfosis, comenzó a excusarse. Le dije que sin querer retiró el pie del freno rotulado “Señorita”. Martita me aplaudió. Recuerdo que el año pasado quise curar a Lucía. L. Deniselle me aconsejó que no lo intentara siquiera.

Arturo me presentó a unos amigos suyos: “Ésta es Alejandra, la niña más dotada del mundo. Tiene todo lo que Dios puede conceder a un ser humano... y sin embargo, está siempre triste”.

Uno de ellos dijo que mi tristeza se manifiesta más en los labios que en los ojos.

El mozo del café me preguntó: “¿Y? ¿Hoy también opina que la vida es mala?”. Y se rió bondadosamente.

Yo lo miré y sólo se me ocurrió que usa dientes postizos. Me dio un acceso de risa.

Le dije a Arturo: “Usted me hace fama de melancólica”. Contestó: “Es porque te quiero mucho”. (?)

25 de agosto

Despierto a las 11.15 h. Me siento triste y vacía. Releo lo que escribí ayer. Sonrío. ¡Qué extraño! Estoy muy cansada. Muy, pero muy cansada. Tengo miedo. Un miedo terrible.

14 h. Viene mi tía. Siento un placer voluptuoso en discutir con ella. Dice que no se siente bien. Comienzo a construir una apología del ayuno y recito gran parte de El ayuno racional. La pobre mujer se defiende alegando que jamás ningún médico le habló de eso. Explico que se debe a intereses económicos ocultos, etc. Hablo de la política económica en la Argentina. Mi madre me admira. Dice que no quiere que trabaje, que no hay necesidad. Me alegro infinitamente. Me prometen comprar la máquina de escribir. ¿Dónde se ha visto una escritora que no la tenga?

Odio lo general, lo lejano, lo mediato. Odio las leyes de la vida, los procesos irremediables, las situaciones resignadas. Recuerdo que un día le dije a Piterbarg que no creo que somos lo que el medio nos ha hecho. Se ofendió terriblemente ante mi “blasfemia”. Pensé en mi hermana y yo. Pensé en Rimbaud y Gauguin. Marjorie Grene dice que no basta con explicar que un criminal provenga de la clase baja y miserable, pues de allí han surgido también poetas y pintores.

Leo un cartelito que pegué en la pared de mi cuarto: “¿De qué ángel o demonio está hecha nuestra personalidad?”.

¡Oh! ¡Quiero ser mi destino! ¡Quiero que mis manos tallen mi dorado molde!

Extraño. Siento que algo se me desliza. No estoy muy triste. Pienso pero me pierdo. No siento mucho.

Los libros de crítica son muy dañinos. Leo a Kierkegaard. Aparece Unamuno y lo aprueba. Viene Marjorie Grene y señala sus tremendos errores. Es terrible. Los libros de filosofía podrán ayudarme a pensar, pero me inclino a las obras de imaginación. Son más reales. De los ensayos e interpretaciones ni hay que hablar. Sencillamente, no debo leerlos.

Encuentro con Castiñeiras García, el poeta gallego, el marino de ojos azules. Me ha escrito un largo poema. Llega y ríe. Exhala un sabor salado Sus movimientos son vaivenes de un navío. Ríe y goza.

Caminamos por Santa Fe. “¡Alejandra! ¡Niñapoeta! Ven a mi barco a tomar jerez puro como tus ojos. Fumaremos tabaco del color de tu pelo y reiremos con las olas azules.” Habla y ríe. Arturo dice que no puedo ir porque ningún español es santo. El marino se ríe y toma mi mano. “¡Adiós!, ¡hasta que el mar me traiga de nuevo y pueda verte! ¡Ve con Dios, Alejandra!” Se va.

No puedo imaginar su vida. Sonrío conmovida. Es adorable.

Converso con una compañera. Tiene 30 años y habla de que “nosotros, los jóvenes, tenemos una vida, etc., etc.”. La miro aturdida. ¡30 años! ¡Juventud! Me hace sentir gastada, arruinada.

23 h. D. M. insiste en la necesidad de leer a los clásicos.

Garcilaso:

Pensando que el camino iba derecho,
vine a parar en tanta desventura,
que imaginar no puedo, aun con locura,
algo de que esté un rato satisfecho.

Está bien, lo leeré. Pero no será con placer. ¡Oh, busco expresarme y no sé cómo! No hallo belleza en Garcilaso. Prefiero a Quevedo y a san Juan de la Cruz. Y a santa Teresa. Pero ¡sólo sé que vivo realmente con Vallejo, Neruda, Apollinaire y a veces Rimbaud!

D. M. habla con su voz serena. Su cuerpo de treinta y cuatro años sólo desea un amor cálido, un puesto en Sur y una biblioteca nutrida de clásicos. Hablamos de Aleixandre. Dice que su ideal es escribir como éste. Es decir, llegar a imitarlo, crear imágenes semejantes. D. M. no se tortura. Su mente es clara y recta. Pienso en Van Gogh, el pobrecito Vincent.

En Rosalía de Castro:

¡Felicidad, no he de volver a hallarte
en la tierra, en el aire, ni en el cielo,
aun cuando sé que existes
y no eres vano sueño!

Gran mujer. Maravillosa Rosalía.

Tomo una antología lírica española. Yo, una ignorante que no conoce nada. Veamos, aparece R. de Campoamor (a los diez años leí algunos poemas suyos):

Con mis coplas, Blanca Rosa,
tal vez te cause cuidados,
por cantar
con la voz ya temblorosa,
y los ojos ya cansados
de llorar.

Sonríó tristemente. Es un poema muy desagradable. Campoamor queda relegado a la categoría de poetaastro de tercer orden.

Viene Lope de Vega:

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo,
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos.

César Vallejo “también” se sentía solo:

Corre de todo, andando
entre protestas incoloras; huye
subiendo, huye
a paso de sotana, huye
alzando al mal en brazos,
directamente a sollozar a solas.

Siento unas ganas atroces de romper las pruebas de
mi libro, de decirle a J. J. B. que me hastía, de no salir
con Hugo el domingo, de dejar la Escuela, de no mirar
jamás a D., de no decir ninguna broma a R., de no
sonreír a nadie, de no pisar un café, de llenarme de
libros, de verlo a ÉL y encerrarme en mi cuarto y
¡¡escribir, escribir, escribir!!

Pero, no. Corregiré las pruebas. Sonreiré a J. J. B.
Saldré con Hugo. Hablaré con D. Seguiré en la
Escuela. Reiré con R. Sonreiré a todos. Iré a los cafés.
Leeré cuando pueda. Escribiré cuando pueda.

Estoy desesperada. Sencillamente desesperada. Leo la dedicatoria de la antología: “A Flora Alejandra Pizarnik, inteligente y admirable”, Arturo Marasso.

¡Pobre Marasso! Una vez traté de leer La mirada en el tiempo. ¡Nada! Sencillamente nada. Nada quedó. ¡Nada!

A las 17 h estaba sentada en una mesa del Florida. Llega Dormusch. Hablamos de Pío Baroja. D. lo tacha de mezquino y bestia por un libro antisemita que escribió. Miro sus bigotes, ¡qué mal, pero qué mal le sientan! Viene el mozo. Le pide “un sandwichito de salame sin corteza”. Me estremezco de materialismo. ¡Salame! Hablar de literatura con un sándwich de salame en la mano. Y lo que más me choca es la falta de corteza. Un sándwich de salame “debe” tener corteza y ser tosco y crocante. De lo contrario, es como beber champagne mientras se come asado. ¡Oh, las pequeñas cositas!

Hay más: mientras masticaba el paradójico sándwich, bebía un pocillito de café “liviano”, fumaba un cigarrillo rubio fino, leía La Razón y conversaba conmigo.

Antes de la llegada de D. estuve oyendo un diálogo entre esas dos lesbianas que vienen todos los días. Hablaban de otra que las traiciona criticándolas y haciéndoles análisis psicológicos. Me asombra esa moralidad burguesa que manifestaban. En nada se diferenciaban de un vulgar matrimonio burgués. Quedé decepcionada.

Sábado, 27 de agosto

Despierto temprano: 8.30 h. Un sol demasiado amarillo se introduce en mis ojos. Las desesperanzas siguen caminando por mi sangre. ¡Deseo verlo a ÉL! Me siento relajada y confusa. ¡Son demasiados días de ausencia!

¡¡¡Gloria!!! J. J. B. me regaló un librito de Huidobro.

Leo: Esta amargura que se pasea por los huesos.

24.00 h. Terminé el librito de Huidobro. Estoy semiinconsciente. Es bellissimo. La profusión de imágenes me ha dejado cansada y débil. ¡Qué pureza! ¡Eso es poesía! ¡Eso es desflorar el papel en el sentido más dramático! Cierro los ojos. Tristeza profunda dentro de mi alegría. Sí. Alegría de haber encontrado a Huidobro, otro agonizante. Otro amante compañero de mi soledad. ¡Él sí que sufrió del sentimiento trágico de la vida! Siento que me duele la sensibilidad. Siento que desaparecieron mis órganos, vísceras, sangre, etc. Y únicamente hay cuerdas de colores que permanecen tensas. A ratos, alguien las tañe y ellas se mueven eléctricamente nerviosas y producen un sonido chirriante.

Me identifico con Huidobro en su relación con los objetos, en ese percibir de su vitalidad. Es como cuando yo decía que siento que cada objeto me grita.

No sé por qué causa al leer: “Cuando el cielo trae de la mano una tempestad... Hurra molino girando en la memoria” sentí unos desesperantes deseos de llorar. Me conmueve profundamente ese “hurra” tan hermanado, tan bondadoso, tan resignado. ¡Pobre molino que siempre da vueltas y vueltas! ¡Claro! Así es la vida. Gira y gira. Y Huidobro lo sabe, y le da ánimos al molino. Ahora que lo escribo, me sube el llanto. Tous et toutes grains de sable... ¡Anhelos de eternidad! ¿Dónde estás, Altazor? ¿Dónde estás, amado César? ¿Y tú, Miguel de Unamuno? ¿Y Leopardi? ¿Y Federico? Letras, caracteres, bandas negras. Cierro los ojos y pienso en el hombre. ¿Para qué estamos? Los objetos se sonríen irónicamente. Ellos quedarán. Pensar que esta humilde flor de cerámica no morirá jamás y yo sí. Morir. Yacer inerte sin sentirme. La flor seguirá posando en su atril de aroma extinguido. Morir. No sentirme nunca más. Qué desesperación.

Domingo, 28 de agosto

Despierto a las 11.30. ¡Dormí 11 h! Y sigo cansada. Leo un poco. Me entero que Jaspers no es gran cosa, que su exposición es confusa y poco hábil. ¡Ya me parecía! Es muy fácil decir: “Sólo existo en compañía de los demás; solo nada soy”, y no explicar más. También Marcel es desordenado y poco valioso. Quedamos entonces en que ninguno de los dos se

compara a Heidegger o a Sartre. ¿Y por qué en la facultad se los estudia tanto? Intereses ocultos...

Viene mi hermana, mi cuñado y el niño. El niño está bellissimo y es encantador. Mira y mira interesándose por todo. Mi madre dice que va a ser pintor. Me entusiasmo. Le digo a mi hermana que cuando crezca lo envíe a estudiar pintura. ¡Dice que así lo hará! Me siento dichosa.

Mi hermana se pone a tejer diciendo que inventó un método nuevo. ¡Claro! Es la sangre de nuestra familia.

Viene mi tía. Bromeo preguntándole si comenzó el ayuno que le recomendé. Está eufórica de adhesión a cierto pintor judío. Le explico un cuadro de Picasso. Dice que es muy vieja para cambiar sus gustos. Tiene razón. Mi madre habla de enviarme a Francia. Mi tía me habla en francés. Recito un poema de Verlaine y canto la Balada de Guitry. Mi madre está orgullosa de mí, pues amenizo esta reunión familiar. Dice que vale la pena tenerme en casa, pues conmigo nadie se aburre. Entreveo su lucha respecto al famoso asunto del casamiento. Quiere convencerse. Quiere ver si puede convencerse. Quiere arrancarse las ideas burguesas. Sé que el éxito de su lucha depende de mí. Si estoy agradable, todo va bien. Si no... ¡Oh, soy una masa de contradicciones! Eres un ser humano, Alejandra. Iones negativos y positivos explotan en tu esfera.

31 de agosto

10 h. Anoche soñé que estallaba una revolución.

Despierto y mi madre me dice que hay serios disturbios políticos. Pienso en mi sueño (¿premonitorio?). No he leído los periódicos desde la última hecatombe fechada en 16 de junio. Tampoco he querido oír los comentarios de mis compañeros. ¿A qué se debe pues este sueño mío? No sé...

¡Maldito encierro! Este suceso retrasa la impresión de mi libro.

Pienso en ÉL. ¡Por favor, que no le ocurra nada! Se me ocurre ir a la farmacia y comprar algún veneno. Si ÉL no puede venir o le ocurre algo, lo tomo.

Le digo a mi padre que esta noche viene de Francia mi amiga Helen. “¿No le pasará nada, papá?” Me asegura que no. Respiro tranquilizada. ¡ÉL vendrá! En realidad, Helen vuelve el 2.

El día adquiere un color amenazante. Estoy angustiada por ÉL y por mi libro.

¿Qué haré hoy?

Creo que volveré a Proust. Su mundo de princesas y duquesas es ideal para apartarse de esta masa llena de miedo y proyectos sangrientos.

Viene mi tía. Masoquísticamente, habla de Hitler y del antisemitismo. La tranquilizo. ¡Siempre con lo mismo! Estos días, Dormusch me “obligó” a tomar un poco de consciencia sobre mi condición de judía. Lo hago a pesar mío. ¡Si sólo fuera eso! Mi angustia no permite lamentos intrusos. Exteriormente, me siento fuerte, capaz de soportar cualquier cosa. Si me asesinan, ¡tanto peor! ¡Si no lo hacen, tanto mejor! ¿Verdad, A. Gide?

CUADERNO DE OCTUBRE Y NOVIEMBRE DE 1955

[Octubre]

Escena en el tranvía: una señora gorda con tres paquetes y una niñita muy hermosa. Está parada a mi lado:

—¡Dios mío! ¡Ni un asiento!

(Mira los rostros de los agraciados, los que están sentados. Yo continuo leyendo. Los demás, a falta de libros, se amparan en las ventanillas o en el divino mosquito que zumba.)

—¡Y encima con la nena!

(Mutis.)

—¡Y estos paquetes de porquería!

(Mutis. Pero su rostro se ilumina. Algo le dice que hace calor.)

—¡Y todas las ventanillas cerradas!

(Mutis. La nena está por llorar.)

—¡Mamá! ¡Quiero sentarme!

—¡Callate! (La amenaza con la mano.)

(Sigue aferrada a la idea del calor.)

—Y todas las ventanillas...

—¡Mamá!

—¡Querés callarte o...!

(De pronto, se levanta una mujer madura y le ofrece el asiento. Contemplo el inmenso ramo de flores que lleva. La mujer gorda no quiere aceptar, pero se comprime toda para que su benefactora pueda levantarse. Acaricia a la nena que la superó en cuanto a argumentos “pro-en-busca-del-asiento-vacío”. La sienta de un golpe. La nena es feliz. La mujer madura contempla con tristeza sus pobres flores estrujadas. De pronto, se levanta el compañero de asiento de la nena. La mujer gorda empuja a la mujer madura y rompiendo definitivamente una flor, se sienta. Noto que hace calor, pero la mujer gorda ni siquiera mira la ventanilla cerrada. Siento deseos de decirle por qué no la abre. Se acerca una mujer muy anciana. Trato de levantarme, pero un agudísimo dolor o punzada en el apéndice me lo impide. La mujer gorda la mira sonriendo esperando que se ría de las frases graciosas de su nena. La anciana se está cayendo. Siento deseos de decirle a la mujer gorda que sienta a su niña en su anchísima falda y conceda el asiento a esta mujer. No lo digo. Vuelvo a san Juan de la Cruz.)

SENSACIONES

Sintió erguirse la raíz del nombre que escalaba la materia de su pecho. Sintió que el sentimiento, su único patrimonio, bebía las ansias que jugaban con su

vida. Veía que la pantalla mímica que representaba su existencia se disgregaba e integraba intermitente haciéndole llegar el reflujo de las tristezas y alegrías más hiperbólicas que había conocido. No se asustó. Inmutable como una figura alegórica, pensó con añoranza en algún prado verdoso perforado por flores, por violetas; veía mariposas doradas con alas pegajosas y ajenas al latido de sus pestañas. Quiso describir la plasticidad de su imagen, pero el Tiempo la enviaba al fondo de los recuerdos expósitos. Un vaho de amargura circundó su ser. Jamás volvería a sentir ese prado maravilloso. ¿Y las mariposas? Recordó un farol de cobre herrumbrado situado en la plaza de su infancia. Y un monumento de mármol inmensamente alto. Su cuerpo infantil corría alrededor de él, al imperio de un sol suave y bondadoso. ¡Qué extraño no haber mirado jamás el rostro del hombre de mármol! Porque era un hombre, un hombre X que había hecho algo por lo cual le hicieron un monumento, que tenía un fin paralelo, en cierto modo, al aire azulado que rodea a la palabra “eternidad”. Había dicho aire azulado. ¿Por qué lo dijo? Crispó su rostro en un movimiento impaciente. Gimió por la falta de instrumentos desconocidos.

Repensó la eternidad, pero era lo mismo. Suspiró. Todo su ser estaba hundido en la incógnita del hombre, que no pensaba desentrañar, pero que le rumiaba a su alma por signos extravagantes, vencedores de algún etéreo torneo celebrado a expensas de su existencia. Miró su cuerpo inclinado sobre el papel y el mundo se le cayó encima, a instancias de esa voz velada que luchaba por surgir en forma de imágenes abstractas. Un suceso exterior la conmovió haciéndole virar y dar una vuelta peligrosísima. Tuvo

que decorar el decorado de su alma por medio de un mecanismo prodigioso que consistía en dos palancas, una negra, “tristeza”; la otra, roja, “alegría”. Presionó la segunda, con voz impaciente y eufórica. ¡Oh, qué bello era! Aplaudió encantada. ¡Estaba pasando unos momentos magníficos! Poco a poco, el fuego se atemperaba y una hermosa serenidad rezumaba su filtro por todo su ser. Ahora estaba recostada y fumaba junto al humo exhalado por su soledad fabricada por su ser eternamente solo. Inquirióse sobre su situación solitaria. Se encontró sonriendo conmovida. Sí. Estaba muy bien. Muy pero muy bien. Súbitamente, un corte muy sonoro, como de un rayo o de un disparo, rompió la escenografía encantadora. Dos ojos, terribles en su intento fulminatorio, sustituyeron a dos rosas amarillas que hablaban del tiempo de la luna; luego, sobrevino el resto del rostro y tras él, una estela de negrura, una noche pura y limpia que le encogía el alma hasta el sollozo descongestionador. El rostro de ÉL, de su amor, la miró: honda, muy honda era esa mirada; quedó presa en ella, maniatada por el imán de esos ojos que le extraían el interior hasta dejarle la forma inservible, el residuo despreciado: su cuerpo. Suspiró ese gusto a muerte que la invadía. Siempre en esos momentos. Algo con reminiscencias de antiguas romanzas se plegaba al vacío de la noche. Encandilada por esos ojos no atinaba a moverse, pues dondequiera que mirase allá estaba ÉL, el único hombre que amaba, el único ser humano que anhelaba. ¡Oh, Dios de la noche extinta, vierte tu sed en los ojos de mi amado y haz que por mí solloze [sic]! El dulce ruego huyó de sus estremecidos labios. No quería rogar ni gemir. ¡No! ¡Ella era una muchacha surgida de las máquinas de producir hombres! ¡No podía pasarse los días pegada a

los muros de ese altar y consagrarse a adorar los ojos de su amor inexistente! Quiso rebelarse. Quiso pero sabía muy bien que su deseo era falso. Que le importaba muy poco morir por él. ¡Oh, cómo y cuánto lo amaba! Sus ojos estaban humedecidos por los bostezos que ampliaban y estrechaban sucesivamente su rostro. Pensó en dormir. Se acostó lentamente. Se dijo sus tristezas y anhelos para distraerse mientras sus angustias esperaban la diaria ración de descanso. Éste llegó sigilosamente. Cubriéronse de blanco la euforia y la tristeza y su alma quedó suspendida en el perchero del sueño. Sintió un salto hecho por su cuerpo. Sintió el eterno dolor de las caídas y así, dolorida y tiritante se vistió. Era una mañana tibia, que arrastraba esas sensaciones de bienestar recaudadas por la primavera, que eran el choque más impío y grotesco que se podía imaginar para su manojo enervante de heladas angustias. Sus manos se fueron a los libros y tomaron uno muy pequeñito: los poemas de San Juan de la Cruz. Sus ojos cayeron sobre una estrofa:

¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero;
no quieras enviarme
de hoy más ya mensajero,
que no saben decirme lo que quiero.

Recordó los dos ojos que la habían fulminado la noche anterior. ¡Sus ensueños e imágenes creadas por su delirio! ¡Cuánto mejor era la figura real, humana! Esos extractos de su mente, inferiores sustitutos del ser palpable verosímilmente, se le aparecieron como míseros residuos de su vida degradada. Comprobó que

su vida era de humo, vida en la que jamás ocurría nada que se pudiese decir: “es esto”. No. Todo era un efluvio débilmente coloreado que se evaporaba apenas ella abría los ojos y veía su existencia real, cotidiana, horrible. Continuó leyendo. Admiraba la fe del Santo, de ese hombre brumoso que había ascendido cimas jamás alcanzadas por ser alguno:

¡Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados,
que tengo en mis entrañas dibujados!

Su miedo se reavivó. ¡Qué herejía! ¡”Usar” esa pureza maravillosa para expresar lo envolvente de sus dedos eróticos! Se tranquilizó pensando que el Santo había hecho la misma operación (a la inversa) con los Cantares. De pronto, una dulce balada. ¡Oh lo inexpresable! Contempló su cuerpo cansada, sintió su dolorida garganta y renegó del cuerpo, de su cuerpo que para nada le servía. ¡Oh, ella era un anhelo suspendido de una estrella errante que vagaba desde infinidad de siglos, tratando de encontrar la suprema intangibilidad de la dicha, ese soplo etéreo y susurrante que le murmuraba millares de promesas aladas! Los ojos de ÉL la rodearon de nuevo. Elevó sus ojos al cielo y habló muy suavemente: ¡Señor! Nada tengo. Clamo a ti en ésta, mi noche sin sol, mi noche única clavada en el brillo de la mirada del ser que amo. ¡Señor! Me duele el alma deformada por el llanto. Mi labio triste, Señor, rezuma el pedido de su presencia... Reaccionó maquinalmente. No podía seguir así. Ella, con sus

clacks viejísimos y esa remera tan hermosa; ella, plena de banderines siglo XX. Come on! ¡Oh! Nos iremos a encerar la suela de los zapatos por las grandes avenidas llenas de edificios blancos y carteles pintados y hombres de rostros iguales y bibelots con cartelitos azules y ventanas cerradas y el enjambre de palomas sempiternas que se encontrarán en cualquier plaza con piedrecillas rojizas que harían un hermoso crujido bajo sus pies de muchacha con percepción que sería capaz de sentir todo y escribir y crear y la vida sería buena y ella no rezaría ¡¡¡nunca más!!! Se dijo de su excitación. Se dijo del “para qué” que aturdía sus horas. ¿Qué quedaría de sus paseos y proyectos y planes? ¿Qué quedaría de su cuerpo odiado? ¿Qué quedaría de su anhelo amoroso? El futuro era una mancha negra. ¡ÉL! ¡ÉL! ¡Si por lo menos lo tuviera a ÉL! Mas no..., no tenía nada. Se había creado un amor divino, había escogido un hombre inaccesible para ella y así, así como quien pregunta para qué, ella lo había transformado en un Dios. ¿Dios, dijo? ¡No! ¡Más que Dios! ¡Más! ¡Más! Acompasó su respiración a los sonidos de la melodía que se quejaba a la luz de ese sombrío domingo que expiraba lentamente. ¿Podría decir que terminaba?

¡Sí!

Decidió no escribir más.

Decidió ir a su cama y llorar acostada sintiendo la planicie de su cuerpo a su merced, ¡¡al que tocaría

tratando de calmar esos anhelos reiterados por el
fragante y maravilloso recuerdo de su amor!!

Mi única culpa consiste en no poder recordar
dónde puse mi cordón umbilical, aquella noche que
nací.

Viernes, 28 de octubre

Una dulce melodía camina por mi conciencia: las
frases de algún soplo ardiente entrevisto a la luz de los
ojos de otro. Algo se desliza en una forma tan
agradable que me siento rodeada por un círculo de luz
irisada de tonos muy suaves.

Un destello de esperanza cruza velozmente mi ser.
Pero... ¡se va! Lloro gustando sus huellas.

¡Dios! ¡Dios de los cielos negros! ¡Trae a mi amado!

[ilegible] los jirones de cansancio que caen de mi ser
acostado y escribo para él ¡para él! Pues ¿qué otro
podría ser el motivo de mis afanes y lamentos?

Hoy, sábado dormido y pronto a expirar, estoy sola
y pienso.

Lunes, 31 de octubre

El humo vuela afiebrado por los cuatro ángulos de mi cuarto. Se escabulle, arremete contra ellos en una delirante danza que fascina a mis ojos.

Heme acá, sentada y sin gloria, mirando sin ser mirada por ojo movable alguno. ¡Ah! Puedo decir de la mirada de esa mujer gris ahincada en el marco vacío de un gran espacio. La mirada de esa mujer, cuyos ojos, encuadrados por un funesto rectángulo, se reúnen frente a mí para testimoniar una leve sensación de compañía. ¡Ah! ¡Qué triste estoy! Nada alcanza a matizar esta ruda sensación depresiva que tengo.

Me llevo a los libros, a la música, me hablo y me escucho. Pero ¡nada! Me fastidio y me dan ganas de tirarme lejos, muy lejos. ¡Dios! ¡Pensar que hay días en que ni yo puedo soportarme!

Días en que me toco la frente para ver si puedo hallar el maleficio que me tiene poseída. ¡Mi frente! Digo mi frente, pero también puedo decir mis ojos, mi alma, cualquier cosa.

Dan deseos de suicidarse con la mitad del cuerpo para ver el goce de la otra mitad, que desde un balcón estará aplaudiendo eufórica por ese drama gratuito y necesario. ¡Oh! Dan deseos de sacrificar todo, de dejar todo, de abandonar todos los efectos del mundo e irse ¡irse!

11 de noviembre

Desesperada... Gira cierta musiquilla que revuelve mi dolor. Pregunto: ¿Para qué escribir? ¿Para ver sonriente cómo mañana seré indiferente al terrible dolor que ahora me embarga?

¡Dios mío! Siento dentro de mí un caos horrendo. Presiento una lucha repugnante.

Mientras, oigo por la ventana abierta las voces de los vecinos. Voces gruesas, toscas, grotescas. Luego, un hombre grita ciertas mercancías. Hay golpes que derriban algo. Como hachazos. Ruido de platos. Mujeres haciendo la comida. Un delantal y las manos activas revoloteando con familiaridad por la vajilla incompleta.

Me duele el cuello y las encías. También la espalda, el apéndice y el pecho. Fumo y tengo ganas de llorar. Pero sigo viviendo. Pienso en mi cuerpo dolorida y apasionado.

¿Qué decir de él, de este enemigo, de este castillo de mi alma? ¡Oh, cómo lo odio! Pero... ¡cuánto sé que no debo odiarlo!, ¡cuánto sé que mi odio es una mentira, nada más que una mentira!

No quiero ver a nadie. Necesito soledad. Desearía estar en un lugar desolado, o en una clínica. Dormir bien, tener un florero con violetas frescas, fumar poco y beber limonada. No llorar ni reír. Tomar en serio

mis apuntes y mis libros. ¡Oh, cómo deseo vivir solamente para escribir!

No sé por qué estúpida idea se me ocurre que cuando tenga la máquina de escribir, mis novelas “saldrán solas”.

K. Mansfield dice: “No vivo más que para escribir”. “La gente no me importa. La idea de la gloria y del éxito no es nada, menos que nada.” Luego, escribe una novela y la envía al día siguiente para ser publicada.

Acabo de recibir una carta de A. R. en la que me dice, honestamente, que no entiende mis versos. Me ruega que se los explique. Sonríó tristemente. Y a mí, ¿quién me los puede explicar? No sé de dónde han surgido, ni cómo. Han sido momentos aislados y mágicos, que me raptaron de estos odiados tiempo y espacio, y me sentaron en una nebulosa de arena sobre la que escribí lo que un ángel, un poco travieso, quiso dictarme.

Pero ¿cómo decirle a A. R. que no he sido yo la tutora (o la culpable) de esas palabras inhumanas? Rilke decía: “La mayor parte de los acontecimientos son indecibles”.

Dos horas después

He terminado de leer el diario de K. M.

Me pregunto una sola cosa: ¿tengo vocación literaria?

Respuesta:

Temo que mis deseos de escribir no sean más que medios para conseguir el fin anhelado éxito, gloria, fe en mí.

También pueden ser excusas, ya que no estudio “en serio”, ya que no actúo “en serio”, ya que no vivo “en serio”.

Puede ser también, que, dada mi escasa facilidad de expresión oral, apele al papel para no atragantarme, para escupir el fuego de mis angustias. Por eso, quizá, amo tanto estos cuadernillos de quejas, cuyo valor es exclusivamente psicológico, pero nunca literario.

Siento rencor hacia ÉL. Cada vez que me siento culpable de vivir, que tomo conciencia de mi nulidad, allí lo veo a ÉL, el INVENCIBLE, enrostrándome todos mis pecados. ¡Y cómo duele!

Fui al espejo del patio y me miré. Me peiné en una forma nueva. No me reconocí y me dije: Estás enferma.

A. R. miraba el librito de Huidobro con una sonrisa condescendiente, como diciendo: “Este bueno de Vicente...”.

Se me ocurre señalar un plazo para mi suicidio: el 29 de abril de 1958, día en que cumpliré 22 años. Hasta ese día he de escribir; me apuraré a terminar

mi... ¿será una novela? ¿Es que puedo yo escribir una novela? ¿Cómo? ¿Con qué? ¡No! ¡No! ¡No! No puedo. Sin embargo, ese día me mataré. ¡Y debo dejar un gran libro! Se lo dedicaré a ÉL, la sombra de mi vida. (Mientras escribo, se me humedecen los ojos. No sé si lo amo. Pero sólo pienso en él. Los demás son figurillas, fotografías; nadie, fuera de él, se introduce en mi alma.)

He leído dos cuentos de Apollinaire, llenos de gracia y encanto y de esa dulce fantasía traviesa que jamás he encontrado en ningún otro escritor.

Luego, comencé un libro de Bioy Casares. Escribe muy bien. Pero hay algo que falla. Aún no he descubierto qué es. Quizá no lo encuentre, pero es una vaga sensación de falta de plenitud.

Sábado, 12 de noviembre

Terminé de leer el libro de B. Casares. ¡Muy bueno!

Me siento maquinal. No quiero pensar. Me atormenta el interrogante de mi “vital necesidad” de escribir. ¿Qué he de crear? ¿Qué? Es una pregunta que gira y gira.

He leído un cuento de Evelyn Waugh: “Amor entre ruinas”. ¡Qué bien escribe! Me ha gustado la

introducción y el final. Compruebo que es muy difícil “presentar” una obra. Creo que eso es el “algo” que advertía en Bioy Casares.

Además, la mayoría de los escritores comienzan sus novelas en una forma común para todas. Por ej.: K. Mansfield (como muchos) empieza con un decorado natural, señalando el tiempo, los ruidos y los movimientos de los pájaros. Personalmente, esta forma es la que menos me gusta. ¡Cuán lejana de las maravillosas “magdalenas” de Proust!

He leído un cuento de Henry James. Es un cuento extraño y sutil. Hay algunas cosas que no entiendo: ¿pensó realmente Warren Hope en el desquite que tendría al publicarse las cartas de L. North more?

¿Lo deseó?

¿Y su exceso de modestia?

En un momento dado, pensé que el libro de N. tendría éxito pues estaría formado por las cartas de Warren que todos decían “no tener”.

Lo que me admira de este cuento es que comienza con la muerte de dos hombres que siguen siendo los protagonistas por medio de seres vivos pero horrorosos, que están allí como instrumentos, aun la Sra. Hope aparece velada, fantástica.

Está muy bien ese “pase” del tiempo que hace James: para llegar de enero a marzo, dice que madame Hope “se volvió contra la pared” (en enero); unas líneas sobre sus malestares y se “levanta” en marzo.

25 de noviembre

Pensé que, teniendo la máquina de escribir, ya no necesitaría más estos morbosos cuadernillos. Mas creo que no es así: escribo como siempre, por lo de siempre: me estoy ahogando.

El calor me inunda dejándome yerta de fatiga, débil, amargada. Vengo del mundo, de ese mundo que no es mío, del mundo exterior.

¡Oh, claro que no entiendo mi tierra! Dura y cruel falacia. Mi pureza. Mis cánticos. Todo derruido y enviado lejos, allá, al cajón de las cosas inservibles.

¡Poesía! ¡Dulce poesía de Huidobro y de Vallejo! ¿Dónde estás? ¿Dónde tus cristales han venido a quebrarse? Sí. Ahora comprendo claramente que la asesinan. Mejor dicho, la asesinamos. Recorro mi breve itinerario lírico y me vuelvo loca de dolor, de remordimientos. Yo he contribuido (contribuyo) a perderla. Millones de epígonos con cuadernillos indigestos que vagan junto a los prostitutos del arte a comprar una aprobación. Excusas: juventud, inexperiencia, falta de tiempo, cotejo con los arrastrados inferiores aun que uno mismo. ¡Oh, infierno de mis horas! ¡Oh, calumnia de mi alma! ¡Crispación de mis dones naturales! ¡Mercachifle vana y superflua! ¡Meretriz del arte!

Y ahora, pienso en Ostrov. No en ÉL, sino en Ostrov. (¡Qué placer escribir su nombre! Llenaría los muros con estas seis letras magnéticas!) Me muero de

amor por él. Percibo su rostro y todo mi ser se diluye,
flota, se va...

Me estoy yendo porque se me resbalan los fines.
¡Quiero escribir bien! ¡Dios mío! Soy un deseo
suspendido en el vacío. No sé ni comprendo nada,
Sólo sé que deseo, deseo, deseo. ¡Dios! ¡Quiero tener
fe! ¡Quiero creer en ti! ¡Oh, cómo quiero creer en Dios!

¡Quiero escribir!

¡Quiero escribir!

CUADERNO DE FEBRERO A MARZO DE 1956

VERANO

tanto miedo Alejandra
tanto miedo
la nada te espera
la nada
¿por qué temer?
¿por qué?

por más imaginación que tenga
no puedo esbozar la muerte
no puedo pensarme muerta
¿he de tener esperanzas?
¿he de ser eterna?
¿qué es entonces este vacío que me recorre?
¿qué es entonces la nada que camina por mi ser?

Sólo sé que no puedo más

siento envidia del lector aún no nacido
que leerá mis poemas
yo ya no estaré

No comprendo el anhelo de “lo fantástico”, ni a la literatura de “misterio”. Es que ¿es posible hallar más misterio que en la propia existencia?

¿Qué tienen los viajes que producen tanta alegría? Aun el más breve sugiere algo a modo de renovación, o de muerte.

Mar del Plata, 2 de febrero

1

El mar le hizo cosquillas a una mujer que salió gritando: “¡Encontré un fantasma! ¡Encontré un fantasma!”.

2

Las olas flirtean con el sol... pero las escolleras observan y luego lo comentan, con gran escándalo de un viejo pulpo.

3

El mar quería sacarme el traje de baño para tocar mis pechos; yo no lo dejé pues aún no existe “confianza” entre nosotros.

4

Un niño lloraba porque lo mordió una ola; ésta, de lejos, sonreía traviesa...

5

El mar no sabe de dónde viene ni adónde va, a pesar de las mil teorías al respecto.

6

Esa ola pisó la sombra de un hombre, que huyó avergonzado.

7

El mar gritó de alegría cuando un pájaro de papel rojo le pisó la espuma.

8

El mar firma con su pseudónimo [falta texto].

9

Todos los años el mar realiza un acto de alegría. La causa: la posesión de su amada Alfonsina Storni.

10

Cuando miro el mar, el sol se siente celoso y me oprime los ojos.

11

Pensé que era una ola encendiendo un cigarro: luego vi el barco.

12

El mar se enredó en el corset de una mujer,
mientras las olas se morían de risa.

13

El salvavidas es el pendiente de esa ola tan coqueta.

14

Las olas luchan en el crepúsculo, cansadas, llenas de
sueño.

15

Una ola arrastró un zapato viejo. Un señor se lo
puso y le dijo “gracias”. La ola tendió la mano a la
espera de la “propina”.

16

Cuando el atleta entró al mar, una ola, pudorosa, se
bajó la falda.

17

Conmovía aquella olita que tenía miedo de saltar.

18

El mar se restrega los ojos todas las mañanas,
cuando el barco toma el café con leche, y las lunas se
[ilegible] y se maquillan con mermelada.

19

En los carnavales, el mar es humillado a la categoría
de objeto: lo revuelven y tiran sobre los cuerpos, y a él

le da vergüenza esos aullidos de terror de las mujeres gordas.

20

Una ola se suicidó al ver su retrato tremolando
[falta texto].

¿Qué nos queda para esperar? ¿Para qué luchar?
¿Cuál es el fin? Preguntas, palabras, frases, estamos llenos de definiciones, de conceptos, de ejemplos. Pero la situación de la juventud se detiene en el signo de interrogación. Mis diecinueve años me conceden el derecho de decir algo, de agregar algunas confusas explicaciones a este caos que estamos viviendo. Nos llaman “la esperanza de la patria”, nos dicen que tenemos “el futuro abierto y virgen” y que la vida, como un juguete fácil de manejar, “es nuestra”. La tenemos, es cierto. Pero ¿qué hacer con ella? ¿Tenemos ideales? ¿Tenemos algo que nos sostenga? ¿Qué podemos hacer, si estamos solos, sin Dios, sin fe, sin nada? Nos hablan de la trágica situación general, de las dos guerras mundiales, rezagos del existencialismo francés nos congregan en los cafés para... ¿para qué? Ni siquiera somos “existencialistas legítimos”. Ni ateos. Ni revolucionarios. [ilegible] entre los estudios, las religiones, las ideas, con una debilidad espantosa. Nada nos conmueve. Nada estalla en nuestro medio. ¿Los intelectuales? ¿Algún joven ha escrito un libro de poemas que haya tenido resonancia general? ¿Algún cuadro de un joven pintor pasmó al público? ¿Qué ocurre con nuestra sangre, con nuestra vehemencia? ¿Hemos de practicar esnobismo en la conocida esquina céntrica, entre la confusión del sexo y un equívoco

deseo de olvidar la vida? Pues ¡sí! ¡Hagámoslo! Sangre vital, ebullición febril. ¡Sí! ¡Sí! ¿Dónde están los renovadores, los creadores, dónde está la juventud que juegue legítimamente con las únicas palabras valederas?

Oye, Alejandra, niña triste de la ciudad: acá van tus poemas, esos trozos condensados de tu angustia, que tú has decidido historiar.

Hoy cumples veinte años, y por eso te obsequias tus poemas vestidos de fiesta. Te has maquillado, puesto hermosa, y tus labios apagan veinte llamitas.

Pero la situación real es muy otra. ¡Alejandra! Has vestido de fiesta a tu sangre, a tu angustia. Tú no lo quieres, ¿verdad? Tú deseas escribir silenciosamente, esconderte, no mostrar los poemas a ser humano alguno.

hoy es carnaval

y yo tengo diez y nueve años dos amores mil libros
y una foto de Picasso

pero hoy se me cae el llanto al vacío

porque pienso en la vida

Yo no sé nada

pero los gritos y risas me hacen daño

no por la sensación de abandono (si quiero llamo a
uno de los dos)

Alejandra, preguntáronte “cómo te trata la vida”.
Tú dijiste: No la conozco.

Alejandra, esta noche rogaremos por nuestros
compañeros de angustia: Pascal, Unamuno, Huidobro
y Vallejo.

Futuro

me dicen
tienes la vida por delante
pero yo miro
y no veo nada

Rezo

pequeño poema
no me huyas
no armes abismos
entre mi alma y tú

19 de febrero

Ante la amenaza de la impotencia, ella se sentó,
tomó la pluma, para escribir....

Nada se compara a la angustia que sobrevive
cuando uno se explica su angustia.

Hoy, mientras almorzaba, pensé en suicidarme.

El niño de mi hermana grita. Toda la familia se
hace la idiota para que se calle. Yo pienso en Dios, y el
alma comienza a dolerme.

Papá y mamá se besan como dos jóvenes. Marcel
Proust, ¿qué hacemos con “nuestra” teoría del amor?

El niño de mi hermana me acaricia. De mi ser
nacen vapores de ternura. Desfiles de pañales sucios
marchan por mi mente. Dejo al niño y pienso en los
ángeles, mientras maldigo mi antiséptico amor a lo
ideal.

Tengo todo lo necesario para sufrir, pero me
consuelo escribiendo poemas.

CUADERNO DE JUNIO DE 1956¹

Junio

Me resisto a escribir. Estoy cansada de los Diarios Íntimos, vacuos y frustrados, no consuelan, no ayudan, pero sí evaden, pero sí resuelven falsamente las cotidianas angustias.

21 de junio

Y de pronto siento azco [sic] de mí misma. Me veo a través de una imagen espeluznante: una especie de molusco viscoso girando alrededor de sí mismo. Ahora

¹ Este apéndice es la transcripción del cuaderno titulado Resumen de varios diarios 1962-1964, iniciado a su llegada a Buenos Aires, en marzo de 1964.

me explico este abandono de que soy presa. Ahora comprendo mi singular destierro.

¡Cuánto me humillo! Recordando a Alfonsina diría: “Yo quiero ser blanca...”. Blanca, es decir, sin culpabilidad. El orgullo me muerde el alma. No quiero saberme abandonada. ¡Pero si no tengo orgullo! Pero si ya no tengo nada que nazca espontáneamente, sólo neurosis... Y una gran vergüenza de estar viva.

Ahora me consuelo en este odioso cuaderno, este Diario me sugiere onanismo literario. No lo continuaré.

CUADERNO DE 1957 A 1960

Miércoles, 23 de octubre

La poesía, no como sustitución, sino como creación de una realidad independiente —dentro de lo posible— de la realidad a que estoy acostumbrada. Las imágenes solas no emocionan, deben ir referidas a nuestra herida: la vida, la muerte, el amor, el deseo, la angustia. Nombrar nuestra herida sin arrastrarla a un proceso de alquimia en virtud del cual consigue alas es vulgar. No es lo mismo decir: “No hay solución” que

No saldrás nunca sin embargo
de tu gran prisión de alcatraces.

Creo que estos dos versos son más naturales y más espontáneos que el ejemplo anterior. Hay mucho más convencionalismo en nombrar las cosas con palabras avejentadas que hacerlo con palabras que nos surgen de algún lado, como pájaros que huyen de nuestro interior, porque algo los ha amenazado. La mayor parte de los poemas surrealistas son mucho menos convencionales y cerebrales y literarios que los poemas

sencillos y beatos a que nos acostumbró la literatura española.

Poemas de John Donne. Huelen a sol viejo, a muro derruido y rajado pero cuyas grietas dejan escapar palabras de distintos colores, frescas, calientes, y, sobre todo, reveladoras.

Se puede objetar esa intromisión del espíritu pedestre que le acontece después de un verso colmado de lirismo, ej[emplo]:

Enséñame a oír el canto de las sirenas,
o a guardarme del aguijón de la envidia.

A veces estremece. Es hondo, irónico:

Y ahora buenos días a nuestras despiertas almas,
que se vigilan entre sí con miedo.

Aunque llegara a definir la poesía —aspiración estúpida, por otra parte—, aunque descubriera su esencia, aunque desvelara su origen más profundo, aunque la poesía toda y todos los poetas me fueran tan conocidos como mi propio nombre, llegado el instante de escribir un poema, no soy más que una humilde muchacha desnuda que espera que lo Otro le dicte palabras bellas y significativas, con suficiente poder como para izar sus pobres tribulaciones y para dar validez a lo que de otra manera serían desvaríos.

Escribí dos poemas: “El desencuentro” y “Ella está muerta debajo de sus alas y sonrío”. No me conforman mucho.

Jueves, 24 de octubre

Los estados de angustia impiden sentir la poesía. Me refiero a la angustia que produce el fracasar en los intentos de comunicación con los otros. Una queda reducida a una espera. No. Espera, no. O tal vez sí. Una espera la llamada de afuera. Sólo es posible vivir si en la casa del corazón hay un buen fuego. Dentro de mi pecho tiene que estar la morada del consuelo, quiero decir, de la certeza. Sólo entonces se vive la poesía, que parece estar reñida con la enajenación.

Tengo miedo de fracasar por culpa de mi angustia.

Es necesario olvidarse de todos.

Viernes, 25 de octubre

Es necesario olvidarse de todos.

Sábado, 26 de octubre

Escribí un poema. No tiene ninguna importancia.

Soy una enorme herida. Es la soledad absoluta. No quiero preguntar por qué.

Domingo, 27 de octubre

Quiero llegar a ser lo que ya soy.

Empecé a leer a Neruda “en serio”. Neruda es un verdadero poeta, un auténtico vidente. Sus pies están muy adheridos a esta tierra pero algo lo lleva a una patria mucho más original y cierta (hablo de las Residencias). Es curioso que a veces se obliga a detener su vuelo poético, como si tuviera miedo de caer en la realidad de la fantasía pura. Su insistencia en los objetos trizados, en los fragmentos que más que dispersión impresionan como una unidad terrible, romántica, no deja de desalentar. A pesar de su grandeza no suscita en el lector esa admiración mezclada de amor que sucede con Rilke, con Hölderlin. Es que Rilke me toma la mano y me habla suave, hondamente, y su voz recuerda algo que jamás fue en verdad, su voz es reminiscente de algo que viví

sin haberlo vivido, como si fuera un acontecimiento que me sobrevino en otra vida, muy antigua, inmemorial, pero más verdadera que ésta, o como si hubiera degenerado en ésta.

Descubro que mis poemas son balbuceos. Necesito leer más poesías, averiguar la forma, la construcción.

Martes, 28 de octubre

Ella no eligió aún la vida. Ella se lanza hacia la puerta de la vida y hacia la puerta de la muerte, sin querer golpear en ninguna de las dos porque todavía no está segura de su deseo de golpear alguna de ellas. Ni siquiera sabe si quiere que alguna de las dos se abra. Pero dicen que no puede estar siempre afuera, esperando... Una se morirá de sueño, de sed y de frío. Sabido es que una persona puede ayudarla a levantar el puño para golpear. A esa persona la hubiera bastado mirarla un segundo con ternura, o estrecharle la mano con más fuerza, o decirle Alejandra con un poco de calor en la voz. Pero esa persona no quiso o tal vez no se dio cuenta del inmenso poder de esos pequeños actos suyos. O tal vez sí se dio cuenta y justamente por eso los reprimió.

Señor, alguien me ha dicho que basta un leve
ademán de mi parte para que se salve.

Pues esto hacemos: darnos sombra los unos a los
otros. No importa que yo no vea el sol. Lo esencial es
que tampoco tú lo veas.

Asombro. Asombro de ser yo. Asombro de ser una
muchacha en la noche preñada de augurios. Asombro
ante mi asombro.

Cerrad los ojos de la cara y abrid los ojos del
corazón.

Miércoles, 30 octubre

Escribí un poema; hablo de las cosas en oposición a
lo absoluto.

Viernes, 1 de noviembre

Escribí tres poemas. Sometí al último a una serie de retoques. Sí, es eficaz el hacerlo: se siente cada palabra como un cuchillo de doble filo.

(Me empiezan a molestar las oraciones subordinadas. Me fastidia el “que”, pero ¿cómo se hace para hacerlo desaparecer?... Encontré un poema de J. R. J. sin un solo “que”.

Mi tercer poema tenía quince “que”. Luego los reduje a seis. Pero ¿es tan importante?

Sábado, 2 de noviembre

Estado vegetal.

Cada mañana despertar, tener que llorar y tomar café. No puedo gozar de la vida. No encuentro en ella ningún interés. Sólo algunos consuelos. Yo no quiero consuelos.

Ojalá enloquezca o muera pronto. Estoy segura de que pronto va a suceder algo. No es posible continuar así, tan sola, viviendo y llorando. Y en resumen ¿qué quiero? Ah, no sé, no sé. Tal vez no quiera nada. Pero

un gran vacío, un bicho que es vacío me muerde.
Siento que me duele el corazón. Y no hay solución
para mí.

Ahora sé, ahora conozco la soledad de mi infancia.
Como si hubiera nacido del aire, como si hubiera
quedado huérfana el día de mi nacimiento. Por eso mis
padres me son extraños. Y todavía exigen de mí. Ellos,
que nada han sido para mí.

Horrenda sensación de fracaso. ¿Qué importa ser
vencida?

Domingo, 3 de noviembre

Una revolución para calmar mi herida, un
terremoto para sustituir su ausencia, el suicidio del sol
para mi fervor físico, la locura de la noche para mi sed
sagrada, el fin del mundo para contentar a mi angustia
preferida.

El Mesías no vendrá sino cuando ya no sea
necesario, no vendrá sino un día después de su llegada,
no vendrá al último día, sino al final de todo.

KAFKA

Lunes, 4 de noviembre

Amamos a lo que se nos hace carencia. Imposible desear lo que ya está en mi mano (vieja verdad socrática que recién ahora encarna en mí conscientemente). De allí el Mito de Mi Amor Imposible: carencia, nada más. Una muchacha sedienta en el desierto y un manantial que no da de beber cuando ella se acerca. ¿Qué sucedería si ella pudiese beber? Ah, muchas cosas cambiarían. Me sería beneficioso puesto que yo no amo la sed. (Gide...)

Siempre el bicho. La poesía. Una muchacha mordida y un aullido que quiere trascenderse y ser lo más universal posible.

“Où sont les hommes? —dit le petit prince—. On est un peu seul dans le désert.”

Extrañeza cuando converso con alguien. No, no soy yo la que habla. No hay pruebas de que soy yo.

Miedo. Candor. Y mucha locura. Y campanas. Y senos maternos colmados de piedras.

Pero sobre todo soledad. En gran desierto. Sólo el desierto. Nada [más] que el desierto.

Estoy perdiendo mis últimos objetos. Se acercan la locura o la muerte o ambas o es lo mismo.

Soy un vacío convulsionado por el dolor. Sufro.
Sólo sé que sufro. Sólo sufro. Y nada más. Y nunca
más.

Digamos que siempre fue así.

Martes, 5 de noviembre

José María me habló de Blake. Yo no le decía nada,
sólo murmuraba una suerte de aprobación, para
ocultarme, para cubrir mi profunda vergüenza, mi
dolor de no poder participar de ese ámbito místico
porque yo ya estoy muerta.

Después de muchas resistencias debo hablar de él,
de él, a quien no quería hacer entrar en este cuaderno.
Hoy dijo: “¿Y qué quiere? ¿Que la eche?”. Ésta es la
situación. Por eso no puedo hablar de Blake ni de
nadie. Sólo un adherirse a un ser que no me estima,
sólo un desgarrarme, un golpear del corazón, sólo un
no poder más, un reventar a gritos, a llanto, porque no
puedo más, porque quiero su mano amiga y no la
tengo.

Jueves, 14 de noviembre

No se puede echar dos veces la misma carta en un buzón.

El ocio no existe. Sólo hay esta cuestión: tener o no tener deseos de vivir... y de morir. Una vez comprendido esto o se quiere más vida o se desea la muerte. Lo curioso resulta cuando el mundo se opone a mi sed de más vida, entonces me voy al otro extremo, a la muerte. Pero tampoco ella me hospeda. ¿La solución? Sí, hay una, hay un arrancarse de raíz todo ímpetu, todo frenesí, hay un disfrazarse de monja a pesar suyo, hay, en suma, un hacer la plancha en las aguas de la vida.

Un loco desflora a una flor. La flor da a luz una muchacha y luego muere. La muchacha queda herida por una carencia innombrable que aumenta hasta la locura cuando se enamora del león más inteligente de la selva. (El león es una especie de Sr. Nadie disfrazado de Todo... o viceversa.)

Vagidos, llanto. Y un estar siempre al borde de, pero nunca en el centro.

Anhelos de lo anhelado, de lo jamás anhelado.

Hermana estrella: soy Alejandra. Buenas noches.

Un pájaro sale a buscar la inocencia y vuelve muerto debajo de sus alas. Campanas en los bolsillos de la noche.

Domingo, 17 de noviembre

El cielo es la carne; el infierno, el alma.

Comprender, no el “para qué”, sino la necesidad del “para qué”.

Tristeza de ser. Tristeza por haber nacido. Tristeza frente a la dulzura del vivir. Tristeza del viento que raptó muchos niños y que ahora lloran o cantan en el espacio.

Llueve piedras.

Todas las desdichas de la infancia están levantando levemente los párpados y se desperezan tristemente como monstruosos animalitos que hubieran dormido durante muchos años.

No es queja, no es protesta, no es preguntar por qué.

Es como golpear las paredes irrisoriamente herméticas de una cueva laberíntica.

Es como un feto batiendo las entrañas de su madre y rogando que lo dejen salir, que se asfixia, que ya no puede más.

Dentro de mí se ha formado un tribunal que juzga —sin apoyo en ley alguna— mi existencia desde la antigüedad hasta nuestros días.

Lunes, 18 de noviembre

Oscilación entre distintas expresiones poéticas: Hölderlin o los densos poemas surrealistas. Poesía desnuda (Ungaretti, Jiménez) o exceso de imágenes fundidas tan estrechamente que devienen inexplicables. Gusto por expresiones como “lo incierto”, “lo devastado”, “lo sagrado”, frecuentes en Trakl, Hölderlin, reminiscentes de la metafísica, de vida antigua. Dificultades con adjetivos y adverbios. (“El adjetivo cuando no da vida, mata”, Huidobro.)

Martes, 19 de noviembre

Cada vez entiendo menos sobre poesía. ¿Será que no la siento? Si debiera elegir un solo poeta para leerlo en una isla desierta, ¿cuál elegiría? Los pocos poemas de Hölderlin que conozco, tal vez... pero aun Hölderlin, ciertos días no me da nada, me parece muy viejo, muy de otro siglo.

Comenzado a leer Sombras del paraíso de Aleixandre. Después de la primera hoja lo abandoné. ¿Qué tiene Aleixandre que me hastía tanto? Tal vez su mundo espiritual no merece poemas tan cargados de imágenes densas y de momentos herméticos. Creo que sus saltos interiores, sus giros subjetivos, son simples; y quieren, no obstante, concretarse en un universo sofocante y difícil. Sea como fuere, no me impresiona como un poeta auténtico...

No oculto que me gustaría tener un maestro literario. Pero mi situación de huérfana no es deplorable: hay libertad, mi única libertad, por el momento.

Miércoles, 20 de noviembre

Tristeza y candor. Deseos de llorar como un niño recién nacido. Inmensa ternura por mí. Ganas de hacerme pequeña, sentarme en mi mano y cubrirme de besos.

Por la impaciencia me perderé. Horrendos problemas literarios. Hay demasiados libros, todo ya ha sido escrito, sobre cada cosa, sobre cada sombra hay millares de libros. He llegado tarde al banquete de la cultura universal, y si bien no me vedan la entrada se divierten proponiendo a mi hambre tal cantidad de platos y de variaciones, que yo ya no sé diferenciar un poema de una sonrisa, un ademán de odio de una plegaria japonesa. Y en medio de esta orgía de la insatisfacción, rodeada de elementos capaces de satisfacerme, ¿qué hago? Pues abalanzarme sobre todos: el mejor camino para no colmarme jamás. (Pero ¿de qué estoy hablando?, ¿de la literatura?, ¿de mi amor imposible? Tal vez en el fondo sea lo mismo...)

Llueve sangre.

Jueves, 21 de noviembre

Lasitud. Desprendimiento. Ausencia de interés. Me paso la vida creándome motivos convincentes como para vivir. (Ella no sabe preguntarse.)

Y en el fondo, ¿quién creó al miedo? ¿Dijo Dios: “Hágase el miedo” y el miedo se hizo? ¿O dijo: “Hágase Alejandra” y el miedo se hizo? ¿Qué es el miedo sino un bicho ávido de mi futuro?

Calle Florida desde Av. de Mayo hasta Corrientes. Hoy. Hoy. La risa pugnaba por estallar en mis labios. El pozo de las víboras. Las hormiguitas viajeras. Los únicos felices eran los ciegos.

La vieja del colectivo.

Era la madre de los Malos.

Es una cosa muy seria el nacimiento del ángel vaginal.

Los poemas de [tachado] me sugieren a un señor que está jugando una infinita partida de ajedrez y que, como no puede fumar, para colmar su hastío escribe poemas.

Viernes, 22 de noviembre

Fe en ti sola, Alejandra. Fe en ti sola.

Imposible la plena comunicación humana. Los otros, siempre nos aceptan mutilados, jamás con la totalidad de nuestros vicios y virtudes. O nos detestan por algún aspecto nuestro que les mortifica o nos aceptan por algo que es ángel en nuestra carne. También solemos tener días en los que nos permiten comunicarnos y días en que nos amurallan. Estos últimos coinciden con los días en que más necesidad de contacto humano tenemos. Seguramente nos rechazan por ese aspecto de mendigos repelentes que proporcionan la angustia y la soledad.

Todo esto, dicho de un modo confuso. Porque no entiendo casi nada del asunto. Pero hoy y mañana y siempre repito que sólo es posible vivir si en la casa del corazón arde un buen fuego.

Sábado, 23 de noviembre

Ni buen fuego ni mal hielo. Sólo un vacío, roído por la fatiga y por la espera.

Soñé que todos me abandonaban.

Sólo tú. Flores perseguidas por monstruos nacidos del barro. Sólo tú. En el triste lamentar de la tarde cuando lágrimas en mis manos me anuncian que vivo.

Hay olor a viejas melodías. Sábado tristísimo. Quisiera querer. Deseo deseos. He aquí un problema más, tal vez el esencial, recién ahora afluido a la conciencia.

Y por todas partes la vieja carencia. Una melodía suavísima, tierna hasta el llanto. Una melodía que impulsa a tirarse al suelo y comenzar a llorar hasta la muerte de la eternidad. Por todas partes una herida inmemorial, una insatisfacción angélica, algo con plumas y con espumas, algo sin palabras, anterior a la palabra.

Domingo, 24 de noviembre

Desalentada por mi poesía. Abortos, nada más. Ahora sé que cada poema debe ser causado por un absoluto escándalo en la sangre. No se puede escribir con la imaginación sola o con el intelecto sólo; es menester que el sexo y la infancia y el corazón y los grandes miedos y las ideas y la sed y de nuevo el miedo

trabajen al unísono mientras yo me inclino hacia la hoja, mientras yo me despeño en el papel e intento nombrar y nombrarme. Aparte de ello no olvido lo correspondiente al lenguaje, expresión, etc., materias en las que soy una completa intrusa.

Lunes, 25 de noviembre

Es necesario deshacerse de todo prejuicio artístico. Hay que interrogar a la propia sensibilidad, sólo a ella. Ahora sé de mis numerosos errores.

He roto muchas poesías. No escribiré hasta que mi sangre no estalle.

Estoy leyendo los poemas de Dylan Thomas.

Sábado, 30 de noviembre

¡Soy una exaltada! ¡Soy una exaltada! (Maldito sea todo.)

El arma más potente es la simpatía (sentir con...). Esto parece trivial. Y sin embargo pertenece a “lo difícil”.

Primer descubrimiento [texto inconcluso]:

Domingo, 1 de diciembre

Han llegado los invasores. Han invadido mi habitación. Lloro. Lloro. No otra cosa sé hacer. En verdad, no hay motivos ni circunstancias que originen mi lágrimas: sucede que soy un-ser-para-el-llanto.

Todo está demasiado fresco aún.

Lunes, 2 de diciembre

No hay libertad, sólo hay un decirse: quiero ser libre para hacer esto o aquello. Lo extraño es mi caso: me falta el esto y el aquello. ¿Para qué desear entonces la libertad? Pero... ¿quién la desea?

Pero veamos un poco, ¿vale la pena vivir?

¡No! ¡No! ¡No! Sin embargo, no deja de asombrarme mi persistencia en la vida, si bien sólo yo sé hasta qué extremo lejanísimo ya no estoy en la vida. Y ¿qué es estar en la vida? Es abrir los ojos y encontrar algo que halague mis deseos. Pero yo no tengo deseos, o si los tengo no existe nada posible de satisfacerlos.

Martes, 3 de diciembre

Ternura. Desolación. Una persona que me importa mucho preguntó: [frase tachada]

Miércoles, 4 de diciembre

He leído La epístola a los pisonos, de Horacio. Siempre me sorprende saber que los poemas sirven de solaz, de esparcimiento del corazón ultrajado por la fatiga, como dice Horacio. No obstante, H. me corrobora la necesidad de adquirir una técnica sólida. (Cada palabra debe estar llena de polvo, de cielo, de amor, de orín, de violetas, de sudor y de miedo. Cada palabra ha de ser gastada, pulida, retocada, sufrida.)

¡Al diablo con las poéticas! Hoy he leído la de Boileau, quien no hace otra cosa que repetir a Horacio. Leer estos libros en un día lluvioso de 1957 es como bailar el rock con peluca.

Porque la poesía no es un grato esparcimiento. La poesía es un aullido que hicieron —que hacen— los seres en la noche. (Esto que digo peca de trágico.) Idiota decir: la poesía es... etc., etc.

Piensa, Alejandra, teje tus ideas a la luz de la tristeza. Piensa en la carencia, en la mía, en la tuya, en la suya. Piensa, piensa en la carencia.

Curioso es vivir. Raro es vivir. Asombroso es vivir. ¿Y por qué vivir?

(La Gran Pitonisa se encoge de hombros.)

“Soy la Gran Pitonisa, tengo los oídos llenos de whisky y el corazón colmado de salamandras.”

(Así se presentó. Tuve miedo.)

Jueves, 6 de diciembre

La Gran Pitonisa sonríe:

—¿Por qué has dejado al hombre traspasar tu umbral?

—... Tuve miedo de soñarlo, por eso.

La Gran Pitonisa sonríe.

(Ella, sólo ella sabe de mis ojos mendigos.)

Sábado, 8 de diciembre

Un esfuerzo sostenido, sólo la posibilidad de mantenerme varias horas. Un poco de constancia, Señor, si me haces el favor, ¡si me haces el favor!

Es la disociación que viene galopando en sus tijeras bajo el cinto, dispuestas a cortar inexorablemente el desmayado hilo que me enlaza a la cordura. Es la disociación galopando un caballo blanco —el manto flotante ornado de recuerdos prenatales— que otea el punto más sensible de mi ser de manera de realizar la aniquilación completa. ¿Luchará la triste muchacha o cerrará sus ojos dolidos y se dejará ir lentamente hacia las tinieblas? Sabido es que la salvación exige sólo el interés. Sí, se salvará por ahora: he aquí un poema dando aletazos en el aire.

Vuelve la obsesiva —o siniestra— necesidad de escribir una novela. ¿Y por qué no la escribo, entonces? Seguramente porque me siento culpable de no estar en el mundo. Esto es difícil de comprender. No obstante, observo con risueño dramatismo que mi vocación literaria oscila entre los poemas metafísicos, los diarios o confesiones que expresarán mi búsqueda de posibilidades de vivir (lo que no contradice con los poemas) y —ahora viene lo peor— una suerte de teatro de títeres en el que todo el mundo revienta de

risa. Pero la aspiración oculta es ésta: la historia de una muchacha, es decir, una suerte de “retrato de la artista adolescente”, novela que debiera reflejarme, a mí y a mis circunstancias. Dos cosas me maniatan: la ausencia de confianza en mis instrumentos (estilo, lenguaje, dominio de los diálogos) y el desconocimiento cabal de mis circunstancias. No es esto todo. Hay también un gran deseo de dormir y de no despertar jamás.

El jazz amarga detrás de los cristales. Sábado dedicado a “oscuros cronicones”. Yo pierdo esta noche —la noche preñada de infinitas posibilidades, derramando vértigos para las muchachas que aceptan su destino. Sí. Yo pierdo esta noche por el jubón rojo de Gautier.

He tirado horas por las calles y los bares. Ahora intento rescatarlas, y me pisan las manos, y me atropellan y me enajenan. De mi infancia hasta esta noche mal sufrida sólo hay una flechita negra. Yo he nacido ayer o hace media hora. Dentro de un día seré vieja. Dentro de dos, un puñado de polvo. Oh, bailar jazz, arder miradas con mis caderas, beber todo el vino del mundo, invadir en todas las fiestas, comer, exhibirse, tirar de la cola al tiempo y burlarse de él. Pero no. Lo real no tiene por qué satisfacerme.

Domingo

Lo real no tiene por qué satisfacerme. Deseos.
Muerte definitiva de cualquier promesa de felicidad.

¿Es posible vivir así? No, no es posible.

Lunes

La noche insiste en ser un silencio. Yo golpeo a las puertas de la noche.

Nada de autocompasión. Es menester volver al silencio, no al silencio redondo, compacto, sino al silencio relativo.

Martes

Abandono completo. No hay solución. La esperanza ha lanzado un último estertor. Mirad sus ojos abiertos, enfocados hacia un cielo de ausencia, contemplad sus manos lastimadas por la incomprensión. Aprended de su sonrisa bañada de asco, de su piel transida de miedo. Llorad, es necesario llorar toda la vida, porque mi esperanza ha muerto.

La mañana para llorar. La noche para desear. La tarde para jugar a la vida.

¿Renace la alegría? No. Es el amor que encendió un fuego cerca de mi corazón.

Existe alguien, alguien como tú o él, alguien que llora y tiene manos, alguien con un barco dentro de cada ojo, alguien cuyos labios tienen gusto a la sonrisa del mar cuando el sol lo saluda, alguien de cuya frente surgen canciones inmemoriales, alguien con un corazón mensajero que lleva cartas al infinito, alguien, en suma, como tú y como él. Y ese alguien es mi amor. Aunque yo sea una mendiga despreciada, aunque mis ojos hayan sido secuestrados por el llanto, aunque yo corra, de calle en calle, y me arrastre con un bicho dentro y aunque el bicho me muerda y me haga aullar, él es el que yo amo. (Y no cierro los ojos al decirlo.)

Excitación. Vértigo. Ganas de subirme a una estrella y decirle: Amo.

En mi amor todo es pérdida. Pero he aquí mis ojos lucientes como perros rabiosos. He aquí mis manos dulces como la lluvia. En mi amor todo es pérdida. (Hoy y siempre debo recordarlo. Hoy y siempre.)

Miércoles, 11 de diciembre

Es menester volver al silencio y pensar.

Asombro de ser yo.

En verdad, el asombro, a pesar de su valor maravilloso, en mí significa desarraigo, un no sentirme en familia en el mundo, como si hubiera ido por unas horas a visitar la casa de un pariente raro, y yo contemplo los muebles y las paredes extrañada, llena de pasmo y de admiración.

Certidumbre de mi muerte próxima, cercana, deducida de la imposibilidad de imaginarme en el futuro.

El tiempo y los Conway. No quiero ser Kay.

Domingo, 15 de diciembre

El vino no supo jugar. Entró en mí, me tomó desierta y temblorosa, y colmó de ceguera mi mirada. El vino no supo jugar, no quiso comprender la simple historia de una muchacha enamorada —tres años ya. Y ahora estoy muda y ciega, para decirle a mi amado...

Jamás volveré a beber. Pero ya no importa. Qué importancia puede tener.

Es la derrota absoluta. Sí. Y la solución es lo impensable. Una nació. Me obsequiaron una vida, una sola, que debo romper —yo misma. El acto de romper mi vida se desenvuelve en distintas etapas, únicas e insustituibles. En cada una de ellas yo debo decir, mientras realizo la ceremonia destructora: Una vez, ¡no más!

No. El vino no supo jugar. Es curiosa la cantidad de miedo que puede sobrellevar una sola persona. De no ser el miedo, yo no habría bebido. Es como perder el barco que me habría llevado a la isla dichosa, allí, donde hay una —una, nada más— posibilidad de vivir. Es como si el aire todo, colmado de cuchillos rabiosos hubiera formado un muro muy espeso, para impedirme ver al que yo amo. ¿Cómo resignarme ahora, cómo retomar a esta opresión y a este vivir horrendo, si sé que hubo una posibilidad para mí, y que yo no pude tenerla?, ¿cómo no arañarse, cómo no acuchillarse, cómo no reventar en gritos terribles? Si una vez, si tan sólo una vez me dijera que no fue verdad, que habrá otras circunstancias, otras oportunidades, si me dijera que aún hay un tiempo de risas y un tiempo de sueños para mí. No hay consuelo posible, ni solución alguna. Tal vez una flor en el aire o un pájaro en el pecho me anuncien un poema. Pero de solución o posibilidad de vivir, ya no se podrá hablar: el horizonte se ha suicidado.

Dolor. Dolor de ser. Dolor de amar y de no ser amada. Dolor de la noche acariciándome los cabellos. Dolor del mar. Dolor de que la vida pase sin detenerse en mi puerta. Dolor de hablar y que mis palabras queden adheridas al viento quien las dispersará por parajes inmemoriales. Dolor de ser y de no tener vocación para ser. Dolor de sobrellevar tanto amor y no poder dejarlo en parte alguna porque nadie quiere recibirlo. Dolor en el cielo y en la tierra. Duele ser, duele vivir, duele llorar o reír, duele castigar y castigarse, [frase tachada] de morir.

Purificarse para mirarlo a los ojos y decirle las únicas palabras por las que vivo.

Cantos como injurias. Esperanzas como cuchillos.
Respiración como asfixia. Y un gran deseo de llorar
hasta el juicio final.

Señor, ¿sabes tú algo de las sensaciones de pérdida irreparable? Una vez, no más. Esto es el fin. Y amar así, querer morir por alguien, amor hasta la aniquilación. Y sólo la soledad batiendo palmas en mi habitación sofocante. ¿Quién no tiene un pequeño amor, quién no da la mano a otro y lo mira con deseo? Tan sólo yo, envuelta en sensaciones viscosas, tan sólo yo bebiendo vino, tan sólo yo, que amo en vano. No hay elección posible. Ni esperanza alguna. Podré detallar los orígenes de mi sentimiento, podrán extirpármelo como si fuera un mal nauseabundo. Pero ahora, mañana y siempre digo que me muero de tanto amor, de tanto amor en vano. Así va la vida. Todo es un enorme llanto. Una brutal sinfonía de frustraciones.

Ya no hay lágrimas. Sólo una profunda vergüenza. Vergüenza de amar. Yo, un ser vencido y nauseabundo. Si por lo menos fuera menos horrible, tal vez algo alentara en mí, algo a modo de esperanza. Nada salvo gesticular y llorar a gritos. Nada salvo desgarrar mi carne enferma de miedo. Nada salvo enterrar mis sentimientos y [frase inconclusa]

Llorar o no. Llorar y pensar que pudo ser, que estaba allí, muy cercano.

Nada es salvo el llanto. El llanto y un gran deseo de hundirme, de desaparecer para siempre.

Lunes, 16 de diciembre

Es como si me hubieran amputado la sangre.

Alzarse en la noche con un puñal en la mano y devastar el país de los sueños. De aquellos sueños divorciados de la realidad.

Y sobre todo una gran vergüenza, no sólo de ser yo, sino, simplemente, de ser. Vergüenza de vivir o de morir. También estaré avergonzada cuando me muera. Seré una gran muerta inhibida.

¿Posibilidad de vivir? Sí, hay una. Es una hoja en blanco, es despeñarme sobre el papel, es salir fuera de mí misma y viajar en una hoja en blanco.

1958

Lunes, 20 de enero

Un encuentro sexual no compromete a nada. Sólo dos seres sedientos que se unen en el desierto para ir en busca de la calma.

Pero esto es independiente del hecho fundamental: el encuentro sexual no compromete a nada.

Profundo asombro. ¿Qué relación hay o puede haber entre ética y sexualidad? ¿Por qué “lo prohibido”? No puedo comprenderlo.

(Quiero nadar desnuda en tu sangre.)

Martes, 28 de enero

Respiración como asfixia. Esperanzas como cuchillos. Carencia. Mi vida se llama carencia. Necesaria o no, yo soy. Pero soy una carencia. Tú

quisieras reírte del mundo, de un mundo como un equilibrista ebrio que te saluda desde muy arriba. Lo quisieras, tal vez. Pero no puedes negar lo esencial, es decir, que ya has renunciado, que no sólo has perdido, sino que jamás pudiste intentar la victoria porque de antemano te expulsaron del juego. Y ahora que lo sabes ya, puedes enloquecer o morir. Pero también puedes escribir poemas, no porque creas que con ellos te salvarás, sino por salvarlos a ellos, los prisioneros del aire, de tu aire. O aunque sólo fuera para que no digan que viajaste gratis por la vida. ¿Su tributo, mademoiselle Alejandra? Un poema, monsieur, un poema bello como la sonrisa del sol, de ese sol que no brilla para mí. Y esto es todo. También me queda el derecho a la blasfemia y al vicio. Protestar y amenazar. Pero ¡qué diablos! ¿Qué importancia pueden tener mis derechos? ¿Los he pedido? No, yo no quiero derechos. Quiero un poco de paz.

Viernes, 31 de enero

¿Es posible que hable así, como una piedra en el camino que se sabe echada allí hasta el fin de la eternidad? ¿Es posible que crea, con los niños, que la muerte es algo que les sucede a los demás pero no a mí? ¿Es posible que Dios continúe siendo el “buen señor” de la infancia, ese que ve en todas partes, para quien no existen puertas ni silencios? Así es, pero es

increíble. Y no lo lamento por vergüenza sino con el dolor de alguien que se veda una gran parte de la realidad que le sería plenamente accesible a no ser por ese infame anhelo de persistir en una niñez que ya no tiene razón de ser aunque sí estupidez y anacronismo.

Sábado, 1 de febrero

Todos los fracasos del mundo martillean en mis sienes.

Tanta tristeza. Pero hay sol. Pero hay un viento dulce. (El solo hecho de escribir esto demuestra que mi intento suicida es aparente. El anhelo de trascender persiste. Luego, vivo.)

La poesía no es artesanía ni nada tiene que ver con ella. Pero para trascender el lenguaje debo antes hacerlo mío. En verdad es un poco estúpido hablar de poesía: o se la hace o se la lee. Lo demás no tiene importancia. Aunque yo quisiera tener algunas pequeñas verdades literarias, me sentiría más segura de mí si las tuviera. Para comenzar, he aquí un enigma: ¿por qué me gusta leer la poesía luminosa, clara, y casi execro de la oscura, hermética, cuando yo participo — en mi quehacer poético— de ambas? ¿Y si fuera por no tomarme el trabajo de comprender los textos oscuros? Ello daría la explicación exacta de una manía de relacionarme con personas cuyos procesos interiores son más simples que los míos. O al menos, así parece.

Pero, Alejandra, en el fondo de los fondos, ¿qué es claro y qué es oscuro?

Para la novela: el aprender a leer. Lady D.

Domingo, 2 de febrero

Soledad y silencio. He pensado en la felicidad de dedicarme enteramente a la literatura, sin otros cuidados sino escribir y estudiar. Es necesario recuperar el tiempo perdido. Sé que esta felicidad está a mi alcance y que no depende de mi voluntad, pues entonces ya no sería felicidad sino solamente trabajo. Sólo necesito creer con todo mi ser, creer obsesiva y lúcidamente. Y también olvidarme de todos. Pero sobre todo continuar sosteniéndome en la durísima tarea de no pensar en “el amor imposible”, causa de todos mis males. Esto es lo más difícil. Y particularmente para mí, que no me llegan compensaciones externas que pudieran impulsarme a sustituir al objeto amado. Pero sé que mi única posibilidad de salvación consiste en aceptar con naturalidad esta carencia afectiva.

Mi única posibilidad de salvación, sí. Ahora comprendo absolutamente que jamás mi amor se verá correspondido, que hasta hoy me sustentaba alguna esperanza absurda e infantil, sin fundamento alguno en la realidad. Pero hoy, recordando el ayer, recobrando palabras y sucesos que dormían debajo de mi memoria

he tomado conciencia de la futilidad de mi espera. Ahora bien, resta la locura o la muerte, porque yo comprendo que sólo por mi amor vivo, que sólo él me enlaza a la vida. Y tal vez no quisiera que fuese así, si bien reconozco que a ello debo mis horas más intensas, más fecundas emocionalmente, las que no poco hicieron por mis poemas. A mi amor debo casi todos mis estados de exaltación. Pero también es útil saber que el hombre que los produjo es absolutamente “inocente” de mis procesos, que su actitud fue siempre pasiva, que, en suma, no tiene “culpa” alguna de lo que me acontece, así como el desierto no es culpable de los que mueren sedientos. De cualquier modo, comprendo que es necesario estrangular todo atisbo de esperanza y aceptar la idea de que jamás seré amada por la persona que he elegido. Podría agregar que no la he elegido sino que me ha sido impuesta, podría repetir los viejos argumentos científicos respecto de los orígenes de mi sentimiento amoroso. Pero es como en la poesía. Palabras, palabras... El amor es otra cosa. Y no me importa que maltraten el mío ni que lo castiguen con la indiferencia más extrema. Yo sé que es real, yo sé que existe y me duele más que mi vida, o igual, porque es mi vida. Lo mismo que la poesía. ¿En qué la desmedra el análisis o la disección? Está, y es lo único importante. Pero ahora, sobre materiales rotos y raídos, entre el caos y la angustia, trataré de reconstruirme. Sobre tanto dolor. Sobre tantas ganas de morir y de no sufrir más el peso de este amor, he de reconstruirme. Con humildad y silencio.

Este yacer anegada en mí misma, este no perderme jamás de vista —aun en la enajenación—, ¿a qué obedece? A que no encuentro nada que sea más interesante que yo. Sólo me entero de las cosas cuando

me golpean. Así, gracias al silencio de Orestes, he pensado por vez primera en él. Cosa que jamás hice cuando deliraba de amor por mí. Esta manera de ser me hace perder y ganar. Perder en cuanto a que me encadena, me impide enfrentar el mundo, y más aún, me deja a merced del mundo. Pero, por otra parte, en el reverso del mundo, donde yo estoy, se ven muchas cosas vedadas para los otros. A propósito de mi incomunicación estuve pensando en la posibilidad de enloquecer, posibilidad que me aterroriza. Pero estoy demasiado cansada como para inquietarme “activamente”. Pensándolo bien, ¿no será demasiado tarde para reconstruirme? ¿No habré perdido definitivamente?

6 de febrero

A veces me pregunto cómo hacen los otros para vivir, ellos que no aman con esta desesperación. Me es imposible pensarme viva sin la sangre colmada de su rostro. Pero, al mismo tiempo, confieso que admiro a los que se sustentan en otras cosas que en un amor desgarrado. En verdad, puede pensarse que los que poseen un buen fuego en la casa del corazón son ellos, que no yo. Y justamente yo, la desamparada, tengo que iniciarme en el aprendizaje de la soledad interna. Aprender a vivir sin este nombre que habita mi ser desde hace varios años. Aprender a vivir con fuerzas

extraídas de mí misma, debido a mi propio esfuerzo,
por obra y gracia de mis propios designios.

8 de febrero

Comenzó la lucha por el alba. Quiero estudiar,
quiero recobrar mi adolescencia.

Noche

Es como si me hubiera tragado un muerto. Como si
me hubiera forrado de cenizas la sangre. Como si la
peste se hubiera enamorado de mi destino. Como si la
palabra jamás huyera del mundo para venir a buscar
amparo en mí. Tal es [frase tachada]

10 de febrero

No vivir, ahora que la vida me tiende vida, es
extraño. Pero voy a confesar la verdad, la confesaré
aunque me tenga que morir llorando, diré la verdad,
que es ésta: yo no quiero vivir, yo quiero un interés
obsesivo por dos cosas: los libros y mi poesía.

Miércoles, 12 febrero

No sé qué extraño proyecto tienen algunos de mis
yos que están haciendo tentativas para desasirme
absolutamente de la amistad y de la comunicación.
Siento desde mi sangre que no quiero ver a nadie, ni
conversar con nadie, y que nada me importa salvo el
aprender a interesarme obsesivamente por la literatura.
Yo sé que esto es locura. Yo sé que es un atentado a mi
vida. Yo sé muy bien. Pero estoy ciega y muda para
todo, como si tuviera algodón en las venas, como si me
hubiera tragado nieve. No sé qué es pero el humor
desapareció, el deseo de salir, trascenderme. Nada sino
yo, este yo que muerde. Estoy cansada de mi yo. Ahora
comprendo mi horrible, mi tenebroso amor a mi yo.

Viernes, 14 de febrero

Qué fácil callar, ser serena y objetiva con los seres
que no me interesan verdaderamente, a cuyo amor o
amistad no aspiro. Soy entonces calma, cautelosa,
perfecta dueña de mí misma. Pero con los poquísimos
seres que me interesan... Allí está la cuestión absurda:
soy una convulsión, un grito, sangre aullando. De allí
proviene mi imposibilidad absoluta para sustentar mi

amistad con alguien mediante una comunicación profunda y armoniosa. Tanto me doy, me fatigo, me arrastro y me desgasto que no veo el instante de “liberarme” de esa prisión tan querida. Y si no llega mi propio cansancio, llega el del otro, hastiado ya de tanta exaltación y presunta genialidad, y se va en busca de alguien que sea como soy yo con la gente que no me interesa.

Sábado, 15 de febrero

Y de pronto, un gran cansancio, no de la vida, mas de la muerte. Pero no hablo de la muerte absoluta, hablo de este lento naufragio cotidiano en las aguas del pasado. Estoy cansada de todo ese mundo de complejos y frustraciones en que nos sustentamos yo y la gente que me circunda. Es un no dar más, un gran deseo de respirar aire puro, de reír, de mirar con naturalidad las cosas y a mí misma. Hoy se me ha revelado, con una fugacidad y fuerza increíbles, la posibilidad de ser. Todo fue espontáneo, como si hubiera encendido un cigarrillo. Me sentí bien, como si me hubieran aflojado las cadenas, aquellas que ni recordaba, tan resignada a la desesperación estaba. No creo en la felicidad, sólo creo en la vida y en la muerte. Pero quiero despojarme de esta tensión, de tanta vigilancia. Estoy fatigada de todas esas historias edípicas, del odio espantoso de padres e hijos, estoy

cansada de tanta interpretación sexual. Quiero vivir con naturalidad, limitarme, señalarme objetos posibles y luchar por ellos. Quiero liberarme del horror sin semejanzas de mi “amor imposible”. Quiero, en suma, aprender muchas cosas, sobre todo, a escribir y a pensar. Cuento con una carencia casi absoluta de recursos internos, a pesar de tener dentro de mí un mundo tan vasto, pero es un mundo independiente de mí, divorciado de mi yo, sólo unido a mí en ciertos instantes únicos. Es extraño desconocerlo tanto, como si yo fuera la sede de esa otredad innombrable que firma con mi nombre. Nada me es tan ajeno como ella. Buscarla, señalarla, hacerla vibrar con mi sangre, apoderarme de sus raíces, he aquí mi necesidad.

La noche escupe campanas. Un recuerdo con alas se viste de tren. Humo y arena. Una guitarra negra se eleva desde una flor y sube al avión destinado al Gran Pájaro Muerto. Sones perforados por el viento bailan la danza de la muerte mientras las brujas crucifican a la esperanza. Una muchacha hierve de cólera contemplando a los muertos que se encerraron en un ascensor de vidrio para delimitar y reducir los sueños de los vivos. La muchacha incendia la noche mientras una luciérnaga se suicida con una espada de papel. Hay muchos nombres en la espesura. Hay mucho dolor montado en los árboles impasibles que esperan a la lluvia esta noche para cenar. La lluvia con sombrero verde desciende de un automóvil guiado por una mujer encinta que va a morir. La lluvia se abraza con el árbol más chico y pequeños arbolitos ascienden a la estrella más lejana. La mujer encinta va a morir: su vientre contiene palmas funerarias. Es una mujer

previsora. Es un himno al odio preexistente entre el mar y el arco iris, la canción y el fuego, el papel y ese señor de anteojos en forma de ratón blanco que quiere escalar el cerebro del mundo. La mujer va a morir y nadie le alcanza un vaso de buen vino.

Domingo, 16 de febrero

Nada. Pero no es la misma de siempre. Es, hoy, una nada henchida de presagios. Una resignación activa. Estuve pensando que nadie me piensa. Que estoy absolutamente sola. Que nadie, nadie siente mi rostro dentro de sí ni mi nombre correr por su sangre. Nadie actúa invocándome, nadie construye su vida incluyéndome. He pensado tanto en estas cosas. He pensado que puedo morir en cualquier instante y nadie amenazará a la muerte, nadie la injuriará por haberme arrastrado, nadie velará por mi nombre. He pensado en mi soledad absoluta, en mi destierro de toda conciencia que no sea la mía. He pensado que estoy sola y que me sustento sólo en mí para sobrellevar mi vida y mi muerte. Pensar que ningún ser me necesita, que ninguno me requiere para completar su vida.

Anoche hice fantasías sobre la inmortalidad. Me pensé destinada a no morir jamás. Me asusté mucho. No. Sólo la muerte da sentido a la vida. Esta verdad ha encarnado en mí. En suma, más que la angustia y la muerte, me preocupa mi carencia amorosa. Todo mi

ser es un tenderse a..., temblorosa de amor, ávida de amar y amar. ¿Cómo no lo comprendí antes? ¿Cómo hube de pensar en mi futuro exilando el amor? Esta mano helada lacerando mi presente, esta espada pavorosa que anonada mis impulsos, esta sensación inocua de que todos mis actos son irrisorios como si se desarrollaran en un escenario de cenizas, todo esto, es mi carencia de amor. Ahora lo comprendo, ahora me han iluminado. Ahora sé que no basta desangrarme en la soledad de mi cuarto al amparo del “amor imposible”. ¡Oh, y qué poca cosa es! Sí. He confundido literatura y vida. Me sedujo, por un instante, reencarnar a Mariana Alcoforado. Pero ella se desgarraba con razón, a posteriori. Ella vibró, estalló en el amor, en un amor real, concreto, correspondido. No como yo, que parto de la inmanencia, después de la cual sólo hay locura y muerte. Y nadie, nadie más que yo lo podría amar así. La única solución, si solución se la puede llamar, es la aceptación de la realidad. De la realidad toda. Entonces, muchas cosas cambiarán.

Profunda sensación del absurdo. Pensar en la vida en sus innumrables fatigas, en esta reconstrucción cotidiana que hacemos de nosotros. Si por lo menos hubiera una tregua, en la que el tiempo desapareciera —o en la que volviéramos a otro más nuestro—, una tregua o temporada de felicidad, a la manera de un obsequio que nos darían por el hecho de existir. Es increíble que la vida toda sea un concierto de angustias que desemboca en la muerte. No niego que todo esto me pone de buen humor, como si estuviera leyendo una excelente comedia.

Lunes

El sol. Siempre el sol hendiendo la mañana. Para mi voz y mi danza, un féretro a motor de lágrimas. Para mi trascendencia un test de la academia psicoanalítica. Para mi sed sagrada, un vestido nuevo, cigarrillos importados y un aire de bohemia que anuncia la roña de los hospicios. He aquí el único problema: entre mis deseos y mi realidad, un puente insalvable. De allí, esta nada.

Hoy no me importa nada. Hoy soy nada. He tomado absoluta conciencia de que no puedo vivir mi vida. No puedo vivir como un ser humano.

Miércoles

Lo único importante es perfeccionarme. Primera medida: evitar la engañosa vocación expandida. Si tuviera que desarrollar todas mis inclinaciones, necesitaría vivir siglos. Considerar que la más profunda y entrañable es la necesidad de escribir. Resta entonces dedicarle todos mis esfuerzos. (Esto es un cuaderno dedicado a edificar reglas morales, formas de vida; todo desde afuera. La única verdad es mi deseo de llorar, mi avidez de sueño y muerte.)

Jueves

No es posible dejarse vencer y aniquilar por dos fantasmas. Si fueran muchos, en fin... Pero dos fantasmas.

Recordar la paloma blanca que devora a una muchacha. El gourmet que la devora; le corta los pechos, mana sangre, él coloca, en sendos agujeros, dos ramos de violetas. La cabeza cortada canta: "Los hombres no son felices y después mueren".

Sábado

Sólo arena y niebla.

Imposible la libertad en la irrealidad. ¿Cómo vencer mi manía de la idealización? ¿Cómo cortar el cordón umbilical? ¿Y para cuándo la aceptación de la adultez? ¿Cómo trascender si me vienen unas ganas irreprimibles de ser una niña muy pequeña, sin pensamientos, sin actos, una niña que llora mucho y pide amor? Una mano, unos labios, una caricia... Todo levísimo, con espuma, con alas. He aquí lo único que me interesa. Lo demás, es interés forzado. Obligación. De allí mi imposibilidad de comunicación con los otros. Ando en busca de esa mano, de esos labios... Y no es posible encontrarlos. Y aunque los

encontrara nada sería posible, porque me da horrenda vergüenza sentir esto que siento mientras el espejo certifica una muchacha de veintiún años, devorada por la irrealdad.

He meditado en la posibilidad de enloquecer. Ello sucederá cuando deje de escribir. Cuando la literatura no me interese más. De cualquier modo, me es indiferente enloquecer o no, morirme o no. El mundo es horrible, y mi vida no tiene, por ahora, ningún sentido. (No obstante, creo que nadie ama la vida más que yo. Sólo que entre mis sueños y mi acción pasa un puente insalvable. He aquí la causa de que yo deba desangrarme como un animal enfermo, detrás de la vida.)

Música infinita con velo blanco sale del bolsillo del mediodía. Los actos bailan la ronda del absurdo y esa necesidad pavorosa de ser secuestra a una muchacha de cabellera silenciosa que quisiera encenderse y estallar en un segundo como un fuego fatuo. Los sueños se sientan arriba del mundo. Hay un no dar más, manos negras clavando estatuas en las sonrisas de los muertos. [tachado] se suicida y un niño abre las puertas del cielo y pregunta por qué. Vuelan trenes. Los pájaros se colocan monturas y huyen a la llanura a buscar a la mujer loca que acaba de robar el fuego. Él le corta los pechos, él se la devora mientras un pueblo de hombres-plantas llora en las orillas del Swanee River. Él escupe los huesos de la muchacha. Campanas tocan a la muerte. El sepulturero del cielo se arrodilla frente a mi retrato y pide perdón. Perdón por el puente insalvable entre el deseo y la palabra. Perdón. Y nadie, nadie más que yo comprende la soledad de las flores. Luces intermitentes caminan en la espesura mientras el

código de las sombras augura la soledad absoluta. Pero el portero en llamas luce la insignia de la muerte porque la jaula ha heredado —también ella— la vocación del perdón. Aunque te revuelques en las cenizas, el florero dará siempre la hora del dolor. Y el reloj que da las horas al revés ríe suicidándose en una mano invisible. No está bien ofender al tiempo, al viento. Ni a las anchas noches de luna cuando las alamedas tienen los ojos pesados de llanto y un mago celeste —el brujo de la tregua de los muertos— se acerca a la condenada irremisible y le pide perdón en nombre del mundo. Toda esta escena debe dar la impresión del infierno más puro. Pero una familia de golondrinas se desnuda en Mar del Plata. Se beben todo el mar. También yo beberé el mar. Cuando estalle el puente que corre entre mi deseo y mi palabra. Viento, tiempo, mi sangre, [frase tachada] de una luciérnaga que roe la distancia de la vida y la muerte. No quiero ser. Y la casa de mi sangre se desmorona — ¡qué cosa!—. Cálida dulzura la del verano verde y su trémulo cortejo de golondrinas ahogadas. ¡Soy yo! ¡Soy yo!

No llamar a dios. Aun cuando las flores desgarran mi pasado con su perfume a sueño frustrado. No invocarlo. Ésta es la prueba suprema. Esto consiste en tenerse la sangre, apretarse los gritos, reventar en las propias venas, pero callar. Así te amaré, dijo la bruja escupiendo sus últimos dientes. Pero ¿qué mágica lejanía luce en el pecho de la noche? ¿Qué corola de hierro se ha comprado mi flor? ¿Qué niño imbécil me encendió el fuego, quién transformó la vida en un vaso de agua inalcanzable? Y todo fluye como lava del infierno. Todo se hace cuerpo. La luz tiene piernas, la

noche testículos, la luna brilla con sus muslos de gitana encinta.

Llorar, arrancar ríos de mis ojos. Secuestrar todas las lágrimas y guardármelas. Llorar, es necesario hundirse en un rincón y llorar muchos años. [Tachado] ¿no me darías? [tachado] Aunque yo corra en llamas y mendigue amor de puerta en puerta, ¿no llorarías para mí? No invocarlo, no invocarlo. Morderse los dientes, comerse la voz, pero callar, callar como las piedras cuando meditan en la muerte, callar como los árboles cuando se enferman de pájaros. Llorar, callar. He aquí [tachado], el único posible. Porque no se acepta la vida. No se la acepta. [tachado], pero aquí no se acepta la vida. Oh, y cómo ruge la sangre, cómo se puebla de tigres este corazón viajero, cómo se sacude el polvo en mis ojos, cómo me bendice la ceniza. Y todo está [tachado]. Y todo se reduce a un silencio.

El viento desgarrar la noche. Tanto llanto, tanta ausencia, tanta desazón. Esto es la vida. (Ponerse la mano en el cuello. Se obtienen visiones extrañas.)

La pequeña agoniza en su lecho de clavos. La fuente ha cesado de manar. La pared ruge prisiones. Extraño escribir aún cuando la única bebida posible es el mar. Un mar envenenado por la saliva de peces enamorados. Calla, viento. Calla, noche. ¡Arder! ¡Arder en un milímetro de la noche! Ser eterna un segundo, existir un instante. Sentirse dios.

Martes

Si no obtengo recursos de mí misma, ¿de qué vale todo? Es como si tuviera un desierto detrás de mi pecho, es como si me hubiera tragado una loca incendiada que corre por mi sangre dando alaridos, es como si fuera una fuga. Yo no quiero ser una fuga, yo no quiero que me pongan agujas en la sangre. Quiero vivir y ser yo. (¿No estaré luchando con la locura?)

El examen del sábado es el causante de mi estado actual.

Miércoles

No dudo que las estrellas malas devoren a las estrellas buenas, que las flores gordas devoren a las flores flacas, que el desierto de cenizas devore al desierto en llamas. No dudo de nada. Sólo una tregua, sólo una tregua. Y entonces creeré en todo, aun en mí misma.

“Quiero ser lo que ya soy”, dijo.

Mi sombra,
mi nombre,
mi carencia.

Todo se reduce
a un sol muerto.
Todo es el mundo
y la soledad
como dos animales muertos
tendidos en el desierto.

Tus deseos, tu mano negra hambrienta de realidad,
tu manía de alabar al mundo muerto, tu ausencia de
nombre, tu vigilia atroz, tu descenso en las escaleras de
tu conciencia, tu hábito malsano de morirte cada día,
¿qué es?

Ah vivre libre [sic] ou mourir.

¿Quién no cree en esto o en aquello? ¿Quién no se
desangra en la lucha? ¿Quién no llora pensando en el
mar? ¿Quién no duerme en un lecho de amapolas?
¿Quién no tiene un sueño de colores posible de tocar?
¿Quién no posee un silencio, un tiempo, una música?
¿Quién no baila su propio ritmo? ¿Quién no tiene un
sexo para alegrarse, una palabra en que sentarse, una
manía para tener vergüenza? ¿Quién no tiene
vergüenza de ser? ¿Quién no está enojado con la
muerte?

Yo.

Pero cuando vea al mar. Cuando contemple sus
extrañas olas que danzan y arrojan espuma. Yo veré el
mar. Un verde infinito perfumará mis ojos. El mar. El
mar y su tiempo preñado de pequeños tiempos, y su
canto caído del infierno, su humilde reconciliación de
tierra y cielo. Mon Dieu... Y cómo me desnudarán las
aguas, y cómo me acariciarán. El mar. El mar o la

salvación. El mar y su retorno a sí mismo, a un sí mismo que no es mar, que no es nada.

Una vez viene la mano del mar.

Otra vez huye la mano del mar.

Viernes, 28 de febrero

Bajo el trono de la luna.

Amarilla es la tierra.

Sábado, 29

Conflictos sexuales. No vivo el sexo como un problema. Sólo advierto que soy una niña, no una mujer. No tengo conciencia del bien ni del mal. Lo mismo que entonces, cuando era muy niña y me excitaba pensando en dios. Quisiera ser menos inocente.

Respiración como asfixia. Libertad, única libertad terrestre. Quiero el sol, el mar. Quiero lo imposible.

No puedo creer que esto es la vida. (Ella espera a la vida.) ¿Y el amor? El amor con espumas, con alas, ese amor como un arco iris, como una música soñada por el viento, ¿dónde, Alejandra, el amor?, ¿dónde la vida, la verdadera vida?

El asunto fue así: los monstruos de madera bailaban la ronda del amor. Yo, en el centro, no podía salir. Gritaba: *Ah vivre libre [sic] ou mourir!* En esos instantes un pie gigantesco me trizaba y me convertía en una tortuga azul que exhalaba luces blancas. ¿Y para cuándo la vida?, preguntó una muchacha.

No hay duda. Estamos heridos. El signo de la carencia. Soy —somos— carencia.

Quisiera dormirme y no despertar jamás.

Aprender a desinteresarme. Algo llora dentro, hay algo que llora dentro aun cuando lo real sonría. Hay algo, absolutamente huérfano, que llora, algo viejo y aún no nacido, anterior a la eternidad, posterior al juicio final.

He releído todo lo escrito hasta hoy. Me exaspera el abuso de las grandes palabras: vida, muerte, eternidad. Debiera resignarme, debiera aceptar, alabar. Si por lo menos tuviera un deseo —siquiera uno— posible de concretar. Pero ¿cómo apoderarme del sol?, ¿cómo obligar al amor?, ¿cómo [tachado]?, ¿cómo colmar esta carencia de infinito? Nada es en mí, nada me interesa sino ver el mar, ser besada por el viento... ¡Oh sí! El viento y el mar como un cuchillo feroz devasta mi cordura. Yo no sé nada. Yo no quiero nada sino que no me asfixien, que no me peguen tanto. Todo sería muy

sencillo si yo pudiera creer en algo real, posible de obtener. ¿Debo pensar, entonces, que soy una nada? (Simone de Beauvoir y [tachado]: Quieren ser todo y por eso son nada.) Y aunque así fuese, ¿qué me da a mí?

La noche. Es ella, detrás de los cristales. La infancia muerta esboza un saludo. La Madre Universal. Ella gime detrás de mi sangre. Disolverme en el humo de mi cigarrillo. (Si por lo menos fuera puta —dijo la muchacha.) Pienso en el mar. En las olas fosforescentes. En mi miedo la noche aquella cuando los caballos silbaban en la alameda y dentro de mí un ser crecía hasta hacerme reventar de existencia. Y yo me dejaba seducir por las aguas. Las aguas rodeaban mi cuerpo desnudo. Y era en una noche carente de luna, enferma de nubes. Y fue una noche de banderas que aleteaban para festejar a la muchacha enamorada del mar. Y yo era inocente. Y el mundo fue en mi sangre.

Pero ¿qué?...

Domingo [marzo]

Me disuelvo en la irrealidad.

He vislumbrado. He visto. Fue una luz negra detrás del vidrio. Auguró posibilidades de vida.

Mediodía. Llamé al viento atroz. Es la soledad absoluta. Y tú lo sabes, Alejandra. Puedes enloquecer o

morirte. Y las tibias noches de abril. Recuerdo un candelabro de siete brazos. Y la mujer de negro — madame Lamort— cargada de oro. Todos reían. Era la fiesta sabática. Un rabino quemado por una mano invisible aullaba al viento. Y la mujer de negro tenía un miedo atroz, un miedo grande como el mar. No sé qué sucedió después pero algunas flores despertaron bruscamente y comenzaron a bailar. Una de ellas quería desnudarse. Después hay una fábula. Angustias. Muerte. Yo dije la fábula, yo quise desnudarme, yo me vestí de negro. Y no he sido.

Pronto veré el mar. Ni dios ni el amor, sino el mar. El mar, única esperanza.

El viento como un loco en llamas estrangulando árboles. La quietud de la tarde se abraza a mi nada. El viento suspira debido a un orgasmo que le sobrevino mientras besaba al árbol. La canción de la infancia duerme en una isla del Pacífico preñada de melodías que hacen morir de dolor a los dioses de la sangre. Todo calla. Como si el mundo fuera el infierno. ¿Sabe el mundo que el infierno es él mismo? Ni las arenas sospechan que la sed del mar es otra cosa que sed. Nada es sino la sed. La sed o la carencia. Pero se me caen los deseos, se me caen las ansias y la infancia. Un poco de tregua, por favor. Mas no... Han invadido la casa de la sangre. Yo no comprendo nada. Me deliro. Me desplumo. ¿Estará bien conducirse así o no será mejor darle la razón a la muerte? Una muchacha huye bajo la sonrisa de la luna, corre, corre, no hay tiempo que perder. La tumba espera.

La cuestión es así.

Je me enmerderai toujours [sic].

Irme.

Ha sucedido algo extraño y nuevo. Fue un silencio. Luego la sensación insostenible de que guardo un desierto de cenizas. Pero apareció una luz, un relámpago, algo más profundo que mi subconsciente, algo anterior a mi vida. Y escuché una voz que dijo así: “Aquel que quiera salvar su vida la perderá, pero el que quiera darla, la volverá, en verdad, viva”. Jamás he comprendido como hoy. Todo esto es de una seriedad indefinible. Es como si me hubieran surgido alas.

Cada objeto vive, ahora. Todo tiene perfume, color, presencia.

Lunes, 3 de marzo

Abandonaré al objeto amado. Dejaré la obsesión. Necesito toda la valentía del mundo. (Es la primera vez, después de muchos años, que menciono esta palabra: “valentía”).)

Miércoles, 4 de marzo

La mala fe continúa. Me siento desarraigada del mundo como jamás lo estuve. Pero esta vez mi exilio es beneficioso. Intento establecer una comunicación entre

lo que vive en mí sin ser mío y este yo que está escribiendo ahora. En suma, quebrantar el puente que separa el sueño de la acción. He pensado en dios y en la muerte. Hoy sentí lo misterioso con una intensidad maravillosa. Me pregunto por el origen de la noción del mal, de la culpa. Surgió en relación a Nerval. (Y qué familiar, qué cercana me es la carencia de Nerval, su herida, su persecución de sombras, de fuego.)

Sábado, 8 de marzo

El amor imposible es tan imposible como yo pensaba. Más aún: es absolutamente imposible. Cuando el cielo baje a la tierra, cuando los tigres reciten a William Blake, cuando $2+2$ sean 5, cuando los hombres sean felices, aun entonces el amor imposible persistirá en la imposibilidad. ¿Debo confiar en un encuentro posterior a la vida, en una cita eterna de nuestras almas? Aun cuando creyera en ello, su alma no querrá encontrarse con la mía sino con otra, con otra elegida.

Ahora bien: yo lo olvidaré. Quiero ser libre, aunque me vuelva loca, aunque sufra como nadie, seré libre. Prefiero una libertad árida, empobrecida antes que esta adoración carente de sentido, irreconciliable con la realidad. Cuando uno no quiere amar no ama. Y yo no quiero amar así.

Viernes, 21 de marzo

He visto el mar, un mar que no se cansa de sí mismo, un mar que jamás se hastía de retornar siempre a sí mismo.

Estoy enajenada. También un poco asustada de todo y de mí misma, de mi soledad, de mi desamparo.

He descubierto mi imposibilidad de comunicación con la gente. Pero no. Exagero. Sucede que me es imposible acceder a la realidad doméstica. No sé hablar más que de la vida, de la poesía y de la muerte. Todo lo demás me inhibe, o, lo que es lo mismo, es objeto de mi humor. (Mi humor: el gran encubridor.)

Otra cosa: he aceptado vivir.

18 de abril

He abandonado el análisis. Curioso ahora encontrarme, saludarme, decirme cómo estás tú, Alejandra, mirarme sonriendo, tal vez un poco orgullosa de mí, como si yo fuese mi hija —¿y por qué no he de ser mi hija si mi infancia y mi adultez están escindidas?—. Pero qué culpa, qué miedo, qué inhibición, qué terror, hay en tus ojos, hija mía.

Soy libre. Quiero serlo, que es lo mismo.

20 de abril

Suceso sexual con [tachado]. Frustrado a causa de mi cansancio, de mi indiferencia. La realización sexual me parece posible en la soledad de mi cuarto, pero llegado el instante de concretarlo en la realidad, el deseo muere asfixiado y sólo queda una gran fatiga y un desolado e inoportuno dominio de mí misma.

Leo el diario de Julien Green. Me recuerda al de Katherine Mansfield en su insistente y agónica lucha contra el ocio del escritor. Ese miedo de morir sin haber escrito le livre. Hallo en este diario carencia. No obstante, me impulsa no sólo a continuar escribiendo el mío sino a escribir más poemas y más prosas. Debiera comenzar mi novela. Pero me asusta mi inexperiencia literaria. Mas ¿cómo adquirirla si no la comienzo? Y necesito recuperar mi infancia, urge detenerla, desenterrarla de su pantano de miedos. Pero pensándolo bien ¿he tenido yo una infancia? No, creo que no. No tengo un solo recuerdo de ella que me permita la más mínima nostalgia. No tengo ni un recuerdo bueno de mi niñez.

21 de abril

He pensado en la novela. No la comenzaré con mi infancia. El solo hecho de recordarla [me] cubre de

cenizas la sangre. Sólo algunas angustias, algunos sucesos lamentables, sobre todo lamentablemente sexuales.

No confundir la irrealidad poética con la irrealidad neurótica. A propósito de los ensueños edípicos: ¿qué hacer si se ha carecido de padres? Trascenderlo de alguna manera. Lo esencial es comprender que ya no soy una niña sino una mujer, sino y sobre todo una mujer. Rien qu'une femme dans le silence de la solitude.

Descubro mi violento amor propio. Mi susceptibilidad ante la menor desatención de la gente para conmigo es tan enorme que me transformo en una muerta. De allí que alguien habló de mi serenidad y de la falta de obsesión en mi comunicación con los otros. La verdad no es así: toda prueba de amistad o de adhesión a mí es tan desfalleciente en relación a lo que pretendo que no puedo hacer otra cosa que entrar en un silencio vestido de dignidad pero palpitante de desilusión y de congoja infantil.

No puedo aceptar otra realidad que la del arte. Este mundo es horrible. Pero pienso que la medida de cada uno la da el empleo que se hace de la propia soledad y de la angustia. Más que "valentía" hay que decir "inocencia".

"Aún hay dichas, terribles dichas a conquistar bajo la luz terrestre."⁷

Ello no impide mi anhelo de muerte, de dormir, al fin, y no despertar jamás.

Martes, 22 de abril

Pienso en el análisis. Tal vez lo necesite aún pero no siento el menor deseo de continuarlo. Lo que me inquieta es mi ocio, mi no hacer nada. Me paso los días obsesionada por este viento frío que me penetra, este mensajero de mi soledad, este castigador innominable. Debiera leer mucho pero mi pensamiento está congelado, pasmado ante tanta angustia, tanta sensación de muerte. Creo que debería trabajar, tener un empleo. Sería una manera de intentar la adultez, si bien no deja de ser externa. Pero necesito trabajar y probarme.

Sábado, 26 de abril

El aplazamiento: he aquí el título de mi situación actual. No concibo el tiempo móvil, fluyente, que me importe, que se relacione conmigo. No tomo conciencia de mi temporalidad. Siento, por el contrario, que tengo una reserva de tiempo sobrante, de tiempo gratuito, innecesario. Creo que ello se debe a que no creo aún en la muerte como algo que me pueda suceder.

La relectura, en mí, más que derivada del placer que me pudiera proporcionar el libro que releo, es una

suerte de primera lectura. La verdad es que los libros desconocidos me atemorizan. Necesito penetrarlos sigilosamente. Y en la primera lectura, mi inhibición es tal que me impide cualquier comunicación profunda con el texto. Estas dificultades son mayores con los poemas. No creo exagerar si relaciono todo esto con mi casi imposibilidad de amar. Es más aún: hay miedo de entregarme a otra conciencia, no porque ello signifique enajenarme sino porque exige responsabilidad. De cualquier modo, las relaciones con las otras personas o con los otros autores son mucho más difíciles de lo que se cree. Casi diría que la vida es muy breve para comprender perfectamente o absolutamente un solo libro.

Llegó la angustia. No se puede hacer nada sino dejar que el cuchillo se hunda cada vez más, cada vez más, y que una mano invisible me impida respirar. No hay defensa posible. Todo pierde su nombre, todo se viste de miedo. Aun el pensar en la poesía como posible salvadora me parece falso, neurótico.

Lunes, 28 de abril

Y no es que se nos haya dicho que vivamos porque estamos vivos y lo natural sea vivir. No, la verdad es otra. La verdad es que en un principio no nos dijeron nada sino que nos hicieron creer o forjarnos la ilusión de haber escuchado algo. De allí que al final de todo

ellos se rían cuando una muchacha exclama: Señor, tú dijiste. Y ellos, que nos hicieron creer que son los emisarios del Señor, ríen hasta estallar en burbujas. Porque ellos no son y el Señor no es. Y todo fue un horrible malentendido, sin inocentes, sin culpables.

Pierdo los días, la vida, el sueño. Pero yo no tengo la culpa si deseo, a la vez, la muerte y la vida, al mismo tiempo, a la misma hora. Nada podré hacer si no me impongo un método de trabajo. Y en primer lugar, un método de aprendizaje literario. Si yo tuviera el lenguaje en mi poder escribiría día y noche, pues es lo que más deseo. Pero ya es obsesiva mi desconfianza en el manejo del idioma. Y la novela se convierte en utopía. Cómo estudiar, y trabajar, y leer, y escribir. Y lo quiero todo al mismo tiempo. Y también embriagarme, y ver amigos y angustiarme, y asistir a todos los [tachado]. Pero sobre todo angustiarme y querer morir porque quisiera ser todo y sólo soy nada. (¿Qué significa mi abuso de la conjunción y? ¿Qué si no prolongar hasta el infinito cuestiones que es necesario resolver ahora y aquí?)

No es esto todo: también quiero leer filosofía y ocultismo. También quiero pintar y aprender inglés y alemán, historia del arte e historia de las civilizaciones americanas. Y no pienso poco en la posibilidad de un viaje.

En suma, frustración de frustraciones.

Martes, 29 de abril

Continúo sin hacer nada. Pronto sucederá no lo temido, sino lo ansiado, sino sobre todo lo ansiado.

Sueño con el aislamiento. Yo sola, cerca del mar. Sola. Absolutamente sola. Ésta es mi imagen de la felicidad.

Miércoles, 30 de abril

Fiestas de J. Goytisolo. Un algo de Faulkner. Pareciera que con una linterna enfocara diversos personajes —a los que presenta plenamente, en calidad de primeras figuras— para luego reunirlos y que juntos continúen la trama. Me recuerda al cine neorrealista. A medida que leo esta novela descubro que jamás podré obtener la poesía de la acción, como hace J. G. Es más: no puedo describir una acción continuada, que se deslice naturalmente. ¡Ah! Es que mi fluir interno no transcurre así, mejor dicho, no transcurre en absoluto. La única poesía que puedo concretar es la expresión de mi suceder anímico, sucesión que responde a un tiempo carente de pasado, de presente y de futuro, o la descripción de mis fantasías —descripción fantástica, onírica, infantil y mística, pero que en mí funciona como razón, entendimiento y pensamiento—. De allí

que la idea de hacer una novela al estilo “ortodoxo” es decir, narrando, significa elegir lo que es más opuesto a mi naturaleza. (Gide, diario de Du Bos.)

En cuanto al diario de Du Bos, lo que más me interesa es su forma de leer los libros y su afán de penetrarlos hasta el infinito. Pienso, ahora, que yo y todos los que leen como yo, los infinitamente alejados de la riqueza crítica de Du Bos, no leemos sino que pasamos la mirada por las páginas. No obstante, intuyo algo en Du Bos que no deja de fastidiarme: una suerte de impotencia creadora más una gran desconfianza en sí mismo. Por otra parte, me impresiona como un viento frío que esas anotaciones sobre algunas cosas de arte constituyan un “diario”. La razón debe estar en el hecho de que no se puede o es casi imposible escribir un “diario” con la intención, a priori, de publicarlo.

Hoy he leído todo el día. Algunos poemas de Cernuda halagaron mi tristeza. Extraña es la poesía. Cada día me sorprende más. Y no es que quiera interpretarla o deslindarla, no, me siento bien en mi asombro ante ella. Mi dificultad reside en reconocer como “poemas” una cantidad de obras así llamadas. Aun Cernuda, que comienza a gustarme bastante, me suscita dudas. En el libro *Las nubes*, que es el que estoy leyendo, pareciera que lo poético no fuera un salto de dentro hacia afuera sino al revés. Por ejemplo, el poeta mira la luna, la ve eterna en su “virginal belleza”, y la describe en el poema como la observadora inmortal bajo cuya mirada los hombres efímeros nacen y mueren. (Algunas imágenes apelan a la historia.) Ahora bien: todo esto es tarea externa. Sé que estoy errada pero prefiero que cada uno escriba sobre su

propia luna, sobre su noche. O que se introduzca dentro de la luna (Trakl, Rilke). En suma: que no se describa la realidad visible sin haberla transmutado antes, o sustituido, o hecho caso omiso de ella.

1 de mayo

Mis lecturas tan lentas. El día despacioso en el que yací muchas horas, vacía, como una muerta con alas. No ha sido muy desdichado, pero he descubierto que cuando no estoy angustiada, no soy. Es como si la vida se me anunciara a golpes y no de ninguna otra manera. Si no fuera por el dolor mi mundo interior equivaldría al de cualquier muchacha de esas que bostezan en los colectivos, a la mañana, ataviadas para sus empleos en oficinas. Con todo derecho yo puedo hablar del “dolor de estar viva”.

No escribo poemas. Tengo miedo. Sé que debo esperar, sé que me aguarda un gran poema. ¿Sabré reconocer el instante sagrado? Sí, cerraré los ojos y me dejaré guiar por “la dama del sendero hacia nunca”.

Me fastidia un poco el diario de Du Bos, pero por motivos independientes de él, es decir, porque habla de autores que conozco sólo de nombre. ¿Qué sentido tiene leer interpretaciones sobre sus obras? Y hablando de leer, he llorado recordando los libros que leí en mi infancia y adolescencia. Jamás podré recobrar u olvidar esos millares de tardes y de noches empleadas en

lecturas desagradables, decadentes, con vocación destructora, lecturas que el último ser humano desearía. Pero seguramente exagero, exagero porque jamás nadie me ha llevado de la mano a sitio alguno. Ni cultura, ni religión, ni moral fueron moradas a las que me condujeron. Hasta sospecho que las eludieron deliberadamente con el fin de arrastrarme con violencia criminal a esa horrenda zona vegetativa habitada por una especie nociva: los pequeños burgueses. Pero no puedo quejarme. Tal vez la vida, en su sabiduría, recordó mi vocación de llanto, recordó la estrecha relación angustia-vida que existe en mí.

9 de mayo

Horrendas angustias: necesito trabajar. No puedo encontrar un empleo. Se confirma aquello de que “usted actúa con muchas dificultades en el mundo externo”.

Aspiración al orden, al método, al aprendizaje infatigable.

Estoy leyendo Forma y poesía moderna de H. Read. Sucede lo de Du Bos: detesto leer ensayos sobre autores que no conozco. Por otra parte, Read divaga, pasea por el tema de la poesía. A diferencia de Du Bos, se siente tan seguro de su intuición y conocimiento respecto de la materia, que se olvida del lector, de la poesía y del ensayo que está escribiendo. Se sienta en

un sillón, con un vaso de scotch en la mano y habla. Habla pero no crea ni informa ni sistematiza. Los ensayos sobre poesía debieran elegir dos caminos: la información objetiva histórica o la creación que parte de la palabra poética para llegar a su esencia, a la que tiene de más entrañable (Heidegger, Pfeiffer, etc.).

Los poemas de Milosz. Apenas empiezo a abrazarlos. Un gran poeta. Un poeta de los que envían ángeles cuando la noche se viste de amenazas y el futuro es un bostezo negro, y el presente no existe.

También he comenzado la relectura de Los hermanos Karamazov. Desde ya estoy prevenida en contra del desaforado estilo del traductor: R. Cansinos Assens. Esto de las traducciones no me es indiferente. Por ello es que ya no leo la Biblia. ¿Qué diablos sucede conmigo?

Anotar todas las impresiones literarias. Aun las más obvias, aun aquellas que me avergüencen. Es la única manera de aprender y tomar conciencia de lo que leo y de mí misma.

Debo releer a Kafka, Joyce, Gide y Proust. 12 de mayo

Enajenación absoluta. Como si me hubiera ido de vacaciones dejando a mi cuerpo abandonado, o mejor, como si mi cuerpo se erigiera en único dueño de mí misma. No obstante, no quiero morir. Quiero continuar viviendo y mintiendo.

Todo lo verdadero se realiza cuando yo no miro, o cuando me doy vuelta.

14 de mayo

No adherirme a otras conciencias. No exigir amor. Comprender que, en mí, lo natural es el desamor. Y que si deseo cuidados para mis angustias, debo pagarlos con dinero. Pero espontáneamente, amorosamente, desinteresadamente, jamás los habré.

Destrucción de destrucciones. Me destruyo y destruyo. Recordar lo de Dostoievski: es más fácil dar la vida en un acto que consumirse cinco o seis años en un estudio árido que aumentaría mis posibilidades de vida. De todos modos, necesito una temporada de silencio. Nada de orgías ni de comunicación social.

Sólo reacciono ante lo horrible.

16 de mayo

Insomnios dedicados a la infancia tan lejana. Infancia lamentable, rota, como una buhardilla llena de ratones y de carbón inútil. He intentado rescatar un solo recuerdo hermoso pero no lo he conseguido. Todo lo contrario: a medida que me alejo en el tiempo me veo más desdichada, en dificultades con la gente, hastiada, “niña falsa y enferma de los suburbios tenebrosos”. Ahora me pregunto cómo logré sobrevivir, cómo no me aniquilaron absolutamente.

Una solución para desagaviar a mi infancia sería señalar a mis padres como únicos culpables. Pero me hastía la lucha familiar.

Y ahora tengo que empezar de nuevo. Como si aún no hubiera nacido.

De todos modos, advierto que tengo demasiada confusión, no puedo asimilar todas mis experiencias y sensaciones. Son excesivas. Y yo soy tan lenta, y ellas giran, ellas giran y me asfixian como si se bebiera una botella de vino ininterrumpidamente, sin tomarse el tiempo necesario para respirar.

Del diario de Du Bos respecto de una definición de Dostoievski: “un ser que durante toda su vida no vive, sino que no cesa de imaginarse a sí mismo”. He aquí Alejandra.

Lunes, 20

Confusión de sentimientos. Reunión en lo de J., el sábado a la noche. E. agresiva conmigo. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? Los otros constituyen una realidad demasiado vasta que no puedo abrazar. Me da miedo, espanto, cólera. ¿Y cómo proceder? ¿Por el amor? ¿Y a quién amar si me odio? ¿O a quién odiar si me amo? Y no puedo ser indiferente.

Nada de quejas. Estudiar lo acontecido. Salir de esta confusión. Indudablemente, me siento

horriblemente desdichada, inmersa en realidades irreconciliables. No es solamente mi no hacer nada. Es, también, mi espera del milagro salvador. Espero, espero humildemente. Lo esencial es recordar que yo sé muchas cosas, más de las que creo.

No vi nacer una flor. No sé nada de flores.

Lunes, 27

Indudablemente el mundo externo es una amenaza.

Miércoles, 4

Es evidente que no vivo. Hoy estoy dividida entre un deseo de destrucción y otro de construcción. El primero es más fuerte. Siento que no vivo y, entonces —¡oh entonces!— quiero darme contra las paredes, aullar, detener a la gente, insultarla. Por otra parte, imposible pensar: todo objeto de pensamiento es muy relativo, extremadamente móvil. Siento que voy a enloquecer. Tanto miedo, tanta impotencia, tanta ira hay en mí...

9 de julio

Dificultad en las relaciones humanas.

29 de julio

Vuelvo a escribir. Horrible confusión. Todo da vueltas. Me he propuesto finalizar este año habiendo logrado tres cosas: un libro publicado; un empleo y haber rendido las materias de segundo año en la facultad. Esto en cuanto a cosas externas. Pero las espero, las espero como si faltaran siglos y no hay más que unos pocos meses.

SUEÑOS

Ella corre por un corredor interminable. Los cuchillos la persiguen. Risas viejas retumban en sus oídos.

Un escenario. Se abre el telón y baja un falo como la columna de una catedral. En lo alto se divisan los testículos. Ella aparece bailando, vestida como una plañidera medieval española, y se abraza al falo. Los testículos se abren como la boca de una grúa y dejan

caer cabezas de indios, de rabinos, de mongoles, de pequeños dioses. Ella se abraza más fuerte, hasta que el falo se sacude y lanza una serpiente que la enrosca.

8 de octubre

Sólo existo en el sufrimiento. De lo contrario, hay una ausencia. Pero pregunto yo: ¿mi ausencia de la realidad es voluntaria? No. Lo que sucede es esto: un estado infantil de frustración continua, un anhelar algo y sentirme culpable del anhelo, un deseo de amor pero también una oscura complacencia de no ser amada. Como si mi soledad amorosa fuera la justificación de una tesis que yo sostuviera, tesis respecto de la imposibilidad de la dicha, o cualquier otra cosa. Masoquismo.

Estoy leyendo El ocultismo de Amadou. Me molesta descubrirme tan sin fe. Pero ¿no soy yo quien se cree capaz de hacer llover, de quitar existencia a la muerte, de manejar el mundo como si fuera una bicicleta? ¿Qué pasa entonces? Sucede que me estoy transformando en una horrible intelectual —que siente a través de [tachado]. Y ello se debe a mi estatismo interno.

8 de noviembre

El visionario, de J. Green: la lentitud, la maravillosa lentitud de las descripciones. Se siente un tiempo distinto, un ritmo particular. Green no escribe: dibuja.

He hablado con una compañera de la facultad. Me he reído bastante de sus concepciones del mundo. No obstante —y a pesar de nuestra misma edad—, yo vuelvo, y ella va... Afirmó envidiar mi libertad de acción. (Debe ser por eso que no actúo.) Esos problemas con los padres, respecto del horario de retorno a altas horas de la noche...

“Iba perdiendo el don maravilloso de ver las cosas tal como no son.”

17 de noviembre

Comencé a estudiar. Intento abandonar el desorden y la inconsciencia. Quiero estudiar. Quiero tener un futuro. Quiero aprender y demostrarme que soy joven, que puedo luchar por mí y por mi libertad. Me han sucedido demasiadas cosas, y no comprendo casi nada. Pero creo que ha pasado la edad de la disipación y de la orgía. Ahora miro lo pasado y veo destrucción y tiempo perdido. He envejecido en vano. No quiero perder más tiempo. Quiero estudiar algunos meses.

Estudiar solamente. Y sobre todo escribir. No obstante, estoy muy angustiada: lo inconsciente me domina.

Este diario tiene que devenir más concreto. Hay que poblarlo de nombres, de paisajes, de existencias.

Salir de esta angustia. Es falsa. No. No es falsa pero salir, salir de lo psicológico e integrarlo en mi totalidad. Basta de quejas y de sentimientos de culpa.

21 de diciembre

Estoy un poco enferma: una gran infección. Muy propio del signo Tauro. Dificultades para estudiar.

Ha retornado el miedo. Una profesora ofreció prestarme el libro de Henríquez Ureña que es inhallable. He pasado cuatro horas en el terror de hablarle por teléfono para preguntarle a qué hora iré mañana a buscar el libro. No comprendo este terror.

Me compré un espejo muy grande. Me contemplé y descubrí que el rostro que yo debería tener está detrás —aprisionado— del que tengo. Todos mis esfuerzos han de tender a salvar mi auténtico rostro. Para ello, es menester una vasta tarea física y espiritual.

25 de noviembre

Día colmado de desesperación. No tengo interés por nada. Nada me atrae, ningún objeto, ninguna idea. He pensado en el suicidio. Y ello porque veo claramente que mi único lugar es ninguna parte. Me siento mal estudiando, leyendo, sólo hago planes para un futuro inexistente. Reglas éticas, onanismo, alimentación y fantasías, delirios y arrebatos muy infantiles. Lo esencial es que no me interesa explorar el mundo. No me interesa nada, salvo no ser. Es decir, dormir y soñar. No obstante mi anhelo más grande es estudiar y escribir una novela. Hoy no estudié nada. Y mañana tengo que dar un examen.

26 de noviembre

Examen bastante fácil. Cuando terminé entré en una orgía humorística. No discierno la gente que me rodea. Tal vez sienta temor de descubrir demasiada imbecilidad y me tienta de fantasía de sentirme comprendida. De todos modos, hay que estudiar y ganar la indiferencia.

3 de diciembre

Todo parecía muy fácil. Pensé que el estudio avanzaría, la soledad, la esperanza. Es inútil querer dirigir mi vida hacia la seguridad y el orden. Hoy estallé. Reconozco que no me interesa estudiar ni hacer nada. Estoy como siempre, encerrada. Estudiar o adquirir conocimientos, ¿cómo si me estoy delirando? Esto es peligroso. Me siento vieja, fea, enferma. Quiero escribir una novela. Me arrastra el sueño, la impotencia. Quiero dormirme para siempre. Cada día siento más miedo de todo.

5 de diciembre

Estoy peor que anteayer. He llorado mucho. Estoy sola, dolorida. No veo camino para mí. Y todos me han abandonado.

8 de diciembre

Según O. yo exijo de los otros más de lo que pueden darme. Es así como sufro en mi relación con Olga puesto que —según O.— yo aspiraría,

inconscientemente, a ser el centro de su vida. Es decir, yo busco —continuó diciendo— una relación filial. Y además, confundo la amistad con el amor. Estas observaciones son importantísimas: la mayor parte de mis sufrimientos derivan de que jamás fui insustituible para nadie. Pero ahora que lo sé, ¿sufriré menos o continuaré en mi situación infantil? Sería siniestro donar mi vida a dos dioses inútiles: el Padre y la Madre. Y más ahora, que estoy acercándome a la edad adulta.

Con suma facilidad dije: Sí. Yo no puedo amar. (Y confieso no sufrir excesivamente por ello.)

Que me sea posible superar estos conflictos antiguos. Que me sea posible dedicar mis obsesiones al arte. Y mis fantasías. Y mis ideas.

Palabras. Palabras.

Elizabeth vendría a ser la encarnación de mi demonio. (Claro que no en una forma absoluta.) Por eso no la juzgo. Su inmoralidad concuerda con mis más peligrosos deseos, que reprimo y expulso. Y tal vez, el saber que ella realiza tales actos, me sirve de catarsis. Mientras ella se hunde en la falsedad, en la mentira y en la enajenación, yo hago planes positivos y constructivos. Pero cuando ella construye y realiza, siento que estoy perdiendo la vida, y me siento fea, y solterona, y frustrada. ¿Cómo me vivirá ella? Quisiera ayudarla. Quisiera vencer a ese ejército de larvas inconscientes que trabajan en lo desconocido: quisiera iluminar mi vida y sentir y comprender la significación de mis actos.

Empecé a estudiar. No mucho, por supuesto. Un ensayo literario de Nerval me hizo pensar en la

necesidad de tener la mayor cantidad posible de conocimientos.

10 de ~~diciembre~~ noviembre

¿Llegará el día en que mi soledad sea fuerte y consciente de sí misma? Hoy he pensado en ello. En verdad, somos solos por esencia, por naturaleza. Soy yo y todas las que fui, como diría Michaux.

La mayor parte del día mi pensamiento está suspendido. Actúo por medio de sensaciones. Como si tuviera unos pocos meses de vida, y fuera sorda, ciega, muda: un ser envuelto en una angustia húmeda, sexual, angélica. Muchas veces tengo miedo por ese ser desvalido y torpe que soy yo y por el cual no puedo hacer nada. No obstante, me pregunto si este desamparo no estará lleno de sentido y la profunda misión de mi vida es comprender ese sentido.

Acabo de hablar con Olga. Deslumbrada de mí: he salido de mí, he hablado de su problema, lo hice mío. Entonces, ¿también yo puedo comunicarme con alguien? Quisiera arrodillarme y agradecer y alabar. Tengo tanto miedo de no poder querer. Y he aquí que pude. Pero tengo tanto miedo de ser rechazada una vez más, como siempre.

A pesar de todo, aunque suceda cualquier cosa, quiero decirme de nuevo que Olga es el ser más

maravilloso que conocí. Y si no la hubiera conocido nunca, si no existiera, mi vida sería más pobre. Me lo digo con miedo. Quisiera quererla siempre, pero serenamente, sin obsesiones. Y sobre todo ayudarla, que se reconstruya, que no se hunda. A veces, o casi siempre, el destino de cada uno de nosotros me parece tan frágil, tan misteriosamente endeble, que me sube el llanto y me muero de piedad y de dulzura. Tal vez esté equivocada.

Tengo que dejar el psicoanálisis. Tengo que reconocer, de una vez por todas, que en mí no hay qué curar. Y que mi angustia, y mi delirio, no tienen relación con esta terapéutica, sino con algo mucho más profundo y más universal.

Mi terror a la soledad. Cuestiones infantiles.

Yo sé que llevo un sueño. Sé cuál es, por qué está y para qué. Ahora bien: no me desenlazaré de este sueño sino por el arte. De aquí la urgencia de hacer la novela. En ella lo dejaré. ¿Cómo no lo pensé antes? Cada día me es más evidente.

11 de diciembre

Desperté alucinada. Esta noche han trabajado fecundamente. Me siento débil para sobrellevarlos.

13 de noviembre

Despertar colmado de angustias. Espiritualmente, estoy reviviendo o encarnando mi adolescencia. Jamás he sentido el pasado de una manera tan sofocante. Me veo invadida por recuerdos atroces, pesadillas, rencores. Pero hay una deducción concluyente: cualquiera [que] sea la época de mi vida que recreo, hay siempre un abismo imponderable entre mi deseo y mi acción. Tal vez este abismo es mi carácter más entrañable. Otra cosa: siento el miedo antiguo. Es decir, el miedo desconocido, que nacía en el corazón y subía a la garganta. El miedo en forma de mano asesina. Hace años que no lo sentía. Y hoy surgió, cuando desperté. Me pregunto seriamente por qué no me suicido. Es una enorme necesidad persistir en la vida, sin ningún deseo de ello. (Mejor dicho, con demasiados deseos.)

Todo está cerrado. Tengo dificultades con los amigos, los conocidos, la familia. La gente, los otros, se me presentan horriblemente complicados, obstáculos insalvables. Y lo peor es mi inconfesada sed de amor, de amistad, de protección. Además, mis tareas actuales —el estudio, sobre todo— me sumen en la desesperación. Tengo miedo de estudiar, de dar exámenes. Recién ahora comprendo que cuando decido comenzar algo —por ejemplo, un estudio— no tengo en cuenta mi natural forma de ser, y pienso en mí como en otra persona. Pero después, llegado el instante de actuar, me rebelo contra esa otra Alejandra que me conduce sin conocerme. Y entonces no hago nada.

Deseos de llorar, de morirme de llanto. Deseos de empezar a llorar y que la muerte se apiade. Y que la muerte me interrumpa el llanto.

Yo no quiero morir: yo quiero dejar de ser.

Si yo misma no me sobrellevo, cómo podrán sobrellevarme los otros. Jamás existió nadie que deseó, en algún instante, hacerse cargo de mí, por el amor. Es esta carencia lo que me mueve a pensarme en un universo helado, cerrado, desamparador por sobre todas las cosas.

Elizabeth está bien. Trabaja y ama. Ahora no me necesita. Me buscará cuando esté angustiada y acorralada. Yo sirvo para testimoniar que la vida es cosa miserable. De allí que todos los expulsados, y todos los desolados, y todos los procesados me llamen. Hasta que salen de su estado angustioso, y se rebelan contra mí y contra todo lo que represento.

No sé qué hacer. He llegado a una zona peligrosa. Siempre creí que cada angustia era la más intensa, y que no existía otra que podía sobrepasarla. Pero no es así. Cada día nacen con más fuerza y más desesperación. No sé cómo tratarlas ni qué darles ni qué dejar de darles. Y ya no puedo leer a Rilke para que me consuele y me diga que debemos sufrir. No quiero literatura. No quiero intelectualizar mi sufrimiento. Quiero, salvajemente, furiosamente, que se vaya. Pero está. Y permanece. Y se transforma.

También hay angustia física imposible de satisfacer. Entregarme a otro cuerpo, ahora, equivaldría a algo peor que el suicidio. Además, estoy demasiado resentida como para agradecer a otro el alivio de mi sed sexual. Y hay sed. Claro que la hay. (Una buena

muerte sería llamar a E. M. y de nuevo, como aquella vez, entrar en el corazón de la selva física, internarse en ese sol negro, con sonidos de tambores, en su mundo obsceno hasta lo inimaginable, en su inocencia terrible, en su fuerza arrasadora; entrar para salir de mí misma, para quemarme en su espantosa lujuria, en su vocabulario ardiente, en su perfume a ritos sagrados. ¿Por qué no lo llamo? Porque me duele el corazón y la mano me sube a la garganta. Y yo no quiero saber del sexo sino de un poco de paz.)

Daría todo por tener un solo prejuicio, un solo escrúpulo.

El error está, tal vez, en el hecho de que yo exijo demasiado de mí. Debiera partir de mi carencia de voluntad y de mi odio al trabajo y al estudio. Me gusta soñar, y a veces leer, y a veces escribir. He aquí todo. (Me sube la angustia.) Ahora bien: yo me hice un arquetipo de mí misma, intento alcanzarlo y no puedo, lo que es señal de su inautenticidad. Necesitaría una temporada de descanso, es decir, no hacer nada por obligación ni por causas o intereses externos. Esto que digo es muy serio. De otra manera, tal vez enloquezca. Pero no me importa: no sé tomarme en serio.

14 de diciembre

Estudio sin convicción. En verdad, me es indiferente.

Temor de pensar lo que siento. Temor de las construcciones intelectuales cuyo fin consiste, exclusivamente, en proporcionar defensas.

Hoy me siento desprendida de mi papel de ser humano. El dolor, la angustia, la muerte, todo me ha fatigado tanto que ya no les pertenezco. Tal vez, cuando el sufrimiento llega a una elevación inverosímil, no se siente ya.

Leí los *Ragionamenti* del Aretino. No me escandalicé en ningún instante. Es más: me divertí. ¿Cómo se explica, dada mi educación y mi precaria experiencia sexual?

1959

3 de enero

He dejado el psicoanálisis. No sé por cuánto tiempo. Estoy muy mal. No sé si neurótica, no me importa. Sólo siento un abandono absoluto. Una soledad absoluta. Me siento muy pequeña, muy niña, y me van abandonando todos. Absolutamente todos. Mi soledad, ahora, está hecha de quimeras amorosas, de alucinaciones... Sueño con una infancia que no tuve, y me re veo feliz —yo, que jamás lo fui—. Cuando salgo de estos ensueños estoy anulada para la realidad externa y actual. Jamás hubo tanta distancia entre mi sueño y mi acción. No salgo, no llamo a nadie. Cumpló una extraña penitencia. Y me duele funestamente el corazón. Tanta soledad. Tanto deseo. Y la familia rondándome, pesándome con su horrible carga de problemas cotidianos. Pero no los veo. Es como si no existieran. Siento, cuando se me acercan, una aproximación de sombras fastidiosas. En verdad, casi todos los seres me fastidian. Quiero llorar. Lo hago. Lloro porque no hay seres mágicos. Mi ser no tiembla ante ningún nombre ni ninguna mirada. Todo

es pobre y sin sentido. No digamos que yo soy culpable de ello. No hablemos de culpables.

He pensado en la locura. He llorado rogando al cielo que me permitan enloquecer. No salir nunca de los ensueños. Ésta es mi imagen del paraíso. Por lo demás, no escribo casi nada.

Hay, sin embargo, un anhelo de equilibrio. Un anhelo de hacer algo con mi soledad. Una soledad orgullosa, industriosa y fuerte. Es decir: estudiar, escribir y distraerme. Todo esto sola. Indiferente a todo y a todos.

6 de enero

He soñado que vivía a principios del siglo. Me extrañó mi “conocimiento” de ciertas costumbres.

El domingo me acosté con E. M. Había una atmósfera orgiástica más intensa que la que surge en la soledad de la fantasía. Una vez en mi casa, serena, pensé que muchas cosas habían cambiado y cambiarían. Es decir, muchas cosas dejarían de cumplirse exclusivamente en la fantasía y se encarnarían en la realidad. Creo que necesito satisfacer cuanto antes mis deseos sexuales, que son enormes. Y también lo dijo E. M. Ni yo misma sospecho, tal vez, la magnitud de mi necesidad de satisfacción sexual. Pero hoy, martes, estoy muy lejos del domingo. Estuve

leyendo un ensayo de Debray sobre Rimbaud. Y cada palabra era en mi sangre. Pero hay una cosa que contradice todo lo anterior: es mi miedo a la soledad, al abandono, que me hace buscar a la gente, que no me permite entregarme a mí misma. Entregarme o encontrarme. Busco a la gente, aunque sea idiota, y como sé que no debiera buscarla la odio. Entonces me sobreviene un sentimiento de culpa por mi odio y esa gente se convierte en figuras persecutoras, que me acosan y hacen de mi vida un infierno. Me siento odiada, envidiada, engañada, abandonada, despreciada, desplazada, calumniada. En especial hay dos personas: Olga y Elizabeth. Olga es valiosa, y yo la quiero. Elizabeth es idiota, y yo la quiero. Si no fuera tan idiota sería uno de los seres más peligrosos de este mundo. No me importa el abandono de Olga. Sé que jamás me hará daño. El abandono de Elizabeth es horrible: sé que me envidia, y tal vez me odie a pesar de quererme un poco. Y le doy miedo. Mucho miedo. Olga me tiene miedo por mi juventud. Elizabeth por lo que ella considera mis dotes: inteligencia, sensibilidad. Además, me odia porque yo sé que es homosexual. Tal vez por esto quiere suprimirme. Soy uno de sus pocos testigos. Le conté a E. M. de mis dificultades con la gente, y él habló del infierno que ello significa. A él no le sucede eso: él ama. Yo no. Yo sólo puedo odiar. Además, mi presunta bondad no es más que indiferencia. Oh sólo yo sé cuánto me horroriza escribir esto que escribo, pero lo hago para objetivizar. Yo no puedo más. Y cuando pienso en la niña que fui, que miraba a la gente con ojos inocentes, y no pedía nada... Quiero lograr que la gente no me dañe. Es lo único que me impide vivir en paz.

15 de enero

Tal vez esté enloqueciendo. Pero tal vez no. Porque lo deseo, lo deseo tanto como la muerte. Cierro los ojos y sueño la locura. Un estar para siempre con los fantasmas amados, llámense paraíso, vientre materno, o lo que el demonio quiera. Loin! Loin de l'immonde cité! "Lejos de las ciudades en que se compra y se vende." Allí, una niña llamada Alejandra, aprendería a sonreír con menos amargura.

He pensado: ¿por qué desear la huida de mis angustias? Aceptar la fatalidad de algunos seres. Yo he nacido para sufrir. Esto es sencillo. Duele.

Quiero estudiar, quiero aprender, quiero escribir. Tengo veintidós años. No sé nada. Nada fundamental. No sé lo que debería haber aprendido hace muchos años. Nadie me enseñó nada. Sé, en cambio, lo que debería saber mucho después. De allí que me sienta anciana y niña al mismo tiempo.

He decidido cesar las aventuras sexuales. Al menos, hasta que el amor no me arrastre fuera de mí y me obligue a cumplirlas. Lo demás, en mí, es literatura. Mucho Rimbaud, Cendrars, Gide, pero esas angustias de quedar encinta son exactamente idénticas a las de cualquier modistilla. Como ahora, por ejemplo, que muero de temores. Y en verdad, si yo quisiera aplacar toda mi sed sexual necesitaría años de orgías. No es posible: quiero escribir. Además, la relación sexual —debo confesarlo— me desilusiona un poco. No logra

arrastrarme a una enajenación absoluta, lo que sí logra la más ínfima angustia. Lo que sucede es que yo necesito, tal vez, un cortejo de perversiones, acostarme con varios hombres al mismo tiempo, por ejemplo. Pero esto es inseguro. Es más: creo que lo digo “por literatura”. En el fondo, soy más inhibida sexualmente que la más silenciosa discípula de algún convento. Pero eso sí: no reiniciar más ningún suceso sexual. Y mucho menos con E. M.

Olga no me quiere más. Me ha abandonado. No estoy triste por mí sino por ella. Ahora yo no podré quererla. Y nadie pudo haberla querido más que yo. Ella maltrató mi amor. Un amor puro y abstracto. Pocas veces he querido tanto a alguien. Ahora no sé si la quiero, pero ya no le daría mi vida, no me interesa su destino. Es más: algo lejano me dice que yo la hubiera podido salvar y que ella no quiso salvarse. Según O., yo habría sentido deseos por ella, es decir, deseos homosexuales. Creo que no. Por lo menos, conscientemente, no lo pensé jamás. Ojalá fuera homosexual. Siempre me lo digo. Pero no creo posible, para mí, arribar a un orgasmo con una mujer. Mi sed sexual es, ineluctablemente, la de esas mujeres [frase tachada]

17 de enero

Ayer y hoy, días suicidas. Estoy huyendo de algo. Nada me enlaza a la vida. Y ahora todo empeoró

porque me siento perseguida y odiada por todos. No quiero vivir ni morir. Sólo tengo conciencia de una fuerte imposibilidad de todo. Además, hay miedo de escribir. Yo no sé nada, no tengo nada que decir.

Martes, 19 de enero

Elegir: la indiferencia absoluta, o la muerte. Hoy no me suicidé porque una voz, en mí, prometió llegar a la indiferencia.

Hace 11 horas que trato de estudiar. Hablé con Olga: su frialdad es completa. Yo tartamudeándole mis angustias, sintiéndome idiota. Ella, elogiando divertida su propia serenidad. Posiblemente soy injusta. También ella sufre. A veces pienso qué horrible debe ser caer en su cólera. ¿Y si se enterara de lo de E. M., qué haría conmigo?

No puedo hacer nada: ni suicidarme, ni delirarme, ni estudiar escribir o leer, O. está lejano. De nada serviría hablarle. Estoy por estallar. He llorado mucho. Me siento enferma y anhele enfermarme más. No veo solución. Qué digo, si ni siquiera hay una pequeña tregua.

La llamada a Olga fue desdichada. Para qué lo hice. Por qué no olvidarme absolutamente que existe. Si ya no la quiero. Y lo de antes tal vez no fue cariño sino obsesión.

Cómo estudiar. Para qué. No me interesa nada. Literatura. Toda yo soy un ser literario. Y mi juventud se va, y pronto seré vieja, idiota, y no sabré nada. No habré aprendido sino a llorar, a odiar y amar y desear en vano.

No puedo realizar mi aventura humana. No puedo vivir como un ser humano. No puedo.

Hay algo nuevo: nunca he pensado tanto como hoy. Además, estoy más humilde y más desenlazada de los objetos. Ello tal vez sea bueno, tal vez sea sólo mi locura que avanza. En estos días creo enloquecer. Tal vez lo quiera. Pero no puedo comprender cómo soportaré todo, ni cómo lo soporto ahora, si nada, absolutamente nada, me sostiene.

Sábado, 24 de enero

Trabajando por mi indiferencia. ¿Y si fuera una nueva forma de encubrir lo que no quiero enfrentar? Tal vez, pero hay cosas nuevas: mi alimentación disminuye, comienzo a amar la sensación de hambre no saciado. Es más: quiero que el hambre acentúe mi indiferencia, que me envuelva en una nebulosa de olvido. Porque comer normalmente, en mí, es una humillación, es aferrarme a la fuerza a una vida que me rechaza. Y su rechazo es demasiado evidente.

Quisiera —con Rimbaud— comer piedras.

Estoy enferma. Debo tener algo terrible en la columna vertebral. La he recorrido con mi mano y he sentido muchos huesos mal ubicados. Si consulto a un médico me operaría con toda seguridad. La operación no me importa, ni tampoco el sufrimiento, y mucho menos el año que debería yacer como una muerta. Lo que me inquieta es que durante todo ese año estaría obsesionada por el temor de no poder levantarme jamás, de que mi columna quedara siempre tiesa. Pero después de todo, ¿qué importa? Siempre se está a tiempo para suicidarse.

La historia de alguien que lucha contra la muerte, la [frase tachada]

Mi angustia mayor es mi seguridad de que no soy ni seré amada. Por ello, tal vez, odio mi soledad.

Lo de Elizabeth y Mina el otro día rebasó todo. Recién ese día descubrí que yo no suscito en los otros el más mínimo sentimiento de cordialidad o de amistad. A lo sumo, me desprecian. A veces, muy raras veces, admiran mi ingenio o mi humor. Pero ello cuando apenas me conocen. Es muy significativo que la gente, apenas intima conmigo, me desprecia. ¿O seré yo la que desprecia? No sería raro que, en el fondo, la gran perseguidora sea yo. Pero confieso sentirme llena de miedos ante la gente. Y ahora más que nunca, ya que no lo tengo a O. ni a su mirada reconfortante. Estoy sola en un mundo hostil y perseguidor, sola y mal acompañada por mi soledad, sola y perseguida por los fantasmas de los que me desdeñan, de los que no me aman. Sola, rumiando viejas y nuevas humillaciones, y fracasos, y persecuciones. Me miro en el espejo y me veo ya un monstruo, ya un ángel. Pero en verdad, no me miro casi nunca. He destruido mi

vida. Siento que cada uno de mis actos es destructivo. Y me veo perseguida, calumniada, perdida para siempre entre los otros, y ante mí misma. Por eso trabajo por la indiferencia.

2 de febrero

Duermo mal. Algo me urge y al mismo tiempo algo me estanca. Ganas de lanzarme y de quedarme clavada. Interés e indiferencia. Vacío y plenitud. He temido la locura. Estoy también segura —o calmada— respecto de mi fortaleza mental. Pensé en el amor. Esperanza y desesperanza. Superficial y profunda. Ángel y demonio. Genio e idiotez. No puedo morirme, me disperso, me ilusiono, me desespero. Estoy y no estoy en el mundo. Quiero y no quiero. Pensé mucho tiempo en el escribir y quiero aprender. Presiento un lenguaje mío, un estilo que no se dio nunca, porque será mío. A la caza de él, entonces. Quiero escribir en prosa. Hoy llamé a O. Me alteró su voz. No quiero analizarme. Mi única salvación es comenzar a pensar, es decir, interesarme por objetos concretos. Basta de absolutos, basta de la nada.

No creo aún en mi muerte. Por eso soy una niña.

Mi imagen de la felicidad es un dedicarse al estudio, un escribir. Y amar. No puedo amar. No amo a nadie. Pero lo quisiera. Quiero amar a un hombre. Creo que no será posible debido a mi imposibilidad de amar. 1)

No veo a los otros sino que me reflejo en ellos, recojo en ellos mi imagen. Si ésta es favorable, el otro es objeto de mi afecto. De lo contrario, de mi odio. 2) Sólo me siento a mí, es decir, a mí [tachado]. 3) Ningún ser me da la medida del misterio que yo busco desesperadamente. Y cuando siento ese misterio es porque ese ser me niega (caso O. cuando lo conocí). Hay otros motivos: mis complejos de inferioridad: creer que nadie se hará cargo de mí por el amor. Esto es erróneo. Podría ser un amor equivalente en el que nadie se hace cargo de nadie sino que hay dos compañeros, dos que se aman y se sostienen mutuamente. Pero mi infantilismo, mi horrible anhelo de padres, mi deseo de ampararme en otro y que me ame como a una niña enferma. Por otra parte, soy tan ficticia que mi aspecto desmiente cualquier deseo mío de protección. Nadie como yo tiene una apariencia tan sólida y fuerte.

4 de febrero

Fui a Vicente López. Hoy es el día más caluroso del verano. No sufro demasiado a causa del calor. Siento, simplemente, que el mundo me rechaza, que el mundo es un mar de aceite sucio e infinito que ya rebasa pues no puede contener nada más. Y entre lo que no puede contener estoy yo. Estuve en casa de Mina y Elizabeth. Pasé unos buenos momentos. (Mendrugos de amistad

y afecto para la mendiga Alejandra.) Después me llamó Beatriz Tuninetti, esa montaña de prejuicios y de grasa. Me descubrí avergonzada: si me llegaran a ver por la calle con una persona tan gorda. Pero debe ser otra cosa, es decir, mi aversión a la obesidad, que es profundísima. La obesidad me parece una mentira, algo retorcido y triste, como pegar a un niño por un placer sádico. Hay algo obsceno en ella. Oh y tengo tanto miedo de engordar. Quiero reducir mi cuerpo a su verdad. Quiero adelgazar, recuperar más aún mi rostro y mi forma. Esto me importa enormemente.

Pensar en la muerte. Hacerla mía. No puedo, si no es por un esfuerzo cerebral que desprecio, enfrentar la idea de mi muerte. Moriré, sí, pero alguna vez, cuando sea vieja. Es curioso. O no. Debe ser lo común. Ahora bien: yo quiero pensar en la muerte. Creo que es una de mis pocas posibilidades de salvación. Y para mí, salvarme es no enajenarme.

Pienso en lo que dije de la obesidad de B. T. y de mi vergüenza. Es idiota.

El extranjero, de Camus. Esa insistencia en la costumbre. Uno se acostumbra a todo. Uno se acostumbra a toda idea. Faulkner: el hombre no sospecha su enorme capacidad de sufrimiento (de hábito, en este caso al sufrimiento). Mi experiencia señala a O. He soñado en suicidarme por él, hace tiempo, por el solo hecho de ocasionarle unas horas de tristeza a causa de mí. Hoy no haría el más leve esfuerzo por verlo. O tal vez lo haría porque lo respeto y lo quiero. Pero no es lo mismo. Puedo vivir sin él, lo que antes era imposible.

8 de febrero

He soñado que estaba acampando en un bosque con mis compañeros de la facultad. Yo estaba encinta, muy próxima a dar a luz. En el sueño está mi padre. No sé qué hace pero creo que no se lo trata bien, se lo desprecia.

Mi desesperación ha vuelto. Y con ella el miedo a la soledad. Soy uno de los seres más solitarios que hay, en el sentido de no amar ni ser amada. Pero la soledad me revienta. No hay humor, agilidad ni interés en mi soledad. ¿Cómo no me he acostumbrado a ella después de tantos años? Tal vez sea lo único a lo que no nos acostumbramos. O tal vez sea yo un ejemplar extraño. No sé. Pero algo me dice que si yo no acepto o no asumo mi soledad, jamás haré ni pensaré nada que valga la pena. Toda mi vida la pasaré en la antesala de la vida, o en un recreo de la vida, o haciendo trampa, copiándome en el examen de la vida.

Encuentro con O. el otro día. Me fui muy angustiada. No quiero analizarme y, al mismo tiempo, creo que lo quiero. Aún no me di cuenta que no me analizo más. No me di cuenta que sólo debo darme cuentas a mí. Que soy y estoy sola. Que ya no está O. para apoyarme. Que soy libre (?).

Una poesía que diga lo indecible. Un silencio. Una página en blanco.

11 de febrero

He pasado una mala, malísima noche. No sé por qué me torturo. Pienso lo siguiente: en mi infancia he sufrido terriblemente a causa de la soledad y el desamparo, me han humillado y dejado siempre sola. Ahora bien: nadie ha dicho que cumplirse en esta vida significa dejar de estar sola y tener amigos. Es indudable que en mí hay una vieja sed de amistad y de compañía. Me paso la vida rumiando estas cosas. ¿Pero por qué no rumiaré acerca del escribir? Oh estoy tan cansada. Conmigo no se me ocurre ser ingeniosa ni interesante. Lo reservo para los otros. Vivo esperando llamadas, sonrisas, frases de afecto. Pero mi más profundo deseo es ser indiferente a ello. Y después de todo, ¿qué he sacado de mi amabilidad, de mi ansia, de mi ciega entrega? He sacado soledad, desamparo y humillaciones. Todo lo cual no hubiera sucedido si fuera indiferente.

Ayer escribí un poema. Mi poesía, ahora, es anémica. No tengo potencia poética y si aparecen rastros de ella queda paralizada por mi temor. En el fondo, quiero escribir la novela. No la escribo porque antes quiero leer mucho. ¿Qué he leído ayer? Dos poemas de Neruda y una fábula de La Fontaine. A este paso la escribiré a los ochenta años.

Es inconcebible cómo se renuncia inconscientemente a todo. Yo, sin darme cuenta, he renunciado a la fama, al matrimonio, a los viajes, a la amistad. Ello no significa que los rechazaría sino que

ya no se presentan a mi conciencia como cosas probables o como aspiraciones.

No se puede amar en la realidad. No obstante, hay tantas neuróticas enamoradas.

¿Cómo llegar a la verdad de mi cuerpo? Estos días tengo hambre, un hambre histérica. Como quien se suicida, así yo como.

Basta de quejas. ¡A trabajar! ¿Debo confesar que odio preparar este examen y que odio la idea de darlo? Además, no confío mucho en el resultado.

21.30 h. Muero de cansancio. He buscado 5.000 palabras en el diccionario. Pensando en la novela. Temo que sea una excusa para mi exhibicionismo y que, en el fondo, no haya más que el deseo de ser conocida y celebrada. No estoy segura de esto. Pero lucharé contra toda forma de exhibicionismo. Es que ¡oh señor! yo no soy una muchacha: soy un muestrario de los pecados capitales.

He comido mucho. Vorazmente. Y leyendo revistas femeninas, folletines idiotas. He comido como quien se masturba.

A la tarde llamó Elizabeth. Yo hablé con el afecto de siempre, como si no me hubiera pasado nada. ¿Qué soy?

Tratar de estudiar.

13 de febrero

Ayer pasé el día en lo de Susana. Lo pasé bien y mal. Gocé de las flores, del césped —cómo me gusta el césped—, del nadar, andar en bicicleta. Sólo que me ponía nerviosa cuando se acercaba la madre. Como Susana me confió que es homosexual y que su madre sufre por eso, yo, cada vez que ésta me hablaba o me miraba, me ponía tensa, como si yo fuese Susana, o en el caso de no serlo, como si hubiese venido a seducirla. También A. M. Barrenechea me pone nerviosa. La siento tan en otro mundo que el mío. Y tiene tanta cara de cadáver. Sólo Susana y su padre me eran cercanos. Susana es una de las personas más extrañamente limpias que conozco. Pero es un poco niña. ¿Por qué me siento mucho mayor y menos inocente a su lado, si sólo le llevo un año? Más vieja, más gastada.

Me acabo de pesar. Es una gran desgracia.

Hasta el 28 – Revista Mexicana de literatura – El sonido y la furia de Faulkner – Neruda – Fournier y Flaubert.

14 de febrero

Lo de ayer fue el límite. No sé si debo contentarme o angustiarme, pero es indudable que lo de ayer fue el

límite. Vinieron Morales y Juarroz, con su hablar afectado, con su “hay que” y “se debe”, sin humor ambos, sin misterio: los justos. Juarroz se peleó conmigo. Yo le había insinuado que los poemas de Ditter no me atraen. Él me insinuó que no lo dijese al comentar su revista. Yo me sentí acosada y perseguida. Hace meses que me persiguen y acosan por el maldito artículo. No obstante, traté de no pelearme, esto es, me humillé. Sobrellevé sus reproches, sus injurias. Ahora bien: a mí no me interesa lo sucedido porque no lo siento, es decir, me parecía que la escena de los insultos formaba parte de una pesadilla. Yo no me defendía. No me interesaba salvar mi orgullo porque yo no era aquella que los recibía. Cuando se fueron pensé en la imagen que debo presentar a los otros, en lo desdichada que debe ser para que me insulten o me abandonen. Entonces una voz me dijo que todo sucede porque hablo demasiado, me doy demasiado. ¿Cómo diablos estaban estos dos hombres en mi habitación, si jamás podrían ser amigos míos? No selecciono, no examino, y después me asfixio al encontrarme en relación con seres que no he buscado ni quiero. Me he sorprendido al comprobar que no tengo orgullo ni amor propio. Pero lo de ayer trazó el límite. Es indudable que la única culpable soy yo. Hay que ir al silencio, a la indiferencia. No es posible hablar más ni darse. Es increíble que sea yo quien tenga que escribir esto. Apenas puedo identificarme con esa muchacha que habla demasiado y en la que suceden cosas tan lamentables, tan pobres.

Horas sin hacer nada. El qué será de mí, el es posible, el cómo voy a vivir. Depresión absoluta. Hasta ayer estuve dormida. Hoy despierto y quiero morir. La

angustia de mi imposibilidad para todo me sube. Ya no puedo más.

15 de febrero

Me quedan 12 días para el examen. No sé nada aún. Sólo aprobaré si estudio día y noche.

16 de febrero

No daré el examen. Hoy he salido y ahora estoy nuevamente vencida. Me encontré con L. Todos proyectan libros, antologías, se mueven en grupos, están fuertes. Yo pienso en mí: soy una estudiante. No quiero actuar hasta no saber qué quiero. Por otra parte, quiero ser indiferente al exhibicionismo literario.

Comenzaré el Quijote.

He dicho que estoy vencida: sí, he salido, visto muchachas hermosas. No hay excusa posible. Una mujer tiene que ser hermosa. Y yo soy fea. Esto me duele más de lo que yo creo. Tal vez por eso piense que jamás me amarán. ¿Estoy errada? No.

17 de febrero

He pasado una mala noche. Ayer robé La Chartreuse de Parme del Instituto de Lit[eratura] Francesa. Lo hice —no sé por qué, pero me gustó hacerlo—. Es una forma de pedir, ya que nadie me da nada. “Je vous arracherai en tonnes ce que vous m’avez refusez en grammes!” No siento la menor culpa.

He decidido encerrarme a estudiar y trabajar. Ayer hojeé en la biblioteca la correspondencia de Pound. Lo primero, dice, hacerse de un instrumento para trabajar. Tengo que dejar de leer los autores prescindibles, aquellos que por ahora no me ayudan.

Ayer no hice nada. Estuve en el infierno. Los otros son mi infierno. El más grande.

Engordé mucho. Ya no debo angustiarme. No hay remedio. Es un círculo vicioso. Para no comer necesito estar contenta. No puedo estar contenta si estoy gorda.

19 de febrero

Ayer he roto alrededor de cien poemas y prosas. He quedado asombrada de mi falta de calidad poética, mis gritos, mi exasperación. Hay que empezar de nuevo.

Además, quedan doscientos poemas más que seguramente romperé.

Estoy esperando. El martes M. y E. prometieron llamarme para que yo me reúna con ellas en Miramar. Dijeron que me llamarían ayer, pero no lo hicieron. Por supuesto que yo ahora creo que no quieren que yo vaya. De lo contrario me llamarían. No las culpo. Después de tantas experiencias con la gente es evidente que la que funciona mal soy yo. Algo debo tener para que nadie se me acerque ni nadie me quiera. No se me ocurre qué es porque si acuso a mi neurosis o a mi egoísmo me respondo que hay muchas neuróticas y egoístas que son amadas y estimadas. Debe ser algo más simple, o tal vez una suerte de destino, ya que se remonta a mi más lejana infancia. No sé si debo luchar contra él o aceptarlo. Lo único que siento, ahora, es un enorme dolor y una angustia que me asfixia. Tengo tantos deseos de ir a Miramar. Y al fin de cuentas, no sé en qué podría molestarlas.

He leído un cuento de Brentano que no me impresionó mucho debido a su problema: el bien, el mal. Una imagen me subyugó: el joven mata un pájaro y con su sangre escribe canciones en el libro sagrado del espíritu de las aguas.

También leí, y muy mal —atropellándome—, algunos poemas de Hölderlin. Algunas veces parece un oráculo.

He comenzado Cervantes: Don Quijote. Lectura desapasionada y fría, por ahora.

También una Historia de la literatura alemana de H. Rohl. Bastante estúpida por cierto.

20 de febrero

Despierto mejor. Dormí toda la noche abrazada a la almohada.

Pensando en ir a Europa. Quiero y no quiero. Quisiera ir y ver cosas bellas, aunque sólo fuera un cielo puro y grande. No es justo que yo muera habiendo probado lo horrible, solamente lo triste y angustioso.

Ayer hice un poema que no me disgustó.

Pienso que nadie menos neurótico que don Quijote. Es equilibrado y dulce como un niño. Sólo que al revés. Sería neurótico si oscilara entre creer que son molinos de viento u otra cosa. Y sería más neurótico aún si tuviera miedo de esta oscilación. Me gusta mucho cuando sale por vez primera de su casa, al alba, y ve qué fácil es pasar del deseo a la acción.

Muchas horas rumiando mi soledad: he llorado. E. y M. no me llamaron. Ahora me consuelo un poco pues me dijeron que las líneas telefónicas están averiadas. Aun así, me digo, hubieran podido enviar un telegrama.

El día fresco, el cielo gris. Todo hace desear la ternura. ¿No me habituaré jamás a la soledad? Me creo vieja y niña y no me explico cómo me toman en serio cuando hago o digo idioteces.

27 de febrero

Ayer he vuelto de Miramar. Estoy bronceada. Hoy me pesé. Es el fin. Y he pasado hambre...

No he tenido demasiado miedo de estar sola en el hotel. En cuanto a M. y E., me desampararon totalmente. Y más: hacían escenas de amor delante mío como si yo no fuese yo sino el símbolo de algo.

Descubrimiento definitivo de mi imposibilidad de comunicarme. Creo que a los dos días de verme, ambas deseaban ardientemente que me fuera lejos y que no volviera nunca. No obstante, no fui muy idiota. Salía sola, sin molestarlas excesivamente. He gastado 2.000 \$ en cinco días. Es monstruoso.

Quiero trabajar y no sé cómo empezar. Necesito un método. Quiero llegar a las últimas consecuencias del trabajo. Algo así como trabajar de 8 a 24 h.

2 de marzo

Estoy leyendo por tercera vez El retrato del artista [adolescente] de Joyce. Amo la relectura. Qué libro delicadísimo éste. Y cómo mi sangre corrobora el proceso de Stephen. Sólo que Stephen es sano y puro. Quiere aprender, no exhibirse como yo.

Me siento vacía. Pero he crecido en unos días. No me duele la soledad. Al menos no excesivamente.

3 de marzo

Despertar angustiado. La soledad se dio cuenta y ahora duele. Me presentaré a las becas del Fondo de las Artes. Sólo que no debo tener ninguna esperanza.

5 de marzo

Como si hubiera tomado mescalina. Quiero irme a Europa. Y también estudiar aquí. El 11 me voy al Uruguay. Si no adelgazo no iré a ver a Clara ni a Orestes. Qué responsabilidad la mía tener que ofrecerle a Clara un rostro que coincida lo más posible con mis retratos, con los cuales poco o casi nada tengo en común.

Estoy intranquila. Horriblemente nerviosa. ¿Y para qué? Ah, E. me hace existir cuando me cuenta sus aventuras. Tal vez por lo que me dijo hoy estoy tan

trastornada. ¿Por qué soy tan falsa, aun en la soledad, aun en el mí misma?

8 de marzo

Recién terminé de leer *Un cuarto propio* de V. Woolf. S. De Beauvoir ha tomado mucho de allí para su *Segundo sexo*. V. W. es sencillamente adorable. Pero la siento un poco vieja, como del siglo pasado. Estuve pensando sobre las 500 libras al año y el cuarto propio. Yo tengo un cuarto propio, no tengo dificultades económicas apremiantes, gozo de libertad para ir a donde yo quiera. No obstante, soy el ser menos libre. En verdad exagero: la posibilidad de una experiencia rica y vasta está hoy tan vedada como lo estuvo siempre. No me puedo ir al puerto a mirar los barcos por la noche, etc., etc. Pero mi carencia de libertad es debido a mi no asunción de la realidad. Nada es objeto de mi interpretación ni de mi examen, salvo cuando declaro que no vale la pena. Pero una cosa: basta de reglas éticas. Hay que entrar. (He aquí otra regla ética.)

21 de marzo

He visto a Clara. La amo. Es un amor triste, sin desenlace.

Enmendar mi vida. Leer, escribir, estudiar y pensar.

No tengo fuerzas para escribir de las Jornadas.
Siento que he destruido muchas cosas.

26 de marzo

Ayer me encontré con O. Se asombró de mí: considera que estoy más equilibrada de lo que él y yo podríamos suponer. Lo quiero mucho. Y digo temblando que no lo deseo.

Estoy leyendo la Biblia, *Le Tropic du Cancer*, de Miller, y poemas sueltos. Quisiera estudiar durante los días de semana y leer los sábados y domingos.

29 de marzo

No estoy tan lúcida como quisiera. Mis angustias han disminuido. ¿Pasará mi “melancólica

adolescencia”? Tal vez ya haya trascendido la edad de la angustia. Ahora no espero nada. Me gustaría recibirme cuanto antes en la facultad e irme a Francia. No sé si será posible. Leo demasiados libros “fuera del programa”. Pero si no los leyera, me secaría tanto que ya no querría ir a Francia.

Programa para este año: estudiar, escribir y adelgazar definitivamente, es decir, despojarme de la menor sombra de obesidad.

Leo *Le Tropic du Cancer*.

Ya no pienso en Clara sino con vergüenza.

Beatriz T. debe estar enojada. ¡Qué diablos! ¿Para qué vive?

7 de mayo

Estoy muy mal. Me siento incómoda en todas partes. Si estudio; si no estudio... El profesor de griego me da miedo, y los otros. Me siento mal. Quiero estudiar sin pensar en los exámenes, porque probablemente no me reciba nunca. De allí que más me valdría el saber por saber, no el saber para aprobar. Pierdo tiempo. Estoy muda y ciega y sola.

9 de mayo

Lady Macbeth lavándose las manos... Sorprendente en Macbeth cómo todos pasan del deseo a la acción. Ese cuidado de no frustrarse. Como si ello fuera lo natural, lo esperado, cuando en verdad, debiera ser lo opuesto el hecho natural. Además si las brujas le hubieran predicho circunstancias desdichadas, M. no hubiera actuado para concretarlas. Las brujas son, en esta obra, horriblemente seductoras. Son el inconsciente, la voz infantil que lo quiere todo y ahora. La locura es obedecerla. Macbeth hubiera tenido que suspirar de nostalgia o, en nuestros días, hacerse psicoanalizar.

Image avec elle: j'écris dès 7 h du matin; elle peint. Je suis indifférent à tout autre chose qui ne soit mon art et elle, naturellement, aussi. Je suis très silencieuse, très douce. Elle est charmante avec moi. Nous travaillons beaucoup, nous mangeons très peu. Climat religieux d'art et d'amour. Image du paradis.

Tout cela que je viens d'écrire est exactement le contraire de ma vie actuelle. De là vient mon grand ennui, l'angoisse qui me ronge jour et nuit. Où est la faute? Ce n'est pas possible que cette image soit un résultat de mon snobisme ou de ma fausseté: d'où vient elle sinon de mes plus profonds désirs?

Je ne comprends pas comment les autres n'ont pas un terreur affreux du monde. J'ai peur des autres et de

moi-même. Ce n'est pas bon de vivre dans une peau.
Je le dis par expérience.

Je voudrais vivre pour écrire. Non penser à autre chose qu'à écrire. Je ne prétend pas l'amour ni l'argent. Je ne veux pas penser, ni construire décemment ma vie. Je veux de la paix: lire, étudier, gagner un peu d'argent pour m'independiser de ma famille, et écrire. Je ne parle de ma solitude, de mes amis —mes maudits compagnons de voyage— J'ai peur de mes amis.

L'image révient. Ça me rend la paix.

20 de mayo

El sábado me operaron. Un ataque de apendicitis aguda. Me dolió horriblemente. Yo no estaba preparada para un dolor tan grande. Pero lo sobrellevé bien, demasiado bien tal vez. El cirujano, mientras me operaba, comentó “lo sufrida que es esta chica”. En verdad, me siento capaz de sobrellevar pacientemente grandes sufrimientos físicos. (Pensar en mi paciencia —física— y en mi impaciencia íntima.) Aún estoy débil. La prohibición de fumar me anonada. Descubro qué imprescindible es en mi vida el cigarrillo. El deseo de fumar crece después de [tachado]. Entonces añoro el humo, el gusto agrio, triste, soledoso y promisorio del cigarrillo. Y más lo añoro aún cuando siento [tachado] que sólo podría ser velada por el humo. No obstante, trataré de comer lo menos posible: estoy muy

asustada por las complicaciones —la operación y demás— que ha traído mi alimentación destructora de estos últimos meses.

9 de junio

Desde el sábado pienso en R.

Mi situación kafkiana prosigue: estudio sin deseos; me dan vómitos, ataques de angustia. Estudio por miedo. Miedo de estar así siempre, viviendo con mis padres, sin la menor posibilidad de independizarme jamás. [Frase ilegible]

10 de junio

Noche de insomnio pensando en el estudio. Una de las causas que me impiden estudiar es mi tartamudez. A veces me parece que no existe, pero otras... Días en que me duele el corazón de tanto esfuerzo por articular algo. Claro que no es muy excesivo pero me aterroriza el solo pensamiento de hablar en público. ¿Y cómo podría ser profesora y hablar y enseñar? Además, no

me gusta estudiar, no sé estudiar, casi nada me interesa.

18 de junio

He abandonado todos los estudios. Trabajo. No me gusta trabajar. No quiero nada. Quiero morir. He aquí, etc., etc.

“Estás enamorada de la muerte”, dijo Roberto. Yo me ruboricé.

Siempre. Siempre. Bella palabra.

24 de junio

El sábado pasado me acosté con un chico. Lo curioso es que no vi su rostro. Cuando llegué a lo de Roberto, había penumbra (una atmósfera mágica hecha de sombras chinescas). El chico parecía lindo. Después bebí gin, escuché música, me puse más triste que nunca y supe que no podía esperar nada. De pronto el chico me arrastró y me desnudó y me vi en la cama, fornicando. Mientras tanto, Roberto y Cristina

habían entrado. También ellos fornicaban. Cuando todo terminó, me acerqué a Cristina y después de un espacio de tiempo —¿qué resoluciones?, ¿qué deseos?— que será siempre misterioso para mí, me vi en un abrazo de Cristina, besándonos las dos, haciéndola gozar y gemir (yo no sentía placer, no sentía nada). Como un relámpago pasó la imagen de Roberto corriendo junto al chico, y los dos abrazados. Después, en la noche, tuve más sed que nunca y tomé enormes cantidades de agua y sentí miedo de morir de un ataque de sed.

Pienso que si pasara el chico a mi lado, en cualquier sitio, no lo reconocería. (Confieso que este detalle me seduce.)

Yo debiera pintar. La literatura es tiempo. La pintura es espacio. Y yo odio el tiempo y querría abolirlo. Pero ni la pintura. Hablo de poder expresarme en un arte que fuera como un aullido en lo oscuro, terriblemente breve e intenso como la muerte.

Domingo, 29 de junio

Investigación y búsqueda de la poesía. Comienzo con Góngora.

Dostoievski: leer repetidas veces Los hermanos Karamazov: su equivalencia con el psicoanálisis.

Sábado, 18 de julio

Me avergüenza escribir un diario. Preferiría que fuese una novela. Estoy confusa. Lo de siempre. Siento que no quiero nada y me siento culpable de ello. No quiero vivir de pie, o no puedo; quiero dormir. Estoy ciega para la realidad y para los otros. Ésta es la conclusión definitiva. Sé que Dios no existe (es un problema que no me interesa), no hay vida futura, no hay nada, no me prohíbo nada, y, no obstante, no hago nada. Es mi única posibilidad de vivir. Una vez, no más. Y no obstante, no hago nada.

17 de agosto

Según O. el narcisista es como un niño de pecho. S. de Beauvoir cree que un personaje imaginario ante un público imaginario sólo puede aniquilarse. El narcisista, o mejor, la narcisista, siente que cuando no la adoran, la odian.

El sábado Alonso dijo que Murena lo usó como personaje literario. Mientras me lo decía sentí súbitamente que yo también podría “usarlo” de la misma manera.

¿Por qué todos reaccionan negativamente ante Cristina? No la sufren. Ella es sofisticada, rebuscada, como una pequeña actriz inexperta. ¿Cómo no comprenden su conmovedor disfraz? Ella tiene miedo. (¿O estoy hablando de mí?)

Siento que transito por una etapa decisiva. Me han humillado, injuriado y demostrado que no soy sino una niña caprichosa que no sabe qué quiere. En mí está el convertirme o no.

29 de agosto

Continuaré con este diario. “Necesito tener una referencia”, dice siempre Cristina. Ahora lo entiendo. “Una referencia”, algo que la relacione consigo misma. Por eso lleva tantas libretas y cuadernos. Es que los días pasan por oleadas. Hoy he mirado el calendario largamente, sin poder creer en la fecha. ¿Cómo diablos he podido llegar hasta el 29 de agosto sin percibirlo? Esto me asusta. “Je n’est [sic] suis qu’une pauvre rèveuse.”

Hace tiempo que no escribo extensamente. Todo me molesta: la pluma, la máquina de escribir. Esta lapicera ya casi no es mía. La he abandonado por mucho tiempo. Pero tampoco la máquina escribe bien. Estoy aceptando el pensamiento de que quizás mi poesía no adelantará y la novela jamás será escrita.

Estoy como ayer, como hace cinco años: en la gran automatización.

No leo nada. Mis lecturas van cada vez peor. Soy frígida en todo el sentido de la palabra. No me puedo entregar ni puedo gozar de nada, salvo de las fantasías eróticas y regresivas.

El sábado fui a comer con Roberto V. No me di cuenta de que me tendía una trampa. Me quería atiborrar de alimentos y, al mismo tiempo, manifestaba reiteradamente que no tenía dinero. Yo pensaba en lo primero antes que en lo último. Comimos mejillones, langostinos, caracoles: todo lo que hay en el mar. Hasta que se puso ebrio y me dijo lo que pensaba de mí: cosas horribles, relacionadas, casi todas, con la avaricia, tanto material como espiritual. Yo le decía que sí, que tenía razón. Se lo decía con una serenidad y una majestad y una bondad increíbles: quería escuchar más, algo en mí se alegraba con ese retrato siniestro: por eso lo alentaba con mi presunta humildad. Era una orgía de sadismo y masoquismo. Creo que lo que yo deseaba era no ver más a R., que ya me está cansando. Además, no pienso cumplir el pacto que hicimos. Pero fue excesiva la manera con que él y Cristina prostituyeron mis dichos y actos. Hasta censuró mi sed, mi necesidad de tomar agua. (¿Qué me pasará que tomo tanta agua?) Dijo muchas cosas horribles. Después nos fuimos: yo, decidida a irme a mi casa; él, a continuar la noche. Quiso llevarme a un cabaret de Reconquista, oscuro y con policías en la puerta. Me resistí. Mi serenidad me asombraba cada vez más. Caminamos y me propuso ir a su casa a acostarnos. Allí llegó mi hora: le expliqué, en una forma cerebral y agobiadora, que yo no me

acuesto con quien no me acepta. Discutimos como niños. De pronto, todo comenzó a ser terriblemente ridículo. Cuando nos despedimos R. dijo que iba a pintar un cuadro sobre los “amores prohibidos”. Yo dije que “no hay amores prohibidos sino palabras prohibidas”. La frase me gustó y me hundí en mi habitación. Me sentía fuerte y sana, casi contenta. Decidí no ver más a R. ni a Cristina. En verdad, todo lo que dijo R. le fue sugerido, a mi juicio, por Cristina. Entre otras cosas, R. dijo que estoy absolutamente loca ¿Por qué lo dijo acusándome? Y la verdad es que yo pienso que son ellos, R. y C., los que están absolutamente locos.

El miércoles vinieron R. y C. C. me obsequió un maravilloso perfume francés. A R. le dio una hemorragia en la nariz. Los dos estaban encantadores. Querían disculparse, de alguna manera, conmigo. O tal vez les soy útil para su sadismo. O tal vez por el pacto. No mencionamos el episodio del sábado. En un instante dado, cuando mis padres se despidieron para ir al cine, sentí terror de quedarme sola con ellos. ¿Y si hubiesen venido a asesinarme? Pero no. Comimos en mi habitación. (Yo comí poco: no me entregaba.) Se fueron temprano: R. se dejó olvidado un librito de reproducciones de iconos que le regaló C. Me quedé contenta y lo leí muchas horas. De todos modos, el pacto no puede cumplirse: ir a Francia con R. y C. es tomar una nave rumbo al infierno. Lamento haberme acostado con ellos en lo de Hugo.

Ayer desperté mal. Me fui al cine. Vi Internado de señoritas, que me dejó convulsionada. Mi adolescencia. Mi espantosa adolescencia. Ese amor de una alumna por su profesora. Una situación así pero

correspondida me hubiera salvado. Volví a mi casa enajenada, tal vez esquizofrénica. Toda la noche tuve fantasías eróticas en torno de este asunto. No puedo creer en mi edad. Me siento estafada. Y lo peor es que ya es tarde. Además, no puedo tener aventuras sexuales con mujeres. (La experiencia del miércoles.) Nada puede compensar mi necesidad de ternura. Nada sino la imaginación.

El miércoles estuve con Olga. Está vieja y fea. Nos comunicamos. Fue dulce y buena conmigo. Ahora no tengo ganas de llamarla más. Por la noche me emborraché y traje a mi casa a una chica que conocí en lo de O. Nos acostamos. Me acosó con sus anhelos de un amor exclusivo: si estoy enamorada de alguien, si soy fiel, etc. Quiso fornicar conmigo pero no pudo debido a mi frialdad. Me preguntó para qué la traje a mi casa. Yo me encogí de hombros y no le respondí. En verdad no le respondí a ninguna de sus preguntas. Se fue horriblemente triste y enamorada de mí. (Ahora no recuerdo su rostro.)

La que me atrae mucho es Jackie. Pero creo que me atrae su indiferencia por mí. No obstante, el miércoles me dijo, por primera vez en estos años, una frase ardiente. Me tomó de las manos, me atrajo hacia ella y dijo: ¿Por qué sos tan dulce, Alejandra? Yo me reí y me fui. Hay instantes en que soy tan seductora que necesito acercarme a todos, donarme, exhibirme, en el orgasmo de mi gracia.

La solución sería poder tener amigos sin que mediaran cuestiones morbosas entre nosotros: sadismo, masoquismo, transferencias, frustraciones, etc. Lo que jamás he logrado. Ejemplo: Luisa, que me mira con

admiración y fervor. No soy capaz de ir al cine con ella. Y ello porque no me hace sufrir.

Estoy comiendo mucho. En una semana he perdido mi esbeltez, que tanta paciencia y dinero y sufrimientos me costó. Comienzo a comer sin hambre y entro en una oleada de automatización. Cuando regreso o despierto o tomo conciencia de mi acto, veo en torno de mí alimentos prohibidos y siento mi ser lleno, ahíto, insoportablemente colmado y odiado. Éste es un problema casi insoluble. Y lo es porque no se puede resolver definitivamente. Hay que luchar todos los días, como Sísifo. Esto es lo que no comprendo. Que la vida contiene días, muchos días, y nada se conquista definitivamente. Por todo hay que luchar siempre y siempre. Hasta por lo que ya tenemos y creemos seguro. No hay treguas. No hay la paz.

Hay en mí algo indestructible. Algo sano. Algo que me salva y que me salvará.

L. D. habló de mi “doble vida”. (Me sentí horriblemente interesante.)

Usted vive una vida doble: por un lado las orgías, o los deseos de orgías, por el otro un ascetismo, un estudiar y crear en el silencio y en lo humilde, o por lo menos, un deseo de ello.

Si me dieran a elegir, elegiría lo segundo. Mi lado orgiástico proviene de mi carencia de ternura materna, que a veces me angustia como un cuchillo envenenado en el cerebro.

Tengo que ir a Francia. Recordarlo. Recordar que debo quererlo mucho. Recordar que es lo único que me queda por querer, en este mundo ancho y alto.

Aún sigo con Góngora.

Domingo, 30 de agosto

Dormí más de nueve horas. Me despertó una llamada de Cristina. Fue duro: como si me hubieran extraído de la boca del dios de los sueños. Yo era el dios y lo extraído. Me encontré con C. para ir al cine. No fuimos; ella no tenía ganas. Hablamos de la “vida sana”: orden, ascetismo, trabajo, etc. Particularmente nos ocupamos de la alimentación, parecía un tema inagotable. En este sentido somos iguales: las dos quisiéramos ser ascéticas. Y somos seres esencialmente enfermizos y morbosos. Complejos orales. Hoy me siento fuerte. He comido poco, he planeado mi viaje a Francia. Lo esencial es hallar un sitio en que estar sin que cueste nada. Veremos si podré ir a la ciudad universitaria. Me fastidiaría vivir con mis familiares. (Es más: me angustiaría.) No obstante debo ir igual, aunque fuere a la casa de ellos.

Cristina dijo que mi rostro era terriblemente bello y delicado. Y que soy positiva (no destruyo). Le creo a medias.

Dificultades con la poesía y las lecturas. No escribo una línea. Antes quiero leer mucho. No comprendo bien qué relación hay entre ambas pero me avergüenzo ante mí de mi disipación literaria: he volado por todos los libros. Y no sé nada. Nada me ha servido ni ayudado. Está dicho: no quejarme ni lamentar lo pasado. Remediarlo de alguna manera. Pero estoy tensa y ansiosa por aprender. En un estado así no puedo ser objetiva, y cómo leer bien sin objetividad. G. Picon: una comunicación íntima y entrañable con el libro, que no es análisis estilístico ni entrega pasiva sino una comunión. Primero: cuestionar la obra, conocerla y comprenderla; después entregarse a ella, dejarse invadir por ella.

Lectura de Góngora: bastante penosa. No entiendo la mitad de las alusiones a la mitología. Pero estoy cediendo a la magia de su lenguaje. Después de diez o quince lecturas más me será claro y accesible.

Leer la Biblia.

Góngora: primera lectura.

Escena del joven embebido en la encina mientras las zagalas, paridas por las montañas, cantan y bailan. La dificultad de G. (una de las tantas) es la supresión de referencias de las imágenes. No dice que “esto” es como “aquello” sino que menciona directamente el “aquello”. Su sensibilidad de “gigante de cristal”.

31 de agosto

Esa enajenación, esa fiebre del trabajo, horas y horas, sin noción de que éstas pasan. Cuando se trabaja no duele el aislamiento. ¿Y cuando se ama?

No terminaré más las fichas de versificación. Y no obstante son fáciles de hacer. Pero tan aburridas como leer la guía telefónica. Yo elegí...

2 de septiembre

La traición de Enrique. La de Mary. La de Elizabeth. La de Mina. La de Cristina. La de Roberto. Es demasiado; en verdad...

3 de septiembre

El gongorismo-culteranismo es la síntesis y la condensación intensificada de la lírica del

Renacimiento; es decir, la síntesis española de la tradición poética grecolatina.

D. ALONSO

La lectura de Góngora no adelanta. Tal vez es injusto exigirme que lo lea, justamente ahora, que no me puedo concentrar en nada.

Las horas han volado. Las hice volar. El ensayo de Picon va bien. Si yo tuviera una mesa cómoda trabajaría más. (Pero si me voy a París.)

No quiero consignar mi estado mental. He hojeado las obras de Artaud y me contuve de gritar: describe muchas cosas que yo siento —en esencia: ese silencio amenazador, esa sensación de inexistencia, el vacío interno, la lucha por transmutar en lenguaje lo que sólo es ausencia o aullido—; y también habla de los períodos de tartamudez: la lengua rígida, la asfixia. Y también he hojeado un ensayo de Jung. Y tuve miedo de estar loca. Es más: me desilusioné. Porque si yo estoy loca, ¿por qué me pliego a las convenciones? ¿Por qué no me cubre la inconsciencia, el frenesí, y el delirio? Y si no estoy loca, ¿por qué hay este silencio en mí, esta tensión interrumpida ocasionalmente por la angustia, la ansiedad y el llanto?

Envidio profundamente a Virginia Woolf.

La mente humana es un misterio.

0.45 h. Ahora, a leer la Biblia. Los griegos.

Domingo, 6 de septiembre

Katherine Mansfield y V. Woolf. Vitalmente, o mortalmente, me siento más cerca de la primera. Dada mi situación y educación, jamás comprenderé, creo, la vida de una aristócrata inglesa. No obstante, he comprobado que mis poemas son más profundamente sentidos y vividos por personas de —digamos— clases altas que por las demás. Lo que sucede es que yo, como judía, no me considero de ninguna clase. Y jamás comprendería a quien despreciara mi origen. Es más: creo estar orgullosa de él. (Esto se relaciona con fantasías infantiles.)

He pensado que comenzaré a escribir de 10 a 13 h (hoy me levanté a las 10.30 h).

Si sólo fuese menos oral. Un poco menos de complejos orales. Imposible estar una hora sin un cigarrillo, una uña o alimentos, en mi boca. Cada día fumo más. Y ciegamente.

Ayer vino Susana. Hicimos juntas un artículo obsceno sobre un poema de Estrella Gutiérrez. Nos divertimos mucho. Yo, no obstante, no me atrevía a mirarla a los ojos. Parecíamos dos niñas jugando.

11 de septiembre

Vi a Miguel. Apareció Cristina. Parece enojada conmigo. Sus ojos llenos de reproches. Ahora me

angustia pensar en ella. Su rostro amenazador, lleno de cuchillos. Ella y Roberto: dos jueces. Yo soy la acusada. Todo esto es subjetivo. (?) ¿Cómo hacer para que la gente no me duela? No verla. Pas posible.

Dice Miguel que en casi todas sus fantasías eróticas estoy yo. (Creo que tendré, etc., etc.) Me gustaría estar en su mente cuando fantasea conmigo.

Mundo sin magia. Espero.

Mi viaje. ¿Me voy o me expulsan? Casi siento que me obligan a irme. Pero quiero irme. Es decir, sé que debo irme ahora.

No pertenezco a nada, a nadie. Una vez, hace muchos años, sentí que mi cuerpo era mío: mis ojos, mis brazos: si quiero los muevo; si no quiero, no... Y me sorprendí de la autoridad de mis padres. ¿Cómo podían darme órdenes y esperar que las obedeciera si yo era mía? Yo soy de mí, pensé asombrada. (Hoy, después de años, recordé esa sensación de soledad o de libertad. Tal vez el único suceso metafísico de mi adolescencia.)

El error es creer que los otros piensan y sienten y yo no.

—Dentro de mí hay un silencio —dije.

—Y también rumores —dijo él sonriéndome con ternura.

Entonces llegas tú, con ojos, con miradas, contemplándome hasta quemar mi edad y mi historia. Me regresas, me trasladas al tiempo sin números, me zambulles en el mar de sangre y cielo. Yo duermo y oficio de contemplada. Mis ojos arrojan fuego verde por los párpados cerrados. Sonrío como un pájaro que

muere en medio de su canto. Me deshago en tu mirada: en tus ojos hay la seguridad y el orden, hay la creación, hay la poesía seria como una invocación a la lluvia. Habito tus ojos para guarecerme del frío y del peligro conocido. En tus ojos hay las aventuras que siempre finalizan con manos entrelazadas. Llega a mí.

Entonces la Gran Sombra encarnó y me abrazó.

—Mi niña —dijo—, ¿hace cuánto que me esperas?

Yo lloré y me dejé abrazar.

—¿No sabes hablar? —dijo.

Yo la miré confundida. ¿Cómo se habla a una sombra?

—Tengo miedo —dije—. Tengo tanto miedo.

La Sombra me abrazó más fuerte como si yo fuese una viajera asfixiada. Yo lloré más: sentía piedad por mí, como si yo no fuera yo.

23 de septiembre

Todo lo humano me es ajeno.

Problemas con el viaje a París: ¿quiero o no quiero ir? Terror de vivir con mis tíos y primos. ¿Qué harán con su monstruosa sobrina? No obstante, debo ir.

Preferiría volverme loca y fantasear que amo y soy amada. Un mundo abrigado y amparador. Al diablo los esfuerzos por vivir.

No tengo que comer. Tengo que aprender a decir no a los alimentos, como si ello fuera lo natural y la única respuesta posible. Así como un cojo diría que no corre porque no puede.

Terror de quedar paralítica. Culpa de estar siempre sentada o acostada.

No me resigno a no ser bella. Es como si se hubieran equivocado. Yo debería ser bella. Toda yo estoy hecha para serlo. Tengo un alma de mujer bella.

No puedo leer ni escribir ni hacer nada. Estoy tensa y hambrienta y deseosa de aniquilarme. Adiós la poesía y todo. Que me golpeen para decirme que no soy la única que existe. Quiero morir. Que me pase algo. Que me acuchillen. Que me pongan ventanas y puertas y que las abran. Me asfixio dentro de mí. Me peso.

Entonces llegaste tú en la nube de silencio. La novia del tiempo. La maga terrible que transforma los pequeños silencios en un silencio grande como el mundo. Y me elegiste para llevarte la cola en el templo.

Sacerdotisa de la ira.

El señor nos mostró su falo rojo con lunares blancos.

—¿Es usted miope? —le pregunté.

—Decime más. Repetilo —gritó el señor, con las venas del cuello hinchadas.

Yo lo repetí.

—¿Querés vivir? —dijo.

—No —dije.

—¿Que querés? —dijo.

—Nada —dije.

—¿Y para qué vivís? —dijo.

—Yo no vivo —dije.

—Madre —dije—, ¿dónde estás? No te escondas. Apúrate que me persigue el tiempo y tengo miedo. ¿Qué haré si vienes cuando yo sea vieja? Las viejas no necesitan madres. ¿Cómo me sentaría encima tuyo si mis huesos chirriaran? Apúrate que mi piel huele a recién nacida. Apúrate y ven aquí porque el tiempo me persigue y si tú no vienes me encerrarán. Que eso les pasa a las muchachas que no son oídas.

Entonces abrió los ojos y la Esfinge dijo: ¿Crees que la muerte, etc., etc.? Y alzó su brazo de piedra para acariciarme la cabeza.

—Cosa linda el sexo —dijo el anciano enseñándome el suyo. Yo lo examiné.

—No es gran cosa —dije.

[Tachado] mundo femenino. [Tachado] coordina con el mundo de los sueños, de la alimentación, del ensueño en vez de pensamiento. Todo, en él, es detrás de la vida, en un vestíbulo umbrío, reminiscente de la atmósfera de Matisse. Mundo obeso y dulce como un poema árabe. Opio. Alcohol. Humo. Todo lo que es

opuesto a esto es lo masculino. Aprender a amarlo es como curarse de una toxicomanía (Dans mon cas).

Primero: Una confusión completa. Una fuga o ausencia en manos de la diosa que enceguece a sus preferidos.

Segundo: Una humildad.

Tercero: Hay o no hay reglas. Posiblemente la única es la de Rodin: Il faut travailler.

Cuarto: El peligro de una mente en blanco, como un espejo. Es el origen de todo. Carece de objetos en que fijar su atención. (Keats...)

Dylan Thomas: “Pero yo ya no sé cómo ayudarme. ¿Cómo ayudar a alguien que no puede ayudarse? Siempre he querido ser mi propio psiquiatra, como siempre he querido que cada uno sea su propio médico y su propio padre”.

Nerval y Rimbaud descubrieron que hay una ascesis necesaria para [ilegible]

Siempre es demasiado tarde para morir. Siempre se muere demasiado tarde. Cansada de ser mi médica mi enferma mi madre mi padre mi hija (cuando sea vieja seré mi abuela y mi nieta).

5 de octubre

No sé si quiero ir a Francia. Creo que no. ¿Qué haría allí? Probablemente haría planes para mi retorno. No obstante, debo ir. Ahora o nunca.

Me angustiaría vivir con mi familia. Lo ideal sería vivir sola —mágicamente sola.

Poemas de Milosz en la nueva traducción de Galtier. Desilusión. Hasta ahora, el mejor poema es “La berlina detenida en la noche”. Y ello, porque carece de dos defectos esenciales de M.: exceso de invocaciones y decir cosas metafísicas por medio de conceptos.

Mi lucha por leer despacio y bien, por no devorar, “avaler”, los libros. O por desbrozar en la selva de las imágenes que me pueblan y hallar un claro por el que pueda penetrarme algo proveniente del exterior, un poema, una voz.

Murió Juvenal Ortiz Saralegui. Una hora antes de saber de su muerte pensé en mi infidelidad a la promesa de escribirle, y me prometí hacerlo. No obstante, confiaba en que pasara algo que me permitiera huir de este compromiso. Bueno, ya pasó. ¿Estás contenta, ma petite Alexandra? “Ça m’est égal.” Si por mí fuera, se pueden morir todos. Lo esencial es que yo “tome té”. Merde alors!

Releí mi último libro. Hay poemas tan malos, tan horriblemente malos que jamás hubiera creído que pueden ser míos. ¿En qué demonios pensaba cuando no los rompí?

Huyo de lo esencial. Estoy enferma. Desintegrada. Agotada. Casi loca, o tal vez completamente. No cuento con casi nada o nada —¿qué defensas usar ante la gran evidencia?—. Ahora bien: ¿qué hago conmigo? ¿Qué haré conmigo? Voy a Francia o me quedo aquí. Estudio pintura o sigo con los poemas. O ambos. No. Ambos no. Le Taureau est lent.

De a uno. Despacio. Siempre haré poemas. Miento. No me conmuevo. En el fondo no respeto nada. Soy de las que ponen bigotes a la Gioconda. La poesía. La poesía. Mi único amor es el sexo. Mi único deseo ser puta. O no serlo. Pero legiones de hombres. Y si quieren, vengan las mujeres y los niños. Particularmente niños y niñas de doce años. Alejandra Nabokov. (Pero es que yo tengo doce años...)

Lo del sexo es otra mentira. Un instante de onanismo, nada más. La gente debería masturbarse. Amarse platónicamente y masturbarse. Así sería el reino de la poesía. Fornicar sería como rascarse. Hasta podría ser público. La chair est triste. Y en verdad, mucho mejor si no hubiera sexo. Sin deseos, sin anhelos, un flotar, un deslizarse, sin sed, sin hambre. El vientre materno.

Martes, 6 de octubre

Vi de nuevo La sed. Salí del cine transformada en una estatua. No más sentir. No más luchar. Un

perfume a fin del mundo me rodeaba como un halo. La muerte se me apareció como la única salvación. Pero no se trata de salvarse sino de terminar lo antes posible. Todo esto no tiene sentido.

Hoy he leído *Le voyage sur la terre*, de Green. Lo comencé despacio pero después tuve que apurarme porque estallaba de angustia y sólo quería saber más y más de esta historia. La película y el libro me han arrastrado a un urgente deseo de morir. Pero ahora llueve. Y me dejo seducir por la dulzura de la lluvia. Yo moriré bajo el sol. El enemigo.

La homosexual de *La sed*. Sus ojos, en la escena de su encuentro con la mujer histérica, tenían un brillo tan mítico, una fijeza tan terrible, que hubiera querido levantarme e introducirme en la pantalla. Una mujer así no es homosexual, no es nada. Es de otro mundo. Por eso aún vibro y me disuelvo de deseos de encontrarla. (Posiblemente esta noche fantasee con ella muchas horas.)

No tendré que esperar a la noche. Ya siento las señales familiares: un fuego en la casa del corazón. Un yacer sorda, ciega y despreocupada respecto del tiempo y del espacio en que estoy. Me siento protegida. Los seres mágicos —aquellos a los que les atribuyo magia— me hacen vivir. Los demás son “fantasmas trémulos recorridos de cólicos”. Hasta hoy, ¿cuántos seres “mágicos” he conocido? La señora vieja y la joven, de negro ambas, que pasaban junto a mí todas las mañanas. La casa que habitaban —cercana a la mía— era el castillo encantado. Años después, la profesora de física, el profesor de historia, Lilia Deniselle y por último, Ostrov. Olvidaba a Greta Garbo, a Edwige Feuillère en *Le blé en herbe* y a la

esfinge de La sed. Creo que se llama Eva Herring. Olvidaba también a la Virgen María y a Picasso. También la muchacha que juega con una mano en Le chien andalou.

Hay, además, instantes fugacísimos en que un ser exhaló magia: ciertas cartas de Clara, Jackie cantando canciones francesas, Juliette Gréco en una canción que no recuerdo, Olga cuando se arrodilló a buscar algo y yo sentí su perfume y vi sus ojos y temblé, pero al instante ya se había pasado. No obstante, el más perfecto ha sido Ostrov. Y cierta mirada de Greta Garbo.

Debo agregar el retrato de Beatrice en la habitación de Elenita.

Ahora que detallé a estos seres o instantes. ¡Es tan poco! ¡Tan nada! ¿Y para esto he vivido tantos años? Porque lo demás no existe, jamás ha existido para mí. Pero ¿qué tienen estos seres, estas voces, que así me atraen o me han atraído? ¿Por qué me llenan de suspenso y de misterio? ¿Es sólo un oscuro presentimiento relacionado con mi presunta carencia de ternura materna? Yo sólo sería feliz en un mundo de esfinges. Sin palabras. Sólo la música, el vino, y los ojos más intensos del universo contemplándome.

8 de octubre, jueves

He podido salir, en cierto modo, de la desesperación de ayer. Nunca fue tan irracional: sentía

deseos de aullar y de caminar a cuatro patas. Una bestia herida rodeada de precipicios.

Moirá, de Julien Green. Siempre, tanto en sus novelas como en su diario, Green me impresiona como un ser que escribe con silencios, no con palabras. Creo que es el novelista que más amo.

Ayer encontré a S. Me asusta comprobar qué parecidas somos. Pero mi voluntad está más destruida que la suya. No obstante, ambas somos exageradas y ampulosas. Ambas queremos devorar todo el saber del universo. Yo me pregunto, ahora, para qué quiero saber. Y en principio, qué quiero saber. A esto último mi respuesta es fácil: Todo.

Soñé con Elenita. Estaba Ostrov, que me impedía beber. Yo estaba muy dominada por él.

No sé si deseo irme o no. Pareciera que no, a juzgar por ciertos actos “fallidos”: no sacar el pasaporte, no ir a la Embaj[ada] Francesa.

14 de octubre

Mercedes S. dijo que yo debiera estudiar “dirección” en la Escuela Cinematográfica de París.

Encuentro con R. J. y M. M.

—¿Siempre preocupada por la poesía? —me preguntó R.

—¡Siempre! —dije.

Pero dentro de mí lloraba.

¿Por qué no ir en marzo a París? En un barco de carga. Con O. y M. Me parece inaudito no perecer ahogada si vamos en un barco de carga. Pero con ellas no tendría miedo. (Presiento que yo moriré ahogada. O mi miedo hará, tal vez, que mi presentimiento se cumpla.)

Estoy muy animada con la idea de ir en un barco de carga. Es injusto trabajar tanto para un pasaje. Lo esencial es ir gratis.

22 de octubre, jueves

Toda la semana preocupada por mi columna vertebral y por el maldito fin de semana. Lo de siempre: el sábado comí en lo de S. Estaba A. M. B. Yo, por supuesto, me emborraché. No hice nada pero me avergüenzo. El domingo fue peor. Es indudable: mi preocupación esencial son los otros. Busco las miradas de aprobación, y cuando no las obtengo, quiero morir. Es mi sufrimiento más profundo. No comprendo cómo, sabiéndolo, habiendo tomado conciencia de ello, no supero este estado adolescente que amenaza perpetuarse hasta mi muerte.

Hoy vi al Dr. P. Habló de mi vida enfermiza.
“Usted parece practicar una filosofía de la muerte.”

Cigarrillos, café, alcohol, y encierro en mi habitación colmada de libros.

No pienso en mi viaje. Lo terrible es que todos los que me conocen ya saben que me iré. Y me preguntan. Y yo siento que me expulsan.

Tengo miedo de pensar en mí. Jamás estuve tan desorientada.

Viernes, 23 de octubre

Soñé con D. A. Dessein. Tenía un atril maravilloso. Yo le decía: “Un viejo atril es como un vino: cuanto más viejo más delicioso”. Y en verdad, me gustaba muchísimo ese atril.

Comencé a leer el diario de Cesare Pavese. Profunda sorpresa. Y miedo. Porque casi todo lo que ha escrito me parece pensado por mí. Es más: yo lo he pensado —mejor decir: sentido— y hasta he tomado notas de ello en mi diario. Me desilusiona un poco tanta semejanza y, al mismo tiempo, me siento salvada. ¿Salvada de qué? No sé. Pero de algo oscuro y viscoso. Posiblemente me refiero a la locura.

Águila de Blasón, V. Inclán.

Leí los primeros cuentos de Katherine Mansfield. Tiene un profundo sentido del ridículo, y algunos son

casi tan deliciosos como los cuentos posteriores.
¿Cómo podía sentir lo cotidiano con tal intensidad?

Anoche hice planes para mi “importantísimo” futuro. Busco comprometer todas mis fuerzas en algo —en algo que me secuestre de dormir diez horas por día, de comer por hastío, de leer folletines, de sufrir junto al teléfono porque no me llaman X. o Z—. Traté de ponerme un plazo de cinco o diez años dedicada a una sola actividad, un solo aprendizaje. Tengo que salir de mi estado actual. ¿Actual? Hace veintitrés años ya que estoy en él. ¿Qué me hace suponer que cambiará? Y ahora que lo escribo me hago trampa. Siento que lo escribo para romper el hechizo, para que se interrumpa. Pero cinco o diez años en una tarea y después suicidarme no es un futuro desdeñable.

Cada día tartamudeo más. Pero no sé si es tartamudez. En el fondo, no quiero hablar. Así como me alimento sin querer hacerlo sino que lo hago por compulsión o por temor del vacío, así hablo, sabiendo, no obstante, que debería callar.

Mi sufrimiento es el ómnibus cuando pido el boleto, mi temor de que mi voz no salga y todos los pasajeros contemplen, tentados de risa y asombrados, a ese ser monstruoso que se debate y pelea con el lenguaje.

Mi sufrimiento cuando hablo por teléfono y no me surge la fórmula de despedida “adiós” o “hasta luego” sino una serie de estertores ininteligibles que anulan todo lo que dije precedentemente y transforman mi conversación anterior en una broma, en un simulacro o, tal vez, como alguien que pensó que hablaba con un ser humano y descubre, por un detalle final

imprevisto, que no es un ser humano sino algo extraño, ambiguo, no poco repugnante en su misterio.

Peor sería si fuera muda. (Ahora me entró el terror de enmudecer.)

Sábado, 24 de octubre

No es tartamudez. Es imposibilidad de pronunciar ciertas consonantes, particularmente las nasales.

Fui al cine con C. Cada vez que la encuentro me alegro, pero después de una o dos horas con ella, siento deseos de enviarla al infierno, que tanto se lo merece. Me enseñó un poema suyo con gran influencia de mi poesía. Me siento estafada.

Vi Almas en subasta. Mejor dicho, vi a Simone Signoret. Todos mis complejos edípicos se agolparon en mi sangre mientras la miraba. Volví a mi cuarto, a mi soledoso cuarto, con unas ganas terribles de morir.

A. G. dijo que tengo el pulso demasiado bajo. Tal vez mi angustia se deba a una cuestión glandular.

No me resigno a no ser bella. No hay nada que hacerle.

El Dr. D. descubrió, a causa de un acto fallido que cometí, que no soy casada. "Puede hacer uso matrimonial", dijo con los ojos duros.

Encontré a R. C. Me sentí cómoda con él. ¿Estará aún enamorado de mí? No lo creo.

Apenas veo a un hombre, lo imagino en el lecho, fornicando conmigo. No obstante, no quiero fornicar con nadie.

Domingo, 26 de octubre

Poesía es lirismo. La poesía es experiencia —así decía Rilke. Y yo digo: experiencia de la palabra.

Hay que leer muchas poesías. Experimentarlas.

A la tarde vinieron L. y G. L. me dio la medida de mi enorme diferencia con las demás muchachas de mi edad. Habló de la necesidad de rebelarse contra esas instituciones llamadas “novio” y “casamiento”. Yo la miraba con asombro. Para mí ya no existen —si es que alguna vez existieron— esas cuestiones. Ni rebeldía ni aceptación. Nada.

No obstante, me gustaría casarme, por el solo hecho de experimentar un estado tan famoso. Estar casada una semana o un mes. De esta manera, podría casarme cinco o seis veces o más, sin ningún problema. Creo que me gustaría mucho y me divertiría bastante.

L. insinuó que le gusto. ¿Cuándo conoceré a una muchacha sin tendencias homosexuales? Pensándolo bien, no conozco ni he conocido ninguna.

Comienza a seducirme “lo español”.

Martes, 27 de octubre

Cada vez más obesa. O al menos así lo siento.

Fui a ver al Dr. R. “Usted es anormal”, dijo. “¿Cómo?”, dije. “Quiero decir que sufre de las glándulas”, dijo.

Ahora tomo unas cápsulas que me afectan los nervios.

He descubierto mi tendencia a conversar de temas obscenos, tratándolos con humor. Como dejando soslayar que participo en terribles orgías sexuales. Debe ser una manera de encubrir mi forzosa o forzada castidad, o lo que fuere. O también, para demostrar que soy absolutamente heterosexual, dado que mi vestimenta bohemia y mi voz ronca pueden hacer pensar en la homosexualidad. Lo cierto es que hablo como una devoradora de hombres. Moi! La pauvre petite.

La pauvre petite tiene que adelgazar. Esto es urgente. Pero ¡dios mío! Cada vez me asquea más mirarme al espejo.

No hago nada.

“Kyo sufría con el dolor más humillante: el que se desprecia experimentar.”

31 de octubre, sábado

No puedo leer *La condición humana*. No comprendo lo que leo. Pronto habré de retornar a los cuentos para niños. Pero tal vez ni a ellos los comprenda. No puedo leer. (Tal vez sea a causa de las pastillas para las glándulas. Me enervan.)

No puedo escribir, seguir escribiendo. Mis nervios no lo soportan.

Mi vida es una larga digestión. Todo depende y está subordinado a la heladera y su contenido. Abalanzarme sobre ella y comer. He aquí mi compulsión desde el mes de agosto. Y ello, a qué se debe. De qué huyo. Mi tartamudez. Mi imposibilidad de estudiar a causa de ella. Mi viaje a Europa, que tanto me angustia. Mi carencia de dinero. Mi dificultad para comprender, para escribir, para leer, para hacer algo. Mi desorden externo e interno. Mi imposibilidad de comunicación con los otros. Mi soledad absoluta. Mi sensación de ser inferior física e intelectualmente.

Descubro que estoy encerrada en mi habitación porque me siento gorda. De lo contrario, hubiera ido a la fiesta de H. P. Pero calculé las calorías de todo el vino que tomaría y decidí quedarme aquí comiendo. Esto es absurdo. Y son solamente tres kilos de más.

Martes, 2 de noviembre

El aplazamiento. Enajeno mi tiempo, como en una sala de espera. No hago nada. Jamás hice nada.

Fantasías sobre la infancia que no tuve, sobre la madre que no tuve. Vergüenza de anotarlas.

Ahora sé por qué estoy obsesionada por adelgazar: es una manera de hacerme más pequeña, más infantil. Porque mi cuerpo adulto me ofende. Por algo es que mis pechos son pequeños. Y no lo eran cuando tenía trece años.

Me gustaría enfermar. Tener fiebre. Vivir absolutamente en las fantasías.

Comenzado Don Quijote. Me muero de envidia. No se dijo nunca —creo— de la felicidad de los locos...

Don Quijote pensando cuatro días en un nombre para su caballo. ¿Puede darse mayor capacidad de concentración en la persecución de algo? ¿Qué poeta ha persistido cuatro días buscando una palabra adecuada a un objeto? Nada como la fe de don Quijote. Su carencia de vacilaciones. Es demoníaco.

Y yo... Yo no hago más que pasar de la locura o neurosis o lo que sea a una suerte de conciencia o lucidez doméstica.

Jueves, 4 de noviembre

Ayer, antes de dormir hice este plan: vivir hasta los treinta años. En estos seis años y medio hacer una novela. Vivir sólo para el arte.

Voy al cine casi todos los días. Huyo de mi casa, de su oscuridad, de mis padres, de mis viajes a la cocina con mis complejos orales.

Cap. III. A don Quijote no sólo no lo toman en serio el ventero, los mercaderes, Juan Haldudo, etc., sino tampoco Cervantes. Tal vez por eso se lo ve tan desamparado, tan conmovedor.

Viernes, 5 de noviembre

Cada vez que veo a M. y a E., siento que no puedo comunicarme con la gente. O ellas me lo demuestran o...

Debo sentir celos por su amor. Si bien amor de lesbianas, es amor. Es evidente que se aman. Lo que me enerva es cuando defienden el concepto del amor a los gritos. Me dan ganas de gritar obscenidades.

¿Y si yo, en el fondo, fuera una moralista? Me gustaría mucho.

La gran imbécil. Siempre quiere ser algo.

Conocí a un chico encantador. Esta noche, seguramente, pensará en mí.

Sí. Encontrarse con M. y E. es prueba de mi autodestrucción. Deseo que me torturen. ¿Y por qué me torturan? Porque me tratan con naturalidad, como a un simple ser humano, un poco fastidioso, con cierta bondad, pero al que es preferible ver lo menos posible.

La dulce Alejandra, la hija de puta. Tiene miedo.

Tengo miedo.

Suerte de

16 de noviembre

¡Noviembre, ya! Desconozco el día y el mes que vivo. ¿Es importante?

Soñé con Octavio Paz. Hay una escena de un film en que dos personas conversan. De pronto surge una mano transparente y gigantesca. Yo, que soy espectadora, señalo la belleza de esa escena. Luego O. P. está conmigo en el suelo. Nos abrazamos. A nuestro lado están E. y M., abrazadas también. Luego pasa la mujer de O. P. Es vieja y gorda. Yo me asombro.

Vi a O. Emocionada. Dijo que mi tartamudez se debe a cuestiones exclusivamente psíquicas. Insiste en que debo ir a París. Ahora siento que iré. Aunque sólo fuere para escribirle cartas. Sé que las leerá con afecto e interés.

Martes, 17 de noviembre

Nada. Quiero morir. Ninguna esperanza. Jamás me animaré a suicidarme.

El error está en mi propio desconocimiento. Hago planes como si yo fuera otra. Los hago para otra. Para una muchacha sana o relativamente sana. Y yo estoy enferma. Destruída.

Si vinieran con una lámpara maravillosa, pediría que me transformaran en la mujer más bella de la tierra. No. Pediría más: la niña más bella del mundo.

Me duele hasta morir que no sea bella. Y yo tuve que haberlo sido. De muy niña lo fui. Todo estaba preparado para una realización maravillosa. Hasta que me negaron la bicicleta y comencé a sufrir, a engordar, a destruirme y enloquecerme.

Mis noches de verano cuando niña. En la terraza con mosquitos. Miraba el cielo. Algo me alentaba. Allí estaba lo que mi hambre anhelaba.

¿Cuándo comenzó la desgracia?

Y ahora lo de Susana. Culpable. Hice algo terrible. Soy un monstruo, un animal humillado y enfurecido.

Vi a S. Ha de ser impotente o invertido o asexuado. No sé si me gusta. Le guardo cierto rencor por no haberse enamorado de mí. Narcisismo.

Sólo esa imagen.

Mi posibilidad de casarme y tener hijos es mínima. Mejor dicho, no hay ninguna.

En el fondo, me repugna ser mujer. Si fuera muy bella, lo aceptaría. ¿Por qué soy tan poco femenina si no soy homosexual?

Y jamás he sido femenina. E. M. dijo lo contrario. Tal vez soy demasiado femenina. ¿Qué importa?

Si me volviera loca en serio. No como ahora. Ahora sólo hay una melancolía absoluta. No deseo nada. Dormir. Solamente dormir. Y soñar. Soñar que me quieren.

21 de noviembre

Sensación a seguridad de fracaso.

Si un ser humano no quiere vivir, qué hace. No vive, simplemente.

Hay algo que me obliga a suponer que existe un malentendido, que tal vez podría aclararse. Ésta no puedo ser yo, me digo.

Soy masoquista. Descubrimiento de ello. Ayer, cuando de pronto cayó la imagen: me pegaban con un látigo. Tuve un orgasmo. No comprendo. No comprendo nada si aún soy tan niña, tan inocente. No comprendo.

Domingo, 29 de noviembre

Me enfermé de rubiola. Desde el martes hasta hoy estuve rascándome. La primera noche me rasqué hasta las 6 de la mañana. No podía fumar ni leer. Ni siquiera construir una fantasía romántica compatible con mi situación. Felizmente me compraron una loción más o menos eficaz. No pensé ni deseé nada en estos días. Solamente, entre nieblas, me vino el pensamiento de mi felicidad anterior a la era del escozor. Me preguntaba asombrada cómo pude llorar y protestar tanto si no me picaba nada. En verdad, es la tortura más profunda y diabólica a que fui sometida. Es preferible un dolor atroz. De todos modos, ya no siento que una enfermedad, cualquiera que sea, podría solucionar mis conflictos. Antes, es decir antes de esta experiencia, vivía a la espera de una enfermedad grave y prolongada que me permitiría leer y escribir y estar en calma. Amparada del mundo y de mí misma. Ahora

no. Por vez primera sé —he aprendido— que no deja de ser importante contar con un cuerpo sano y perfectamente disponible.

Todo se niega a que yo vaya a París. Mi familia no escribe. Y yo no sé si deseo ir o no. Pero tengo que ir para ver, para quitarme esta idea fija de que en París yo sería feliz. Para convencerme de que es absurdo mi presentimiento de que allí me espera el amor. Además, yo debo odiar la realización de mis deseos. Si ni siquiera llegan a ser deseos. Si tengo miedo de soñar, cómo no voy a tener miedo de realizar o alcanzar lo soñado.

He leído unas piezas de teatro Noh Moderno, de Yukio Mishima. Verdadera poesía. Así tiene que ser el teatro. Atmósfera semejante a los films de Bergman, en cuanto a su contenido conceptual. En ambos, la demostración de la futilidad, del absurdo de la existencia humana, encarna en imágenes oníricas y en conceptos breves, terribles, bíblicos. Siempre me ha sorprendido y maravillado que se pueda realizar obras bellas partiendo de la imposibilidad de la felicidad o del absurdo de la existencia.

Me llamó L. Después de tres años. Tal vez me acueste con él. Ahora ya no está el interés: su mujer espera un niño. Pensar que nos íbamos a casar. A L. le gustan las mujeres tontas o fracasadas o enfermas u homosexuales. Y él es tan bello. Pero un poco tonto. Pero yo necesito de la gente bella. Necesito poseerla. No sexualmente sino [frase incompleta]

Estoy estéril. Pienso con terror si mi poesía no nació del deseo de demostrar a O. la belleza de mi espíritu. Además, quería que la gente me considerara,

para que él estuviera orgulloso de tener una paciente que fuera una poeta de renombre. Por eso rendí exámenes y publiqué libros y leí tanto y hacía para que me sucedieran cosas, que le contaba después. Ahora ya no hay nada de eso. Ni siquiera sueño o si sueño ya no recuerdo. No tengo a quién contar mis sueños. De esto se deduce: No tengo existencia propia. Existo en y por las miradas ajenas. No quiero perfeccionarme. (¡Qué palabra ridícula cuando estoy al borde del suicidio!) Necesito de alguien que me impulse, que me aliente. Un papá misterioso, cruel y adorable como O., que me palmee la mejilla cuando le enseñe un poema. Necesito un rostro en mi ser. Un rostro de un amado imposible. Con ese rostro dentro, la estúpida Alejandra se quijotiza y es capaz de todo. Además, ese dolor de amor era mi inspiración. Ahora estoy vacía. Duele más no amar que amar en vano. Y yo no sé si lo amaba.

Pero mi ser estaba habitado por otro ser. Por eso no creía en la muerte y no sentí el tiempo durante cuatro años. Cuatro años sin sentir la muerte de mi adolescencia. Ahora tengo veintitrés. Y no lo creo. Es como si me hubiera saltado cuatro. Y fueron intensos y terribles. Pero fueron de la sustancia de los sueños.

Creo que un poeta necesita amar. Mi amor fue un amor para un poeta. Ahora no tengo nada. No espero nada.

1 de diciembre

Soñé que mi cuerpo envejecía tanto que teniendo veintitrés años la gente pensaba que tenía cuarenta.

4 de diciembre

Un niño nace, en un mundo tan oscuro y tenebroso como éste... Pienso que las entrañas de la madre son mucho más joviales y luminosas. ¿Por qué pretenderá salir a toda costa a un lugar más lúgubre? Es idiota. No entiendo nada.

YUKIO MISHIMA

Horacio en la esquina de Córdoba y San Martín. Flaco, con anteojos, traje demasiado holgado y arrugado, todo él (Horacio) de color gris. Menos el ramo de flores —rojas y amarillas— que empuñaba como una espada. Pasó corriendo.

Después de varios años de estar analizándome —me dijo— llegué a la conclusión de que quiero ser feliz. Voy a casarme y a tener hijos.

Yo asentí. ¿Lo vivo como una felicidad? No, a mí me gustaría casarme para descansar, para cesar de torturarme en la endemoniada contienda familiar.

Viernes, 10 de diciembre

Ya está. Me estoy volviendo loca. Ahora lo sé.
Tengo miedo.

Cerebro paralizado. Mejor dicho: no hay cerebro, no hay pensamiento. Mi cabeza está hueca. Y ahora sé que hace muchos años que estoy loca. Pero antes me engañaban las imágenes, la fantasía. Ahora se han ido. Ni conciencia ni inconsciencia. Ni mundo externo ni interno. Vacío absoluto. Soy una poeta cibernética. Una máquina de hacer poemas. Pero pronto fallará: nada la alimenta. Nadie la cuida.

Debiera ir a París. Allí me curaría. No lo creo. Y pensar que yo debiera ser la más grande poeta en lengua castellana. Esto lo digo por la carencia de buenos poetas. En el país de los tuertos...

Taquicardia desde el miércoles. Fumo demasiado. Pero no. Me sobreviene cuando pienso en el viaje.

Quejarme y protestar. Basta de reglas de higiene. Llorar y clamar. De todos modos, ya estoy perdida. Ya no me queda esperanza de hacer ni lograr nada. ¿Cómo sería posible si no vivo?

He dormido trece horas. Las jornadas de la vigilia son atroces. Felicidad al acostarme.

Por qué diablos no me moriré. ¿Pero para qué?

Viernes, 18 de diciembre

Pavoroso amor al dinero. Todo se ha unido para hacer mi codicia y ambición: el signo Tauro, la raza judía, y mi infancia desdichada y humillada. Lucho con todas mis fuerzas. Lo terrible de los deseos que se desprecian.

Y qué sucedería si aceptase mi amor al dinero y a la gloria (gloria en el sentido de salir en revistas tipo Paris-Match). No. He de luchar conmigo misma. En verdad, el mundo del dinero es el mundo de mi familia. Seguramente lo que yo deseo es que me acepten: y tener dinero o ganarlo o conseguirlo es la única forma de conquistar su admiración y estima.

Pero el signo Tauro, la raza judía, la infancia desdichada.

El problema de mi mente en blanco. Mi inteligencia sólo y exclusivamente funciona cuando un estímulo cualquiera me arrastra a “regresar” en un sentido psicoanalítico: entonces, en dos minutos, tejo una historia perfectamente lógica, hermosa y seductora sobre un episodio cualquiera de la infancia que jamás viví pero que anhelo y extraño (?). Generalmente, los estimulantes son las escenas callejeras o del ómnibus, de niños y/o niñas con sus madres que evidencian inquietud y preocupación por sus hijos, o si no el llanto de un niño oído desde mi habitación, o cualquier hecho semejante. Entonces me hundo, caigo, me precipito, y tengo una hora, un día, seis meses, ocho años, catorce y veintitrés años de edad en diez minutos. Hasta que “despierto” y me acerco al espejo y

me imagino a los cuarenta o cincuenta años —una mendiga loca, con manía depresiva hundiéndose en la misma y perenne y eterna fantasía. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Y me doy asco, y me desprecio y me repugno y lloro hasta que mi llanto me trae a la fantasía otro episodio, esta vez de carácter masoquista, pero que termina bien, siempre termina bien, con abrazos y besos profundos de una madre con rostro de esfinge, una suerte de Virgen María silenciosa, mágica y todopoderosa que no ama a nadie sino a mí, sino a ésta que no soy yo, porque yo no soy más que una infeliz neurótica con ambiciones y proyectos que jamás se cumplirán.

El estatismo de mi mente. Su inmovilidad pétrea. Ausencia absoluta de pensamientos. De allí la tartamudez.

La falta de espontaneidad.

Pero no hay que exteriorizar espontáneamente porque dentro no hay nada. Sólo silencio y dolor.

25 de diciembre, viernes

He dormido once horas. El viaje a París se hace cada vez más posible: quieren que me salve.

Salvarme, en mi caso, es salir de los ensueños. Amar la tierra, reconocerla y reconocermé.

Pienso en el día de ayer, y cómo estoy de enferma, cómo no puedo conducirme o contenerme o ser yo. Toda la mañana caminando, es decir, mi cuerpo caminaba, yo estaba lejos, en el país de la infancia, y vivía aventuras felices, hasta que al mediodía volví a mi casa, y me enfrenté con mi habitación silenciosa, llena de libros, de hojas sueltas con poesías escritas que me esperaban para que las corrigiera, y traté de sentarme y leer, pero no pude. Al final me senté en el suelo y leí el “pesa-nervios” de Artaud, que compré ayer, sabiendo que no debía hacerlo. Leí varias horas, con un sufrimiento indecible: si hay alguien que puede o está en condiciones de comprender a Artaud, soy yo. Todo su combate con su silencio, con su abismo absoluto, con su vacío, con su cuerpo enajenado, ¿cómo no asociarlo con el mío? Pero hay una diferencia: Artaud luchaba cuerpo a cuerpo con su silencio. Yo no: yo lo sobrellevo dócilmente, salvo algunos accesos de cólera y de impotencia. Finalmente, arrojé el libro que me quemaba, hice un poema lleno de alaridos y me fui a la cocina a hundirme en revistas idiotas de cine y folletines y comencé a comer sin hambre. Después vino Nelly B. Me sentí tan culpable de recibirla habiendo comido tanto y leído tantas estupideces, que me sentí enferma y vomité.

Lunes, 28 de diciembre

Me estoy ahogando. Tomo un vaso de agua por minuto. Pronto me voy a hinchar completamente. Hasta los espejos se negarían a reflejarme.

Continúan los ensueños. Cada vez más morbosos.
No soporto mi vida.

He releído mis poemas de los años 56 y 57. He adelantado notablemente. Me sorprendió el exceso de imágenes cursis y fáciles. Pero también me alegró reconocerlas ahora y considerarlas con una sonrisa conmovida y divertida. Non obstant, el misterio de mi quehacer persiste oculto: escribo poemas cuando ello o algo o alguien lo quiere. Así sucedía a los diez y siete años y así continúa.

El peligro de mi poesía es una tendencia a la disecación de las palabras: las fijo en el poema como con tornillos. Cada palabra se hace de piedra. Y ello se debe, en parte, a mi temor de caer en un llanto trágico. Y también el temor que me provocan las palabras. Además, mi desconfianza en mi capacidad de levantar una arquitectura poética. De allí la brevedad de mis poemas.

Miércoles, 30 de diciembre

Al parecer, mi función en esta vida es ser observadora de amores ajenos, posibles o no. Largas conversaciones telefónicas (curioso: la gente prefiere comunicarse conmigo telefónica que personalmente; ¿será mi carencia de belleza?, ¿mi mirada fija y enloquecida?, ¿mi voz, bastante sugestiva por su gravedad, a pesar del tartamudeo?), bueno, largas

conversaciones telefónicas: me cuentan y yo apruebo o no, exclamo, callo, me asombro, consuelo, doy ánimos, filosofo, freudeo, cabalgo sobre lo narrado y le animo a la máxima velocidad. Una hora después, la sesión ha terminado. Corto. Estoy exhausta. A los dos segundos me olvido de lo que me dijeron y de la persona que me lo dijo y maldigo mi falta de tiempo, que me impide dedicarme a la creación.

Pero por una hora no estuve sola, me engañé con la acariciada idea de tener una amiga con la que me comunico y comparto penas y alegrías. ¡Al diablo! En este mundo neurótico no es posible la amistad. Yo estoy casi loca. S., también, o del todo. E., O., M., C., R., todos despojos absurdos, corriendo y huyendo. Pero la locura máxima la comparten C., y S., mis dos “amigas del alma” de este año 1959. C., particularmente, que está a punto para ser llevada al hospicio y que me da un poco de miedo el sólo recordar que estuvo en mi habitación y durmió conmigo. S. no está tan mal, pero hoy la odio porque no quiso venir aquí. En verdad, la única culpable soy yo. Es de preguntarse si se hubiera hecho mi amiga si yo no hubiera exagerado mi máscara de comprensiva – analista – amiga de lesbianas sin serlo – paciente, etc. Recordar que hace dos semanas me trató mal, a causa de una cosa sin importancia, y ello porque estaba A. M. B. y S. teme mi ingenio brillante que sobrepasa el de ella.

Ahora estoy resentida con S. y sólo yo tuve la culpa. Porque debo aceptar mi soledad. (Pero tengo tanto miedo de perder todo contacto con el género humano, de volverme loca de soledad.) Yo no me siento sola, me siento abandonada, que es peor y que significa una

soledad trágica, recorrida de odios, no una soledad creadora, rilkeana. En suma, me doy asco. Cada vez que hablo y sonrío y soy cordial y afable, me doy asco porque sé que lo hago para defenderme: simulo bondad, para que no me castiguen ni abandonen, para que me quieran y me ayuden, etc. Pero me desprecio y me repugno y sólo amaré al ser que me ame como soy, callada y de hielo, hecha de silencio y de dolor. Y cuando no precise ser otra ni fingir más, o al menos fingir muy poco, entonces habrá llegado la paz, el amor, la dulzura. Toda esta farsa me rompe el ser, me desarticula, me pierde y me enloquece. Hay que aceptar el abandono y la soledad.

31 de diciembre

Iré a París. Me salvaré. Tristeza reciente. No he tenido a quién comunicar mi alegría del viaje. Ahora la angustia. Ahora la abandonada.

Me gustaría estar con Olga y con Elenita. Me gustaría que vinieran algunas personas y beber vino y alegrarme.

Una muchacha fea, torpe, ociosa, que “no hace nada pero lo hace mal”.

M. JACOB

S. debe estar prometiendo soledad eterna y amor eterno a su venerada imagen. Podría llamarme y venir aquí y nos alegraríamos. Pero no: prefiere demostrarse que sufre y se enferma por su amor imposible. A medianoche mirará el cielo en la soledad de la casa vacía, y jurará y prometerá. De todos modos, no se siente sola ni abandonada. Tiene en sí a la virgen protectora —A. M. B. (Al parecer, estoy resentida y colérica. No es para menos. Hay un exceso de neurosis en mí y en todos, y la inocencia se fue muy lejos.)

De todos mis encuentros con elementos lesbianos he llegado a ciertas conclusiones. Y no deben ser muy erradas pues conozco a las lesbianas más notables de la homosexualidad porteña: las insoportables son las viriloides, las que han luchado durante años por aceptarse definitivamente homosexuales, soportando las opiniones y censuras y escándalos del medio ambiente (casi todas las homosexuales son de familia de alta sociedad o alta burguesía), hasta que mandaron al diablo a todo y ostentaron gallardamente sus melenas cortas, sus camisas, sus cigarrillos negros o rubios de mala calidad sospechosa, sus miradas particularísimas, etc. Cuando una lesbiana así se enamora y no es correspondida es capaz de todo. Su amor está hecho, entre otras cosas, de rabia, de ira, de desafío, de egoísmo llevado a sus últimas consecuencias, etc. Y siempre hablan en términos judiciales y éticos: “Hay que...”, “No tengo derecho...”, etc.

Releo esto último y me entristezco. Ojalá fuera yo así como ellas. Ya no deseo a nadie.

Entre otras cosas, mis padres son culpables de mi sensación de abandono. No sólo me abandonaron en

mi niñez sino que ahora manifiestan disgusto cuando estoy sola, sin amigas, sin nadie con quien hablar y comunicarme. Sus ojos expresan acusación y temor. Particularmente los días de fiesta y los fines de semana.

No soy adolescente, soy una niña. A mi edad soy una niña. Una niña que tiene miedo de jugar. Una niña sin la inocencia de los niños. O quizá soy una vieja reblandecida. (Esto me gusta más.)

